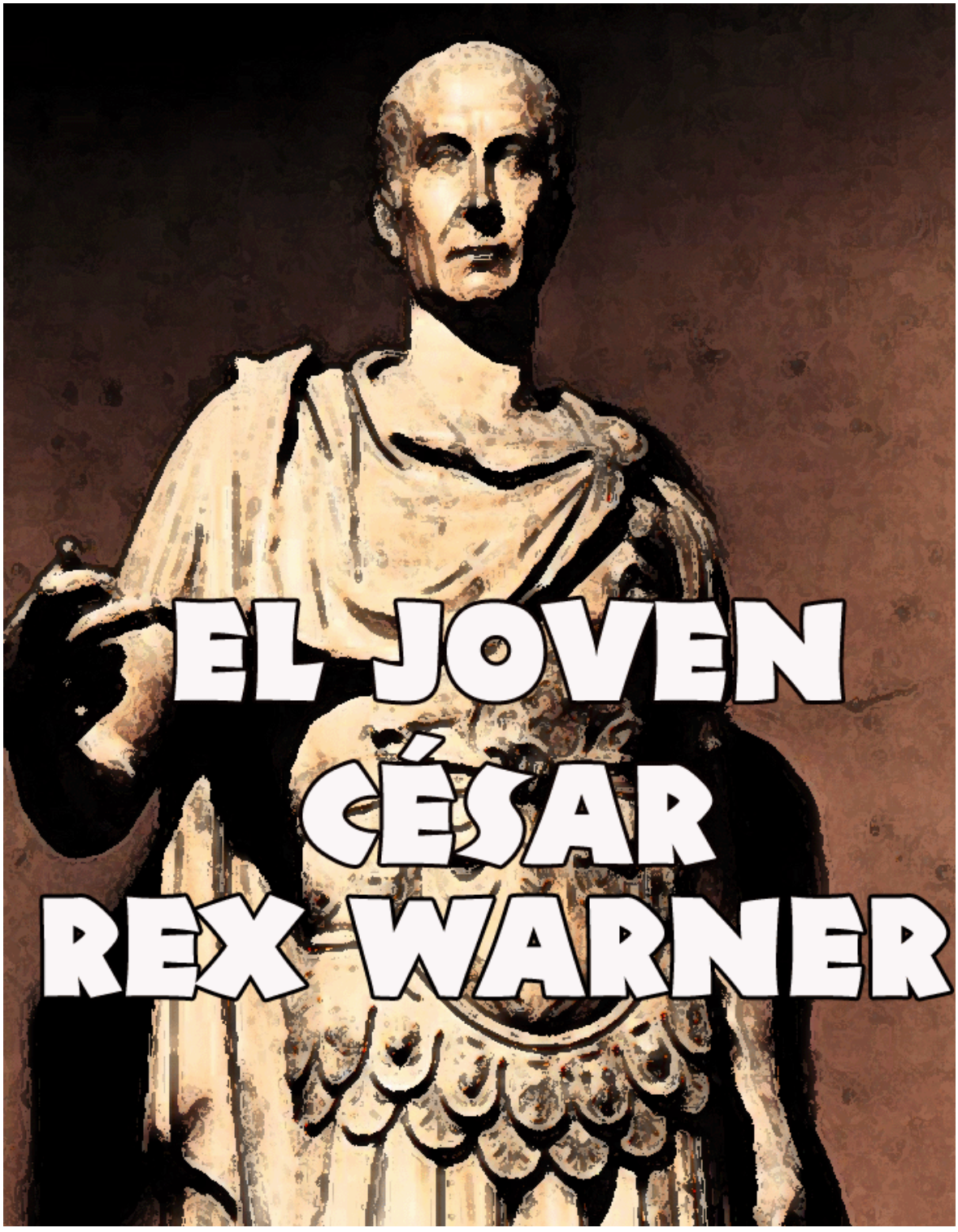
El Joven César
Rex Warner



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Bárbara

El joven César es una novela biográfica que cautivará al lector del mismo modo que su protagonista cautivó sus contemporáneos. Ambientada en los últimos días de la República romana esta extraordinaria obra muestra a un joven Julio César ya consciente de la gran labor que el destino le depara dominar el mundo.

De vida desordenada y costumbres licenciosas, arruinado y endeudado hasta la última moneda y enfrentado a muerte con los enemigos de su familia, César dejó boquiabiertos y amedrentados a cónsules y senadores al tomar las riendas de Roma, cuando nadie podía ni quería esperar nada de él.

Traductor de griego antiguo (ha vertido al inglés a Eurípides y a Esquilo), Rex Warner ha cultivado la novela y la poesía con igual éxito. Nacido en 1905 en Inglaterra y educado en Wadham, Oxford, formó círculo literario con los poetas W.H. Auden y C. Day-Lewis. La obra El joven César le sitúa como un profundo conocedor de la antigua Roma, de las leyes y costumbres que allí se gestaron, y que han llegado hasta nuestros días.

PRÓLOGO

En la tarde del 14 de marzo, en el año 44 a. de C., César cenó en casa de Lépido, en Roma. Terminada la cena, se retiró a una mesa situada a un costado y se puso a escribir. Tenía entonces 58 años y hacía ya algún tiempo que era calvo. Sin embargo, su calvicie quedaba oculta por la corona triunfal que, por un decreto del Senado, estaba autorizado a lucir en todas las ocasiones. Hacía poco que había sido nombrado dictador a perpetuidad y alrededor de un mes antes de la fecha de esta comida habla rehusado —algunos decían que no con mucho agrado—el ofrecimiento de una corona que le hizo Antonio. Se creía que dicha oferta volvería a hacérsele, aunque en distinta forma, al día siguiente, fecha de los idus de marzo. Lucio Cotta, el anciano tío de César, propondría formalmente en el Senado que al dictador le fuera dado el título de «rey». Justificaría tal propuesta presentando una declaración del Libro de los Oráculos, según la cual a un rey le estaba asignado el destino de conquistar el gran reino de Partia, en Oriente. Como César, ese día, inmediatamente después de la reunión del Senado, debía partir hacia Partia y unirse a la campaña militar final, la propuesta de Cotta podía representar un acto patriótico.

Ignoramos qué ocupaba la atención de César al sentarse a escribir, mientras escuchaba de tiempo en tiempo las conversaciones de los invitados a la cena. Pudo muy bien haber estado atareado con órdenes para sus comandantes de división, o con instrucciones sobre la conducción de sus tropas; también pudo haber estado redactando reglamentos destinados a poner término al lujo y al derroche de las mujeres romanas o de los hombres de negocios; pudo estar haciendo anotaciones acerca de una de sus propias campañas, o componiendo un poema o un tratado literario o escribiendo una carta de amor a Cleopatra, la reina de Egipto, que por entonces se encontraba en Roma, o a cualquier otra de entre las numerosas mujeres que conocía. Cuestiones referentes a puentes, acueductos, caminos, finanzas, religión, proyectos municipales, control del tráfico, alteraciones en el calendario, una antología de dichos chispeantes, que por ese entonces estaba compilando, el problema judío, detalles sobre uniformes, estatuas, las dificultades de sus amigos... en todos, algunos o muchos más de estos asuntos, podía haber estado concentrada su atención, tan numerosos eran sus afanes, intereses y responsabilidades, tan activos y enérgicos eran todavía su cuerpo y su mente.

Era cierto que en los últimos años había estado sufriendo de crecientes ataques de una especie de epilepsia, y no faltaban algunos que llegaban a sostener que, debido a su temor por tales ataques —pues odiaba todo lo que fuera indecoroso—o a causa de la perturbación mental de la cual estos ataques eran síntoma, su conducta y sus maneras en cierto modo habían cambiado. Su bien conocida afabilidad y cortesía eran cualidades —según se decía—que iban desapareciendo. Hubo, por ejemplo, una ocasión en que ofendió al Senado recibiendo sentado a sus miembros. ¿Sería ello signo de despotismo o nada más que agotamiento físico? Y en la última gran batalla de la guerra civil, algunos expertos manifestaron que demostró una temeridad sorprendente y una impaciencia tal, que bien pudieron haberle costado la vida o el honor. Sin embargo, sus amigos podían explicar con justicia que siempre fue temerario, y que no era ésa la única batalla que ganó en el último momento y como resultado de haber expuesto su propia persona al mayor peligro. En cuanto a sus maneras, decían que eran tan amistosas y afables como siempre. Para la amistad tenía ciertamente un don único. No hubo en la historia ningún otro gran hombre que contara con tantos amigos y de tan diferentes niveles sociales; y si César hizo frecuentemente amistades, como con Pompeyo y con Craso, que en parte servían para promover sus propios intereses, mucho más numerosos fueron los casos en que su amistad

fue libremente ofrecida y libremente aceptada como algo sincero, agradable y desinteresado. En cuanto al Senado se refiere, no era cosa nueva en él reaccionar de forma violenta ante la pomposidad y el obstruccionismo. Tal vez fue un error haber recibido a los senadores sin molestarse en ponerse en pie, pero ésa era la clase de aparentes errores que César cometía con frecuencia y que finalmente resultaban ser tácticas provechosas para su partido y para sí mismo. Era muy probable que el incidente fuera recordado en el futuro como un ejemplo más de la informalidad de César, de la extraña confianza en si mismo originada en su propia temeridad. Y no porque a estas alturas de su vida temiera a ningún poder superior. Con todo, él debió saber que, aunque el orgulloso estado de Roma se encontraba a sus pies o en sus manos, quedaban todavía muchos individuos que debido a la ambición, la envidia, el rencor y aun al patriotismo lo odiaban, y que quizá despertaba más odio aún entre aquellos con quienes había sido más clemente. No ignoraba la naturaleza humana, puesto que toda su vida transcurrió en la política revolucionaria. El único peligro al cual se hallaba expuesto era el del asesinato, y muy característicamente no tomó ninguna precaución.

No obstante, no habría sido propio de él no haber prestado al asunto alguna atención. Durante ese festín de Lépido, en la noche anterior a los idus de marzo, levantó la cabeza por algunos instantes de su trabajo y escuchó con atención la conversación de los invitados, quienes discutían en términos generales acerca de cuál sería la clase de muerte más agradable. Los demás no sabían que él estaba escuchando y no dejaron de sorprenderse cuando de pronto intervino en la conversación con las palabras: «Una muerte repentina», y volvió otra vez su atención al trabajo que estaba haciendo.

Uno de los invitados debió haber quedado impresionado por sus palabras. Fue Décimo Bruto, quien, aunque lo ignoraba, había sido nombrado segundo heredero en el testamento de César. Era un hombre de gran prestigio militar, que sirvió muy bien a César en muchas campañas y que todo lo debía a su amistad con él. Sin embargo, se encontraba entre los conspiradores que, encabezados por otro Bruto, hijo de Servilia, la anterior amante de César, un joven a quien el dictador profesaba singular cariño, planeaban el asesinato para el día siguiente. Décimo Bruto debió haberse preguntado, tal como hoy nos lo preguntamos nosotros, qué sensación, qué conocimiento, qué intuición o sospecha pudo haber detrás de esas palabras dichas con toda calma encomiando una muerte repentina: una muerte que ya había sido planeada.

Que César no tuvo conocimiento de la índole precisa ni de la amplitud de la conspiración es cosa cierta. Sin embargo, los relatos que han llegado hasta nosotros sobre el perturbado sueño que tuvo esa noche, sus presentimientos, dudas y pesadillas, son la evidencia de que su mente estuvo afectada por alguna terrible sospecha... ¿Acaso supuso que por primera y única vez la suerte, la violencia y su propio carácter se habían combinado en su contra? ¿Pudo imaginar que sus horas estaban contadas? Y, de haber sido así, ¿habrá visto, tal como se supone que algunas personas llegan a ver antes de la muerte, desfilar velozmente todo el proceso de su vida? No sabemos qué pudo haber visto ni cómo pudo haberlo juzgado, pero en parte podemos imaginarlo. Nuestra imaginación debe ser selectiva, puesto que aun los sucesos que suponemos desfilaron ante sus ojos, ya en la casa de Lépido, ya en los intervalos en que estuvo despierto durante la noche, son demasiado numerosos para ser registrados; y es propio también circunscribimos por respeto a la verdad, aunque en un asunto como éste la objetividad no es posible. Con frecuencia César emprendió la tarea de explicárselos, pero no estaba habituado a la autocrítica. Su grandeza es indiscutible; pero si tal grandeza es algo admirable o desastroso, es una cuestión muy diferente.

César sabía que era grande, si bien ese conocimiento parece haberle llegado gradualmente. Antes de su muerte podemos imaginarlo reflexionando acerca de la vida que estaba tan próxima a su fin en términos como los siguientes.

LIBRO PRIMERO

1 MI FAMILIA

Mi familia desciende de los antiguos reyes de Roma, y si hemos de creer la historia según la cual Venus fue nuestra antepasada, también descendemos de los dioses inmortales. Existan o no los dioses, esa fuerza que hallamos en la naturaleza y en la personalidad a la que llamamos «Venus», ha sido muy generosa conmigo, excepto, cosa extraña, en su aspecto procreativo. Después de muerta mi hija Julia, no queda nadie de mi sangre, pues aunque Cleopatra pretenda mi paternidad sobre su hijo Cesarión, no hay que fiarse de sus palabras. Sin embargo, nuestra antigua familia, elevada por mí otra vez a la grandeza luego de muchos años de oscuridad, no se ha extinguido. La hija de mi hermana (fue en el año de la conspiración de Catilina) dio a luz un niño, Octavio, al que nombré mi heredero. Es un joven de notable habilidad, ambicioso, sensato y absolutamente cruel. Desgraciadamente su salud es deficiente, pero también lo fue la mía a su edad. Si vive, heredará, asirá y sabrá retener el poder.

Con la notable excepción de mi persona, no ha habido durante muchos años en la familia Julia ningún varón que se destacara. Mi padre nunca logró el consulado, pero Aurelia, mi madre, fue vastamente conocida, salvo en círculos libertinos, por su integridad, su encanto, y su considerable capacidad intelectual. Tenía sus ambiciones puestas en mí y en los tiempos críticos de mi carrera siempre fue un apoyo, desaprobándome con frecuencia. Y en verdad, no toda mi carrera puede ser aprobada por aquellos cuyos principios, aunque liberales, son estrictos. No obstante, prefiero creer que mi madre, como mujer, comprendió que los principios, aun los más sinceramente mantenidos, para resultar efectivos han de ser adaptados, en cierta medida, a los acontecimientos. La tragedia de nuestros tiempos y, de algún modo, mi propia tragedia, consiste en que los remedios adoptados han sido insuficientes para abatir el mal; en que hechos accidentales, como el peso muerto de la tradición, los intereses y la estupidez, han entorpecido continuamente mi libertad y rapidez de acción, de manera que lo que he realizado ha sido, más que lo bueno, lo necesario. Por otra parte, debe observarse que no mucha gente es capaz de realizar lo necesario y mucho menos todavía moldear, aun en cierto grado, las fuerzas de la necesidad misma. Por haber reconocido algunas necesidades y por haber actuado con la rapidez y seguridad indispensables para garantizar que entre dos o más posibilidades, una al menos se haya concretado, mereceré el respeto de la posteridad. Es probable sin embargo, siendo la naturaleza humana tal como es, que sea a la vez detestado y admirado, pero siempre por razones equivocadas. El espíritu doctrinario y anticuado de Catón no murió con él en Utica. Se hallará con frecuencia que es suficiente con llamarme «rey» o «dictador», o se magnificarán hasta más allá de lo concebible palabras tales como «libertad» con la intención de presentarme como a un fenómeno calamitoso, que, por ambición personal, despojó a los hombres de sus derechos y oportunidades de libre progreso. Y habrá otros que, al igual que muchos hoy me admirarán hasta la idolatría por la única razón de ser ellos mismos incapaces de asumir responsabilidades. Son éstos los hombres que siempre adorarán al poderoso, aun cuando ese poder se dirija directamente contra sus propios intereses e imaginarias creencias. Su adulación brota de un natural servilismo y, aunque en toda situación constituyan un factor de gravitación, carecen sin embargo de valor. No me gustaría ser calificado como bueno ni como malo. Sería más apropiado llamarme necesario, brillante y, siempre que se diera la posibilidad, bien intencionado.

Me imagino que mi madre pensó en mí en esta forma, aunque en mi niñez, como es natural y propio de una buena educación, las palabras «bueno» y «malo» fueron frecuentemente pronunciadas. No sólo mi madre misma sino también varios de entre sus familiares eran gente destacada tanto por su alcurnia como por su alto nivel intelectual. Rutilio Rufo, por ejemplo, tío de mi madre, era un adepto a la filosofía estoica, pero contrariamente a Catón, la sentía con sinceridad y sin la menor ostentación. Era lo que llamamos un «antiguo romano» y, a decir verdad, el único ejemplar de este tipo que jamás conocí. La persecución de que fue objeto por parte de los capitalistas romanos de nuevo cuño, me enseñó una de las primeras lecciones en política. Luego vienen los hermanos de mi madre, los Cotta, dos de los cuales llegaron al consulado. Recuerdo especialmente a Cayo Cotta, uno de los mejores oradores de su tiempo y hombre de grandes luces. Él, como la mayoría de sus amigos, era ferviente estudioso de la literatura y de la teoría política griegas. No es que pensaran, como parecen haberlo hecho algunos reformadores anteriores, que la estructura política de una sociedad puede ser importada en masa e imponérsele a otra; pero habían advertido perfectamente, mucho antes que los demás, que la constitución y teoría del gobierno romano, a pesar de lo admirables que fueran en el pasado, resultaban ahora inadecuadas, anticuadas y hasta peligrosas. Así, en sus conversaciones, a las cuales aun de muy niño me fue frecuentemente permitido asistir, debatían los méritos de la democracia, oligarquía y monarquía, citando a Tucídides, Aristóteles, Platón y a filósofos populares del momento. Yo era un oyente entusiasta, fascinado en parte por la política misma y en parte por lo que consideraba la gran distinción intelectual de la familia de mi madre. Mis tíos y sus amigos tuvieron la bondad de fijarse en mí y estimularon mi temprano y duradero interés por la literatura griega. Recuerdo que durante una de sus discusiones los sorprendí, al aventurarme a citar un verso de Eurípides, sobre el cual he tenido que reflexionar en muchas ocasiones:

Si mal has de hacer, hazlo en salvaguardia
Del poder supremo y, en otras cosas, sé siempre bueno.

Mi tío Cotta, por entonces un joven que comenzaba su carrera en los tribunales, me aplaudió por haber leído y recordado a Eurípides, pero deploró el contenido de los versos por antiliberales. Le sobraba razón, pero fue incapaz de comprender qué se entiende por necesidad.

Me sentía orgulloso de mi madre y su familia. También estaba orgulloso y fui profundamente influido por otra relación familiar de índole completamente distinta. Hoy, sólo amigos personales o especialistas en historia recuerdan a los Cotta; en cambio mi tío Mario siempre será recordado.

Es difícil comprender cómo a este formidable y tremendo personaje le fue permitido entrar en nuestra familia. Era de oscuro origen y sus padres, según parece, se ganaban la vida con trabajos manuales. Él y ellos dependían del poderoso y con frecuencia arrogante clan de los Metelo, pero, según me dijeron, Mario, desde muy temprana edad, proclamó su total independencia y lo demostró al empeñarse en insultar al cónsul Quinto Metelo, quien le había dado la primera oportunidad de probar sus habilidades en la milicia. Mario no tenía dinero ni elocuencia, y luego de ofender a los Metelo, quedó sin apoyo en los círculos influyentes. Sin embargo, basándose tan sólo en sus grandes cualidades de soldado y su enorme popularidad, logró el consulado. Todo esto sucedió antes de mi nacimiento, así como su matrimonio con la hermana de mi padre, mi tía Julia. Se trataba de una extraña pareja, ya que Julia era socialmente muy superior a él y Mario, en cambio, nunca concedió la menor importancia al rango. Si hubiese deseado apoyo político probablemente habría buscado alianza con otra familia, ya que la nuestra, por esos tiempos y a pesar de su gran antigüedad, no poseía riquezas ni influencia política. Tal vez Mario y mi tía, por difícil que

sea imaginarlo, estuvieron enamorados. Por cierto que mi tía siempre se expresó con respeto cuando hablaba de su esposo y constantemente se refería a las grandes hazañas de éste durante su juventud y primeros años de madurez. Ello era explicable si se considera el espantoso salvajismo que caracterizó sus actos durante las últimas etapas de su vida.

Para mí, durante mi niñez, él fue más una leyenda que una realidad. Se lo nombraba invariablemente durante las conversaciones de niñeras, tutores y alumnos, y su nombre, aprobase uno a Mario o no, fue por muchos años el más grande de Roma. La más espléndida de sus incontables victorias fue ganada el año siguiente a mi nacimiento. Entonces aniquiló por completo las grandes huestes germanas que, de no haber sido por él, habrían devastado ciertamente a Italia y a la misma Roma. Poco después cometió algunas tontas equivocaciones en política. Cayó en la trampa tendida por sus enemigos, quienes lo llevaron a actuar de manera impopular, y durante un tiempo quedó completamente desacreditado entre sus amigos. Pero en ningún momento la gente dejó de ocuparse de él. Había algo en su personalidad que llevaba a la fábula, hasta al romance. Tal vez fuera la gran intensidad de su seguridad interior, ya que en realidad distaba mucho de ser un romántico, y se hallaba desprovisto del más leve encanto.

Al igual que la mayoría de los niños, me deleitaban las historias de prodigios y milagros. Muchas de ellas se referían a Mario y aún hoy se cuentan. Recuerdo especialmente cuánto me impresionaba el relato sobre dos buitres que aparecían antes de cada una de sus victorias y acompañaban al ejército en su marcha. Ambos pájaros podían ser reconocidos siempre, pues los soldados, en cierta ocasión, los capturaron y les colocaron sendos collares de bronce alrededor del cuello. Y así, después, cuando estos grandes pájaros, ostentando los reflejos dorados tras sus cabezas y desplegando sus anchas alas, planeaban sobre las columnas en marcha, los soldados, cualquiera que fuese el peligro, se impacientaban por entrar en combate, seguros de la victoria.

Siendo muy niño creía en esta historia y me gustaba pensar en ella y revivirla. Sólo más tarde, con el gradual desarrollo de mi mente, descubrí el evidente fallo de que, por amplio que fuera el alcance del vuelo de los buitres, no era posible que fuera tan grande como el de los ejércitos de Mario. Más tarde, por preguntas hechas a mi tía Julia, descubrí que Mario, durante sus campañas, tenía siempre a mano seis u ocho buitres enjaulados y equipados con sus collares de bronce. Los pájaros eran tratados y cuidados por uno de los esclavos de Julia y el propio Mario los manejaba con suma prudencia, no dando jamás la orden de soltarlos a menos de estar previamente seguro de su victoria.

Aunque durante un corto período quedé algo desilusionado al hallar que existía una explicación racional para lo que me parecía la directa intervención de los dioses, pronto me di cuenta que la historia verdadera daba más prestigio que la falsa a la habilidad de mando de mi tío. Ciertamente él, como Sertorio, el más grande de sus subordinados, poseía el arte de combinar todas las fuerzas a su favor, incluso la considerable fuerza de la superstición. Los hombres están dispuestos a creer casi todo, siempre, claro está, que ello les produzca placer, diversión y confianza. Éste es un hecho conocido para los que, como Mario, pueden genuinamente unirse al sentir de la gente y ganar, como resultado, no sólo respeto, sino, aun contra toda probabilidad, confianza y afecto. Individuos más intelectuales (mi tío Cotta, por ejemplo) creen, como naturalmente todos creemos, en el poder del razonamiento, pero lo consideran más fuerte de lo que en realidad es.

Mario, siendo totalmente inculto, era supersticioso; pero su natural agudeza era tal, que toda superstición por él alimentada se adaptaba para servir a sus propios intereses. Durante su vejez, tomó el hábito de relatar un suceso ocurrido, según él, durante su niñez. Mientras caminaba por el campo —decía— recogió en sus brazos y guardó entre los pliegues de su toga un nido de águilas que contenía siete aguiluchos, y que había sido

barrido de los acantilados por un fuerte viento. Sus padres, de inmediato, hicieron interpretar el presagio por los augures y éstos dijeron que el niño estaba destinado a ser el más grande hombre del mundo y que antes de morir alcanzaría siete veces la suprema posición en el Estado.

Esta historia era la predilecta de Mario y solía relataría después de su exilio y antes de ser cónsul por séptima vez. Existían, según parece, varias versiones. Después de su segundo consulado, por ejemplo, afirmaba que los aguiluchos eran tres.

Yo mismo, que tenía por ese entonces catorce o quince años, oí la última versión de Mario. En seguida supe que no era cierta. Me interesaba la historia natural y sabía que el águila nunca pone más de tres huevos. Hasta me aventuré a recordarle este hecho, cosa bien atrevida, como pude comprobar por la expresión de horror que se pintó en los rostros de los circunstantes. A decir verdad, no dejó de alarmarme la furiosa mirada que me dirigió el anciano bajo sus erizadas cejas y pude notar el fuerte nudo de músculos en su brazo, contraídos por el enfado. De pronto sonrió y luego rió ronca y aparatosamente, con un sonido muy desagradable. «Muchacho —dijo—, para Cayo Mario los dioses podrían crear cien aguiluchos.»

Evidentemente él consideró este comentario tan terminante como sabio. Naturalmente no era ni lo uno ni lo otro, puesto que no se trataba aquí de la omnipotencia de los dioses, en el supuesto caso de que éstos existiesen, sino que, hasta donde hemos podido observar, los dioses nunca han transgredido las leyes de la naturaleza. Me di cuenta, sin embargo, que ésta era una reflexión demasiado sutil para la mentalidad del anciano y decliné continuar con el tema. También me interesaba no ofender al general, quien en esa época empezó a tomar considerable interés por mí.

Durante las primeras y contadas ocasiones en que me encontré frente a mi pariente, a pesar de la franca admiración que sentía hacia él y de los esfuerzos de mi tía Julia, no conseguí ganar su atención ni su consideración. Según parece, encontraba reprensible mi apariencia. Pues, en parte por agradar a mi madre y también por una predisposición natural, yo era desde niño muy cuidadoso en mi manera de vestir y de peinarme. En cuanto a esto último, pronto adopté un modo especial de partir el cabello, dejando caer un bucle bastante bajo, sobre la frente. Más de una vez sorprendía a mis condiscípulos riéndose, al yerme tocar con un dedo, inconscientemente, la raya de mi peinado para asegurarme de que continuaba recta. Y también la toga, que todos los jóvenes llevábamos, conseguía usarla de otra manera, poniendo especial cuidado en la elección de la tela y en la elegancia de sus pliegues.

Para Mario, esto era una señal del afeminamiento que esperaba encontrar en las clases sociales altas. Más aún, lejos de admirarme por mis progresos en el estudio del griego, consideraba esta dedicación, en cierto modo, inmoral. «Las batallas no se ganan con verbos irregulares», solía decir, sin observar que también hay irregularidades en nuestra gramática, y decía que, por su parte, no deseaba estudiar la literatura de una raza sometida.

Yo mismo, debo admitirlo, sufrí al principio una desilusión al conocer en la vida real a este personaje, que a través de los rumores de mi niñez me había parecido fabulosamente grande. Las historias que me gustaba recordar no eran precisamente las milagrosas, sino las que mostraban su energía en acción, su temple y el poder extraordinario que ejercía sobre sus hombres.

Estas historias eran verdaderas. En servicio activo, a despecho de la severidad de su disciplina, era capaz de una cierta indulgencia y comprensión. Sus hombres llegaban a tacharlo de demasiado prudente, lo cual demuestra que sabía reservar sus fuerzas para los momentos decisivos. Era moderado en toda su conducta, despiadado empero con el

cobarde y el incompetente, justo y recto con todos y por todos amado. Pero cuando llegó el momento de desempeñar un papel en la vida de la ciudad, su carácter se alteró por completo. Se volvió jactancioso, arrogante, grosero y desagradable aun con sus amigos, tanto como insolente y cruel con sus enemigos. Peor aún, estaba casi siempre bebido y en este estado se ponía de muy triste humor, ensombreciendo las más alegres tertulias; o por el contrario, estando la gente, por alguna buena razón, triste o seria, la molestaba con una alegría chabacana y estruendosa, al igual que el Hércules de Eurípides, inoportunamente alegre durante un funeral. Aunque declaraba despreciar y en verdad despreciaba toda muestra de civilización, ello no le impedía vivir durante largos períodos con lujo y ostentación, en una espléndida villa en el balneario de moda de Baiae. Como era totalmente incapaz de apreciar ninguno de los verdaderos refinamientos (las estatuas, pinturas, pórticos) que compró a precios altísimos, pasaba indolentemente su tiempo entregado a sus insaciables y groseros apetitos; la comida, la bebida y las relaciones sexuales (si puede usarse esta expresión para describir un simple y bestial acoplamiento) con las mujeres más bajas y vulgares. Era extraño, siendo un libertino, que no sintiera interés amatorio por personas de su propio sexo, y, en verdad, consideraba la homosexualidad como decadente y afeminada, así como el estudio de la poesía y la filosofía.

Naturalmente, mi tía Julia, mi madre y otros miembros de la familia estaban disgustados por su conducta en aquel tiempo; y habrían de estarlo mucho más durante los últimos años de Mario. Tampoco yo pude impedir sentirme algo desilusionado al descubrir que mi ídolo tenía tan poco parecido con el que me había forjado. Sin embargo, nunca dejé de observar y admirar sus verdaderas cualidades. Solía ruborizarme por él cuando, a veces, la gente se reía al verle tambalearse más que caminar, al dirigirse al gimnasio. Pues aún a edad avanzada se unía a los jóvenes en sus ejercicios en el Campo de Marte. Pero siempre tuve la satisfacción de ver cómo la risa se trocaba en asombro. Una vez que tocaba una jabalina o una espada, se operaba la transformación. Lo salvaje de su expresión era, por lo intensa, casi bella. Hasta tenía una especie de ligereza en sus grandes miembros y una fina destreza unida a la fuerza con que manejaba las armas. Las piernas, que momentos antes parecían tan inestables, ganaban dureza en la acción, prestándole una estabilidad de piedra, y hasta parecían bellas, aunque una estaba cubierta de nudos y nudillos como un árbol viejo y la otra (como resultado de una operación) tenía profundas marcas e incisiones.

También observé en mi tío una cualidad que sólo podría llamarse —aunque no en el sentido general de esa expresión—humanidad. Era ésta la humanidad de la sangre, de los huesos, del coraje, una especie de lealtad y resistencia y no la que comúnmente asociamos con cualquier excelencia moral o intelectual. En realidad, desde muchos puntos de vista, Mario podría describirse con toda justicia como perverso y estúpido a la vez. Pero en su sencillez (y no la menciono como cualidad, pues era astuto y vengativo) y en su fuerza, parecía encontrarse algo divino. Con frecuencia, lo recuerdo deteniéndose en la calle para dirigir unas palabras a algún viejo soldado suyo que reconociera entre la muchedumbre, el cual ni se había atrevido a mirar a su comandante en jefe. Las palabras de Mario rara vez tenían gracia y su actitud era la de un exhibicionista. Le gustaba mostrar sus heridas diciendo que eran mejores títulos de nobleza que una galería de retratos de familia. Con todo, dijera lo que dijese y como fuera que se portase, para aquellos que habían servido con él, seguía siendo objeto de un afecto personal y casi fanático. Un hombre a quien dirigió una áspera sentencia en la calle, recordaría el incidente (se podía adivinar por su expresión) y lo describiría embelleciéndolo, año tras año, a su mujer, sus hijos, nietos y amigos.

Yo mismo era capaz de compartir esas sensaciones, como que después logré inspirárselas a otros. Por lo tanto me sentí agradecido cuando, hacia el fin de mi niñez,

Mario comenzó a dar señales, no sólo de haberse sobrepuesto a su aversión hacia mí, sino de tomar verdadero interés por mi futuro. Atribuyo este cambio al hecho de que me viese hacer un despliegue de destreza como jinete ante mi madre y algunos amigos. Ya desde temprana edad yo era un experto en el adiestramiento de caballos. Me divertía cabalgando velozmente con las manos atadas detrás de la espalda, y también practicando un estilo al uso entre ciertas tribus germanas y galas, las cuales tenían soldados de caballería entrenados también para guerrear a pie, quienes sabían montar y desmontar sus caballos a todo galope. Mario, por puro accidente, me vio en estas prácticas y quedó profundamente impresionado: le asombró que un joven de mi apariencia fuese capaz de tales proezas atléticas, especialmente al recordar que yo era tenido como muy versado en griego. Él, por su parte, se acercaba a la última y más salvaje etapa de su carrera, pero durante sus últimos años dio varias veces muestras de distinguirme. Llegó un momento en que parecía inminente mi entrada en el mundo político y bajo los mejores auspicios, pero en la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, esto no fue posible. Pronto los mejores hombres de Roma, incluidos los Cotta, comenzaron a cortar todo contacto con Mario. En cuanto a mí, los favores que me dispensaba por poco me costaron la vida.

No obstante, me agrada recordar a Mario y pienso entonces en su grandeza, olvidando lo de salvaje, brutal y rústico que había en él. Mario no era ídolo para un niño, pero su tremenda sombra dominó mi infancia. Solía preguntarme si era posible amalgamar en un solo individuo su fuerza, vehemencia y rígida eficacia con las cualidades tan opuestas de cultura, moderación e integridad política que admiraba en la familia de mi madre. Aun me parece dudoso, dadas las circunstancias, que ello sea posible, es decir, si uno desea preservar la propia vida.

2 UNA ESCENA CALLEJERA

Toda mi vida he sido admirado o censurado por mis actividades revolucionarias. Con frecuencia se olvida el hecho de que no fui yo quien comenzó la revolución en Roma. La revolución había comenzado aun antes de mi nacimiento, y durante los años de mi formación, día tras día, fueron grabándose en mi mente la violencia, la ferocidad y el aparentemente irreconciliable antagonismo de esos tiempos. Estos antagonismos fueron en gran parte personificados o reflejados en las importantes personalidades de mi tío Mario y su enemigo Sila. Sólo gradualmente llegué a comprender las causas verdaderas de tales rivalidades. De niño, eran las personalidades las que me impresionaban y, por lealtad de familia, por instinto y puedo decir también por afecto, yo estaba sin reservas del lado de Mario. Me di cuenta luego que mi elección, si elección había de hacer entre tan salvajes opositores, fue acertada, pues Mario, con sus enormes fallos, representaba fuerzas más poderosas que él mismo, fuerzas de carne y de sangre: algo capaz de dar vida, crecimiento y expansión a la historia; mientras que Sila tenía un lastre: su orgullo y ambición eran de tan bajo y arraigado egoísmo, que en comparación, la vanagloria de Mario casi parecía generosidad; las fuerzas que representaba eran fuerzas de contracción y osificación.

Tendría alrededor de nueve o diez años cuando conocí a Sila, pero, por supuesto, antes de esta ocasión había oído mucho sobre él. Por más que me gustara escuchar historias sobre la carrera de mi tío Mario, debo admitir que más de una vez me aburrió tener que soportar la frecuente repetición de un particular relato referente a Sila y que sucedió algunos años antes de nacer yo. Por esos tiempos Sila era un joven oficial bajo las órdenes de Mario en África. Mostraba ya claramente las grandes cualidades militares que indudablemente poseía y durante el transcurso de la guerra, mediante una hábil maniobra diplomática, consiguió la rendición de rey Yugurta, quien durante muchos años había guerreado con éxito contra Roma. La captura del rey significaba el fin de la guerra y Yugurta fue debidamente exhibido durante el triunfo de Mario, celebrado poco antes de que entrara en posesión de su aún más importante comandancia, esta vez contra los germanos. Pero mientras tanto Sila y sus amigos hicieron correr la historia de que Mario reclamaba injustamente la victoria en África. Casi todo el trabajo —decían— fue hecho por su antiguo comandante Metelo y la hazaña final pertenecía a Sila. Había algo de cierto en esto, pero no mucho. En todo caso, la reputación militar de Mario era lo bastante firme como para resistir fácilmente cualquier ataque. Un hombre generoso, o al menos sensato, habría ignorado semejantes historias. Pero Mario, cuando se trataba de su propia gloria, no era ni generoso ni sensato. Odiaba a Sila con una febril y aterradora intensidad y Sila, más controlado y si es posible más salvaje, demostrando ostensiblemente su desprecio —que por poco enloqueció a Mario—, lo odiaba a su vez. Para la época en que alcancé la edad escolar, este odio, por ambas partes, se había convertido en una obsesión. Yo, personalmente, estaba, como es natural, a favor de mi tío y me alegré de encontrar en la familia de mi madre el mismo clima. Desconfiaban de Sila, al que consideraban un político reaccionario inescrupuloso, y encontraban ofensiva su vida privada. Lo criticaban por ser un advenedizo, aunque en realidad provenía de una antigua familia patricia empobrecida, y finalmente lo acusaban de haberse enriquecido por medios inconfesables, tales como cortejar a viejas y ricas damas con el fin de recibir sus legados.

Estas últimas acusaciones, según supe más tarde, eran algo injustas. No soy yo el más apropiado para criticar al que haya de pedir préstamos de dinero o que a cambio de uno u otro favor lo consiga para ganar influencia y poder. Sila, a despecho de su

nacimiento aristocrático, comenzó su vida en pobres moradas, tuvo conciencia de su poder y dio —razonablemente a mi parecer— los pasos necesarios para asegurarse libertad de acción. Uno no puede culparlo por alguna que otra viuda rica. Ni tampoco eran sus extravagantes placeres tan desusados ni repugnantes. Pero resultaba desagradable la contradicción entre ellos y lo que uno se imaginaba que él era. En cuanto a Mario, en medio de su brutalidad, sus borracheras, su extraña generosidad y su dureza, era todo de una pieza. Sila, en cambio, parecía tener una doble personalidad. En la acción era despiadado, austero (excepto cuando deliberadamente alentaba el libertinaje) y eficiente; era culto e instruido. Pero cuando volvía a su vida privada era afable hasta el ridículo. Sus íntimos no eran hombres de importancia ni cultura, sino los individuos más vergonzosos: cantantes, bailarines y actores. Por uno de estos últimos, llamado Metrobio, concibió una pasión violenta que duró muchos años y, en realidad, sus amoríos, que tenían fama de ser numerosos, comprendían gente de toda clase y de ambos sexos, aunque tenía preferencia por la clase baja. Mario, que consideraba sus propios excesos como perfectamente normales, comentaba con horror y con desprecio la forma de vivir de Sila.

Personalmente, lo que menos me gustó de Sila fue su apariencia, que hallé grotescamente llamativa y exagerada. Aún a los cuarenta y cinco años (tenía esa edad cuando lo conocí) conservaba una cabeza de brillante color oro, que podría quedar bien en otro hombre, pero en él —aunque la gente simulase admirarla— no armonizaba con el resto de su rostro. Sus ojos eran grandes, penetrantes y de un color azul muy fuerte, poco natural; cuando montaba en cólera podían ser terribles, como tuve ocasión de comprobar, pero ese efecto se debía en parte a una chocante desarmonía. Era como si un león mirase con furia a través de los ojos de una muñeca. Su cutis también era desagradable, pues la piel estaba manchada de intenso color púrpura y de blanco. Tiempo después un cantante de una taberna de Atenas cantó unos versos que aludían a ello y comenzaban así:

La cara de Sila es de mora
Salpicada de harina de avena.

Es bastante posible que estos versos y otros de carácter obsceno refiriéndose a su cuarta esposa, la distinguida patricia Metela, hayan influido en él cuando, durante su campaña en Oriente, ordenó la bárbara matanza que sucedió a la captura de Atenas. Este acto casaba bien con Sila.

Hubo algo ligeramente burlesco en mi primer contacto con él, pero el incidente me enseñó a conocerme mejor. No tenía yo más de nueve o diez años en esa época, cuando Sila fue erigido pretor. Ganó esa posición en parte gracias a un extenso soborno y en parte por alentar entre el pueblo la esperanza de darles magníficos juegos y entretenimientos. Todo esto lo supe por chismorreos de mi familia. Yo era aún demasiado joven para saber que, en aquella época, ningún candidato a cualquier cargo público era elegido sin que antes fuese entregada una suma de dinero, generosa por cierto, por el interesado; ni tampoco sabia que de todos los candidatos, Sila era sobradamente el más indicado. Mi hostilidad, por lo tanto, a la vez injustificada e irracional, procedía únicamente de mi infantil noción de lealtad hacia mi tío Mario, de quien Sila era enemigo.

También me enojaba pensar en la cantidad de animales que serían sacrificados en el circo para ofrecer espectáculos al pueblo. El despliegue ofrecido por Sila era de una magnitud sin precedentes y en verdad no fue superado hasta años después, cuando llegaron los triunfos de Pompeyo y los míos propios. Desde África, en donde tenía gran influencia, Sila había importado una enorme cantidad de animales salvajes. Uno de los espectáculos que más atracción produjo, fue un juego en el cual se enfrentaron cien leones contra

arqueros númidas. Me sentí profundamente asqueado al pensar en la matanza de esas nobles bestias. Nunca encontré placer en estas exhibiciones sangrientas, aunque naturalmente, en años posteriores descubrí que para ganar el favor del pueblo, al menos en tiempo de paz, era esencial entretenerlo de forma brutal y ostentosa. Ahora, cuando tengo que asistir obligadamente a los juegos, los observo lo suficiente para asegurarme que han sido eficientemente organizados y durante la mayor parte de su duración desvío mi atención y la concentro en leer o dictar cartas. Mi indiferencia hacia los placeres del pueblo no me daña políticamente; una vez que éste ha entregado su favor a un hombre, como le fue entregado a Mario y también a mí, no sólo tolerarán sino que aplaudirán cualquier acto que les parezca excéntrico u original. Aquellos que nunca perdonan una actitud de esa naturaleza son, invariablemente, los de nuestra propia clase.

Sila, cuya verdadera pasión eran el teatro y el ballet, veía el entretenimiento que ofrece la matanza de animales como un acto político que aumentaba su prestigio. Yo no lo sabia en aquel tiempo, lo consideraba cobarde y cruel, sin darme cuenta de que su crueldad se dirigía más hacia los seres humanos que hacia las bestias salvajes.

Fue por ello que algunos días después de uno de los espectáculos ofrecidos por Sila, recorrí las calles con una banda de muchachos que me seguían como a un jefe, y de un modo harto infantil, comencé a organizar una manifestación. Me puse a gritar lo más fuerte que pude preguntas como ésta: «¿Quién salvó a Roma de los germanos, Sila o Mario?», «¿Quién ganó la guerra africana, Sila o Mario? ». Y mi pequeña banda contestaba: «Mario». Me hubiese gustado hacer una manifestación contra la matanza de los leones, pero comprendí que esto sería algo impopular aun entre mi pequeña banda.

La reiteración del nombre de Mario y la mención de sus victorias hizo el deleite de la muchedumbre; de un lado porque Mario, «el hombre del pueblo», todavía conservaba el afecto de la mayoría de los ciudadanos romanos y de otro porque el ver a esos niños realizando una manifestación política, los divertía enormemente. Al poco rato comenzaron muchos otros a unirse al coro que alababa la superioridad de Mario sobre Sila y entonces sentí una extraña y maravillosa sensación de alegría y satisfacción. Me di cuenta que mis propias palabras y acciones (pues todo esto fue idea mía) influían más allá de lo esperado sobre el ánimo de la multitud, que gradualmente se hacía más numerosa. Ésta fue tal vez mi primera experiencia con el poder; no era precisamente una experiencia valiosa, pero me resultó agradable y significativa.

De pronto noté, con algún desmayo, que el volumen del sonido que había seguido y aplaudido mi arenga, comenzó gradualmente al principio y luego rápidamente a decrecer. En seguida comprendí la razón: Sila en persona, rodeado de las altas figuras de los lictores con sus varas y hachas y seguido por varios jóvenes a caballo, se aproximaba. Aun sin los lictores, la dorada cabeza y su porte rígido hubiesen sido inconfundibles. Al verlo acercarse, el gentío enmudeció, temiéndole más que amándolo, pues para quien acababa de brindarles tan costosos espectáculos, los aplausos fueron bastante escasos.

No dejé de notar que mientras algunos de los muchachos de mi banda miraban hacia mí como buscando apoyo, otros escrutaban las calles por encima de sus hombros en el afán de hallar una salida propicia para escapar. Este amago de deserción me enfureció, pero dominándome disimulé mi disgusto y mirándolos sonriente, alcé al máximo mi voz (que en aquel entonces no estaba entrenada y habrá seguramente sonado ridícula) gritando: «Viva Mario, que mató germanos en vez de animales», «¡Viva Mario, el salvador de su país!”.

Todos los muchachos se unieron a mí: «¡Viva Mario, el salvador de su país! », y entonces hasta algunos del montón comenzaron a aplaudir.

Fueron silenciados de inmediato por la potente voz de Sila que daba orden de «alto» a sus lictores y vi cómo aquellos que en la estrecha calle se encontraban cerca de él,

comenzaron a retroceder cual si se hallasen próximos a un fuego pronto a hacer presa de sus ropas. Había sin duda algo terrible en los azules ojos de Sila, una mirada no tanto de cólera como de dominación y desprecio total. Pues Sila siempre despreció a la masa, no importa de qué clase, a menos que fuesen los soldados de su propio ejército, cuya devoción ponía buen cuidado en conservar.

Yo, como dirigente de la manifestación, me hallaba algo más elevado que el resto, de pie sobre una pequeña tarima; Sila volvió lentamente su mirada hacia mí: «Muchacho —me dijo—, debes aprender modales si no quieres sentir el peso de mi autoridad».

Recalcó la palabra «mi» con tal fuerza que todavía hoy recuerdo el tono en que habló. Pero lo que recuerdo fundamentalmente es mi intensa excitación nerviosa y mi sorpresa al no sentir el menor temor ni de su amenaza, ni de él mismo.

Sentía como una liviandad en mi cabeza cuando le grité en contestación: «Todos sabemos que es vuestra autoridad. Por cierto que es muy vuestra. La comprasteis en las elecciones».

La frase no era particularmente ingeniosa, pero en tales circunstancias resultó serlo y se oyeron algunas carcajadas. En cuanto a mí, una vez que las palabras salieron de mi boca, esperé resueltamente pero algo intranquilo las consecuencias de ellas. De haber tenido más experiencia habría sabido que no había nada que temer. Sila, a estas alturas de su carrera, era demasiado inteligente para dejarse mezclar en un incidente público como un simple muchacho. Me dirigió una mirada con sus ojos fuertes y penetrantes; mirada que estaba destinado a ver una vez más en circunstancias mucho más peligrosas. Luego se fue y al hacerlo, un joven montado a caballo de los que lo acompañaban, forzaba a la gente a retroceder a su paso, empujándolos a unos contra otros, jurando y maldiciendo, olvidados por el momento del incidente recientemente ocurrido.

Sin embargo, el asunto causó alguna conmoción, y cuando al atardecer volví a casa, me encontré con que los rumores sobre él me habían precedido. Relaté todo lo sucedido a mi madre y me reprendió con severidad; pero al hacerlo sonreía ligeramente y supe luego que se preocupó de que Mario fuera informado de esta muestra de admiración de su sobrino.

Para mí, lo ocurrido, aunque fútil en si, tenía alguna importancia y he reflexionado mucho sobre ello. Mis reflexiones me llevaron a comprender que es posible permanecer en momentos decisivos enteramente sereno, y que ese estado confiere una extraña energía e invulnerabilidad tanto al cuerpo como al espíritu, cualidades éstas que hasta pueden, por medio de una especie de telepatía, transmitirse a los demás.

3 ENTRADA EN EL MUNDO DE LA POLITICA

Por aquellos tiempos era costumbre inculcar en los muchachos, durante sus lecciones de historia, cuán sabia, estable y dúctil era la constitución romana, cuán firme y al mismo tiempo generoso era el trato que los romanos daban tanto a sus aliados como a sus enemigos; y finalmente cuán rica y generosa era Roma como resultado de ejercer a través de los años sus antiguas virtudes —sobriedad, patriotismo, seriedad, fortaleza y sobre todo un gran sentido del honor—. Se formó en mí la creencia de que con nuestro Senado habíamos desarrollado el más eficaz cuerpo de gobierno de la historia del mundo. Constituía un cuerpo cuyos miembros eran, en su mayoría, elegidos entre mi propia clase, aunque otros, de excepcional brillantez —mi tío Mario por ejemplo—, no sólo habían ocupado escaños en el Senado, sino también desempeñado los más altos cargos y como consecuencia de ello habían logrado alcanzar las más elevadas posiciones dentro de la aristocracia romana. (Lo que se omitía señalar, aunque siempre lo hiciera Mario, era el hecho de que la nobleza había empeñado todo su poderío para evitar que éste se elevase a su rango.)

Se aceptaba que con el correr del tiempo yo también entraría en el Senado. Ocuparía primeramente una función de gobierno de poca categoría, y después de intervalos regulares prescritos por la ley, tendría derecho a ser elegido para ocupar más altas posiciones y, si demostraba capacidad, podría conseguir la pretura, o —como coronación de una carrera política— el consulado mismo. Pretores y cónsules eran una clase aparte. Tenían atribuciones para gobernar provincias y mandar ejércitos. Mientras tanto, me enseñaban a admirar el espíritu cívico demostrado por todos los miembros de la aristocracia que dedicaban sus vidas al servicio del Estado durante la paz y la guerra.

También me enseñaron a admirar, aunque tal vez no tanto, a otra poderosa e influyente clase de señores que, fuera del Senado, se habían enriquecido sea por medio de transacciones comerciales o como resultado de una cuidadosa administración de sus tierras y otras propiedades. A estos financieros y hombres de negocios, no siendo miembros del Senado, les estaba vedado ocupar cargos públicos, pero así y todo —se me indicó— desempeñaban importantes funciones. Todos los bancos estaban en sus manos y era a ellos a quienes el Senado otorgaba las concesiones para recaudar los impuestos provinciales. También formaban parte, en ese tiempo, de los jurados en los tribunales de justicia.

Para finalizar, venía el pueblo romano, el conjunto de ciudadanos que, organizados en una asamblea, votaban en las elecciones de los altos magistrados y, en otro tipo de organización, podían inclusive aprobar y aun iniciar leyes. Era costumbre entre la aristocracia dar por sentado que el pueblo demostraba su sentido común cuando seguía los dictados y reglas del Senado, pero algunos teóricos liberales hacían notar que, valiosísimos como eran los consejos del Senado, la última palabra en materia de leyes la conservaba el pueblo. Los representantes del pueblo, los tribunos, que pertenecían casi siempre a la aristocracia, tenían el poder de intervenir, aun en el Senado, y vetar en nombre del pueblo cualquier proyecto de ley que fuera propuesto. También podían proponer ante la Asamblea del Pueblo medidas propias que pudieran ser contrarias a la voluntad del Senado. Pero cuando ello sucedía, era criticado por los teóricos del liberalismo, a quienes les gustaba imaginar un armónico y razonable equilibrio de funciones, una hermosa simetría, eficacia, decoro, flexibilidad y buena voluntad.

No tardé mucho tiempo en descubrir que este convencional retrato de la constitución romana tenía, como norma para mis tiempos, bastante poco valor. La realidad me lo demostró. Antes de cumplir mis quince años, dos tribunos, ambos aristócratas distinguidos y amigos de mi familia, sufrieron muertes violentas, y el pariente de mi padre Cayo Cotta fue sometido a un juicio sumario y exiliado. Y peores cosas habrían de ocurrir luego. Voracidad, ambición, envidia y puro egoísmo predominaron en mis tiempos sobre las antiguas virtudes romanas. Indudablemente estas características siempre oscurecieron la naturaleza humana, pero hay períodos en la historia en que las clases gobernantes parecen ser inmunes a ellas, al menos durante algún tiempo. No tuve la suerte de vivir esos períodos. En mi tiempo, la sociedad humana, observada desde el punto de vista de la moral, resultó ser peor que cualquier congregación de animales salvajes, tales como una manada de lobos.

No era fácil en esos días para un niño —en verdad no lo era ni para un hombre— darse cuenta de inmediato de lo perturbada, descentrada y obtusa que era la sociedad en la cual había nacido. Me desilusionó, en primer lugar, aquello que consideraba como la equidad de la constitución romana, cuando ocurrió lo de mi tío Rutilio Rufo. Fue el año siguiente a la pretura de Sila, y recuerdo que al principio todos tomamos a broma la noticia de que un oscuro individuo llamado Apicio, creo, iba a demandar a Rutilio alegando prácticas corruptas en las finanzas. La acusación se refería a su conducta en la provincia de Asia hacía cinco años y resultaba totalmente ridícula.

Rutilio fue un gran soldado, como hasta el propio Mario admitía. Luego de haber estudiado en establecimientos de gladiadores los métodos practicados, había introducido en el ejército romano un nuevo sistema de manejar la espada, sistema que aun hoy está en uso. Era muy famoso como jurista y como orador, pero era conocido sobre todo por su absoluta integridad e incorruptibilidad. Y estas cualidades fueron especialmente puestas en evidencia durante el corto período en que administró la provincia de Asia. Allí no solamente rechazó con indignación los sobornos que generalmente ofrecían agentes de hombres de negocios a los gobernantes provinciales, sino que tuvo un sonoro éxito al impedir la extorsión de que hacían objeto a los habitantes de la provincia. Las transacciones financieras de los cobradores de impuestos y de sus empleadores en Roma, eran, de acuerdo con su punto de vista, deshonestas, corruptas y, considerando los intereses reales de la provincia, antipatrióticas. Al evitarías, seguramente supo que estaba cosechando enemigos poderosos, pero nunca pudo imaginar el alcance del poderío de éstos, ni de su inescrupulosidad.

Yo también estuve al principio desconcertado por la conducta de estos financieros. Sabía que no todos eran malvados, brutales, irresponsables y tramposos. Sin embargo, los vi actuar como si lo fueran; a pesar de que entre ellos se encontraban hombres eminentes, de gran cultura y, en cierto sentido, de principios. Principios que en el mundo de los negocios no coincidían frecuentemente con sus intereses personales y, cuando el dinero es ambicionado como un fin más que como un medio, se lo envuelve de una peculiar santidad. Hasta es posible que algunos de estos negociantes que perseguían activamente a Rutilio, creyeran que estaban actuando patrióticamente. Habían comenzado por endiosar palabras tales como «capital» e «intereses» y llegaron a concebir la idea de que estas palabras, bastante abstractas en realidad, tenían derechos propios. Por lo tanto, permanecían indiferentes ante el hecho de que arruinando a un inocente cometían una injusticia y provocaban el descrédito de los tribunales. Simplemente querían demostrar su poder, de manera que en el futuro los miembros del Senado que tenían el control de las provincias y que quisieran, por motivos de honestidad o eficacia, tratar de oponerse a las exigencias capitalistas, supieran que ello era en extremo arriesgado. Eligiendo a Rutilio

como víctima, demostraron claramente sus propósitos. Pues si Rutilio, hombre verdaderamente inocente, era condenado, ¿quién podía considerarse a salvo?

A medida que se aproximaba el día indicado para el juicio, comprendimos que todo era mucho más serio de lo que habíamos previsto. Se trataba de un peligroso y estudiado atentado para arruinar a nuestro pariente, de quien todos nos enorgullecíamos y al cual considerábamos un ejemplo. Rutilio mismo nos alarmaba con su intransigente actitud. Decidió que había de afrontar con su simple inocencia la acusación injusta de que era objeto y rehusó nombrar ningún abogado de fama para su defensa. La única ayuda legal que aceptó fue la de su sobrino Cayo Cotta, quien por entonces se iniciaba en su carrera y, aunque era un excelente orador, no tenía el prestigio que más tarde había de adquirir. Ni tampoco quiso seguir el acostumbrado método de ganarse la simpatía del jurado, desfilando ante ellos vestido de negro, con los miembros de su familia, generalmente mujeres y niños, que entre lágrimas y lamentos pedían clemencia para el acusado. Un juicio —solía decir— no concierne al futuro de un hombre de familia, sino a la inocencia o culpabilidad del hombre mismo.

Es muy probable que Rutilio hubiera sido igualmente condenado de haber conducido su defensa de un modo más ortodoxo. El jurado estaba compuesto por hombres que sabían cómo debían votar mucho antes de que el juicio comenzase. Pero no ayudó a hacerles cambiar de parecer el que Rutilio, lejos de implorar su clemencia, empezara a actuar en la corte como si fuese el acusador. Era el Estado y el sistema legal en su integridad —decía— el que se juzgaba en este caso, y profetizó que, si se lo juzgaba culpable, no pasaría mucho tiempo antes que el Estado mismo sintiese los efectos inevitables, a su parecer, de la injusticia.

Sus predicciones se cumplieron antes de lo que él mismo imaginaba, pero en ese momento, naturalmente, nadie sospechaba lo que ocurría. Fue sentenciado a pagar una multa mucho mayor de lo que su fortuna le permitía y aunque sus amigos le ofrecieron dinero y préstamos para cubrir el déficit, rehusó sus ofertas prefiriendo vivir el resto de su vida en el exilio. Eligió como lugar de refugio la ciudad de Esmirna, en Asia, una de esas ciudades que —según sus acusadores— había defraudado y oprimido. Fue recibido por magistrados y por la población local con toda clase de distinciones. Una casa, una biblioteca y cuanto pudiera hacerle agradable la vida le fue brindado con agradecida hospitalidad y, allí, mantenido por aquellos que supuestamente había dañado, vivió varios años, pues era tan sano de cuerpo como de mente.

En aquella época y también en muchas otras oportunidades después, reflexioné sobre el caso de Rutilio y su suerte era frecuente tema de conversación en la familia. Como todo el mundo en Roma, fuera del círculo de gente de negocios, estábamos de acuerdo en nuestra indignación ante la injusticia cometida con él y como consecuencia de este caso, comenzó una agitación en favor de una reforma de los tribunales de justicia. Algo que yo no podía comprender era cómo el Senado —del que Rutilio había sido miembro distinguido— permaneció pasivo, si es que verdaderamente era, como me habían enseñado, un cuerpo tan unido y poderoso de estadistas dedicados a poner en práctica los principios de la justicia. Sin embargo, considerando el carácter de Rutilio, advertí dos puntos de interés. El primero y más obvio, era que la virtud sin ayuda del poder material nunca o rara vez es capaz de resistir un ataque bien organizado y, cuando éste se lleva a cabo, sólo puede ser efectiva a través de un verdadero sacrificio. En segundo lugar observé que, aunque Rutilio tenía amistades entre los hombres más distinguidos, éstos eran sus únicos amigos; no tenía partido propio que le fuera devoto por afecto, propaganda o interés egoísta hacia su causa y que estuviera compuesto —como tendría que suceder para que

fuera realmente poderoso—de elementos buenos, malos e indiferentes. Reflexiones como éstas deben, sin duda, haberme ayudado a tomar resoluciones, que llevé a cabo luego: no convertirme en mártir, a menos (lo que no es posible impedir) que fuese accidentalmente; conservar constancia y lealtad hacia mis principios y mis amigos, tolerando una cierta flexibilidad en los primeros y buscando una gran diversidad entre los últimos.

Comencé a prestar verdadero interés a las frecuentes discusiones políticas que tenían lugar en nuestra casa. En particular, por este tiempo, me atrajo la severa pero ciertamente impresionante figura de un amigo de mi tío Cayo Cotta. Era Livio Druso, quien fue elegido tribuno casi inmediatamente después de la condena de Rutilio. Druso era uno de los hombres más serios que he conocido y desde luego debía tener algo de pedante. Solía jactarse de que en su vida no había gozado de un solo día de fiesta y era totalmente incapaz de gastar o aceptar una broma. Tal vez no fuese muy original su idea de que, durante una discusión cualquiera, él siempre estaba en lo cierto. «He estudiado el asunto», decía, y eso parecía ser un argumento definitivo. Lo que resultaba interesante era el hecho de que en todas las discusiones sobre temas de importancia política, terminaba generalmente por tener razón. Y lo que fue característico del dilema de nuestros tiempos: no consiguió ejecutar absolutamente nada.

Eran dos los hechos por los que hubiese querido ser recordado. Había planeado durante su año de actuación como tribuno, reformar los tribunales de justicia y otorgar la ciudadanía a los aliados italianos de Roma. De estas dos medidas, la segunda, como fue demostrado por los hechos, era incomparablemente la más importante, pero en ese momento recordé por encima de todo al tribunal corrupto que había condenado a mi tío, e imaginé —ya que aún era inexperto—que un tribunal compuesto, por ejemplo, enteramente por senadores, sería menos corrompido. Era notorio (menos para aquellos caballeros fuera del Senado que ahora tenían el derecho exclusivo de servir de jurados) que los tribunales necesitaban una reforma. Y aquellos senadores que nada habían hecho para ayudar a Rutilio, se alarmaban ahora por ellos mismos y se aferraban ansiosamente a la oportunidad de conseguir el monopolio del lucrativo cargo de jurado.

Seguramente ellos, y con toda probabilidad también la Asamblea del Pueblo, habrían apoyado a Druso si éste hubiese propuesto que en los tribunales sólo sirviesen senadores. Pero Druso «había estudiado el asunto». Su ideal era una Roma unida y una Italia unida. Planeaba más bien reconciliar que enemistar las clases. Así, propuso que en el futuro los jurados habrían de ser mixtos, conteniendo por partes iguales senadores y caballeros de buena situación que no fuesen miembros del Senado. Era en sí una admirable propuesta, pero que no agradó a nadie. Cada partido lo quería todo y nadie cedía un ápice.

Perdido ya el apoyo de las clases altas, dentro y fuera del Senado, Druso concentró su atención en el pueblo. Trató de ganar su favor mediante el método usual de obsequiarles trigo, presentó propuestas para repartición de tierras y fundación de colonias. Muchas de estas propuestas eran admirables. También eran necesarias, ya que sin el apoyo del pueblo, Druso se hallaría imposibilitado de continuar con su importante medida de garantizar algunos de los derechos de ciudadanía a los aliados italianos de Roma.

Sin embargo, la sola mención de una ley de tierras en nuestros tiempos, siempre dio oportunidad para desencadenar el descontento y la violencia. Muchos miembros del Senado comenzaron a comentar que Druso estaba planeando una dictadura revolucionaria. Después de haber repetido esta frase con bastante frecuencia, es muy probable que ellos mismos hayan terminado por creerlo. Tropas armadas compuestas de esclavos y gladiadores comenzaron a aparecer en el Foro con orden de dispersar los mítines de Druso. Pronto hubo luchas callejeras a diario, y recuerdo el horror general cuando, en una ocasión,

el cónsul mismo, que había sido atacado por un aliado de Druso, fue puesto a salvo chorreando sangre por la nariz. Estas indignas escenas eran prueba suficiente para demostrar que a la constitución romana le faltaba esa serenidad, ductilidad y eficacia que le fueran atribuidas durante mis lecciones de historia. También pude establecer la enorme diferencia entre aquellas tranquilas y lógicas discusiones sobre política que yo había presenciado antes y el actual procedimiento para pretender legislar. Me disgustó darme cuenta de que una reforma tan necesaria y sabia (y evidentemente resultó serlo) como la propuesta, para garantizar la ciudadanía a los italianos, nunca sería considerada por sus méritos, sino empleada como pretexto para violentas y apasionadas explosiones. Me desagradó también descubrir que esta mezcla de apatía y del más salvaje partidismo político era un mal general. Observé que una gran figura pública como mi tío Mario no demostró interés ni atención por la causa que Druso intentaba imponer. A decir verdad, en ese preciso momento, Mario estaba completamente absorbido por su lucha contra Sila. Algunas estatuas que ilustraban las hazañas de Sila en África habían sido colocadas recientemente en el Capitolio. Sólo pensar en estas estatuas por poco enloqueció de celos y de ira a Mario. Se jactó abiertamente de que las echaría abajo, haciendo alarde además, delante de todos, de que era él y no Sila quien ganó la guerra en África. Sila, por su parte, estaba decidido a defenderse con la misma violencia de que era objeto. De manera que, aparte del conflicto político entre Druso y sus oponentes (aunque el conflicto hacía ya mucho que no se mantenía dentro de los límites prescritos en materia política), parecía que en cualquier momento Mario y Sila lanzarían la ciudad hacia una guerra civil sin ningún otro motivo que la avidez y la ambición.

Apenas tenía yo once años entonces, pero ya me había acostumbrado a las escenas de violencia que tan en desacuerdo estaban con las teorías liberales de mi educación. Aunque no tanto como para mirar con indiferencia el desorden y la crueldad. En ese mismo año recibí con profundo horror la noticia del asesinato de Druso. Si había sido obra de algún extremista dentro del Senado o de un enemigo privado, nunca pudo probarse.

El asunto fue vastamente explotado por los extremistas del Senado para favorecer sus estrechas y vengativas razones. Fueron creados tribunales especiales para juzgar a todos aquellos conectados en alguna forma con Druso, inculpados de haber organizado una rebelión armada de los aliados italianos contra Roma. Muchos hombres eminentes fueron víctimas de esta parodia de justicia, entre ellos Cayo Cotta, quien fue exiliado. El hecho de que tanto él como los demás acusados, lejos de organizar una rebelión, hubiesen tomado todas las medidas posibles para evitar que ésta estallara, no fue siquiera considerado. Y el nuevo tribunal fue tan corrompido como el primero.

En mi familia, como es natural, estábamos preocupados, principalmente por la suerte de Cayo Cotta, pero también por lo que parecía el inminente estallido entre los partidarios de Mario y de Sila, causado al parecer por las estatuas del Capitolio. Pero el conflicto, después de todo, se pospuso. La rebelión armada de los aliados italianos que Druso había tratado de prevenir se desencadenó. Durante por lo menos dos generaciones los italianos habían tratado de adquirir sus derechos por medios pacíficos. El asesinato de Druso y la actitud del Senado al abolir toda su legislación los llevaron a pensar que nada, excepto la fuerza, tendría algún efecto sobre el gobierno romano. Fueron a la guerra y lucharon con tal ardor y habilidad, que poco faltó para que la ganaran.

4 LUCHA EN EL FORO

Con frecuencia me he preguntado cómo Roma e Italia pudieron recobrarse de los desastres que se sucedieron uno tras otro durante ese período entre mi segunda infancia y mi adolescencia. Las pérdidas materiales y humanas fueron inmensas. Pude escuchar algunas cifras estimadas de los daños y creo que las que parecían más exageradas eran realmente las exactas. Pero todavía peor era el daño moral. En cada ciudad de Italia, durante aquellos tiempos, los habitantes traicionaban a sus amigos, los hijos asesinaban a sus padres y los padres a sus hijos.

Los horrores de la paz en los cortos períodos en que ésta se suponía que existía, eran peores que las ruinas causadas por la guerra. En todas las clases sociales, la naturaleza humana se mostró bajo su peor aspecto: crueles, rapaces, traidores, serviles, arrogantes, sin escrúpulos, sin lealtad, respetaban solamente la fuerza, al tiempo que celosos de cualquier superioridad real, vivían sujetos al terror y ansiosos de infligirlo. Si algo bueno aparecía en algún sitio, parecía destinado a ser extinguido o aniquilado.

Quien haya crecido y sobrevivido en aquellos años, debería ser perdonado por adoptar una actitud de total cinismo en todo lo concerniente a naturaleza, política o humanidad. Yo mismo estuve tentado varias veces de seguir esa dirección. Había leído con admiración el gran poema de Lucrecio, que a despecho de su arcaico latín, logra comunicar lo que, en mi opinión, es probablemente la verdad, y es que si los dioses existen, se desentienden de los problemas de los hombres. Pero Lucrecio no era del todo sensato; aunque escribió magníficamente sobre la inmensa y hermosa fuerza de mi antepasada Venus, es evidente que fue incapaz de gozar los placeres del amor. Respeta —venera casi— el orden natural que encuentra en el universo, pero le faltó observar que, dejando a un lado las estrellas, las hormigas y otros insectos, los más imponentes ejemplos de orden deben hallarse en la organización de la sociedad humana. A menos que el orden prevalezca en ésta, no sólo la literatura, la filosofía y la amistad, sino también la vida misma habrían de extinguirse.

Sin embargo, este necesario orden fue profunda y continuamente interrumpido durante los años de mi formación.

Acababa de cumplir doce años cuando comenzó la guerra entre Roma y los aliados italianos y apenas pude darme cuenta de que esta lucha salvaje —que duró por lo menos dos años durante los cuales Italia fue saqueada de norte a sur— fue una guerra que nunca debió desencadenarse, ya que era innecesaria. En ese tiempo yo estaba interesado principalmente en las hazañas de mi tío Mario, quien ahora, cerca ya de sus setenta años, entraba nuevamente al campo de batalla, aunque —para su intenso disgusto— no como jefe supremo. Recuerdo la consternación que cundió en Roma cuando llegaron las noticias de que el cónsul, bajo el cual Mario servía en el frente del norte, condujo —contra los consejos de éste— la mayor parte de su ejército a la batalla antes de estar suficientemente entrenado. El cónsul y casi todas sus tropas fueron exterminadas y se temía que el enemigo se dirigiese directamente a Roma. Y entonces, algunos días después, fue inmenso el regocijo cuando se supo que el viejo Mario, con el resto del ejército, había ganado victoriosamente la batalla, forzando a las filas enemigas a replegarse.

Se hablaba ahora con gran entusiasmo de entregar el mando de las tropas a Mario, pero aun en circunstancias como éstas, las antiguas rencillas políticas continuaban. De acuerdo con los amigos de Sila, Mario estaba demasiado enfermo y falto de agallas para resistir una prolongada campaña. Estas habladurías me enfurecían, pues en realidad eran producto de celos e intrigas políticas. Prefería oír contar cómo Mario —que nunca se habría

arriesgado a una batalla a menos que estuviese seguro de su victoria—, hallándose rodeado por las filas atrincheradas de sus enemigos, cuando el comandante de éstas, cansado al fin de esperar, le gritó: «Mario, si en verdad eres un general tan grande, sal a pelear», le contestó: «Si es que lo eres tú, consigue que yo lo haga».

No obstante, en Roma, el partido de Sila iba en aumento. Sila se distinguió por su actuación en las fronteras del sur al mando de otro tío mío, el cónsul Lucio Julio César. Después de numerosas derrotas, Lucio, sabiamente, dejó el mando del ejército a Sila y regresó a Roma, donde, a despecho de su poco distinguida actuación militar, demostró ser bastante sensato en política. Dictó una ley que otorgaba una serie de concesiones a los italianos que estuviesen dispuestos a deponer las armas. Algunos argumentaron que dichas concesiones fueron arrancadas presionando al gobierno. Era perfectamente cierto, como también lo era el hecho de que sin estas leyes la guerra habría continuado indefinidamente, y que, de haberse llevado a cabo esta medida con anterioridad, la guerra nunca habría tenido lugar.

Así, aunque la ley de mi tío era un paso adelante, no fue con todo suficiente. A pesar de que el área total de la guerra se hallaba bastante reducida, la lucha continuó con creciente encono durante un año más y tuvieron que hacerse nuevas concesiones antes de terminarla. En el segundo año de la guerra, el nuevo cónsul tomó el mando de manos de Mario y éste se retiró a Roma lleno de furia y amargura. Su ira aumentó aún más al descubrir que Sila conservaba el mando en el sur y que eran muchas sus probabilidades de ser elegido cónsul el próximo año. Ahora su única idea era conseguir otro alto mando antes de morir, y uno de gran importancia se hallaba justamente en Oriente.

Allí, el rey del Ponto, Mitrídates, hombre de gran energía e insaciable ambición, había observado cómo Roma perdía sus fuerzas en la inútil lucha contra sus aliados, e inmediatamente vio que éste era el momento de empezar su larga carrera de conquista y agresión. Mientras las legiones romanas estaban empeñadas en su lucha contra las ciudades italianas, sus ejércitos arrasaban el Asia Menor y su flota se aproximaba a Grecia. Esto era ya bastante grave, pero aún nos llegarían peores nuevas. En un solo día, por orden del rey, todo financiero y recaudador de impuestos romano o italiano en la costa de Asia fue condenado a muerte. Por lo menos ochenta mil fueron muertos. Era algo que nunca habría ocurrido si nuestro gobierno hubiese inspirado respeto o si los funcionarios destinados allí no se hubieran hecho odiar por todos. Nos alegramos al saber que mi tío Rutilio no sufrió esta suerte. Hasta en momentos como ésos la población local recordó a su benefactor. Era de notar que por un solo benefactor de nuestra raza, encontraron -o imaginaron encontrar- ochenta mil opresores.

Las noticias de este ultraje y de las crecientes conquistas de Mitrídates afectaron no sólo a los círculos de negocios, sino a todo el mundo en Roma. Ahora, después de tanta sangre derramada, se reconocía la necesidad de conceder a los italianos más de lo que habían pedido durante la pacífica mediación de Druso, pues era esencial dar fin a la guerra para que Roma pudiera equipar tropas lo bastante fuertes para defender sus intereses en Oriente.

En mi familia hubo gran satisfacción al ver que estas necesidades eran reconocidas y que, por un tiempo al menos, se prestaba alguna consideración a la opinión moderada. Un síntoma de esta consideración fue llamar a Cayo Cotta de su exilio, y también a otros que habían sufrido injustamente durante los tiempos de pánico que siguieron al asesinato de Druso.

Muy pronto, sin embargo, se hizo evidente que la moderación estaba condenada a ser ineficaz y que la unanimidad era ilusoria. Todos estaban de acuerdo en que había de terminarse la guerra con los italianos para poder mandar ejércitos a Oriente, pero las

opiniones se hallaban agresiva y amargamente divididas, como siempre, sobre la cuestión de quién sería enviado al frente de las tropas y sobre lo recomendable o no de confiar en la lealtad de los italianos.

Estas cuestiones, según parece, tenían que ser decididas durante el año del primer consulado de Sila. Cumplí entonces catorce años. Estaba bien situado para observar los hechos y era lo suficientemente crecido para comprenderlos, aunque fuera parcialmente; pero en la confusión, vértigo y horror de esos tiempos, no fue tarea fácil.

Antes de comenzar el año, la gente tenía ya los nervios en tensión, como podía verse por la cantidad de prodigios que se contaban. El hecho es que fenómenos ocurren todos los años, pero la gente sólo los nota cuando está en peligro o cuando teme estarlo. En aquella época, por ejemplo, un trueno se dejó oír bajo un cielo claro. Aquellos que lo escucharon, en lugar de definirlo como un trueno, describían el sonido como el de una enorme trompeta, y consultando a los adivinos etruscos, éstos informaron que el prodigio presagiaba el final de una era y comienzo de otra. Los adivinos no se equivocaron del todo, aunque acertaron en base a razones equivocadas.

Fue, en efecto, un año de tremenda y definitiva importancia; pues, aunque la historia es un proceso continuo, éste es marcado de tiempo en tiempo por algún hecho decisivo y concluyente que, una vez ocurrido, constituye un dique o una compuerta para lo que podemos llamar la corriente general. Después de tales hechos, nada vuelve a ser lo mismo, ciertos actos habrán de convertirse en irreversibles, ciertas tendencias y modos de pensar quedarán relegados definitivamente. De manera que, antes de cumplir quince años, todo el edificio de mi temprano aprendizaje se desmoronó ante mis propios ojos.

El año comenzó con una decisión del Senado tan maligna e inepta que resultaba increíble. Se vieron obligados a conceder la ciudadanía romana a los italianos; pero entonces descubrieron el modo de hacerla virtualmente inútil. Gracias a un sistema de votos en bloque de la Asamblea, se arreglaron para que los nuevos votantes italianos, por numerosos que fuesen, fueran siempre aventajados por el cuerpo existente de ciudadanos.

Esta vergonzosa y evidente triquiñuela fue ideada con el fin de ganar para el Senado el apoyo del pueblo romano, que nunca tuvo deseos de compartir con otros sus privilegios. Pero sus efectos, claramente, serían los de prolongar la guerra con Italia y debilitar aún más a Roma, en un momento en que sus intereses estaban seriamente afectados en Oriente. Sila apoyó la propuesta del Senado, aunque de sobra sabía el peligro que ésta implicaba. Pero era cónsul; esperaba con toda confianza que el Senado le concedería el mando en Oriente, y esperaba también, gracias a su baja manera de congraciarse con el pueblo, asegurarse contra cualquier rival para ese cargo. Mientras obtuviese el mando, le resultaba —al menos por el momento—completamente indiferente la suerte de Italia.

En ese entonces, estaba yo convencido de que los opositores de Sila y, por consiguiente, del Senado (en particular aquellos ligados a mi familia) actuaban llevados por las más elevadas razones de patriotismo. Ello, naturalmente, era un error. Ningún partido monopoliza la avidez, la arrogancia y las ambiciones personales. Pero eso no significa que no haya que elegir entre un partido u otro. En períodos decisivos de la historia, como el presente, los cambios en la estructura política y en la forma de gobierno no sólo son deseables, sino absolutamente necesarios. Esta necesidad no cambiaría aun cuando los hombres bien intencionados estuvieran opuestos al cambio y los de malas intenciones lo favoreciesen. Y lógicamente todo esto es relativo. Los grandes protagonistas de mi niñez —Mario y Sila—podían, por sólidas razones, ser considerados como hombres

malvados. No obstante, toda mi vida preferí el uno al otro, y eso no sólo por el hecho de ser Mario tío mío, o porque encontrase que su nombre y reputación me serían útiles luego en política. Era, creo, porque Mario representaba, aunque imperfectamente y aun sin proponérselo, la vida; mientras que el mundo de Sila estaba muerto.

En este primer año del consulado de Sila, la oposición al Senado, aunque centrada en Mario, era dirigida por el tribuno Sulpicio. De haber sido capaz de conservar el poder hasta el fin, Sulpicio sería ahora recordado más amablemente. Como ocurrieron las cosas, la opinión que se tiene sobre él es que era un demagogo sin escrúpulos, un monstruo de salvajismo, un enemigo de la estructura total de la sociedad. Las mismas cosas se han dicho de mi persona, y son tan poco ciertas respecto de mí como lo fueron de Sulpicio, a quien recuerdo muy bien. Fue el mejor orador de su época, tenía gracia en el gesto y gran dignidad en su porte; su voz era fuerte y clara y aunque hablaba con rapidez, lo hacía con precisión y exactitud. En política empezó por ser un hombre del Senado, pero al igual que Cotta y Livio Druso, se disgustó con la estrechez e incompetencia del gobierno senatorial de su época y, ya que su intención era oponérseles, tomó el único camino posible: apelar directamente a la Asamblea del Pueblo.

No había nada inconstitucional en ello; pero Sulpicio había aprendido, por experiencias recientes, que el Senado no tenía la menor intención de respetar la constitución. En consecuencia, se preparó para contrarrestar la violencia con la violencia. Andaba siempre rodeado de una guardia armada compuesta de unos seiscientos jóvenes de la clase acaudalada que no pertenecía al Senado, y solía referirse a ellos como a su antisenado; aparte de esto, tenía a su mando además por lo menos a tres mil individuos más discutibles —gladiadores, empleados personales y ex esclavos—que podían ser utilizados para proteger sus asambleas y dispersar las de sus opositores. Gracias a estas precauciones, se lo tildaba con dureza de revolucionario y lo acusaban de alterar la ley y el orden. En realidad sería más justo culpar de la revolución a aquellos que, por sus acciones pasadas, hicieron necesarias estas precauciones. No obstante, aquí otra vez es difícil un juicio exacto. Hay, con todo, cierta justicia en lo que puede parecer un falso veredicto de la historia que exalta al revolucionario victorioso como libertador y condena al vencido como malhechor. He sido testigo, en mi tiempo, de muchas revoluciones fracasadas, e invariablemente han hecho más mal que bien. Perturban un orden sin reemplazarlo por otro nuevo, sucediéndose una serie de contrarrevoluciones que distraen e impiden realizar lo necesario, a veces durante años, como acontece en este caso. Pero es difícil culpar a Sulpicio. Bajo todas las apariencias, se sentía seguro del éxito ya que aceptaba la lógica de los tiempos que vivía, confrontando la fuerza con otra superior. De haber tenido que vérselas con cualquier otro que no fuera Sila, habría ganado, aunque en esos momentos todavía Sila no había revelado la completa brutalidad de que era capaz.

Todo, según parecía, marchaba satisfactoriamente para Sulpicio y para Mario, que lo apoyaba. Su propaganda era hábil y violenta, consistiendo principalmente en muy bien justificados ataques al Senado, ya por su conducción de la guerra con los italianos, ya por su sucia política en Oriente. En cada ataque contra la nobleza gobernante la presencia de Mario era de gran ayuda. Siendo hombre de clase, comenzó su carrera querellando con los miembros de las grandes familias; sin duda alguna, había salvado a Roma de la invasión germana, y tuvo más consulados que nadie en la historia. Podía por lo tanto ser presentado a la admiración pública como «el hombre del pueblo» y tanto por su robusta constitución como por su humanidad, resultaba un magnífico contraste frente a la avidez, frialdad e ineficacia de las clases gobernantes. Esta descripción estaba lejos de ser exacta: Mario era tan insaciable como Sila, y éste, en ese tiempo, era más eficaz que Mario. Sin embargo, en cierto aspecto, el retrato guardaba un parecido con el original.

La verdad es que el pueblo aceptaba a Mario por lo que aparentaba ser. Yo notaba con placer cómo las estatuas de Mario en el Foro eran cubiertas cada día de nuevas guirnaldas de flores y hojas. Los discursos de Sulpicio, en los que hábilmente combinaba el impopular tema de hacer justicia a los italianos con el tan popular de dar a Mario el mando en Oriente, eran calurosamente aplaudidos, mientras que sus opositores apenas podían contar con ser escuchados. En cuanto a Mario, era bastante divertido verlo conducirse en público. Pese a la mejor buena voluntad del mundo, al anciano le era imposible investirse de alguna gracia. Lo intimidaba mucho más el gentío que sus adversarios en la batalla. Sus discursos eran incoherentes; cuando trataba de congraciarse con una sonrisa, su cara tomaba una extraña expresión pecaminosa. Pero precisamente por todo ello era querido por su pueblo. Muchos podían recordar cómo después de las victorias germanas, en sus celebraciones íntimas, habían brindado agradecidos. «Por los dioses y por Mario.» Para algunos todavía era casi un dios sin dejar de ser al mismo tiempo uno de ellos. Lo ayudaba también la presencia de su hijo, el joven Mario, quien poseía en parte las gracias que faltaban a su padre. En verdad, ese primo mío era uno de los hombres más apuestos de Roma y habría podido, de haber ocurrido las cosas de otro modo, ser además un buen jefe. Ya por entonces era conocido como el «hijo de Marte», aunque a causa de sus numerosos amoríos, sus enemigos preferían llamarlo «el hijo de Venus»: no era una crítica muy acertada, ya que, como probó mi propia carrera, no son de ningún modo incompatibles estas dos deidades.

Así las cosas, con el correr de los días se afirmaba la creencia de que la Asamblea del Pueblo votaría cualquier cosa que propusiese Sulpicio. Pero los cónsules, uno de los cuales era Sila, y el Senado no estaban dispuestos a someterse. Publicaron una proclama declarando que toda actividad pública quedaba suspendida por tiempo indefinido, fundándose en que la situación era demasiado tensa para admitir una tranquila y razonable discusión. El efecto causado por esta proclama fue, naturalmente, el de acrecentar la tensión ya existente. Aun de haber querido hacerlo, Sulpicio no podía ya contener a sus partidarios y cuando los cónsules cometieron la imprudencia de presentarse en el Foro rodeados por su guardia armada, la sola aparición bastó para desatar el levantamiento más colosal que se haya visto en Roma. Mi madre consiguió apartarme de esta escena sangrienta y terriblemente violenta, pero toda Roma estaba llena de comentarios. Recuerdo haberlo discutido mucho después con mi tercera esposa (no muy satisfactoria esta última). Hija del colega de Sila en el consulado, en la época de la revuelta en Roma era todavía una niña. Fue un hecho difícil de olvidar para ella, pues su hermano murió ese día, y trajeron de la calle su cadáver ensangrentado. Lo hirieron durante la refriega, mientras su padre, el cónsul, estuvo muy cerca de correr su misma suerte.

Sila también se salvó, aunque de la manera más extraña. Fue arrastrado por el gentío hacia una de las calles laterales, y se encontró arrinconado en el lugar que menos hubiera elegido: el portal de la casa de Mario. Allí se vio forzado a pedir refugio y fue recibido por Mario.

Lo que luego sucedió es imposible saberlo con exactitud. Años después, en su vejez, Mario, al tocar este tema, se hacía ininteligible, tan grande era su ira contra Sila por los acontecimientos que ocurrieron poco después de ese episodio, y tan amargo su arrepentimiento por no haberlo matado en esa ocasión. Y Sila, en sus memorias, más bien parece olvidar el incidente, como es lógico si, como muchos afirman, fue obligado a implorar de rodillas por su vida ante su viejo enemigo. Pero no creo que en esas circunstancias ni siquiera Mario hubiera podido matar a sangre fría a un cónsul del pueblo romano, y aun si lo hubiera intentado, sus consejeros lo habrían disuadido, ya que según todas las apariencias su partido llevaba las de ganar.

Lo que se sabe con certeza es que Sila, ya sea por medio de amenazas o por persuasión, dejó la casa de Mario escoltado por los partidarios de éste y se dirigió directamente al Foro, donde declaró la nulidad de la proclama anterior. No había ahora nada que impidiese a Sulpicio continuar con su programa y durante el curso de los días siguientes sus propuestas fueron expuestas ante el pueblo de forma más o menos ordenada y se convirtieron en leyes. Especialmente le fue quitado a Sila el mando del ejército en Oriente y encomendado a Mario. Mientras tanto Sila, pretextando que su vida se hallaba en peligro, se deslizó fuera de la ciudad y se unió a sus tropas.

En nuestra familia, la revuelta fue lamentada, pero era un alivio pensar que según las apariencias no había ningún peligro inmediato. A nadie se le ocurrió la idea de que un ejército romano pudiese marchar sobre Roma, puesto que ello nunca había ocurrido en la historia de la ciudad y es difícil para la gente esperar acontecimientos que ni siquiera han imaginado.

5 LA CAÍDA DE ROMA

Nuestra infundada confianza en el futuro duró menos de una semana. Mirando retrospectivamente, resulta difícil imaginar cómo pudimos sentir confianza alguna vez. Existía el hecho positivo de que mientras Sila tenía sus legiones en el sur de Italia, Mario y Sulpicio carecían totalmente de tropas. No obstante, a través de toda la historia de Roma, el gobierno había sido siempre obedecido y cuando algunos oficiales superiores del ejército fueron enviados al sur para tomar el mando del ejército de Sila en nombre de Mario, su nuevo jefe, se daba por sentado que cumplirían su misión sin la menor dificultad.

El estupor petrificó al pueblo cuando llegaron a Roma las noticias de que los oficiales habían sido muertos a pedradas por el ejército de Sila, pero aun esto fue considerado únicamente como un motín de las tropas y no como la rebelión de un general. Sólo después de algunos días pudo establecerse claramente y sin lugar a dudas que Sila marchaba hacia el norte. Los oficiales que simpatizaban con Mario y con Sulpicio desertaron de sus filas y vinieron a Roma con las noticias, al tiempo que los amigos de Sila abandonaban la ciudad con el fin de reunirse al movimiento de aquél. De manera que, aun antes de poder comprender realmente el hecho de que un general romano se hallaba en rebeldía, la gente comenzó a actuar en la seguridad de que así era. Podría decirse que por ambas partes la acción precedía a la teoría.

En cuanto a Mario y Sulpicio, sus actos fueron ineficaces. Ejecutaron a algunos amigos y conocidos de Sila, con lo que sólo consiguieron alentar la deserción del resto. Era demasiado tarde para levantar un ejército, pero todavía conservaban el control del Senado; aunque, en su mayoría, estaba secretamente de acuerdo con Sila. Por un decreto del Senado, los pretores, con sus varas simbólicas y sus mantos de púrpura, fueron enviados a lo que, supuestamente, debía ser una misión imponente y digna: dar el alto al ejército de Sila. Cuando alcanzaron la vanguardia del ejército de Sila, les perdonaron la vida (pues Sila tenía completo control sobre su gente); pero sus varas fueron rotas ante sus ojos y sus mantos de púrpura arrancados de sus hombros. Recuerdo el abatimiento que sobrecogió a la ciudad, cuando los pretores regresaron después de sufrir tal humillación. Algo nunca soñado se convertía en una posibilidad, para ser finalmente una certidumbre: Roma sería, efectivamente, ocupada por un general romano.

Y no tardó en suceder. Los últimos mensajeros enviados a detener el avance de Sila, prometiendo a éste toda clase de concesiones, volvieron con la reconfortante noticia de que Sila había consentido en acampar fuera de la ciudad, justo cuando sus tropas comenzaban a entrar en ella. Ese día mi madre me encerró en casa con mis hermanas, mi tutor y otros miembros de la familia. De vez en cuando alguien llegaba con noticias, verdaderas y falsas. Nos dijeron que Mario había ofrecido libertad a los esclavos y se hallaba preparando, con su ayuda, la resistencia contra el avance de Sila en el centro mismo de Roma. Estas nuevas nos espantaron y no nos dimos cuenta de inmediato de su falsedad. En realidad Mario tenía bastante experiencia en el mando para saber que sólo podía enfrentarse a las legiones de Sila con tropas bien entrenadas, y era justamente lo que le faltaba. Como luego supimos, Mario y su hijo ya habían, muy prudentemente, huido de Roma. Nos enteramos de que Sila había sido contenido en los alrededores de la ciudad y que sus soldados fueron rechazados hacia las murallas por el pueblo mismo, que les arrojaba piedras y ladrillos desde los techos y terrazas. Esto había sucedido, pero cuando llegó la noticia, la situación había cambiado de nuevo. Este cambio se hizo evidente para nosotros por el ruido que nos llegaba de la calle, gritos, llantos, gemidos, aullidos; sonidos

a la vez humanos y bestiales, expresando dolor, pánico, indignación, nerviosidad y también histeria. Durante el curso de mis campañas militares, oí con frecuencia este ruido: el multiplicado clamor del populacho que ve a través de variadas emociones, entre las cuales predomina el terror, la inminente destrucción de lo que está acostumbrado a imaginar como un orden establecido. Ese día escuché este ruido por primera vez y lo oí en Roma.

Salimos a la calle y pronto comprendimos lo que había originado ese griterío. En dirección al monte Esquilmo, largas columnas de humo negro formaban espirales hacia el cielo. El clamor de los gritos y aullidos era indescriptible, el eco resonaba de calle en calle, y de vez en cuando, elevándose sobre el clamor general, se levantaba una voz que gritaba aterrorizada un hecho evidente: «Roma arde» o «Sila nos matará a todos si resistimos».

La resistencia llegaba a su fin. De ningún modo hubiera resultado efectiva. Sila sólo apresuró lo inevitable prendiendo fuego a las casas que encontraba en su camino, destruyendo las propiedades de sus amigos al igual que las de sus enemigos, y con este hecho revelaba, por vez primera, la brutalidad de su carácter. En esa brutalidad suya, que lo diferenciaba completamente de Mario, quien aunque salvaje y sanguinario, respetaba a su ruda manera ciertas cosas, Sila no respetaba nada que fuera un obstáculo para sus fines.

Hacia el anochecer, Roma se encontraba totalmente ocupada por sus tropas. Las calles, recuerdo, estaban anormalmente silenciosas y las tropas se conducían mejor de lo que era de esperar. Pudiera muy bien ser que, una vez alcanzado su objetivo, comprendieran por fin la gravedad de su acción. Borrosamente, tal vez, intuían que lo hecho había alterado por completo el curso de nuestra historia. Los judíos sostienen un mito que describe cómo los primeros padres de la raza humana cayeron de un estado de inocencia primaria a otro de vicio e insatisfacción, por haber comido no sé qué fruto que tenía la cualidad de hacerles distinguir el bien del mal. En Oriente se cuentan muchas de estas historias y son, sin duda, interesantes para un hombre inteligente. La civilización moderna, sin embargo, es obra de Occidente y recuerdo el mito hebreo pensando en Sila. Nuestra civilización nunca fue inocente, pero era bastante más inocente, más fructífera, agradable y eficaz cuando descansaba sobre los principios generalmente acatados de la ley y el orden. Han existido sanciones morales, religiosas y acaso sentimentales en apoyo de estos principios.

La ley y el orden han sido con frecuencia opresivos; muchos de aquellos que más estrictamente sostenían estos principios fueron los más grandes hipócritas. Es necesario para nuestro bien que esos principios sean discutidos continuamente y debiera existir siempre, en nuestra sociedad, un elemento revolucionario. No obstante, la revolución en si misma, para ser valiosa o eficaz, debe defender, en cierto grado, el principio que parece atacar. Es desastroso luchar contra el gobierno en nombre de la anarquía o, por injusto que sea el proceder del opositor, negar la realidad de la justicia. Ante todo, conviene disfrazar la terrible verdad de que, en última instancia, lo que cuenta es la acción física. Esta verdad es terrible porque es una verdad a medias. La fuerza pura y desnuda puede ciertamente dominar y transformar una situación, pero no resuelve los problemas que le dieron origen. El peligro consiste en que, una vez que el hombre ha visto usar la fuerza irresponsablemente y en apariencia con éxito, las bases de la sociedad se desmoronan, el orden es impuesto por la fuerza, y bajo esa artificial superficie, se forman el caos, la corrupción, la debilidad, la indecisión, los celos, la voracidad y la desorganización. Este estado es, paradójicamente, una esperanza; pues la vida no sería digna de ser vivida si fuera posible forzar a los hombres a amoldarse permanentemente dentro de los límites fijados por la voluntad de uno solo.

Sin embargo, algo parecido debe ser intentado con infinito tacto y paciencia una vez que los lazos del respeto humano, los principios, o si se prefiere, la superstición, hayan sido destruidos.

El hombre no puede vivir sin ser gobernado, es decir, no puede vivir bien, a menos que tenga un gobierno que merezca respecto y en el cual pueda participar hasta donde su capacidad se lo permita. En mi época, el gobierno, hasta que yo lo tomé, no era digno de respeto, pero Sila fue el primero en demostrar que se lo podía tratar con desprecio. Fue él quien rompió los lazos con el pasado e hizo que el futuro se desarrollara sobre las huellas de la guerra civil.

En la confusión y horror del momento, esto, naturalmente, no se hizo evidente de inmediato. Nuestro primer pensamiento fue para Mario, su hijo, y nuestros amigos que habían estado íntimamente asociados con él. Cuál no sería nuestra indignación, cuando, al día siguiente de haber entrado en la ciudad, Sila llamó a reunión en el Senado y se le concedió autoridad para pronunciar la sentencia de muerte contra Mario, Sulpicio y otros del partido. Se ofrecieron recompensas a cualquier esclavo o criminal que entregase la cabeza del general más grande de Roma; esto conmovió hondamente a la opinión pública; para mí era una afrenta y una humillación casi personal.

Afortunadamente, Mario había huido, aunque nadie sabía cuál había sido su suerte. Sulpicio fue traicionado por uno de sus esclavos y ejecutado sin ninguna pretensión de legalidad. Aun aquellos que menos querían a Sulpicio se indignaron por esta acción. Matar a un tribuno durante una pelea callejera les parecía un acto bastante razonable y hasta honorable; pero ver a un magistrado del pueblo romano brutalmente asesinado a sangre fría por la denuncia de uno de sus esclavos era algo que los horrorizaba. Esta actitud puede parecer ilógica, pero no era realmente así. Aunque vagamente, habían captado el hecho de que la conducta de Sila era brutal hasta la indecencia, y que sin decencia la vida civilizada era imposible. En su forma característica, Sila trató de borrar la mala impresión que había causado. Liberó primero al esclavo que había traicionado a Sulpicio e inmediatamente después lo hizo arrestar y le envió a la muerte despeñándolo desde la roca Tarpeya. Esta sutil maniobra no impresionó a nadie.

Yo, que odiaba a Sila, me alegré al observar que mis sentimientos eran ahora compartidos por la mayor parte de los romanos. Noté con gran placer que Sila se veía en la necesidad de afrontar dificultades que no había previsto. Cierto era que sus legiones controlaban Roma, pero en este momento se necesitaban urgentemente en Oriente, donde Mitrídates ganaba victoria tras victoria. El motivo de la revolución había sido dar a Sila el mando de esta guerra y, si no salía para el frente inmediatamente, bien podía perderse. Por otra parte, una vez que sus legiones dejaran Roma, no habría ninguna seguridad ni para sus amigos, ni para su política. Esto se hizo evidente a raíz de las elecciones durante las cuales los candidatos de Sila fueron rechazados. Uno de los cónsules para el próximo año, un reaccionario supersticioso llamado Octavio, podía ser considerado como seguro; pero el otro era Cinna, jefe del partido popular y un decidido opositor a los métodos e ideas de Sila. Yo tenía en gran admiración a Cinna, aunque me hallaba muy lejos de saber que muy pronto me encontraría íntimamente ligado a él a través de su hija Cornelia, a quien yo en ese entonces había visto muy poco y con quien más tarde llevé una vida conyugal tan armoniosa. En ese tiempo, lo que realmente esperaba de Cinna era que anulase la sentencia de muerte que pesaba sobre mi tío Mario y que lo llamase de su exilio. Aunque nadie conocía el paradero de Mario, parecía seguro que había huido de Italia. Solía rogar a diario por su regreso y continuamente discutía el tema con mis hermanas o con cualquier otro que

quisiera escucharme. Me parecía monstruoso que los actos de Sila no fueran castigados y me sentía vejado por aquellos miembros de mi familia que aceptaban ese estado de cosas y que defendían su actitud diciendo que todo era mejor que una guerra civil. «Ya hemos tenido bastante de todo eso», solían decir, y ni ellos ni yo sabíamos que la guerra civil estaba justamente en sus comienzos.

Todos nosotros, creo, sentimos un enorme alivio, cuando, antes de terminarse el año, Sila dejó Roma y marchó hacia el sur con el fin de embarcarse para Oriente. Antes de partir, había inducido a Cinna, en circunstancias más o menos públicas, a jurar que seguiría siendo su aliado personal y no alteraría el régimen existente. Pero no podía esperar que Cinna cumpliera su juramento. De hecho, aun antes de que Sila dejara Italia, Cinna ya instituía procedimientos legales contra él y hablaba de presentar nuevamente las propuestas de Sulpicio de hacer justicia a los ciudadanos recientemente naturalizados.

Recuerdo que, con frecuencia, solíamos discutir entusiastamente estas propuestas (que eran en verdad excelentes) y otras medidas políticas que Cinna apoyaba en oposición a su colega Octavio y a la mayoría del Senado. Entre aquellos con quienes yo solía tener en aquel tiempo estas largas conversaciones, se hallaban los hermanos Cicerón: Quinto, que era de mi misma edad, y Marco, que era cuatro años mayor y hasta había hecho alguna práctica militar. Su familia era poco distinguida, pero los dos jóvenes habían recibido una excelente educación, y su padre, que había hecho su fortuna en el comercio, tenía extraordinarias ambiciones para sus hijos. Lo que primero me atrajo en ellos fue que eran oriundos de Arpino, lugar de nacimiento de Mario, y estaban orgullosos de ello. Hablaban de mi tío con el mismo entusiasmo que yo demostraba hacia él y de este modo se hizo fácil la amistad. Quinto era el más robusto de los dos y, a despecho de su ardiente temperamento, era el de carácter más accesible; escuchaba, por lo menos, lo que uno tenía que decir, mientras que su hermano Marco, aun a esa edad, prefería ya expresar sus propias opiniones que considerar las ajenas. Era, sin embargo, excepcionalmente brillante, y a pesar de ciertas torpezas, poseía un encanto particular. Yo lo admiraba y también lo quería. Me impresionaba especialmente su erudición. Había traducido ya algunas de las obras de Jenofonte al latín y escrito un poema heroico sobre Mario que fue muy admirado por varios críticos importantes. Podía recitar de memoria casi toda la Eneida y gran parte de Homero. Aún más, cuando llegaba uno a conocerlo, encontraba en él una disposición amistosa y era capaz de las más ingeniosas frases, siempre y cuando se encontrara ante un auditorio que supiese valorarlo. Ante extraños podía inclinarse a ser demasiado tímido o locuaz. Tenía una aguda conciencia de la mediocridad de su cuna y aunque en su poema a Mario había exaltado los méritos del pueblo en oposición a los de la aristocracia, se impresionaba ante la sola idea de la nobleza heredada. Por ejemplo, se deleitaba de forma casi enfermiza cuando, como resultado de su precoz sabiduría, se lo invitaba a algunas recepciones dadas por Escévola, el sumo pontífice. No obstante, una vez terminadas las reuniones y de nuevo entre sus amigos, declaraba con frecuencia que los días de los grandes nobles tocaban a su fin y que el Estado no podría sobrevivir ni progresar sin sangre nueva. Acostumbraba decir, también, que algún día él llegaría a cónsul y que el nombre de Cicerón sería tan famoso como el de Escauro y Escipión. Solíamos reírnos de esto particularmente, puesto que «Cicerón» es un nombre algo ridículo que significa «garbanzo»; pero aun en esos momentos, yo lo admiraba, pues comprendía que no hablaba por vanidad, sino por convicción. La vanidad había de llegar más tarde.

También observé entonces en Cicerón una cualidad que no cambió a través de los años. No sería exacto decir que le fallaba el valor de sus convicciones, aunque daba a veces

esa impresión. Ni tampoco sería justo afirmar que le faltaban convicciones. Estaba, y está aún lleno de ellas, aunque fueron siempre de las más comunes. Su defecto consistía, creo, en que para actuar o incluso para definir sus pensamientos, sentía la necesidad de asegurarse por anticipado la aprobación de aquellos a los que consideraba como de las clases respetables. Esta timidez puede atribuirse a su conciencia respecto a la inferioridad de su nacimiento. Siempre fue un poco esnob; pero esto no explica sus actos. Es un hombre de principios genuinos y no es un cobarde. Tal vez fuera más benévolo achacar su debilidad al hecho de que siempre fue preminentemente un literato, cuya inclinación por la historia era más sentimental que vital. Exigía, respecto a los asuntos humanos, una exactitud y un estilo que sólo puede encontrarse en las obras de arte. Un error, sin duda, y, sin embargo, es curioso pensar que el arte innato a Cicerón —el arte de la oratoria— jamás habría podido desarrollarse en él hasta ese grado de perfección de no haber tomado parte en unos acontecimientos históricos que apenas entendió. No fue sólo por timidez que se aferró al pasado y a una ilusoria respetabilidad. Él, como muchos hombres, buscaba la perfección y esperaba encontrar en este período de completa y necesaria revolución, el equilibrio, la dignidad, y la estructura orgánica de su propia prosa.

En cuanto a mí, veía con mucha más claridad que Cicerón la suciedad, confusión, hipocresía, salvajismo, crueldad y vileza de la actividad política. Realmente ninguna época habría sido más propicia para hacer estos descubrimientos que aquellos años que fueron los más impresionables de mi vida, entre mis quince y mis veinte años.

Ahora, cuando recuerdo aquellos tiempos, comprendo que debo de haber interpretado mal y calculado erróneamente muchas cosas. Comprobé algunas de mis equivocaciones de inmediato y otras más tarde. No obstante, en ese período pude darme cuenta de la falibilidad de mi juicio, de lo impredecible de los acontecimientos, de la clara diferencia entre la vida como es imaginada y como es realmente vivida; también tuve conciencia de algo más —de una especie de verdad distinta a la de la literatura, del arte o de las matemáticas-: la verdad de los hechos. Éste es el tipo de verdad que se asemeja a una barrera o a una pared de ladrillos contra la cual uno puede en vano romperse la cabeza; o a un cuchillo o un hierro candente con su inmediata incisión o impresión sobre la carne. Es la que fuerza al ser humano a admitir la necesidad y a ser humilde. Y luego, cuando se aprende esa lección, la agilidad es mayor para sortear las barreras y para parar muchos golpes. Y hay una misión más noble y más importante para esa agilidad que usarla en provecho propio. Aquellos cuyo temperamento es de naturaleza creadora y que poseen (pues es un don que no puede adquirirse) el poder de controlar los sentimientos y deseos de los demás, irán más lejos y tratarán de introducir en la vida un principio, no precisamente de arte, pero sí de orden. Sabrán que los hechos difícilmente pueden ser alterados, pero sí pueden ser manejados, reordenados y hasta cierto punto controlados. No es degradante trabajar en ese ámbito de vida humana, pasión, cobardía y revolución. Una vida, ciertamente, es más transitoria que un poema, pero un principio de orden, el descubrimiento de una nueva dirección, durará hasta el fin de los tiempos y es, en oposición a la poesía, traducible a todos los lenguajes.

No es que sea necesario defender el ejercicio de la actividad creadora en los asuntos humanos. Hay tiempos, como los que he vivido, en que, a falta de esa actividad, la civilización llegará a su fin y la propia base para el arte y la poesía dejará de existir. En momentos así, la tarea que uno tiene por delante no puede evitarse por ser tan urgente, y tan deliciosos los descubrimientos que uno hace cuando la lleva a cabo. Pues el político creador, como el artista, no tiene un molde para trabajar; teoría y práctica deben ir juntas, cada una modificando la otra de tiempo en tiempo. Y sin embargo ambos, el político y el artista, si son realmente creadores, serán reconocidos por un estilo individual y particular.

El trabajo hecho por cada uno será reconocible y fácil de atribuir a su autor; pues la obra será el resultado de cierto don interior, de una fuerza, una destreza o una técnica particulares.

En el tiempo que Sila se embarcó hacia Oriente, yo era demasiado joven para llegar a estas conclusiones. Y de haberlas comprendido entonces, creo que las habría compartido con Quinto Cicerón, por ser él, a mi juicio, más apropiado que su hermano Marco para interpretarlas. En cambio, hablamos mucho de literatura y de lo que Cinna haría en adelante; hacíamos conjeturas sobre dónde pudiera hallarse Mario y si alguna vez volvería. Ninguno de nosotros, excepto posiblemente Marco, pensábamos que las cosas podían permanecer como estaban; pero tampoco nos imaginamos cuán terrible, salvaje y profundo era el cambio que se estaba produciendo.

6 EL REGRESO DE MARIO

Nuestras discusiones sobre la situación política inmediata no duraron mucho tiempo. En cuanto Sila dejó Italia, Cinna sacó a relucir abiertamente las propuestas de Sulpicio. Las riñas callejeras se sucedieron de inmediato, pero éstas no me impresionaron demasiado. No nos pillaron por sorpresa y la lucha fue menos horrible que la matanza que vendría después. Pero sería derramada aún mucha sangre, antes que el cónsul Octavio y sus aliados, que incluía la mayoría del Senado, consiguieran expulsar a Cinna y sus simpatizantes del país.

Para Cinna, esta aparente derrota era una positiva ventaja. Conservaba aún el prestigio de cónsul y, al contrario del otro cónsul de Roma, podía contar con el apoyo de los italianos, cuyos derechos había defendido. Estaba, por lo tanto, en mejor posición que sus enemigos de Roma para organizar un ejército, y como se había demostrado recientemente en el caso de Sila, fue la fuerza física la que, en último término, decidió cuál de los dos partidos había de obtener el poder. Por lo tanto, Cinna comenzó a organizar sus tropas. En esto lo favoreció enormemente tener a su lado a un hombre que era, sin lugar a dudas, uno de los más grandes genios militares que el mundo haya conocido. Se llamaba Quinto Sertorio, de quien yo en ese entonces sabia muy poco, excepto que se lo consideraba como un hombre de completa confianza, que había sido un brillante oficial durante el tiempo en que sirvió bajo el mando de Mario, que poseía un solo ojo, y que Mario —parco como era en ponderaciones— hablaba de él con respeto y admiración. Más tarde estudié la carrera de Sertorio con gran atención y creo haber aprendido mucho de ella. Era el comandante más inteligente de su época y, aparte de mí mismo, el único que supo combinar lo militar con lo político en el más alto grado. Sabía ser tan duro y medía tanto sus fuerzas como Mario, pero al mismo tiempo era gracioso en sus modales, honorable, agudo en sus juicios y hombre de grandes aspiraciones. La gran rapidez de sus acciones y su habilidad para hacer uso de cualquier material de que pudiese disponer, son, a no dudar, las cualidades que lo harán memorable para los historiadores del arte de la guerra. Pero Sertorio escapa del molde general por su vigor y lo imprevisible de su imaginación. Sentí mucho no haberlo conocido íntimamente, ya que él y yo parecemos ser los únicos que comprendimos la historia de nuestro tiempo.

De modo que gracias a la habilidad y energía de Sertorio, Cinna pronto se vio con un ejército considerable a su disposición. Entretanto, en Roma, el cónsul Octavio hacía muy poco o nada por contrarrestar esa fuerza. Pese a que era un defensor de las formas precisas de la constitución, había conseguido del Senado un decreto completamente inconstitucional por el cual despojaba a Cinna de su consulado declarándolo enemigo público, y, sin siquiera el formulismo de una elección, nombró a un conservador, llamado Merula, para ocupar su lugar. Merula conservó su cargo, uno de gran influencia en los colegios sacerdotales, de *flamen Dialis* o sacerdote de Júpiter. Yo no tenía idea de que, antes de terminar ese año, me convertiría en sucesor de Merula como sacerdote, pero sabia lo suficiente sobre el oficio para comprender que era lo menos apropiado para un cónsul en tiempos de guerra civil, pues entre las muchas supersticiones y tabúes que rodeaban a los flámines, había dos que los hacen totalmente ineficaces en tales períodos: primero, no les está permitido mirar a un cadáver, y segundo, les está prohibido acercarse a un ejército.

Pero las bromas que hacíamos sobre Merula y nuestras confusas sospechas y nerviosismo cuando hablábamos de la amenazante actitud de Cinna y de Sertorio, pronto dieron lugar a un sentimiento de naturaleza más personal.

Debe haber sido alrededor de mi aniversario (cumplía quince años) cuando recibimos la noticia de que Mario no sólo estaba a salvo, sino que ya había desembarcado en Italia. Desde ese momento hasta que lo vi, solía ir constantemente a casa de mi tía Julia para enterarme de las últimas noticias traídas por mensajeros secretos. La historia completa de su exilio fue sabida luego, pero lo que ya conocíamos era suficiente para hacemos temer que los sufrimientos a que estuvo sometido hubiesen alterado su juicio. Fue perseguido de un lugar a otro por toda Italia como un esclavo fugitivo; pasó hambre y sed; se aferró a la vida cuando ya sus acompañantes habían perdido toda esperanza; fue arrastrado desnudo fuera de un pozo lleno de barro donde se había escondido, y condenado a muerte por los magistrados de un pueblo cercano bajo órdenes de Sila.

Lo preservó su propia grandeza. Un soldado mercenario germano que se ofreció para ejecutarlo no pudo soportar la mirada de fuego del anciano que yacía en el ensombrecido recinto. Dejó caer la espada de su mano y salió corriendo a la calle gritando: «No me atrevo a matar a Cayo Mario», y viendo esto, la población, avergonzada de su propia decisión, dio a Mario un barco e hizo lo posible por ayudarlo a escapar. Más desgracias aún habían de sucederle antes de llegar a África, donde se encontró con su hijo, el joven Mario, y el resto de sus amigos que huyeron junto con él de Roma. A pesar de todo, Mario seguía firme en su convicción de que volvería a ser cónsul una vez más y, como luego nos dijo, consiguió vencer el dolor y el cansancio concentrándose en recordar los rostros y los nombres de sus enemigos, de quienes estaba decidido a vengarse.

Nos dijeron que después había desembarcado en Etruria con su hijo, y que reclutó una pequeña fuerza en África. Esta pequeña fuerza pronto se convirtió en un ejército, pues Mario no vacilaba en prometer a los esclavos la libertad si estaban dispuestos a servirle; en sus tropas enrolaba peones, pastores y toda clase de trabajadores descontentos y empobrecidos, que se alegraban de dejar a sus patrones y con frecuencia los masacraban antes de abandonarlos. Era lo bastante astuto, sin embargo, para no tratar de legalizar la situación en lo más mínimo. Una de las primeras medidas que tomó, fue enviar un mensajero a Cinna reconociéndolo como cónsul y ofreciéndose a servir como soldado raso en su ejército. El ofrecimiento, naturalmente, lo hizo con fines de propaganda. Mario estaba decidido a mantener independiente su mando, pero el gesto era característico en él y engañó a mucha gente, incluso a mí.

Sin embargo, no engañó a Sertorio y me sorprendió escuchar que se opuso con firmeza a la idea de aceptar a Mario como asociado en su alianza entre él y Cinna. Atribuí esta oposición a las razones más bajas: celos y ambiciones. Aunque en verdad, Sertorio no era hombre de dejarse dominar por sus emociones cuando debían tomarse decisiones importantes, y su juicio sobre la situación demostró ser acertado. Hizo notar a Cinna que sus fuerzas eran superiores y que además estaban creciendo; lo importante era que una vez establecidos en Roma, pasaran un período de paz, orden y buen gobierno, durante el cual pudieran reforzarse para poder enfrentarse a las tropas de Sila que se hallaban en Oriente, ya que seguramente éste no aceptaría el nuevo régimen. Todo esto —decía Sertorio— podían fácilmente llevarlo a cabo ellos solos, pero poner a Mario en el poder sería correr un riesgo tremendo. Conocía al hombre y sabía que se comportaría de tal forma que, de algún modo, debilitaría la parte política sin reforzar mayormente la parte militar.

Sertorio encontró muy poco apoyo para su punto de vista y, puesto que nunca había ocupado ningún cargo público de importancia, le faltaba prestigio para imponer sus ideas. Cinna era un hombre honesto y bien intencionado, no tenía idea de las fuerzas que iban a ser desatadas, ni demostró ninguna habilidad cuando luego trató de controlarlas. Consideraba poco generosa la idea de mantener a Mario en inferiores condiciones. Me

alegró saber que lo trató con todas las muestras de distinción debidas a un procónsul y que lo incorporó al mando supremo de las fuerzas combinadas.

Entretanto, en Roma, la situación iba empeorando rápidamente. El cónsul Octavio consiguió el apoyo de Pompeyo Estrabón, quien había dirigido un ejército de considerables proporciones en el norte, y que cruel, corrompido e impopular como era, podía al menos afirmar su gran capacidad de general. Junto a él estaba su hijo Pompeyo, que luego fue llamado «el Grande». Alguna idea de lo que eran los sentimientos de las tropas hacia Estrabón puede obtenerse del hecho de que el joven Pompeyo hubo de usar su enorme popularidad para salvar a su padre de ser asesinado por sus propios hombres.

Toda resistencia fue prontamente sofocada. Mario, que maniobró su flota con gran destreza, ocupó el puerto de Ostia, cortando de ese modo a Roma su sistema de abastecimiento. Mientras, el ejército en pleno, bajo las órdenes de Cinna y Sertorio, convergía sobre la ciudad desde distintas direcciones. Se rumoreaba ya que las tropas de Mario, y en particular la gran fuerza que formaban los esclavos libertos, a los que tenía como guardia personal, se comportaban con calculada ferocidad.

Recuerdo cierta vez que nos llegaron rumores contradictorios y la agitación que nos invadió a raíz de lo que vimos y escuchamos. Mario, a quien nunca agradó compartir distinciones militares con nadie, ansiaba entrar primero en Roma y, maniobrando con extrema rapidez desde Ostia, ocupó la colina Janículo. Conseguí evadir la vigilancia de los mayores, y me dirigí hacia allí, deseando ver lo que imaginaba como la triunfal entrada de mi tío en la ciudad. Al acercarme al escenario de la lucha encontré algo muy distinto. A través de la densa muchedumbre, que como yo, había ido a mirar, los soldados heridos de las filas de Estrabón se abrían camino hacia la retaguardia. Pero aquellos que no se encontraban seriamente heridos daban muestras de gran alegría. Habían derrotado a Mario —decían—haciéndolo retroceder. Algunos hasta afirmaban que éste había sido asesinado. Escuchaba estos comentarios con consternación y a medida que, a paso apresurado, me acercaba a la colina, comencé a creerlos. No había ya signos de lucha. Hasta las cohortes que habían sido apostadas en reserva, marchaban ahora en distintas direcciones. Por fin al anochecer supimos lo que había ocurrido. Según parece, Mario, confiando demasiado en sus fuerzas, se arriesgó a sufrir un revés, y de habérselas tenido que ver con generales competentes, este revés se habría convertido en una seria derrota. Fue salvado de su difícil situación, gracias a la alarma que despertó un ataque dividido que Sertorio dirigió sobre otro sector fortificado de la ciudad.

Ésta fue la última acción militar de cierta importancia. Poco después murió Estrabón de una repentina enfermedad. Las tropas, no teniendo confianza en la habilidad del cónsul Octavio, comenzaron a amotinarse o a unirse abiertamente a los ejércitos que rodeaban a Roma por todos lados. A Octavio mismo, sus amigos le aconsejaron que huyera mientras tuviese posibilidad de hacerlo. Pero éste era presa de una infantil creencia en adivinos, profecías y cálculos caldeos. De acuerdo con estas fuentes, no corría ningún peligro; de modo que se quedó en Roma mientras el Senado, ya en estado de completo pánico, mandaba una propuesta de capitulación a Cinna, rogándole, como única condición, no tomar represalias. Cinna contestó que la consideraría si se retiraban antes los decretos dictados contra él; en cuanto a las represalias, dijo que sería tan misericordioso como las circunstancias se lo permitieran. Así que Merula, que había hecho poco o nada durante su corto período de oficio, fue depuesto y Cinna entró en Roma como cónsul.

Esperábamos que Mario entrara al mismo tiempo y habíamos hecho algunos preparativos para recibirlo. El anciano, sin embargo, había decidido hacer su entrada en la ciudad a su manera. Mandó un mensaje al Senado en el cual, luego de una detallada descripción de sus hazañas pasadas, pasó a comentar el hecho de que se hallaba ahora en el

exilio con su cabeza puesta a precio. Respetando como siempre la constitución romana y la libertad de su pueblo, no podía —dijo—volver a su ciudad ni a su familia hasta que el pueblo romano hubiese votado libremente por su regreso. Mucha gente, tal como Mario lo había previsto, se impresionó con esta charla legalista y el Senado se apresuró en sus arreglos para ordenar la necesaria votación. Mientras tanto, una avanzadilla de las tropas de Mario entró en Roma y, marchando directamente hacia el Foro, asesinaron al cónsul Octavio a sangre fría. Después de muerto se encontró entre sus ropas un documento caldeo, garantizándole una vida exitosa y feliz en el porvenir.

Semejante acto de violencia era horrible, pero no completamente inesperado, excepto para Octavio. Más aún, era difícil, en esos momentos, saber quién había sido el responsable.

Al día siguiente, Mario, al mando de su ejército, entró en Roma. Fue recibido por una gran muchedumbre, que incluía a sus parientes y amigos, todos ansiosos de felicitarlo por su salvación y su regreso. Yo mismo me hallaba hondamente conmovido en esta ocasión. Me puse mis mejores galas y sentí la más pura felicidad al pensar que mi tío sería recibido, con todos los honores, por la ciudad que él había salvado. Miré con interés y fascinación los rostros de sus soldados y también el suyo, que despertaba en mí cierta sorpresa, pues apenas podía creer que se hallaba realmente allí, aún robusto a su avanzada edad, sin que las desgracias hubieran conseguido doblegarlo. Noté que ponía muy poca atención en los discursos de bienvenida que le brindaban. Sus feroces ojos lanzaban constantes miradas al gentío y pronto pareció que se hallaba empeñado en la búsqueda, no de sus amigos, sino de sus enemigos. Su plan hacia ya tiempo que estaba trazado y era muy simple. No dejaría con vida una sola persona de quien, en algún momento, hubiese recibido una injuria. Y se encontraba en posesión del preciso instrumento con que llevarlo a cabo, pues sus ejércitos de esclavos libertos, ex gladiadores en su mayor parte o labradores oprimidos, eran tan salvajes como su jefe y obedecerían ciegamente sus órdenes.

El convencional discurso fue interrumpido bruscamente. Mario había descubierto entre la muchedumbre a un viejo senador que, en épocas pasadas, se le había opuesto en un asunto de menor importancia, y haciendo caso omiso del laudatorio discurso que alguien estaba declamando, apuntó al anciano con su mano. En un par de segundos, éste fue arrastrado al frente y muerto a puñaladas, se le separó la cabeza del cuerpo y se clavó como trofeo en la punta de una lanza.

Hubo algunos entre el populacho que fueron lo bastante débiles mentales o lo bastante desequilibrados emocionalmente como para aplaudir el hecho; y en verdad, cuando cualquier hecho salvaje es perpetrado, y como en este caso, autorizado, siempre existen esos ciudadanos que podrían llamarse «evasores de la ley», los que encontrando tremendo regocijo en tales manifestaciones, toman también parte en ellas con verdadero entusiasmo.

Y ahora, aun cuando la mejor gente de las distintas clases se apresuró a refugiarse en sus casas, quedaba todavía una cantidad considerable que siguió a Mario cuando éste comenzó a recorrer sistemáticamente las calles, arrastrando a sus enemigos o a aquellos que pudiesen serlo fuera de sus hogares, y asesinándolos brutalmente ante los ojos de sus familiares.

Naturalmente, yo no formaba parte de este grupo. Pasé la tarde encerrado en mi casa, temblando de terror y extenuación nerviosa. No sólo podía imaginar lo que estaba ocurriendo, sino que a cada rato alguien llegaba con más noticias de los horrores que se estaban cometiendo. Esperaba fervientemente que por lo menos al anochecer todo terminaría.

Mis esperanzas no se cumplieron. Durante cinco días y sus noches, las matanzas, las violaciones y los incendios continuaron. Las pruebas de estos actos de salvajismo eran visibles en todo lugar. Todos los senadores que asesinaron (y eran por lo menos cincuenta) fueron decapitados y sus cabezas expuestas en el Foro cual sombríos trofeos de venganza. En cuanto a los demás, que eran en su mayor parte pertenecientes a la clase adinerada y extraños al Senado, sus cuerpos fueron abandonados en las calles y servían de alimento a los perros y a las aves de rapiña. Era imposible decir cuántos corrieron esa suerte, pero su número no bajaba de mil. Muy pronto la matanza fue indiscriminada. Algunos fueron muertos en la calle por no haber saludado a Mario a su paso; otros, porque Mario no se molestó en contestar a su saludo. Algunos se suicidaron de puro terror y muchos, aunque sus vidas no corrían peligro, se mataron por vergüenza o desesperación al ver sus posesiones arruinadas y destruidas o sus esposas e hijos vejados.

Durante todo este tiempo, Mario estaba ebrio de vino —que bebía continuamente para reemplazar la falta de alimento y de sueño, ya que no comía ni dormía— y ebrio también de sangre y destrucción. Era imposible acercársele siquiera y aunque saludaba a Cinna y a Sertorio con aborrecible buen humor, no ponía ninguna atención en sus palabras. Menos aún escuchaba a su esposa u otros miembros de la familia. Llegó hasta a permitir que Fimbria, uno de sus brutales oficiales, matara al hermano de mi padre, Lucio César, y expusiera su cabeza en el Foro.

Finalmente, Sertorio tomó las riendas de la situación. Era el único hombre en Roma con suficiente coraje y habilidad para hacerlo. Hubo un momento en que, por puro cansancio, Mario desistió temporalmente de sus matanzas, yéndose a su casa a descansar. Actuando con su habitual rapidez, Sertorio trajo algunas de las tropas de su propio destacamento, las únicas entre las que entraron en Roma que guardaron la disciplina y el comportamiento, y con estos hombres rodeó la guardia de esclavos libertos de Mario exterminándolos a todos. Fue una operación fácil, pero nadie en ese momento se habría atrevido a llevarla a cabo.

Cuando Mario se enteró de lo sucedido, fue lo bastante astuto para no tomar represalias o tal vez estaba harto ya de sus asesinatos y excesos. Hasta simuló aprobar la medida de Sertorio y desde ese momento lo trató con una especie de curioso respeto, casi como si le temiese, y hasta parecía ansioso de su aprobación.

Esto último, sin embargo, no lo consiguió, pues en pocos días más hizo lo que Sertorio temía. Se había ganado la desaprobación de la opinión moderada del partido popular y, consecuentemente, puso en peligro, tal vez en forma irreparable, la única esperanza que tenía el partido para retener el poder. Era seguro que Sila trataría de recobrar su anterior posición y sus actos se verían ahora motivados, no sólo por ambición, sino también por venganza, pues sus casas y propiedades habían sido destruidas, sus estatuas echadas abajo, sus amigos y algunos de sus familiares asesinados, mientras que el resto de sus parientes, los más afortunados, después de toda clase de humillaciones y vicisitudes, habían conseguido huir. Él y sus legiones en el Oriente sólo podían ser resistidas por una Roma unida y una Italia unida. Mario, en menos de una semana, había conseguido que esta unidad fuera algo tan poco probable, que casi parecía imposible. En mí, esos momentos tuvieron un efecto tal, que ha sido indeleble. Más tarde habrían de desarrollarse nuevas escenas sangrientas, aún más extensas, más deliberadas y en cierto sentido más crueles. Pero nunca en mi vida he visto algo tan desordenado, tan salvaje y repugnante, como la conducta de Mario y sus libertos. De ello aprendí fuera de toda duda que no hay nada bueno, nada que demande necesariamente nuestro afecto y respeto en la naturaleza humana, que, una vez libre de sus restricciones, se convierte en horrible espectáculo; que

toda dignidad y junto con ella la posibilidad de afecto, viene de las restricciones, ya sean impuestas por uno mismo o por el exterior; y que de todas las pasiones de que es capaz el corazón del hombre, la más baja es la venganza.

7 EL FIN DE MARIO

En lo concerniente a Mario, mi mente siempre se halló extrañamente dividida. El último período de su vida fue para mí de horror y desilusión. Huía hasta de sus bondades —pues cuando se encontraba lo bastante sobrio como para reconocerme, demostraba un interés muy especial en mi futuro—. No obstante, aún trataba de aferrarme al recuerdo del que había llenado mi imaginación de niño y sabía además que éste no era completamente falso. Lo que ahora quedaba de Mario era una ruina, pero una ruina de algo grande y poderoso.

Murió al comenzar el año siguiente de su regreso a Roma y su muerte fue un alivio para mí y para todos. Al principio del mencionado año, Mario y Cinna habían ocupado sus funciones consulares y Mario celebró esta ocasión despeñando a uno de sus enemigos desde la roca Tarpeya. Ésta resultó ser su última demostración de salvajismo. Las profecías, reales o imaginarias, fueron cumplidas. Se lo nombró cónsul por séptima vez, pero murió antes que hubiesen transcurrido diecisiete días de su consulado. El último período de su vida fue desgraciado. Padecía insomnio y de algo todavía peor; en su perturbado sueño sufría pesadillas, terrores y fantasías. Gran parte del tiempo se hallaba, según todas las apariencias, como desequilibrado, y su estado de salud se resentía con las enormes cantidades de vino que bebía para ayudarse a conciliar el sueño. Había momentos en los que se imaginaba estar dirigiendo su ejército contra Mitrídates y entonces, gritando con su fuerte voz y andando a tumbos por su habitación, tomaba cualquier arma que se hallara a mano y, en cuanto la aferraba, milagrosamente, cobraba la apariencia de un hombre sobrio o al menos de una inflexible imagen de guerrero. Pero, de pronto, los dedos de Mario se aflojaban dejando caer el arma, y con frecuencia, él mismo caía al suelo. No fue empero por falta de sueño ni por excesos que murió el anciano, aunque parezca increíble que un cuerpo humano haya soportado tanto tiempo ambos efectos. Su última enfermedad fue una pleuresía, causada, según los médicos, por una corriente de aire frío. Piadosa enfermedad, pues le permitió morir con dignidad. Hasta compuso un discurso, en el cual, luego de enumerar sus triunfos y sus reveses, terminaba con la prudente reflexión de que sabio era el que confiaba en si mismo y no en la suerte. Aquellos que le escuchaban departir de este modo sabían que había abandonado la lucha y se felicitaban de ello, pues podían ahora ponderar sus pasadas proezas en lugar de vivir en el temor de algún nuevo ultraje o deshonra. La mayor parte del tiempo la pasó durmiendo, y murió pacíficamente. Los que vieron su cadáver dijeron que al final sus duras facciones se veían envueltas de una extraña nobleza y una tranquila expresión.

Yo no vi el cuerpo ni asistí al funeral. Me estaba prohibido por mis deberes religiosos; pues había sido recientemente nombrado por Cinna y Mario para el puesto entre los flámines, que se hallaba vacante debido al suicidio del infortunado Merula, quien, después de la entrada de Mario en la ciudad, se retiró al templo de Júpiter y allí se cortó las venas.

Debía mi nombramiento, naturalmente, al hecho de ser sobrino de Mario, aunque es probable que la elección haya sido también promovida por el deseo de Cinna y Sertorio de atraer a los Cotta y otros amigos y parientes de mi madre a su partido. Era necesario también que el *flamen Dialis* o sacerdote de Júpiter perteneciese a una familia patricia, y en aquel tiempo no eran muchas las familias patricias que habrían apoyado al nuevo régimen.

De todos modos, era un honor ser nombrado para esa tarea a tan temprana edad y tomé con seriedad mis funciones, aunque tenía que hacer a un lado, al igual que muchos de mis colegas, cierta sensación de repugnancia e incredulidad hacia las ceremonias religiosas en que tomaba parte. El sacrificio de animales, así como la inspección de sus humeantes entrañas, siempre me estremecieron; y no podía desechar la idea de que también resultaran repugnantes a los dioses, suponiendo que existieran. También estaba la cuestión del ridículo sombrero que debía llevar durante las ceremonias oficiales, confeccionado en piel blanca y en forma de cono. Este sombrero tenía, sin embargo, sus ventajas. Si llegaba a caerse durante las ceremonias, su dueño debía renunciar de inmediato a sus funciones. Por lo tanto, quedaba una fácil forma de escapar, aunque en realidad nunca quise hacer uso de ese pretexto, en parte por ser indecoroso y en parte porque estaba perfectamente contento como estaba. Mi posición me impedía todo servicio militar, pero no tenía ambición de ser comandante. Asociaba la idea de mando con la figura de mi tío Mario y quería ahora olvidar aquellos sueños y fantasías de mi niñez, en los que me veía como él, batallando al frente de las legiones romanas, en Oriente y también en las regiones inexploradas de Occidente. En ese tiempo mis gustos se inclinaban más bien hacia una carrera literaria. Me atraía coleccionar antigüedades y me interesaban profundamente los estudios que a diario hacía sobre los rituales de la religión romana.

La mayor parte de nuestras ceremonias han sido, naturalmente, heredadas de un pasado remoto y muchas de ellas han perdido su primitivo significado. Algunos de nuestros himnos y fórmulas rituales son completamente ininteligibles aun para sus propios actores. No obstante, damos gran importancia a la manera de pronunciar esas incomprensibles frases. En un comienzo miraba el asunto como algo bastante ridículo; pues, ¿cómo pueden los dioses escuchar los ruegos de los mortales, que no saben siquiera lo que están diciendo? Pronto me di cuenta de que éste era un pensamiento superficial. Nuestro sistema religioso tiene una serie de ventajas prácticas y en esta época de transición política e intelectual, época en que la mayoría tiende a mostrarse histérica o fanática, puede ser un importante elemento de estabilidad. Las oraciones y los sacrificios, aunque desprovistos de significado en sus detalles, cumplen una misión general y tienen gran efecto sobre el pueblo. Estos ritos fueron establecidos originalmente para propiciar más que para atraer a los dioses; y aún hoy se supone que si estas ceremonias de conciliación se realizan con la escrupulosidad debida, los dioses no interferirán contra las cosechas, las guerras y demás actividades. Nuestra religión de estado, bastante paradójicamente, es en cierto sentido atea. Tiende a mantener los dioses —siempre suponiéndose que éstos existan— a tan gran distancia como sea posible de los hombres y, liberando a los supersticiosos de sus aprensiones, les permite continuar con calma y confianza su misión civilizadora. Hay una enorme diferencia entre esta reverencia a distancia, que en el fondo es un beneficioso sistema, y los cultos asiáticos que ya desde mi niñez iban cobrando popularidad en Roma, especialmente entre las mujeres, y cuya atracción reside en una real o imaginada comunicación entre lo humano y lo divino por medio de un estado de éxtasis que, por lo general, se logra a través de incontrolados excesos emocionales. No hay duda que en tiempos de tensión y para personas de disposición histérica e inestable, semejantes cultos ofrecen una gran ventaja de carácter psicológico. Sin embargo, no dejan de ofrecer riesgos, puesto que tienden a minar la fe en los necesarios deberes que tenemos los unos hacia los otros y hacia el Estado, ya que en momentos de intoxicación física o emocional no se hacen aparentes. Los sacerdotes de Cibeles, por ejemplo, llevados al frenesí por medio de sus danzas, urgían a los novicios a castrarse en ofrenda a la Gran Madre. Catulo escribió un magnífico poema sobre el tema, que es de un gran ingenio en su métrica. Pero esta práctica de castración es obvio que no puede ser tolerada en un país que depende de la natalidad para el reclutamiento de sus legiones. Permitimos, eso sí, a los frigios adorar a su

Gran Diosa en Roma. Hace años que se practican estos ritos aquí, por ser sentimiento popular que la Gran Diosa tal vez pudiese corresponder a algo real y convenía mantenerla aplacada. Pero con sobrada razón no permitimos a los ciudadanos romanos llevar trajes frigios ni tomar parte alguna, excepto como espectadores, en las procesiones. Nuestra religión, por lo tanto, ofrece sólidas ventajas en cuanto tiende a alejar pensamientos inútiles y emociones perjudiciales. En cuanto a la minoría, muy pequeña siempre en estos casos, capaz de pensar metafísicamente, tiene toda la filosofía griega enteramente a su disposición. Yo mismo, en la época de la muerte de Mario, acababa de empezar mis estudios sobre estos temas. Me gustaban una enormidad; pero observé que aquellos que saben abordar el asunto con una cierta modestia y un ligero escepticismo, son más felices y están más en la verdad que los entusiastas, que son capaces de creer que una serie de palabras puede explicar o definir cualquier hecho o proceso complicado. Los que toman la filosofía con entusiasmo y concentración, como alguna religión oriental que predica abarcar todas las cosas, más que como un arte que tiene sus necesarias limitaciones, tienden a ser de mentalidad estrecha, desconsiderados con los demás, altivos y extraños en sus relaciones personales. Eso es exactamente lo que le sucedió a Catón y, en cierto modo, a un hombre mucho más grande que él, el poeta Lucrecio.

Siempre me interesé profundamente por ambas cosas: la filosofía y los variados cultos religiosos que conocí en Oriente y Occidente. Tuve agradables discusiones con caldeos, indios, profesores alejandrinos y galos, educados en las doctrinas de los druidas británicos. Pero mantuve un gusto especial respecto a las ceremonias religiosas de mi propio país, y aun en los días de mi sacerdocio pasaba varias horas discutiéndolas, particularmente con algunas de las Vestales. Las amistosas relaciones que cultivaba con estas damas, me resultaron posteriormente de gran utilidad.

Durante la primera época de mi juventud me dediqué a otras actividades aparte de mis estudios y de mi nuevo cargo oficial. Había empezado a desarrollarse en mí esa inclinación hacia la vida de lujo, por la que soy, me temo, notorio, y que a veces es para mí motivo de embarazo; puesto que cuando dicté leyes necesarias desde el punto de vista de la economía, limitando los gastos de aquellos que ofrecieran fiestas, comidas, etc., la gente se daba perfecta cuenta que yo no pensaba encuadrarme dentro de esos límites por mí mismo establecidos. No es que fuera glotón como Lúculo. Ni tampoco adicto a beber en exceso, cosa que parecía atraer a gran variedad de personas; como por ejemplo a Antonio y también al perverso moralista Catón. Sin embargo, desde muy jovencito me atraían los despliegues fastuosos. Gustaba que mis fiestas fuesen de notable esplendor y buen gusto. Me atraía tener caballos que atrajeran las miradas de la multitud en la calle. Compraba libros raros a precios muy altos, obras de arte, y en particular cuidaba sumamente mi vestir que, dentro de los convencionales límites de las ropas romanas, variaba en lo posible.

Pronto me endeudé y la única manera que encontré de pagar los intereses fue pedir más dinero prestado. En realidad, desde que cumplí dieciséis años hasta bien pasados los cuarenta, mis deudas fueron creciendo y creciendo. Alarmaban a mi familia y a mis amigos y en más de una oportunidad me pusieron a mí mismo en incómoda situación. Se ha dicho en favor de la inteligencia de los hombres de finanzas romanos que me consideraban una buena inversión; pues en cualquier momento de mi vida hasta llegar a la madurez, pude haberme visto en la ruina más completa de no haber encontrado gente que quisiese prestarme dinero aun siendo cada vez mayores las cantidades que pedía.

Mi padre, en los últimos años de su vida (murió poco después que Mario), se preocupaba mucho por mis gastos. Me sugirió que aliviaría enormemente mis deudas el casarme con una rica heredera y hay que admitir que era un punto de vista juicioso. Al fin, cuando tenía diecisiete años, decidí seguir su sano consejo y contraje matrimonio con una

dama llamada Cossutia, cuyo padre era financiero, que no era un miembro de la aristocracia senatorial y que se sentía feliz de proveer una considerable dote para unir a su hija con una familia patricia. Esta boda encontró oposición en mi madre y mi tía Julia, quienes querían casarme con alguna joven de las familias principales, cuyo apoyo fuera valioso en las esferas políticas. En cuanto a mí, aún no había decidido qué carrera quería seguir. En realidad, a esa edad, contemplaba la idea de convertirme en poeta o escritor dramático. Además Cossutia me parecía no solamente rica, sino también atractiva. Aunque no estaba precisamente enamorado de ella, distaba mucho de ser indiferente a sus encantos. Pensándolo bien, debe haber muy pocas mujeres en las que yo no encuentre algún interés.

Este matrimonio difícilmente podría considerarse un éxito, ya que apenas duró algo más de un año. Hubo varias razones para su fracaso, algunas personales y otras de carácter político. Entre las razones de orden político, estaba el hecho de que la familia de Cossutia comenzó a pensar que, si bien habían casado a su hija con un patricio, este patricio se encontraba rodeado de las amistades más peligrosas, y pertenecía además al partido político menos deseable. De modo que cuando se llegó a un acuerdo sobre el divorcio, se mostraron extremadamente razonables en lo concerniente a la devolución de la dote.

Hay que reconocer que la alarma de la familia de Cossutia no dejaba de tener fundamento. Yo era sobrino de Mario y era público que contaba con las simpatías de Cinna. Además, para el tiempo en que cumplí dieciocho años, se hacía evidente una nueva guerra civil. Los observadores más astutos estaban convencidos de antemano que el partido de Cinna sería el perdedor. Personalmente, Cinna me gustaba y no hallaba objeción en el hecho de que se hiciese nombrar cónsul año tras año. Como luego yo mismo habría de descubrir, hay tiempos en que esta continuidad en la administración resulta, desde todo punto de vista, esencial. Aunque después resultó una moda hablar de «la tiranía de Cinna», su gobierno fue todo lo bueno, en muchos aspectos, que podía serlo bajo las circunstancias en que se llevó a cabo. Especialmente el problema italiano, que había causado tan inútil derramamiento de sangre, se arregló finalmente y como resultado la llamada «tiranía» de Cinna era más popular que muchos de los gobiernos que han alternado en Italia.

La debilidad del gobierno se evidenciaba sobre todo en Roma. Allí, como bien había previsto Sertorio, las masacres llevadas a cabo por Mario y sus oficiales tuvieron un efecto desastroso. Hombres inteligentes y de puntos de vista moderados, como los Cotta, se retiraron temporalmente de la política, y lo hicieron no por cálculo (pues permanecer inactivos en ese tiempo podía muy bien costarles la vida), sino simplemente por ser sus ideas completamente incompatibles con las medidas tomadas por la actual política. Y si los miembros más moderados de la aristocracia tenían reparos en aceptar nombramientos del nuevo gobierno, el resto, que siempre constituyó la mayoría, entre los cuales muchos tenían, en sus familiares, muertes y calamidades que vengar, sólo esperaban el momento oportuno para hacer sufrir a los otros lo que ellos a su vez habían sufrido.

En el fondo de todo se hallaba siempre la sombra de Sila. Continuamente nos llegaban noticias sobre sus victorias en Oriente. Supimos que había ocupado Atenas y también el horrible asesinato de los habitantes que había seguido a la capitulación de la ciudad. Luego nos llegaron noticias de dos grandes batallas en Grecia en que las mejores tropas y los más experimentados generales de Mitrídates resultaron completamente derrotados. Después de esto, supimos que Sila cruzaba hacia Asia, pero nadie se hacía ilusiones de que se quedase allí más tiempo del necesario para la conquista de la provincia, o que fuese a aceptar el gobierno impuesto por sus enemigos en Roma.

Las medidas tomadas para hacer frente a esta amenaza no fueron efectivas. Se envió un ejército bajo el mando del cónsul Flaco a Oriente, en apariencia para luchar contra Mitrídates, pero en realidad, si era posible, iba a pelear contra Sila. Varios de los más

notorios aliados de Mario sirvieron en este ejército, entre ellos Fimbria, quien asesinó a mi tío Lucio y que en el funeral de Mario casi consigue matar a Escévola, el sumo pontífice. Poco después de llegar a Oriente, Fimbria asesinó a Flaco, su comandante en jefe, y tomó el mando. En esto demostró bastante habilidad táctica, pero no pudo conservar la lealtad de las tropas. Sila se había encargado de informar a los hombres de Fimbria de la manera en que sus propios soldados se habían enriquecido con los saqueos, y de la forma agradable en que, cuando no había ninguna batalla en perspectiva, les era permitido vivir, sin mayor disciplina, cayendo como una nube de langostas sobre los habitantes del pueblo en donde estaban acuartelados. La intriga pronto causó efecto sobre el ejército de Fimbria, que se pasó en masa a las filas de Sila, dejando a Fimbria el remedio de suicidarse.

Fue al comienzo de mi corto matrimonio con Cossutia que estas noticias llegaron a Roma y, aproximadamente al mismo tiempo, llegó un despacho de Sila al Senado anunciando que había reconquistado las provincias perdidas y que la guerra con Mitrídates estaba tocando a su fin. Sila pasó a quejarse de la ingratitud con que, a pesar de sus grandes hazañas, él y sus amigos fueron tratados. Ahora —concluía—se proponía proteger a sus amigos y hacer justicia contra aquellos que habían tomado partido por sus enemigos.

El tono del despacho era el del conquistador que ya había entrado en Roma triunfante una vez y se disponía a hacerlo nuevamente. Era el tono característico de Sila y resultaba efectivo en cuanto que debilitaba mucho la autoridad y resolución del Senado, la mitad de cuyos miembros se hallaba secretamente de parte de Sila, mientras la otra pensaba solamente en cómo podían evitar ofender a alguien. Se pasó una piadosa resolución del Senado a los cónsules Cinna y Carbo, pidiendo que dejasen de reunir tropas, y negociasen con Sila, una vez que éste dejara su mando. Esta resolución fue completamente ineficaz para prevenir la guerra civil. Sila no tenía intención de deshacer su ejército y Cinna, Carbo y Sertorio, sabiéndolo, no se quedarían sin protección. Pero la moción fue útil a Sila puesto que parecía darle una cierta posición legal una vez que pisara Italia.

Durante los meses que siguieron, los preparativos para la guerra continuaron. Cinna y Carbo planeaban luchar contra Sila en Grecia. El plan en si era bueno, y de haberse podido llevar a cabo, podría haber tenido éxito, pero fue ineficaz por accidente y por incompetencia.

Mis deberes de sacerdote me impedían tomar parte en las operaciones militares que ahora eran inminentes. Pero igualmente seguí con vivo interés los movimientos de las tropas y las perspectivas de la guerra. Yo crecía con rapidez y también me encontraba atraído cada vez más hacia el poder; muy peligrosamente, como pudo verse luego, aunque en esos momentos parecía que mi carrera comenzaba bajo los más afortunados auspicios.

Tal vez la repentina muerte de mi padre, que ocurrió poco después de mi primer casamiento, tuvo el efecto de despertar en mí ambiciosas energías. Mi madre y mis hermanas miraban hacia mí y por esa actitud de ellas yo sentí nacer una nueva confianza en mí mismo. Empecé entonces a formar un plan de carrera política y al mismo tiempo me enamoré de la hija de Cinna, Cornelia, y me di cuenta de que satisfaciendo ese amor me convertiría en yerno del hombre más grande de Roma. Era ésta una perspectiva que agradaba en especial a mi tía Julia quien, como viuda de Mario, tenía gran prestigio entre las familias conectadas con el partido popular. Fue ella quien sondeó a Cinna y obtuvo su consentimiento para nuestra boda. En esto, también ayudó, naturalmente, mi parentesco con Mario, pero Cinna, creo yo, tenía formada de antemano una impresión favorable sobre mis habilidades.

Por lo tanto, me divorcié de Cossutia y me casé con Cornelia. Fue ésta una excelente esposa y permanecí casado con ella hasta su muerte, que ocurrió unos dieciséis años más tarde. Los primeros meses fueron particularmente felices. Podía permanecer mucho tiempo

en compañía de mi esposa, ya que mis deberes religiosos me permitían permanecer en Roma. Y fue un deleite para mí saber que ella pronto me daría un hijo.

Nuestro placer, nuestra tranquilidad y mi ambición, sin embargo, habían de ser pronto interrumpidas. Mucho temí por la salud de mi esposa cuando, antes de nacer nuestro hijo, recibimos la noticia del asesinato de Cinna. Esto ocurrió cuando las legiones acampaban en Ancona, mientras esperaban ser transportadas a Grecia. No fue precisamente un motín, sino una desordenada conducta entre cierto sector de las tropas. Cinna se hallaba inadecuadamente custodiado y mal preparado para hacer frente a la situación. Tontamente se dejó envolver en la reyerta y como resultado perdió la vida. En ese momento me encontraba tan preocupado por la salud de mi mujer (pues la noticia resultó terrible para ella) que no me di cuenta de lo que implicaba la muerte de Cinna. Afectaba a la situación, política y militarmente. No es que Cinna se destacara como comandante, pero tenía la virtud de aceptar los consejos de otros y especialmente de Sertorio. El primer resultado de su muerte fue que Carbo, ahora el único cónsul, abandonó el plan de enfrentarse a Sila en Grecia y decidió retirar a Italia las tropas que ya habían cruzado. Esto era una seria y, casi podía decirse, fatal equivocación. Además Cinna había sido incuestionablemente el jefe político desde la muerte de Mario. No había nadie ahora para llenar ese puesto, aunque Carbo y mi primo, el joven Mario, aspiraran a él, y Sertorio lo mereciera por sus habilidades. De manera que por un lado había un ejército unido bajo el mando de Sila y por el otro cónsules divididos, mandos divididos y cambios políticos. Que Sila, a pesar de estas y otras ventajas, tuviera que luchar duramente durante casi dos años antes de conseguir su objetivo, es una señal del poder que tenían sus opositores. De haber sido la fuerza de éstos organizada y empleada como Sertorio lo hubiese hecho, Roma se habría salvado de pasar por las más horrendas masacres de su historia y la consiguiente revolución que años más tarde yo mismo intenté —sin éxito—guiar podría haber sido llevada a cabo más suavemente, con menos dificultad y menos dolor. Pero en la forma que se presentaron las cosas, el odio trajo más odio, y la sangre, más sangre.

A medida que se acercaba la época del nacimiento de mi primer y único vástago, también se acercaban negros días para la república de Roma, un período durante el cual parecía que el orden sólo podía existir en un reinado de terror y donde los pensamientos equilibrados sólo podían surgir de mentes completamente exhaustas por los excesos de las pasiones.

8 LA VICTORIA DE SILA

Cuatro años después de la vuelta de Mario, Sila desembarcó en Brindisi con un ejército de cuarenta mil soldados veteranos, acostumbrados al saqueo, esperando más botín y devotos a su general. Nos comunicaron los acostumbrados desastres. Por ejemplo, una semana antes de cumplir mis diecinueve años, el templo con la estatua de Júpiter Óptimo Máximo, en Roma, fue enteramente destruido. Aunque el edificio no tenía gran valor desde el punto de vista arquitectónico, poseía, en cambio, el encanto de su antigüedad, y su altar era el más sagrado de la ciudad. En mi calidad de sacerdote de Júpiter, yo mismo tomé parte en la investigación sobre las causas del fuego, pero éstas nunca pudieron ser claramente establecidas. Era muy probable que hubiese sido obra de los incendiarios del partido de Sila. El efecto causado por el incendio sirvió a los propósitos de éste. La gente en Roma comenzó a murmurar que los dioses rechazaban al gobierno actual y los profetas profesionales, adaptándose en seguida a la situación, predicaban desastres que eran, en realidad, inminentes.

Mientras esto ocurría, Sila, marchando lentamente hacia el norte, había ya logrado algunos triunfos y comenzaba a recibir refuerzos de sus partidarios en Italia. De entre éstos, el más comentado en Roma era el joven Pompeyo, hijo de aquel impopular Estrabón que había tratado de defender la ciudad contra Mario y Cinna. Hasta este momento Pompeyo había sido conocido por sus graciosos modales, tan distintos de los de su padre, y por su gran belleza física. Más tarde, cuando ya hubo alcanzado importantes éxitos militares, la gente comenzó a encontrarle cierto parecido con Alejandro Magno. En realidad, el parecido no era tan marcado. La cara de Pompeyo carecía del fuego y de esa casi divina melancolía que se observa en las estatuas del gran macedonio. No obstante, era singularmente bien parecido. Era también audaz, resuelto, y a despecho de sus exquisitos modales, podía ser tan cruel e inescrupuloso como su padre. En aquellos tiempos yo apenas lo conocía, aunque al igual que todos, me hallaba impresionado por sus hazañas. Tenía Pompeyo sólo veintitrés años cuando Sila desembarcó en Italia y normalmente no podría haber pretendido tener un ejército bajo su mando. Pero durante este período nada era normal y desde su primera juventud Pompeyo siempre se encontró al frente de uno u otro mando e invariablemente con éxito. Ninguna carrera pudo tener comienzo tan brillante. Actuando enteramente por iniciativa propia, levantó tres legiones en el norte y por la mera fuerza de su personalidad los convenció de que él y solamente él era el hombre indicado para dirigirlos. Ya en esa etapa, demostró una rara habilidad de organización, pues sus tropas eran no sólo entusiastas, sino además bien equipadas y mantenidas. Aunque rápido en la acción, nunca se precipitaba, y sólo comenzó a marchar hacia el sur para encontrarse con Sila cuando se halló satisfecho con el estado de sus provisiones y seguro de que el número de sus bestias de carga y vagones era suficiente para darle una fuerza de lucha equilibrada e independiente. Hubo varias acciones durante su camino al sur, y en todas ellas Pompeyo se distinguió personalmente. Pero lo que más impresionó a la opinión pública fue la historia del extraordinario honor que Sila le confirió cuando, al fin, unió sus fuerzas a las de él. Al encontrarse, Pompeyo —como era lo correcto— había saludado a Sila con el título de «imperator»; Sila, que evidentemente quedó fuertemente impresionado a la vista del ejército de Pompeyo, formado por jóvenes adolescentes, magníficamente disciplinados y equipados, desmontó de su caballo y hablando a un tiempo a sus propias tropas y a las de Pompeyo, saludó al joven con el mismo título. El grito de «imperator» surgió al unísono en ambos ejércitos. En toda su larga carrera de triunfos, es dudoso que

Pompeyo pueda haberse encontrado en momentos más gloriosos que éstos. Incluso yo, sólo después de los cuarenta años tuve ocasión de ser saludado de esta manera por las legiones romanas. Aún más, Sila demostró que dando a este joven el título de «imperator» sabía lo que hacía, pues inmediatamente comenzó a encargarle importantes empresas y a confiarle mandos independientes.

Había otros jóvenes también habilidosos, que siguiendo el ejemplo de Pompeyo se unieron a Sila mientras la guerra estaba aún indecisa. Entre éstos se hallaba Craso, quien más adelante hubo de serme extremadamente útil dada su enorme fortuna, su ambición y sus casi morbosos celos de Pompeyo, sentimiento éste que parece haber tenido su origen durante este período. Pues Craso, a despecho de su desastroso final, durante su juventud fue un hábil comandante; sin embargo, ni sus éxitos ni sus recompensas fueron nunca tan espectaculares como las de Pompeyo. Hubo también ocasiones en que, aunque Craso hubiera ganado una batalla, era Pompeyo, por una u otra causa, quien recibía los honores. De modo que Craso, siendo a la vez ambicioso y malicioso, comenzó a albergar hacia Pompeyo sentimientos similares a los que Mario albergaba contra Sila, aunque Pompeyo era mejor general que Sila y Craso un general muy inferior a Mario.

En cuanto a mí, era aún demasiado joven para tomar parte importante en la guerra y de todos modos me estaba vedado el servicio por mi sacerdocio. Mi vida con Cornelia era muy feliz. Cuando nuestra hija Julia nació, solíamos divertimos prediciendo el brillante futuro de la criatura. No se nos ocurrió imaginar que alguna vez se convertiría en la esposa de Pompeyo o que para esa época éste sería indiscutiblemente el hombre más grande del mundo.

Hacia el fin de este año, ocurrió un hecho muy significativo. Sertorio fue enviado como gobernador a España. Allí tendría libertad para desarrollar su genialidad, mientras que en Italia los cónsules que dirigían los ejércitos habían ignorado continuamente su consejo, y sufrió mucho a consecuencia de esto. En España hizo maravillas, pero mientras tanto en Italia, el partido mariano perdía en el momento más crítico de la guerra al único de los generales que hubiera podido compararse con Sila.

Al comienzo del año siguiente, Sila marchó por la Vía Lacia hacia Roma. Los cónsules que se le oponían eran Carbo y mi primo, el joven Mario, ambos hombres seguros y valientes, pero también tan testarudos como rudos en asuntos militares y políticos. El joven Mario conservaba su buena apariencia. Era, tal vez, el hombre más apuesto de Roma después de Pompeyo. Pero era ahora casi tan salvaje como su padre lo había sido en sus últimos días; y aunque sabía inspirar lealtad a sus tropas, le faltaba la habilidad de su padre para hacer uso de esa lealtad en el momento preciso. Recuerdo que un día frío y húmedo nos llegó la noticia de que había sido completamente derrotado por Sila en las colinas al sur de Roma, y que con lo que quedó de su ejército se refugió en la fortaleza Preneste. Allí por el momento se hallaba seguro, y desde ese lugar ordenó la evacuación de Roma, puesto que la guarnición no era lo bastante grande para defender la ciudad. Las tropas debían marchar hacia el norte a reunirse con el ejército bajo las órdenes de Carbo. Pero antes de la evacuación hubo otra masacre llevada a cabo por orden expresa de Mario. En esta cruel e insensata carnicería muchos senadores perdieron la vida. Entre ellos estaba Escévola, el sumo pontífice, que había escapado de ser asesinado en el funeral del viejo Mario.

Sila podía ahora entrar en Roma sin oposición. En medio de la aprensión general, discutíamos si era recomendable o no que yo huyese a África o a España o hacia el ejército en el norte. Sin embargo, no quería dejar a mi esposa, a mi madre y a mi pequeña hija. Existía la diferencia de que aunque mi predecesor en el oficio de *flamen Dialis* tuvo que suicidarse por haber sido —aunque ineficaz—un cónsul, yo, hasta ese momento, no había

tomado parte activa en política. Por lo tanto decidí quedarme y así, por segunda vez, vi entrar triunfantes en Roma las tropas de Sila.

El pánico de esos días era prematuro, pues la lucha aún no había terminado. En verdad, en el último momento, Sila casi perdió los frutos de todas sus victorias. Carbo, en el norte, había desesperado demasiado pronto de la situación y huido a África. Pero en la vecindad de Roma se hallaban aún excelentes ejércitos de samnitas y lucanianos, operando bajo las órdenes de sus propios generales y todavía leales a la memoria de Sulpicio y de Cinna por haber conseguido para estos guerreros italianos sus derechos. Dichos ejércitos salieron para relevar a Mario en Preneste, donde se encontraba hábilmente cercado por Ofela, uno de los oficiales de Sila. Encontrando, sin embargo, que las fuerzas de Sila se hallaban dispuestas a interceptarlos, cambiaron repentinamente la dirección de su marcha, desplazándose rápida e inesperadamente hacia Roma, que había sido dejada virtualmente indefensa. Forzaron a Sila a pelear hacia el anochecer, después de una larga marcha para preservar la ciudad. La batalla tuvo lugar fuera de los muros de la puerta Colina y fue decisiva. Desde los muros muchos ciudadanos romanos observaban la lucha; sin embargo, ni los espectadores, ni Sila mismo supieron el resultado del encuentro hasta el día siguiente. Sila, conjuntamente con el sector izquierdo de su ejército, fue completamente derrotado y forzado a volver a su campamento. Aquellos que lo conocieron dijeron luego que en estos momentos de derrota, aunque aparentaba conservar su serenidad, en el fondo casi perdió el control de sí mismo. Según parecía, solía llevar consigo a la batalla una pequeña estatua de oro de Apolo, que, durante su campaña en Grecia, cogió del templo de Delfos. Hallándose en este estado, cubrió la estatua de frenéticos besos gritándole entre llantos y gemidos: «¡Oh, Apolo, tú que en tantas batallas convertiste a Sila el Afortunado en grande y famoso, no lo abandones ahora. No lo dejes perecer ante las mismas puertas de Roma!». El ruego fue innecesario, pues, antes de medianoche recibió noticias de Craso, quien dirigía el sector derecho, comunicándole que había logrado una aplastante victoria sobre la mayor parte de las fuerzas enemigas. Al día siguiente se le unió, y juntos rodearon lo que quedaba de las fuerzas samnitas. Algunas de ellas, confiando en las promesas de perdón que Sila les había hecho a cambio de su ayuda, se volvieron contra sus propios compañeros. Finalmente, luego de mucha lucha entre ellos, todos se rindieron. En total eran seis mil hombres.

En su conducta respecto a estos prisioneros Sila dio la primera prueba de la forma en que estaba dispuesto a comportarse. Los seis mil fueron llevados desarmados a través de Roma y allí dejados bajo custodia. Al día siguiente Sila llamó a una reunión del Senado en el templo de Belona y habló a los senadores. Pronto su discurso se volvió casi inaudible a causa del ruido que producían los gritos, llantos y aullidos, que parecían provenir de muy cerca. Los sobresaltados senadores, temiendo algo, pero no sabiendo precisamente qué, comenzaron a interrumpir, pero Sila, apenas alzando la voz, dijo: «Debo indicarles que escuchen mis palabras sin perturbarse. Ese sonido lo producen algunos criminales a quienes he ordenado castigar». El ruido, en realidad, era el del asesinato a sangre fría de los seis mil prisioneros. Este acto de crueldad fue, como la mayor parte de los actos de Sila, calculado. Intentaba con ello no sólo aterrorizar a todo el que estuviese todavía en armas contra él en Samnio y Lucania, sino también intimidar al Senado, haciendo ver claramente, aun a los de su propio partido, que él era su amo y no su servidor. En esto tuvo completo éxito, pero el tamaño de las atrocidades que cometió fue más del necesario para conseguir dicho éxito; podía decirse que había una cierta perversidad, aun en el cálculo de sus crueldades.

La guarnición de Preneste fue también víctima de estas crueldades cuando, después de la batalla de la puerta Colina, se vio obligada a rendirse. Alrededor de unos diez mil fueron asesinados. El joven Mario, sabiendo lo que le esperaba, se suicidó. Su cabeza fue

entregada a Sila, quien mirándola fríamente, dijo: «Hay que aprender a remar si uno quiere llegar a ser piloto».

Pero más terrible que estas ejecuciones en masa eran los crímenes que diariamente se cometían en Roma y también en toda Italia. Nadie, cualquiera fuese su rango, que tuviera alguna conexión con el partido de Mario, podía considerarse a salvo. Por ese tiempo, parecía necesario, y hasta razonable, que todos los enemigos personales de Sila fueran destruidos. Pero cuando tantos otros, sin ninguna razón válida, fueron atacados en las calles, hasta los miembros del partido de Sila comenzaron a alarmarse y uno de ellos, un Metelo, se aventuró a preguntar a Sila en el Senado si podía tranquilizar la ansiedad pública indicando de alguna forma cuántos eran los que aún habían de sufrir. Sila prometió considerar el asunto y al día siguiente publicó una lista de ochenta nombres de los condenados a muerte.

Al día siguiente apareció una nueva lista, conteniendo doscientos veinte nombres más y, a intervalos más o menos regulares, otras listas fueron expuestas en el Foro. Se ofrecieron recompensas a todos los que asesinaban, o daban información sobre la muerte de las personas proscritas. Toda propiedad de los condenados fue confiscada, y sus hijos y nietos excluidos de cualquier cargo público. Muchos fueron traicionados o asesinados por sus esclavos y aun por sus propios hijos, que de esta manera esperaban conseguir por lo menos una parte de las propiedades paternas. Otros aprovechaban la oportunidad para ajustar cuentas con sus enemigos. El joven Catilina, por ejemplo, que luego habría de convertirse en figura de alguna importancia, primero asesinó a su hermano mayor y luego, para eludir la justicia y ganar la recompensa, hizo uso de su influencia con Sila para añadir el nombre de su hermano a la lista de proscritos. Se decía que estas listas, mientras aparecieron, contuvieron los nombres de casi cinco mil personas, pero que las muertes eran mucho más numerosas que las sugeridas por estas cifras. Y así como Mario, al ejecutar su venganza, había empleado una banda de libertos cuyo salvajismo iba a la par del suyo propio, ahora Sila hacia lo mismo, pero en escala ascendente y en forma deliberadamente organizada. Pues, de los esclavos que habían pertenecido a las víctimas, liberó a diez mil de los más jóvenes y fuertes. Éstos, tomando el nombre de la propia familia de Sila, eran llamados «Cornelios». Ligados a él por gratitud e interés, eran por demás formidables, pues se hallaban hasta cierto punto disciplinados.

Aunque la palabra «disciplina» no es precisamente apropiada para nombrar estos excesos, más aún calculados como eran. En el cálculo entraban las ansias de borrar el recuerdo de las glorias pasadas de Mario y su salvaje enojo. El joven Mario tuvo la sabiduría de suicidarse; pero su cabeza fue llevada en procesión por las calles. Mucho más terrible fue la suerte de Mario Gratidiano, un sobrino adoptivo del gran Mario, y uno de los que estuvo con él en el exilio. Después del exilio asumió por dos veces el cargo de pretor y ganó gran popularidad por una reforma monetaria que tuvo el efecto de calmar a los deudores. Ahora, tal vez apoyándose en su popularidad y en el hecho de ser mirado como hombre moderado, no se preocupó por desaparecer. Fue azotado y golpeado por las calles de Roma con tal violencia y brutalidad que, antes de morir, la carne se desprendió en jirones de sus huesos, y mientras agonizaba, tendido en el suelo, sus miembros fueron arrancados en pedazos del cuerpo.

La venganza de Sila se extendió hasta las cenizas del viejo Mario, el guerrero más grande de Roma. Su tumba fue profanada y las cenizas desenterradas y esparcidas por el río Anio. Cada una de sus estatuas fue echada abajo, cada monumento, recordando las victorias que salvaron a Roma, fue destruido. En circunstancias como éstas, yo, junto con mi joven esposa y mi hija, vivíamos, con justificada razón, en constante zozobra.

9 MI HUIDA

Pasado un tiempo, pensamos hallarnos fuera de peligro. Nos parecía que, de haber sido marcados para la muerte, ésta nos habría alcanzado en los primeros días de terrorismo. Además, a pesar de mi parentesco con Mario y la conexión que por mi enlace tenía con Cinna, no podía decirse que habría tomado parte activa en política. Por lo tanto Sila no podía tener nada personal contra mí, ni yo era lo bastante rico tampoco, para que valiera la pena eliminarme y apoderarse de mis propiedades. También observamos que el salvajismo de Sila, no era enteramente irresponsable. Era parte de un plan tendente a que quedara un único partido político, y para poder formarlo Sila había demostrado que era capaz de ser conciliador con jóvenes habilidosos que le conviniese atraer. Si Cinna hubiese sido mi padre en lugar de mi suegro, o de haber sido yo el hijo y no el sobrino de Mario, me habría visto impedido para siempre de ocupar un cargo público. Pero siendo las cosas de otro modo, no entraba en esa clasificación, y de dejarme Sila con vida, podría llegar a serle útil. Algunos amigos de nuestra familia podían, por lo tanto, acercarse a gente con influencia sobre Sila y tratar de ganarme la buena voluntad de éste.

Habría sido mejor para mí que esto no se hubiese intentado. Sila quedó impresionado por el relato de mis habilidades y de mi creciente popularidad en sociedad. Decidió que era conveniente asegurarse mi apoyo para el régimen e indicó a los amigos de mi familia que nada tenía yo que temer y que me transmitieran que, de actuar con corrección, hasta podía alimentar esperanzas de adelantar en mi carrera. Se me indicó, sin embargo, que, en primer lugar debía cortar toda conexión con el pasado, divorciarme de mi esposa, por ser hija de Cinna, y a cambio de ella se me daría otra mujer elegida por Sila.

No había nada de extraordinario en esta proposición. Aun Pompeyo, a quien Sila tenía en ese tiempo en gran estima, fue inducido a divorciarse de su esposa, a quien amaba, y casarse con una hijastra de Sila, quien, para jugar a su vez el papel que le tocaba en el plan, tuvo que divorciarse de su marido, a pesar de hallarse embarazada. Era un desdichado arreglo ya que murió al dar a luz al poco tiempo de habitar en casa de Pompeyo. Éste mismo —se decía— se había resistido mucho a esta boda; pero en esos días la dominación de Sila era tan absoluta que ni siquiera sus amigos osaban oponerse a sus mandatos.

En cuanto a mí, me sentí instantáneamente invadido por la misma resolución de resistir que había tenido en el tiempo en que, siendo un adolescente, hube de enfrentarme a Sila en la calle. En un asunto tan íntimo y personal, doblegarse ante la voluntad de quien había asesinado a mi gente y deshonrado la memoria de Mario, me parecía una intolerable humillación. Además estaba enamorado de mi esposa. De modo que, aunque algunos miembros de mi familia y hasta la misma Cornelia (muy lealmente, aunque apesadumbrada), me aconsejaban seguir el mandato de Sila, en ningún momento sentí la menor inclinación a someterme.

Era obvio, naturalmente, que oponiéndome a la voluntad de Sila arriesgaba mi vida. Por lo tanto, a toda prisa, reuní cuanto dinero pude, dejé Roma secretamente por la noche y fui a buscar refugio en la montañosa Sabina, comarca situada al norte de la ciudad. Allí viví algunas semanas, bastante precariamente. Aun en este salvaje lugar había bastantes soldados de Sila ocupados en dar caza a los fugitivos, y aunque en algunas aldeas y pequeños pueblos contaba con amigos de confianza, en esos tiempos era difícil sentirse a salvo de la traición, incluso en casa de los mejores amigos.

Ocurrió que mis planes de huir se vieron frustrados por la enfermedad. Ésta era más bien producto de mi estado mental que un mal causado por alguna debilidad del cuerpo. Años después soporté muchas más fatigas físicas que las que hube de pasar en este período. Pero, cualquiera que hubiese sido la causa, me encontré temblando de fiebre, e imposibilitado de ponerme en pie justamente cuando más necesitaba de todo mi vigor y energía. Ni siquiera podía recibir atención médica apropiada. Las tropas de Sila patrullaban sistemáticamente la zona, de modo que, aunque podía considerarme feliz de contar con amigos leales, me veía obligado a un continuo movimiento, debiendo cambiar de domicilio en algunas ocasiones dos veces en el mismo día.

Como mi enfermedad hizo necesario que me transportasen en camilla, era muy difícil no ser notado, de modo que sucedió lo que era de temer. Yo y mi pequeño grupo fuimos descubiertos y rodeados por un destacamento de tropas de Sila al mando de uno de los Cornelios, los libertos erigidos por Sila para llevar a cabo su obra de exterminación. Luego supe que este oficial era notorio, aun en su propio círculo, por sus actos de salvajismo. Fue una suerte, tal vez, que no lo supiera en ese momento, pues, en mi débil estado de salud, el saberlo habría tenido un efecto muy deprimente sobre mis fuerzas. Los soldados se hallaban a mi alrededor con sus espadas desenvainadas y conseguí incorporarme con alguna dificultad. Me dirigí al oficial con la voz más fuerte que pude producir y con toda la elocuencia de que fui capaz. Destaqué el hecho de que tenía amigos influyentes en Roma, que se hallaban en ese momento ocupados en interceder por mí ante Sila; que si era llevado a Roma y allí condenado, Cornelio habría de recibir la recompensa; que yo me hallaba en posición de pagarles la suma equivalente, de modo que en ningún caso habría de perjudicarle el mostrarse misericordioso; hasta tal vez yo podría doblar el provecho que él esperaba. Hablé con un aire de confianza y hasta de indiferencia, en parte, porque ésas eran las cualidades que impresionaban a los bárbaros, en parte para disfrazar la debilidad del argumento empleado. Pues no había ninguna razón para que Cornelio no se eliminara, tomase mi dinero y además reclamara la recompensa de Sila. En un esfuerzo para distraer su mente de esos pensamientos, hice algunas bromas sobre el estado de su uniforme, que estaba muy sucio, y prometí limpiarle las ropas y regalarle una daga que una vez perteneció a Mario si me llevaba a salvo hasta Roma.

Afortunadamente, Cornelio aceptó el soborno. Era todo el dinero que yo poseía. Fui llevado bajo custodia a Roma y durante el tiempo que Sila necesitó para examinar mi caso, me fue permitido volver a mi hogar. Allí, bajo el cuidado de mi esposa y mi madre, recobré mi salud en un par de días. En el peor de los casos, podía morir ahora con dignidad, y en ese momento es lo que parecía que debía esperar. Mi madre, mis amigos y mis parientes fueron infatigables en sus esfuerzos para influir a los amigos de Sila y al propio Sila a inclinarse en mi favor. Entre los más activos se encontraban algunas de las Vestales, damas de excelente familia con las que hice amistad en el tiempo de mi sacerdocio y con las que había disfrutado de las más agradables discusiones sobre temas religiosos y de la vida en general. En realidad, aunque siempre es un placer conversar con gente inteligente, en caso de ser mujeres la conversación resultaba mucho más agradable, sobre todo si se supone que no es para hacerles el amor.

Pudo muy bien ser la intervención de estas vírgenes Vestales la que finalmente hizo inclinar la balanza a mi favor. Sila era extremadamente supersticioso y daba gran importancia, no sólo a los sueños, agüeros y adivinos, sino también a las convenciones comunes sobre religión. De haber sido su temperamento distinto en este aspecto, difícilmente me habría salvado. Fui yo, después de todo, el único hombre en Roma que sobrevivió luego de haber desobedecido sus órdenes.

De modo que, llegado el momento de aparecer ante el tribunal de Sila, mi esposa y yo nos separamos llorando. Otros miembros de la familia, incluida mi madre, me acompañaron al Foro, pero nos pareció más prudente que Cornelia no se presentara, ya que la presencia de la hija de Cinna, aun como suplicante, sería probablemente contraproducente. Me vestí ese día con particular cuidado. No podía llevar la toga con borde de púrpura que acostumbraba usar mientras era sacerdote, pero me aseguré de que la blanca toga fuese nueva y que sus pliegues cayesen elegantemente de mis hombros. Bajo la toga, la túnica se ajustaba a mi cintura de un modo muy personal y que luego se hizo moda entre los jóvenes. Me había cortado el pelo el día anterior y había usado, al peinarlo, uno de los perfumes más caros que era dable obtener.

Y así, presentándome lo mejor posible, me puse en marcha hacia el Foro, acompañado de mi madre, de las vírgenes Vestales y de muchas personas de distinción que tenían influencia sobre Sila. Éste se hallaba sentado sobre una elevada plataforma con sus guardias alrededor. Fuera del estrecho círculo que los guardias mantenían libre, había una gran muchedumbre de ciudadanos de todas clases; algunos venían a denunciar a su vecinos, otros trataban de conseguir justicia o protección para sí, otros simplemente habían venido como espectadores. Nuestro propio grupo, que incluía a muchas personas conocidas, atraía la atención y posiblemente la simpatía del gentío que nos abría paso, hasta que fuimos admitidos por los guardias dentro del espacio libre frente al tribunal.

Sila era ahora un hombre que se hallaba entre los cincuenta y cinco y sesenta años de edad. El libertinaje en que pasó casi todas las noches desde su conquista de Roma dejó su marca en él, su rostro estaba aún más hinchado y abotagado que de costumbre y había algo casi frágil en el gesto de sus manos cuando se volvía de vez en cuando para hablar con alguno de sus favoritos (observé entre ellos a senadores y bailarines), que se hallaban en pie a su lado. A pesar de ello, el tremendo poder del hombre se evidenciaba como siempre en la mirada directa de esos grandes ojos azules que conservó fijos sobre mi rostro durante todo el tiempo que mis amigos le hablaron en mi favor. Sintiéndome tan cerca de la muerte, estaba decidido a conservar hasta el fin una expresión resuelta y digna; pero al mismo tiempo observé a Sila agudamente, ya que tenía interés en descubrir el efecto que en él hacían las palabras que le eran dirigidas. Esperaba, especialmente, la impresión favorable que habrían de hacer las vírgenes Vestales cuando le describieran cuán conscientemente ocupé mi cargo de sacerdote; pues Sila era un admirador de la tradición (cuando no se cruzaba en su camino) y de la eficacia. No obstante, de la continua mirada fija en mí, no pude deducir nada, excepto lo que ya sabía: que mi vida se hallaba en extremo peligro. Cuando todos dijeron lo que tenían que decir, continuó mirándome todavía algunos instantes fijamente y aun entonces fue imposible para mí predecir si había ya resuelto su veredicto o si alguna otra consideración o algún impulso podía hacerle desviar hacia uno u otro fallo. Repentinamente sus ojos dejaron los míos y habló con seriedad, hecho éste frecuentemente olvidado por aquellos que tomaron su observación como una broma ingeniosa: «Sea lo que quieren —dijo—, pero tengan cuidado con este joven. Lleva su cinturón como una muchacha, pero hay más de un Mario en su corazón».

Al oír estas palabras, mi primera sensación, naturalmente, fue de alivio. Me hallaba ya preparado —como era correcto—para expresar mi gratitud a Sila; pero éste ya se había vuelto, haciendo evidente que no esperaba ese gesto. De modo que, luego de abrazar a mi madre y mis amigos, regresamos a casa para alegría de mi esposa, y pasamos el resto del día celebrando la ocasión. Durante el curso de estas celebraciones nos referimos frecuentemente a las palabras que había dicho Sila, tomándolas entonces con mucha ligereza.

En realidad, la sentencia era de extraordinaria presciencia. Como Sila sugirió, con su referencia a mi particular estilo de llevar el cinturón, no había nada en mi apariencia que recordase en algo a mi tío. No había comenzado yo a entrever aún la posibilidad de reorganizar el partido y las teorías de Mario. La sola idea de semejante cosa en esos días habría parecido un absurdo. Sin duda Sila pensaba esto mismo y muy posiblemente me perdonó la vida gracias a una especie de apatía. Y sin embargo, rara vez sucedió que Sila no se dejara llevar por sus intuiciones, que, como en este caso, eran tan marcadamente justas que bien podían llamarse visionarias. Era esta cualidad —algo que parecía propio de adivinos—más que ninguna táctica especial o habilidad de organización, lo que pesaba para sus victorias. Sila, a su modo peculiar, tenía conciencia de esto. Rara vez alababa sus propias hazañas pero miraba lo que llamaba su «suerte» como algo digno de ser adorado. En honor a esto, adoptó el nombre de «Félix» o «Afortunado» y llamó a sus dos hijos, un niño y una niña, «Fausto» y «Fausta», que quiere decir «suerte». De este modo, aunque en cierto sentido demostraba modestia, en otro trasuntaba una arrogancia sin igual en la historia romana. Se adjudicaba un poder sobrenatural, un elemento de lo divino, que lo convertía en un ser aparte de los demás. Esta noción de un gobernante con poderes divinos o semidivinos es, naturalmente, común en el Oriente y parece corresponder en algunas épocas de la historia a las necesidades de su tiempo. Yo mismo soy adorado como un dios; pero queda por verse si esta atribución de divinidad hacia la cabeza del Estado permanecerá válida y útil para Occidente después de mi muerte.

A los veintiún años, estaba muy lejos de imaginarme que habría de ser el primero de los romanos en recibir oficialmente semejantes honores. Era posible, sin embargo, que Sila, con su raro don de intuición, pudiera, durante su aguda inspección de mi rostro, haber reconocido la presencia de poderes de los cuales yo mismo no tenía conciencia y que, a su modo perverso y supersticioso, los hubiera respetado. Esto explicaría el hecho de que mi vida fuera perdonada.

Estaba feliz de haberme salvado. Pero pronto se hizo evidente que, aunque por el momento me hallaba fuera de peligro, no había real seguridad para mí en Roma y ninguna esperanza de progreso. Me alegré, por lo tanto, cuando a finales de ese año se me ofreció un puesto en el gabinete del nuevo gobernador de Asia, Marco Termus. El puesto no podía ser muy lucrativo ni ofrecía grandes perspectivas de distinción. Sin embargo, me aseguraría mi tranquilidad personal y me dejaría libre, por un tiempo, de las demandas de mis acreedores. Sentía dejar a mi familia y a mi esposa, pero no me pesaba nada dejar Roma, en la que pasé mi niñez y juventud. Cuando me embarqué hacia Oriente, lo que hice al comienzo del siguiente año, me encontré repentina y deliciosamente libre.

LIBRO SEGUNDO

1 EL REY DE BITINIA

Viajé a Asia, pasando por Grecia y aunque en esta ocasión mi estancia allí no fue prolongada, me encantó lo que vi y lo que imaginé. Me daba cuenta de que nuestra cultura y casi toda nuestra ilustración nos venían de las ciudades griegas, de Sicilia, de la Grecia continental, de las islas y de la costa asiática. Mis estudios, una vez que aprendí los elementos de nuestra aún primitiva literatura, estuvieron dominados por la grandeza de Atenas, Esparta, Tebas y Macedonia y por mi deleite en la literatura antigua y moderna escrita en griego. En ese tiempo, casi todo el mundo sabía griego, aunque no todos eran tan entusiastas como, por ejemplo, Cicerón y yo; había sin embargo unos pocos, y esos pocos notablemente estúpidos, que rechazaban la literatura griega basándose en el argumento de que tendía a minar aquellas cualidades de sobriedad, generosidad, piedad y honor que eran específicamente romanas y a las que Roma debía su grandeza. En los días de Sila, no era fácil creer que prevalecieran estas virtudes, y aquellos a quienes placía contemplarlas, mejores ejemplos habían de encontrar en la antigua Grecia que en la moderna historia romana. El joven Catón, por ejemplo, que ya a la edad de catorce años comenzaba a adquirir reputación de moralista (aunque a mi parecer era un muchacho desmañado, fatuo y desagradable), solía molestar constantemente a su tutor con preguntas extremadamente inoportunas en el tiempo de la dictadura de Sila, sobre cómo Harmodio y Aristogitón habían dado muerte, cientos de años atrás, a un tirano en Atenas. Ambos, Catón y su tutor, ignoraban el hecho, aunque Tucídides lo estableció claramente, de que ese acto nada tenía que ver con el concepto que Catón tenía de la «libertad», sino que fue generado por pasiones desatadas en una cuestión amorosa entre homosexuales. Pero Catón buscaba siempre en la Grecia antigua confirmación para sus singulares ideas sobre las virtudes romanas. Más tarde se hizo adepto a la escuela de filosofía estoica y se basó mucho también en los aspectos más puritanos de las obras de Platón, siendo incapaz de comprender lo demás, ni tan siquiera del todo bien estos aspectos en que se basaba. Pues no tenía concepto de lo intrincado del mundo real ni de la hermosa cualidad calidoscópica, que se reflejan tan admirablemente en las ideas y en el estilo de Platón. Pero si un egotista de mentalidad estrecha como Catón se volvía al griego para encontrar el alimento que su limitado intelecto podía asimilar, era natural que otros, de inteligencia más sutil y más amplias miras, encontrasen en la historia y literatura griegas una fuente de deleite, de emulación y de inspiración.

Mientras viajaba de Italia hacia Oriente, me daba cuenta de que viajaba en dirección a una civilización más antigua que la mía y todavía inmensamente poderosa. No faltaban quienes (el viejo Mario entre ellos) adujeran que la civilización griega estaba ahora en decadencia o desintegración. Alguna prueba podía presentarse para apoyar esa idea. Atenas, con su estupenda arquitectura y sus escuelas de filosofía, aún existía, pero ya no era una fuerza capaz de imponerse a otros, excepto por medio del intelecto. Aún más, en ese tiempo no se había recobrado todavía del reciente desastre que se produjo a raíz de ponerse al lado de Mitrídates, cuando fue saqueada por las legiones de Sila. Esparta era un lugar despreciable. En realidad todas estas ciudades-estado, en cuyas virtudes republicanas (aunque no eran repúblicas en el sentido romano de la palabra) Catón simulaba creer, habían dejado de ser poderosas en si mismas. Más adecuados para adaptarse a las condiciones modernas fueron los reinos creados por Alejandro Magno y sus sucesores;

pero éstos también, con excepción de Egipto, habían sucumbido ya a Roma, a Mitrídates o a los grandes imperios de Oriente como Partia o la India, aunque algunos de ellos (Bitinia por ejemplo) conservaban, bajo la protección de Roma, un grado considerable de independencia.

En esa época de mi vida comenzó a interesarme la idea de la monarquía, idea absolutamente repugnante para los sentimientos romanos y que solía ser igualmente repugnante para los ciudadanos de las ciudades-estado griegas. Sin embargo, no dejé de observar que desde el tiempo de Alejandro Magno en adelante, cada vez que había de ser organizado algún gobierno era Oriente, en gran escala y en grandes áreas, la idea de la monarquía resultó ser indispensable. Parecen existir ciertas circunstancias en las que el pueblo exige la monarquía como símbolo de unidad y orden, sin los cuales la civilización se hace imposible. ¿Era éste un retroceso hacia un pasado más primitivo y supersticioso o era un iluminado reconocimiento de las necesidades del mundo moderno? «Decadencia» y «desintegración» eran las palabras empleadas por muchos romanos para describir estas monarquías orientales; pero cualquier romano capaz de usar bien sus ojos podía observar que esas mismas palabras podían aplicarse a la república romana misma en este período. Pues el sistema romano no sólo había fracasado en Italia —como lo demostró claramente la guerra civil y las masacres— sino que resultó ser inepto también en el exterior. La corrupción e incompetencia de los gobernadores romanos, la voracidad de los hombres de negocios romanos y la brutalidad de los recaudadores de impuestos romanos hicieron posible la conquista de Asia y Grecia por Mitrídates, y el asesinato, bajo las expresas órdenes de éste, de todos los italianos que habitaban las ciudades griegas de Asia. Momentáneamente, Mitrídates fue dominado por Sila, pero nadie se hacía ilusiones sobre la duración de este arreglo. Aún más, como pude ver por mí mismo, Sila nada había hecho para remediar los abusos del pasado o para crear un futuro gobierno romano aceptable para las provincias. Durante todo el tiempo que permaneció en Asia, su mente se hallaba en Roma. Se ocupaba ahora de arreglar los asuntos romanos a su manera. Asia, donde se hizo odiar y temer, permaneció sin cambios después de su partida. Eran necesarios un gobierno justo y una demostración de fuerza militar si Roma quería reconquistar su antigua posición en Oriente.

En cuanto a un gobierno justo, no sería posible mientras se hallase de por medio la influencia de los negociantes, que habían condenado a mi tío Rutilio. La fuerza militar, sin embargo, se hallaba a nuestra disposición y yo mismo tomé parte en algunas de las primeras actividades que se intentaron para restablecer nuestro prestigio. La primera tarea de mi comandante, Marco Termus, fue reducir y castigar la ciudad griega de Mitilene en la isla de Lesbos. Unos diez años atrás, cuando Mitrídates ocupó Asia, el comisionado romano de la provincia (creo que su nombre era Aquilio) huyó a Mitilene, pero, junto con todos los demás romanos que habitaban ese lugar, fue entregado a las tropas de Mitrídates. La gente aún habla sobre el modo en que Mitrídates aprovechó este episodio para propaganda de su salvajismo. Aquilio fue expuesto como espectáculo para el pueblo, a través de toda la provincia de Asia, ya atado a las ancas de un burro o encadenado ignominiosamente al caballo de uno de los soldados de caballería de Mitrídates, un gigante, cuyo tamaño, en contraste con el del prisionero romano, fue intencionalmente buscado para provocar hilaridad. Finalmente, como una indicación a los provincianos de lo que podía ser un castigo ejemplar para la voracidad de los capitalistas romanos, Mitrídates ordenó que matasen a Aquilio haciéndole tragar oro derretido. Era natural y propio que, después de las victorias de Sila, Mitilene debiese pagar una indemnización. En lugar de ello, la ciudad se levantaba ahora para reclamar su independencia, confiando en sus fortificaciones y en su excelente flota. Los mitilenos también confiaban en la ayuda de los

piratas cilicios, quienes, por esa época, eran muy poderosos, y del mismo Mitrídates que, estaban seguros, renovaría su guerra contra Roma en cuanto tuviese una oportunidad para hacerla con éxito. Pero sucedió que Mitilene no recibió ninguna ayuda de Mitrídates y no mucha de los piratas. No obstante, su propia flota era lo bastante poderosa para darle primacía en el mar y convertir su bloqueo en difícil tarea. Termus pronto se dio cuenta de que sus planes no podrían llevarse a efecto a menos de recibir refuerzos navales. Éstos fueron prometidos por Nicomedes, rey de Bitinia y aliado del pueblo romano. Pero éstos no habían llegado aún y se sospechaba que nunca llegarían, pues Nicomedes, habiendo sufrido ya grandes pérdidas en la guerra contra Mitrídates, no quería arriesgarse por temor a sufrir nuevos perjuicios.

Se decidió, por lo tanto, antes de que las operaciones comenzaran de hecho, enviar una embajada a Nicomedes demandando que la prometida flota zarpase de inmediato. Me satisfizo que Termus me confiara esa misión. Era apropiada para mí, sin duda, en parte por ser yo una persona socialmente importante, cuyos modales eran considerados irresistibles, y en parte por mi dominio del idioma griego, pues griega era la lengua usada en la corte de Nicomedes, y el rey mismo, de ascendencia mixta griega y tracia, era un entusiasta de la cultura griega. Naturalmente, me informé todo lo posible sobre este rey antes de ponerme en marcha y luego aprendí más aún. Se decía que ganó su trono envenenando a su padre, y esto bien podría haber sido cierto. Aunque semejante crimen no puede ser tolerado, hay que admitir que es cosa común en los reinos de Asia. Más tarde dio muerte a su hermano; pero éste había usurpado el trono con la ayuda de Mitrídates. Recientemente, por segunda vez, Nicomedes fue destronado por las fuerzas de Mitrídates. Debió su restitución a Sila y a los romanos, y siendo así, tenía sobradas razones para desear hallarse en buenas relaciones con nosotros. Me parecía probable que mi misión pudiera llevarse a cabo fácilmente, aunque aún no podía imaginarme cuán fácil había de ser.

Me sentía con el espíritu liviano y optimista, cuando junto con un grupo de acompañantes me dispuse a cruzar por tierra hacia la parte noroeste de Asia para llegar a las ciudades de Bitinia. Estas ciudades, sus paisajes, la gente, aun el clima, todo me parecía extraño, nuevo, delicioso. En Pérgamo, por ejemplo, al comienzo de nuestro viaje, había edificios mucho más grandiosos que los que podían verse en Roma; las estatuas y las obras de arte eran numerosas, mejor ubicadas y mejor realizadas. Es cierto que Roma ha sido adornada con muchas obras de arte arrebatadas a Grecia y Asia, pero era evidente que aquellos generales y gobernadores que habían enviado a Italia cargamento tras cargamento de bronces y mármoles, productos del saqueo, habían sido gente de mal gusto, pues lo que tomaron era muy inferior a lo que habían dejado atrás. Así, en Pérgamo y en otras ciudades que visité de paso, podían examinarse y admirarse todos los estilos del arte griego, escultura y arquitectura. Y aun en los utensilios caseros, en las ropas, en las monedas y en todas las cosas comunes de la vida diaria, se encontraba una gracia, una delicadeza, un lujo refinado que eran un placer para la vista y los sentidos. Podía observarse una encantadora variedad en el aspecto exterior, raza, lenguaje y religión. Se ha dicho que en estas partes de Asia se hablan no menos de veinte idiomas y aunque las ciudades costeras están helenizadas y orgullosas de su tradición, también ellas se contagiaban de los cultos y costumbres del interior, donde hititas, lidios y persas hacía tantos años que se hallaban establecidos y donde las tropas de Alejandro y sus sucesores, hombres de cuanta raza existía bajo el sol, se habían instalado e introducido sus propias costumbres y sus religiones. Siempre tuve gran interés por los asuntos religiosos y allí hallé una variedad de religiones tan asombrosa que en nada podía compararse con el número de ellas que encontré en Roma. No era sólo que los cultos más emotivos de la Gran Diosa Madre, bajo sus múltiples nombres, fuesen practicados más abiertamente y con más abandono de lo que era permitido en Italia; esto era de esperar, aunque aún así resultaba difícil no sentir un

cierto horror ante la vista (también resultaba divertida) de las caras pintadas y afectados gestos de los sacerdotes castrados, que, en gran número, urgían a los presentes a la conversión de sus almas. Lo que resultaba impresionante era la enorme emoción religiosa que predominaba, más que cualquier manifestación de una religión determinada. Aquí, por ejemplo, era normal, para el *tyche*, o «fortuna», de un gobernante ser adorado en un templo, a veces solo, otras junto con una deidad famosa como Zeus o frecuentemente con alguna deidad cuyo nombre y atributos eran enteramente desconocidos para mí y parecían serlo igualmente hasta para los habitantes locales. Podía encontrarse en el mismo pueblo, además del templo dedicado sobriamente al culto de Heracles o Apolo, algún vasto establecimiento, inmensamente rico y provisto de miles de esclavas sagradas, que actuaban como prostitutas al servicio de alguna deidad siria o capadocia. En conjunto, los asuntos religiosos tenían más importancia aquí que en otros lados. Podía decirse con igual verdad que todo o nada era sagrado —punto de vista que encontraba fascinante en ese tiempo y que ha continuado interesándome—, aunque pronto observé que en interés y para la seguridad de un buen gobierno era necesario que, entre toda esa infinita variedad, existiera algún culto definido, fuerte, aunque no por eso pretencioso, destinado a acentuar la importancia de los deberes cívicos. Sin dicho culto, la gente se vería tentada —llevada por el entusiasmo— a descuidar sus trabajos agrícolas o a evadir el servicio militar.

También noté aquí, no sólo la fácil transición que se operaba en la mentalidad de la gente entre un dios y otro, sino también la estrecha vinculación que las deidades tenían desde el punto de vista del pueblo, con el rey mismo, y aun con los hombres destacados. Por ejemplo, cayó en mis manos, y la guardo como recuerdo, una hermosísima moneda acuñada por uno de los primeros reyes del Ponto. La figura de la moneda es la de un joven llevando una corta capa y alimentando o coronando con hojas de parra a un pequeño ciervo. Sobre su cabeza se ve un rayo y a su lado una luna creciente y algunas estrellas. Nunca recibí una explicación satisfactoria para esta figura. Se decía que era Hermes o el *tyche* del rey, o Zeus joven (como parecía indicarlo el rayo) o un hijo de Zeus llamado Aion y adorado en el lejano Oriente. Y, de acuerdo con otra versión, no era ninguna deidad sino un hombre que había de nacer en breve o que ya había nacido, destinado a reformar el mundo, para ser luego recibido entre los dioses.

Así, en todo este país a través del cual viajé hasta Bitinia, descubrí ideas, paisajes, sonidos y perfumes que hasta entonces habían sido desconocidos para mí. Mi salud se hallaba completamente restablecida y acepté con deleite todo el sensualismo que encontré en esta tierra de lujosa profusión, variedad y aventura. Las calles manchadas de sangre de Roma, y el terror que sembraban las bandas armadas de Sila, se hallaban lejos, y también la convencional severidad de la familia y de la vida civilizada. No estaba ligado a ningún oficio y mi misión, aunque importante, era fácil de llevar a cabo. Era libre de hablar y actuar como me pluguiera, o como los actos y palabras surgiesen en mi imaginación, y durante algunas semanas podía olvidar el pasado y el futuro.

La bienvenida que me dispensó el rey de Bitinia fue de las más cordiales, hasta podría decirse afectuosa. Respondí prontamente a esta amistad que el rey evidentemente deseaba, en parte porque de esta manera ayudaba a los intereses de Roma y en parte porque el hombre me inspiraba simpatía y respeto. En Nicomedes se encontraban ciertas características que podían llamarse bárbaras, pero combinaba con éstas una encantadora ingenuidad, un verdadero respeto por el arte y la literatura, un gran sentido del humor y una pasión por las fiestas espléndidas. En la noche de mi llegada a la corte, fui colocado en la mesa al lado del rey y disfruté, sin lugar a dudas, de la mejor y más alegre comida de las que hasta entonces había asistido. Más adelante, banquetes como éstos fueron frecuentes en Roma, donde Lúculo, después de sus victorias en Oriente, estableció costumbres de tal

lujo, que rara vez pudieron ser sobrepasadas en ningún lugar del mundo. Pero por ese entonces, nada en Roma podía compararse a los banquetes de Nicomedes. No degeneraban estas fiestas, como con frecuencia sucedía en Roma, en meras ocasiones para dar rienda suelta a la grosera glotonería. Flautistas, bailarines, poetas, cantantes y acróbatas actuaban en los intervalos, entre los cuantiosos platos. Se prestaba especial cuidado en la elección de los jóvenes y doncellas que escanciaban el vino, que eran hermosos y lucían vistosos adornos. Tras estas admirables criaturas, se veía, rodeando la mesa, cien estatuas doradas de adolescentes, cada una de las cuales tenía en su mano una antorcha, con las que se iluminaban las festividades. El banquete duró varias horas, mientras yo, sentado a la derecha del rey, sentía una creciente excitación ante ese extraño y brillante espectáculo. Excitación producida por el vino, que bebí en cuantiosas y desacostumbradas cantidades, y por la curiosa sensación de intimidad que se iba estableciendo entre el rey y yo. Siempre fui un buen conversador, pero en esta ocasión, las palabras y la alegría parecían fluir en mí mucho más fácilmente que de ordinario; mientras que el rey, no sólo me halagaba con su aplauso o su silenciosa admiración, sino que me sugería aún más alocadas fantasías, más extrañas paradojas o, según nuestro estado de ánimo, consideraciones sobre la vida en general, que, en esa hora y lugar, parecían extraordinariamente profundas.

Nunca pude recordar cómo terminó la velada, pues ésta fue de las pocas ocasiones en mi vida en que bebí hasta quedar en un estado de completa inconsciencia. Según parece, tuve el honor de ser escoltado con antorchas hasta la alcoba del rey. Lo cierto es que al día siguiente desperté en una cama de oro, cubierto con una rica tela de color púrpura; en cuanto abrí los ojos me encontré rodeado de esclavas de extraordinaria belleza, listas para satisfacer todas mis necesidades. Al poco rato apareció el rey en persona, dispuesto a renovar nuestra intimidad de la noche anterior y me sugirió algunos entretenimientos con que llenar las horas. Gran parte del tiempo lo pasé caminando por el jardín real o «paraíso». Estos «paraísos» (palabra persa, puesto que los persas fueron los primeros en dar importancia al paisaje de los jardines) eran encantadores con su mezcla de arte y naturaleza. Una vez más, la vista de flores y árboles desconocidos en Italia, me dieron una sensación de encanto y de deliciosa fantasía. Había también extraños peces, conservados para la mesa o para adorno, en recipientes de pórfido o en estanques de agua clara. También había una interesante colección de aves y animales salvajes incluyendo varias panteras, osos, camellos y, lo más extraordinario de todo, algunos ejemplares de avestruces, aves sobre las cuales algo había leído en Jenofonte, pero que nunca había visto.

En cuanto al motivo de mi misión, estuvo todo arreglado en pocos minutos y Nicomedes se mostró encantador sobre el asunto. En realidad, hasta insistió demasiado en recalcar que ponía su flota a disposición de Roma exclusivamente gracias a su amistad conmigo. De cualquier modo, la flota estaría lista —según decía—para zarpar en unos pocos días. Una vez acordado esto, no se volvió a tocar el tema, excepto en los términos más vagos, se habló de cosas militares ni políticas. En cambio conversábamos sobre la manera de organizar diversiones para gozar las pocas noches y días en que aún permanecería yo allí. Descubrí que mi propio genio inventivo no sólo estaba respaldado por el de Nicomedes sino que por momentos lo sobrepasaba. Ambos compusimos versos en griego, algunos tal vez no del mejor gusto, celebrando las delicias del buen vivir. Juntos planeamos una serie de espectáculos y juegos de ingenio, que a veces quizás eran más divertidos que edificantes.

Hubo, por ejemplo, una noche en que, habiendo tomado parte en algunas escenas mitológicas representando a alguno de los dioses más jóvenes, terminé arrancándome las ropas y personalizando a Ganimedes, el copero de Zeus, cuyo papel era representado por el propio Nicomedes. Es posible que la escena fuese algo indelicada, pero el diálogo, que

habíamos compuesto cuidadosamente, nos parecía enormemente divertido. Por desgracia, se encontraba presente en esta fiesta una delegación de financieros romanos que llegaron a Bitinia por asuntos de negocios y que habían sido invitados por Nicomedes esa noche. Estos hombres, como muchos de su clase, sentían un ilimitado desprecio por todo lo que escapase a su muy limitada capacidad de comprensión. Especialmente despreciaban a los extranjeros, con excepción, claro está, de los adinerados. Nada, ni siquiera los acontecimientos de los recientes años, podían persuadirlos de que no eran, por el solo hecho de poseer carta de ciudadanía romana, más inteligentes o más valientes, y por usar su propia expresión, más «sólidos», es decir, más dignos de confianza que los que no poseían ese documento. Siendo, naturalmente, muy lentos en captar las chanzas espirituales de la sociedad, no sólo no comprendieron las sutilezas de las charadas en que yo tomaba parte, sino que se horrorizaron profundamente al encontrar a un romano, representante del gobierno y miembro de una familia patricia, conduciéndose tan libremente y encontrándose tan cómodo en una corte extranjera. Sus versiones de esta fiesta, al volver a Roma, me hicieron momentáneamente algún daño, y a causa de éstas se me dio el apodo de «Reina de Bitinia». A decir verdad, las consecuencias del escándalo provocado por mi amistad con Nicomedes duraron toda mi vida. Aunque, al principio, las historias concernientes a dicha amistad resultaran algunas veces embarazosas, al final probaron ser convenientes. Pues la gente, en general, por más republicana que pretenda ser, se impresiona cuando algunos de sus propios representantes mantienen amistad con la realeza. Más aún, puesto que mis enemigos decidieron concentrar su atención en magnificar este escándalo, pusieron menos énfasis en resaltar otros de índole política y amatoria, que, de ser hábil y malignamente expuestos, habrían resultado mucho más peligrosos para mí.

Naturalmente, en aquellos tiempos yo no me daba cuenta o era indiferente a la impresión que causé a mis compatriotas. Me divertí en todo momento durante mi estadía en Bitinia y dejé partir la flota hacia Lesbos, sin mí, demorando mi viaje por tierra tanto como decentemente pude. Además, cuando llegó el momento de volver al ejército y encontré que, debido a la falta de equipo, era necesario demorar el sitio de Mitilene, conseguí una licencia y me volví a Bitinia, acompañado sólo de un sirviente, siendo agasajado allí tan suntuosa y deliciosamente como siempre. Mi excusa para volver allí fue la de pagar una deuda y, aunque mi superior inmediato no creyó en la historia, me dejó ir de buen grado por haberle impresionado el gran éxito que tuve en mi misión, no sabiendo lo fácil que ésta me resultó.

Lejos de pagar ninguna deuda, regresé al ejército debiendo aún más a Nicomedes, quien insistió en entregarme los fondos necesarios para permitirme vivir con dignidad el resto de la campaña. En el cuartel se hicieron, naturalmente, comentarios sobre mi repentina riqueza, y sobre cuentos, algunos de los cuales eran en extremo exagerados, de mi conducta en Bitinia. Comprendí entonces, como había de comprenderlo también más tarde, que estas historias me resultarían útiles en extremo para ganarme la buena voluntad de los soldados, una vez que cayesen en la cuenta de que mis supuestos excesos se combinaban con aquellas cualidades puramente marciales que ellos admiraban. Según parece lo que les hacía seguir mis órdenes con tanto entusiasmo en la batalla era que podían llamarme «Reina» a mis espaldas. En el último asalto a Mitilene, gané la condecoración llamada «La Corona Cívica», premio que sólo se daba a aquellos que habían salvado la vida a algún compañero de batalla, honor que fue más apreciado por mi tropa que por mí mismo, pues yo sabía que, aunque en mi caso fue ganado en buena ley, dichas condecoraciones son generalmente conseguidas por algún soborno o sencillamente distribuidas al azar.

2 REGRESO A ITALIA

Durante esta primera etapa de mi servicio militar estuve casi tres años en el extranjero. No porque el servicio militar en sí fuese de alguna importancia. La campaña por la cual me había enrolado terminó con la captura de Mitilene y no hubo ninguna otra operación bajo el mando de Termus. Aunque la vida civil y la administración de la provincia me interesaban, y aunque me hice de algunos amigos, algunos de los cuales habrían de serme muy útiles luego, en las ciudades de la costa griega, no pude menos de sentir que estaba perdiendo el tiempo, y finalmente conseguí un puesto entre el personal del nuevo gobernador de Cilicia, Servilio Vatia, quien estaba a punto de emprender una importante campaña contra las flotas piratas y fortificaciones al sur de Asia.

Debido a ciertas circunstancias, no tomé parte activa en la batalla, pero trabajé mucho en su planificación. Servilio era un comandante competente y antes de partir de Roma, donde compartía el consulado con Sila, discutió con aquél los mejores métodos para combatir la creciente amenaza que representaban las flotas piratas que empezaban a invadir el Mediterráneo. Servilio estaba rodeado de varios jóvenes sumamente hábiles y entusiastas. Entre ellos se encontraba Tito Labieno, que tenía aproximadamente mi edad y que fue luego mi íntimo amigo. Labieno fue el mejor general que sirvió bajo mis órdenes y, hasta ahora, el único que llegó a traicionarme. Por aquel entonces le tomé gran estima y solíamos discutir largas horas sobre asuntos militares y políticos.

Nuestros dos temas predilectos eran la nueva constitución de Sila y el espectacular éxito del joven Pompeyo. En lo concerniente a la constitución, Sila había actuado, según parece, con su acostumbrada brutalidad y con bastante habilidad. De acuerdo con su punto de vista, los disturbios del pasado se debían a la débil actitud del Senado, que no había sabido imponer su autoridad. Decidió, por lo tanto, garantizar esa supremacía para el futuro. El poder de los tribunos y el de la Asamblea del Pueblo fue abolido. El control de los tribunales de justicia se hallaba una vez más en manos de los senadores. Además, puesto que Sila no podía hacerse ilusiones ante la debilidad e irresolución de que el Senado dio muestras en tiempos recientes, se tomaron medidas para incrementar el prestigio y ampliar las bases de los nombramientos. Sila en persona ayudó a deshacerse de algunos de sus miembros, mediante el simple método de asesinar a unos cien senadores, por suponérselos enemigos. Se nombraron trescientos nuevos senadores, muchos de ellos elegidos entre la competente clase adinerada de los financieros. Ahora era posible para los jóvenes de talento entrar en el Senado al cumplir los treinta años o después de haber sido cuestores. Para finalizar, tomó una serie de medidas con el fin de asegurar la subordinación de los comandantes en campaña a la autoridad central del Senado. Sila conocía bien los medios para conseguir el poder y su evidente intención era levantar barreras ante los generales que, en el futuro, se viesen tentados a recorrer esos caminos.

A primera vista, la constitución podía pasar por buena sobre el papel. No había duda de que Sila intentaría por todos los medios que diese resultado. Pero las circunstancias del momento requerían, para favorecer a los seres humanos, algo más progresista que este intento de restablecer el presente invocando un pasado ya muerto. Sila no parecía haberse dado cuenta de que el Senado, aun reconstituido, no podía por el simple método de incluir un cierto número de financieros, convertirse de la noche a la mañana en un instrumento eficaz de gobierno. Siguió siendo lo que durante dos generaciones había sido: un campo de batalla donde, aunque algunas veces fuesen expresados nobles y patrióticos sentimientos, varias facciones oligárquicas, en amargo conflicto, luchaban por las riquezas y el poder.

Sin embargo, las tareas que el gobierno había de cumplir debido al crecimiento del imperio y extensión de sus fronteras, los peligros de las guerras y las incertidumbres económicas de la paz se volvían cada vez más complejas y urgentes. Sólo podían ser afrontadas a través de una fuerte y consistente dirección como también de una administración honesta y capaz. Estas condiciones necesarias no podían esperarse del Senado creado por Sila y, en realidad, se trataba de valores que tampoco existían en el campo de la acción política. Cuando se presentaban situaciones de difícil solución, de aquellas que reclaman decisiones rápidas y enérgicas, todavía se hacía necesaria la concentración de poderes excepcionales en un solo hombre. Sila demostró en qué forma esos poderes podían ser utilizados y sin duda sabía el peligro que ello representaba para el Estado. No obstante, los poderes excepcionales aún existían y el mismo Sila, antes de abandonar el poder, demostró haber perdido el control sobre dichas facultades.

Las noticias que recibimos sobre la extraordinaria carrera del joven Pompeyo reafirmaron el concepto enunciado. Cuando terminó la campaña en Italia, fue enviado por Sila a encargarse de los restos de los ejércitos marianos en Sicilia y en África. Por entonces, Pompeyo apenas contaba veinticinco años y, en consecuencia, legalmente no podía tomar un mando independiente. Pero Sila quería poner un rápido fin a la guerra, confiaba en Pompeyo y no era él quien iba a respetar las leyes si éstas se interponían en sus planes.

De acuerdo con lo previsto, Pompeyo concluyó rápidamente la guerra en Sicilia, y durante el curso de ésta actuó de manera extraordinariamente desconsiderada. Carbo, el ex cónsul y colega de Cinna, fue hecho prisionero, y Pompeyo, después de someterlo a una serie de crueles e innecesarias humillaciones, actuando por iniciativa propia e ignorando cualquier otra autoridad, condenó a muerte a este distinguido hombre de estado. Ésta y otras acciones por el estilo le valieron el apodo de «El chico carnicero». Sin embargo, creo que este proceder era causado no tanto por crueldad como por una extravagante demostración de importancia. Era éste un defecto que Pompeyo conservó casi hasta el fin de sus días.

Partió luego hacia África, con una fuerza de seis legiones y ciento veinte buques de guerra. Allí combatió contra Domicio Enobarbo, que era, al igual que Pompeyo, yerno de Cinna y se encontraba en África muy bien armado. En cuarenta días Pompeyo derrotó y mató a Domicio, destruyó su ejército y una vez más, actuando solamente bajo su propia responsabilidad, depuso al rey de Numidia, coronando a otro en su lugar. Después de estos brillantes éxitos, se divirtió durante algunos días, cazando leones y elefantes, para retornar finalmente a la costa. Su intención era volver a Roma para reclamar allí los honores de triunfador. Aunque sabía que era cosa nunca vista que esos honores se otorgaran a un joven de su edad, era igualmente cierto que sus victorias y su eficacia en el mando tampoco tenían precedentes. Había dispuesto ya llevar a Italia cuatro enormes elefantes para conducir su carro triunfal a través de las puertas de la ciudad, cuando recibió un despacho de Sila, ordenándole dispersar sus tropas, exceptuando una legión, y permanecer en África hasta que un nuevo gobernador fuese enviado para reemplazarle. Al parecer, Pompeyo ignoró tranquilamente estas órdenes. Confiando en la lealtad de sus tropas y en su enorme popularidad, se embarcó hacia Italia con la mayor parte de su ejército. Durante unos días llegó a creerse que se trataba de una rebelión contra el gobierno. Sila decidió tratarlo con diplomacia. Salió hasta las puertas de la ciudad a recibirlo y, en una impresionante ceremonia, lo saludó con el título de «Magno», o sea «el Grande», título éste que le quedó y que Pompeyo llevó siempre con orgullo. Después de conferirle este honor adicional, Sila

podía suponer, con bastante razón, que Pompeyo se sentiría satisfecho. Pero no fue así. Pompeyo, apoyado por su devoto ejército, que se encontraba además a las puertas de Roma, insistió en celebrar su triunfo. Cuando Sila le indicó lo incompatible que sería semejante acto con la nueva constitución, Pompeyo pronunció tranquilamente estas asombrosas palabras: «Permíteme recordarte que la mayoría adora al sol naciente y no al poniente».

Uno o dos años antes, Sila había ejecutado en el Foro a uno de sus oficiales superiores —Ofela, el comandante del sitio de Preneste—por haber osado tratar de obtener el consulado contra sus expresos deseos. Ahora se encontraba impotente contra la voluntad del joven Pompeyo y debe haber sido con la mayor amargura que exclamó en voz muy alta: «¡Denle su triunfo! ¡Denle su triunfo!». Pues justamente entonces, al terminar de elaborar con tanto cuidado la estructura de una constitución que se suponía destinada a durar, se encontraba enfrentado y sometido por la misma fuerza que le había dado el poder, fuerza que decidió controlar y legar ese control al Estado para el futuro. Es posible que Sila, al tener todas las características de un buen juez, haya encontrado consuelo al reflexionar que, siendo la vanidad y no la ambición el verdadero motivo que movía a Pompeyo a proceder así, resultaba mucho menos peligroso para la seguridad del Estado que él o Mario. Pompeyo, una vez satisfecho su deseo de gloria, se condujo con modestia y discreción, aunque no pudo ocultar su enojo al descubrir que, por ser las puertas de la ciudad muy estrechas, tendría que abandonar su proyecto de uncir los elefantes al carro triunfal. Hubo de hacerlo con los convencionales caballos, aunque nada de convencional tenía el espectáculo; ya que nunca se había visto a un hombre tan joven recibir tan grandes honores.

Las subsiguientes noticias que nos llegaron desde Roma eran aún más sorprendentes, y puse un interés personal en la situación, ya que empezó a perfilarse una esperanza para mis perspectivas políticas. Poco después del triunfo de Pompeyo, Sila comenzó a actuar de un modo que aún hoy me resulta difícil explicar. Luego de haber declarado públicamente que los problemas de la constitución habían sido solucionados y los enemigos del Estado aplastados, abdicó de su dictadura, ante el asombro de todos, para retirarse a la vida privada, pasando su tiempo ya escribiendo sus memorias, ya en las más lujuriosas y escandalosas fiestas y comidas con actrices, comediantes, músicos y bailarines. Sólo puedo atribuir esta conducta al hecho de que Sila, con todas sus admirables cualidades de eficacia, determinación e intuición, poseía en el fondo una personalidad dotada de un increíble cinismo e irresponsabilidad; en otras palabras, que era completamente inapropiado para ser hombre de estado. Es imposible que él mismo hubiese creído sus propias afirmaciones sobre la estabilidad y seguridad del Estado. Aun yo, con mi poco conocimiento de Asia, podía darme cuenta de que la guerra con Mitrídates estallaría de un momento a otro, y en España, Sertorio, luego de vencer las primeras dificultades, había derrotado cada ejército romano que fue enviado a luchar contra él. Es posible que Sila haya pensado que, despojando a los tribunos de sus poderes, había asentado permanentemente la supremacía del Senado sobre éstos, pero debía saber que el Senado no era merecedor de ese poder y que, sin la fuerza y brutalidad de su propia conducción, el Senado sería incapaz de ejercer autoridad. Todavía veo que, en su cinismo, encontraba divertido abandonar el poder supremo en semejantes circunstancias. Tenía asegurado un lugar en la historia; había exterminado a sus enemigos, había formado el Estado a su gusto. Que se le recordase como perverso y no como justo, como al hombre que, en lugar de solucionar los problemas de su tiempo, sólo impidió un proceso necesario, era cosa que lo dejaba, al parecer, completamente indiferente. Lo importante para él era que había encontrado su propia expresión durante su propio tiempo. El futuro no era cosa que le concerniera.

Por lo tanto, se entregó totalmente a sus placeres y, al cabo de un año de su abdicación, murió de una enfermedad especialmente repugnante. Las noticias de los acontecimientos que sucedieron a su muerte me hicieron desear ansiosamente volver a Roma. Pues realmente parecía como si la historia se repitiese. Había surgido una situación que no podía menos que recordarme los tiempos en que Sila se embarcó hacia el Oriente y Cinna y Mario tomaron el poder. Me parecía ahora posible que, tal como sucedió entonces, toda la obra de Sila pudiese ser destruida y, a juzgar por las cartas recibidas de Roma, no era el único en pensar así.

Los dos cónsules en ejercicio en el momento de la muerte de Sila eran Catulo y Marco Lépido. Tan antagonistas el uno del otro como lo fueron Octavio y Cinna. El padre de Catulo fue colega de Mario en la guerra con Germania y toda su vida se opuso a su política. Con toda sabiduría, se suicidó cuando Mario y Cinna ocuparon Roma. Su hijo, como era de esperarse, simpatizaba con la política de Sila. Era también mi acérrimo enemigo. Que fuese elegido cónsul durante la supremacía de Sila resultaba muy lógico. Lo sorprendente era que tuviese a Lépido como colega, pues era un abierto opositor de Sila, quien, según se dijo, había interpuesto su influencia en contra de su elección. Me sorprendió saber que Lépido contó con el apoyo de Pompeyo, ya que nada en la carrera de Pompeyo sugería que fuese un político revolucionario, ni, en verdad, tan siquiera un político. Pienso que Pompeyo solamente aprovechó la ocasión para demostrar su independencia de Sila y hacer notar el poder de su popularidad y fue, sin duda, por esta razón que Lépido ganó el consulado.

Sila no ocultó su desagrado con Pompeyo y lo evidenció al retirar ostentosamente su nombre de su testamento. Cada uno de sus comandantes recibió una mención y un sustancioso legado. A pesar de todo esto, Pompeyo muy pronto rompió su amistad con Lépido, y se debió en gran parte a su intervención que a Sila se le hiciera un funeral. Escoltó el cadáver desde Cumas hasta Roma y apoyó a Catulo en su deseo de rendirle honores, mientras que Lépido rehusaba mezclarse en nada concerniente al funeral y hubiese querido que se le enterrase o incinerase en la forma más discreta posible. Sucedió que el funeral fue uno de los más impresionantes que hasta la fecha había tenido lugar.

Lépido, por lo tanto, al igual que anteriormente Cinna, perdió su primer encuentro con su colega. Me pareció sumamente significativo el hecho de que no pudiese retener un apoyo tan valioso como el de Pompeyo, y se me ocurrió pensar que seguramente le faltó habilidad, visión o tacto, ya que era conocida la extrema sensibilidad de Pompeyo por la adulación.

No obstante, me interesó mucho lo que supe sobre las intenciones de Lépido. Mi cuñado, Lucio Cinna, me escribió urgiéndome a volver a Roma y unirme a lo que evidentemente iba a ser una revolución contra el régimen existente. De manera que, después de alguna reflexión, decidí, sin comprometerme aún definitivamente, abandonar el ejército e ir a observar personalmente lo que estaba ocurriendo.

Regresé a Italia cuando cumplía veinticuatro años. El tiempo que permanecí en Oriente me ayudó a ampliar mi visión de las cosas en general y a agudizar mi ingenio en particular. Ya no veía a Roma como la única ciudad en el mundo y hasta encontré mucho que criticar en su arquitectura y en la ausencia de diversiones que eran comunes en las ciudades de Asia. Desde entonces, hice mucho para remediar estos defectos. Se acrecentó también mi confianza en mí mismo y supe que, dada la oportunidad, sabría distinguirme como conductor de tropas. Resulta curioso pensar que semejante oportunidad no se me brindó hasta pasados veinte años. En ese tiempo me creía capaz de actuar como lo hizo Pompeyo a esa misma edad. Pero primero tenía que examinar las perspectivas de Lépido y

al hombre mismo. Luego de gozar el primer encuentro con mi esposa y con mi familia, me dediqué de lleno a esta tarea.

Encontré que las medidas que Lépido proponía eran excelentes. Tiempo después pude cumplir todas y cada una de ellas. Lépido se basaba firmemente en las tradiciones del partido popular y resultaba grato constatar que Sila, a pesar de su brutal abuso del terror, fue impotente para destruirlas. La más importante de esas tradiciones, desde el punto de vista de la política interna, era la ayuda que el gobierno había de prestar a las clases pobres (ya en forma de subsidios o alimentos, ya entregándoles tierras o facilitando la emigración) y la extensión de la ciudadanía misma. Ambos principios fueron siempre rechazados, generalmente por motivos egoístas o por falta de visión de la mayoría del Senado, y los progresos que se hicieron para ponerlos en práctica se debían invariablemente a la acción de los tribunos que trataban directamente con la Asamblea del Pueblo. Lépido proponía devolver a los tribunos los poderes que Sila les había retirado. Prometió la ciudadanía a los italianos que vivían al norte del río Po. Tenía un plan para la distribución gratuita de trigo, que había de realizarse una vez por mes para surtir a toda la población de Roma y, finalmente, proponía suavizar en todo lo posible los efectos de las proscripciones de Sila. Los exilios debían de anularse; a los descendientes de las víctimas de Sila les serían restituidos sus derechos políticos y devueltas sus propiedades.

Este programa, naturalmente, era una cancelación de toda la obra de Sila. Por supuesto que todo esto me agradaba, pero tenía que asegurarme si podía practicarse en esos momentos.

Muy pronto pude darme cuenta de que Lépido tenía poderosas fuerzas a su lado. Podía contar con el apoyo de un gran número de personas que, de un modo u otro, fueron perjudicadas por la dictadura de Sila. Podría organizar ejércitos en el norte de Italia, distrito éste que es, como habría de descubrir más adelante, el mejor lugar para el reclutamiento de soldados. Antiguos oficiales de Cinna y Carbo se hallaban dispuestos a ayudarlo, y reunió en Roma, con su gran riqueza y no poca influencia, un partido nada despreciable. En cuanto a sus amigos de Roma, es natural que yo piense en primer lugar en Servilia, que era en ese tiempo —y sigue siéndolo—una apasionada en política. Por ese entonces iniciamos nuestra amistad y la conozco desde hace tanto tiempo que me resulta difícil recordar si era en aquellos días cuando se encontraba en el apogeo de su belleza. La belleza, tanto en el hombre como en la mujer, es difícil de definir. La juventud juega ciertamente una parte importante en ella, pero muchas personas, al madurar, desarrollan tal encanto e inteligencia que compensan ampliamente su perdida frescura, que es sin duda exquisita y que nos inspira en sí profundas e irresistibles pasiones, pero que rara vez logra hacerlas perdurar. Servilia es una de estas personas. La reina de Egipto es, probablemente, otra. Puedo imaginarme a Cleopatra quien, supongo, está considerada ahora en la flor de su belleza, siendo de aquí a diez años (ya que posee la más viva inteligencia) tan encantadora como hoy, pero mucho más fascinante.

Servilia tiene, aproximadamente, mi misma edad. Se casó joven, y cuando mi intimidad con ella, el joven Bruto, su hijo, contaba ya seis años de edad. Siempre sentí gran cariño por ese niño, en parte causado por su madre y en parte también por él mismo, e hice tanto a su favor que la gente puede haber pensado tontamente que era hijo mío. Ojalá así fuese, aunque nuestras relaciones habrían sido mucho más difíciles, puesto que los hijos siempre desaprueban a sus padres. Siendo las cosas como son, y aunque Bruto me quiere y hasta en cierto modo me admira, siento en una forma intuitiva que me desaprueba. Ello nada tiene que ver con mi larga relación con su madre, sino que se halla sumamente influido por las doctrinas de su tío Catón. Sería capaz, a pesar de su afecto por mí y de la lealtad que me debe, de tomar parte en alguna conspiración contra mi vida, a causa de

teorías puramente morales, sin ocurrírsele pensar que, de tener éxito en su conspiración, el mundo entero se vería sumergido otra vez en el caos.

Conocía a Servilia desde mi niñez. Era sobrina de Livio Druso y tenía la desgracia de ser hermanastra de Catón. Aun en aquellos días, Catón, que era solamente un niño, me tenía la mayor antipatía.

Pero en ese entonces me hallaba mucho menos interesado en él que en el marido de Servilia, Marco Bruto, que estaba profundamente envuelto en la causa de Lépido. Él, Servilia y mi cuñado Lucio Cinna, me urgían a tomar parte en la inminente revolución y, ya que yo aprobaba enteramente las aspiraciones de Lépido, estaba muy tentado de aceptar.

Finalmente me decidió contra ello la opinión que me formé de Lépido. Me parecía que su carácter carecía de equilibrio y que sus juicios eran erróneos y hechos al azar. Era, por ejemplo, fiel a su esposa, pero era el único hombre de Roma que ignoraba sus infidelidades. También confiaba absurdamente en sus propios recursos y no se tomaba el trabajo de hacerlos más fuertes, lo que habría podido conseguir muy fácilmente. Había perdido ya el valioso apoyo de Pompeyo y me sorprendió saber que no tenía relación con Sertorio, que en ese momento controlaba toda España. El hecho de que Lépido no hubiese tratado de aliarse con Sertorio era comprensible; Lépido era vanidoso y creía que su propia fortuna y sus amplias conexiones eran suficientes para ganar una guerra civil. Pero cuando supe que Sertorio, luego de algunas averiguaciones, no hizo nada para acercarse a Lépido, me di cuenta que, en la opinión de este gran comandante, Lépido era un aliado de muy poco valor. Decidí, por lo tanto, no mezclarme en nada con él y, como lo demostraron los hechos, mi decisión fue muy sabia.

3 PRIMEROS PASOS EN POLÍTICA

Al comienzo del año siguiente a mi llegada a Italia, la esperada revolución estalló y fue sofocada aún más rápidamente de lo que había llegado a imaginarme. Al principio, el Senado se comportó con una timidez y una falta de decisión que reveló claramente su ineptitud para ejercer los poderes que le había dado Sila. Luego se precipitó afiebradamente en violencias y acciones en cierto modo inconstitucionales. Ésta ha sido la forma de conducirse del Senado romano durante toda mi vida. La revolución comenzó con crecientes disturbios provocados por Lépido en los cuales los despojados terratenientes y otros descontentos atacaron las colonias de los veteranos de Sila, decididos a recuperar lo perdido o a pescar en río revuelto. Aunque era bastante claro que Lépido se hallaba tras estas revueltas, el Senado confió a éste y a su colega Catulo la misión de sofocarías. Ambos cónsules tenían, por lo tanto, el poder de formar ejércitos y —como patética evidencia de la debilidad e irresolución del Senado—fueron primeramente obligados a jurar (como si esto sirviese para algo) que no utilizarían dichos ejércitos para luchar entre sí.

Hasta ahora los acontecimientos eran bastante parecidos a los tiempos de Octavio y Cinna. Nadie se sorprendió cuando Lépido, habiendo levantado grandes fuerzas en el norte de Italia, publicó el programa entero de sus demandas, que incluían un segundo consulado, y comenzó a marchar hacia Roma, dejando en el norte al marido de Servilia, Marco Bruto, para asegurar sus bases y para reclutar más tropas.

En esta etapa el Senado entró en acción con tardío vigor, bajo la dirección de un pariente lejano mío, el viejo Marcio Filipo. Fue cónsul cuando yo apenas contaba diez años y era famoso por su oposición a cualquier clase de reforma. Más tarde fue un ferviente admirador del joven Pompeyo. Cuando la gente comentó su afecto por éste, replicó: «No es de extrañar que Filipo sea un entusiasta de Alejandro», haciendo un juego de palabras con su propio nombre y el de Filipo, padre de Alejandro Magno, a quien, según decían, se parecía Pompeyo.

Filipo persuadió a los senadores para que Pompeyo fuese designado como comandante de campo con Catulo. Desde el punto de vista militar la decisión era buena, pero era evidente que promover, pasando por encima de tantos senadores, a un joven que, a pesar de su merecida fama, nunca ocupó un cargo público, era una contravención directa de la constitución de Sila y una clara indicación de la debilidad del Senado y de la constitución misma.

Pompeyo marchó hacia el norte de inmediato y, en una corta y algo brutal campaña, despojó a Lépido de cualquier esperanza que hubiese alimentado sobre un éxito final. Su primera medida fue sitiar a Bruto en el pueblo de Mutina y esta acción fue decisiva. Probablemente Bruto estaba mal equipado, pues hubo de rendirse muy pronto. La mayoría de las versiones afirman que se le había prometido perdonarle la vida. Sin embargo, Pompeyo, después de recibir la rendición con sus modales más finos, ordenó a los soldados de caballería, que supuestamente escoltaban a Bruto a un lugar seguro, que le asesinasen en cuanto se hallasen fuera de su vista. Así Servilia perdió a su marido y el joven Bruto a su padre. Fue una acción de Pompeyo que no admite disculpa, y a despecho del brillante éxito de su corta campaña, en Roma esta vez se lo llamó con más frecuencia «El chico carnicero» que «Alejandro».

Lépido, al perder sus bases, fue pronto derrotado por Catulo, fuera de los muros de Roma. Con lo que quedó de su ejército cruzó a Cerdeña, sin duda con la intención, algo tardía, de reunirse con Sertorio en España. Murió casi en seguida de llegar a destino. Se dijo entonces que su muerte fue causada por la fiebre que hizo presa de él luego de recibir una carta en la que se le probaba la infidelidad de su esposa, y es harto posible que estas noticias hayan contribuido al colapso que sufrió ante el fracaso total de sus ambiciones.

Es interesante, aunque inútil, especular mentalmente sobre lo que me habría sucedido de haber tomado parte en esta desastrosa revolución. De salir con vida, sin duda, habría acompañado a los demás oficiales y miembros de la nobleza del ejército de Lépido a España a servir bajo el mando de Sertorio. Mucho daría ahora por haber conocido a este gran hombre y creo que yo le habría sido mucho más útil que Perperna y los demás refugiados, quienes, al final, lo traicionaron. Hice lo posible para informarme sobre Sertorio. Me atraía no sólo su carácter, sino también su campo de operaciones. Pues en mi propia vida, España jugó una parte tan importante como la que jugó en la de él. Fue allí donde por vez primera tuve el mando de un ejército de bastante importancia, y España fue escenario de la primera y la última grandes batallas de la guerra civil.

En cuanto a Sertorio, por lo que conozco de él, estoy convencido que poseía todas las cualidades que un gran general debe poseer y además muchas otras. Era rudo y resuelto e inspiraba absoluta lealtad y devoción en sus hombres; era un maestro de la estrategia; siempre actuaba de un modo imprevisible; sabía emplear toda clase de lucha y todas las variedades de tropas cualquiera fuera su nacionalidad; era un administrador honesto y capaz; sabía conquistar a las clases sometidas, gracias a su sentido de justicia y bondadosos modales. Se enfrentaba tan bien al futuro como al presente. Sabía, por ejemplo, que en último término, el modo de vida romano dependía más del hábito que de un entusiasmo momentáneo; de acuerdo con estas ideas, fundó un gran colegio en la ciudad de Osca, donde se enseñaba latín y griego a los hijos de los jefes españoles. Tenía también, dentro de la idiosincrasia de su carácter, algo de pintoresco, e imaginación y humanidad, cualidades que, a pesar de su salvajismo, había poseído Mario y que, en excelentes comandantes como Sila y Pompeyo, faltaban por completo. Sertorio, con su extraordinaria eficacia y energía, tenía siempre un aspecto imprevisible de su naturaleza que lo convertía en un ser aparte. He conocido españoles que aún hasta estos días lo miran como si hubiese sido una especie de dios. Ponderaban sus cualidades humanas —su audacia, su lealtad, su espíritu jovial, su rapidez de acción—con afecto; pero lo respetaban por su originalidad y porque nadie sabía cómo procedería al momento siguiente. Entre los generales parece haber sido el único en sentir un genuino desagrado por la guerra. En verdad, hubo cierta ocasión en que poco faltó para que, con su manera característica, abdicara de su lugar en la historia. Fue algo después de su llegada a España, cuando, con su reducido ejército, se vio obligado por un general de Sila a retirarse temporalmente a África. Allí encontró apoyo en unos piratas cilicios y, con tropas nuevas reunidas en África, navegó a lo largo de la costa atlántica, desembarcando en Gades. En este lugar conoció a algunos marinos que acababan de llegar de las llamadas Islas del Atlántico; también se conocen como Islas Afortunadas y están supuestamente situadas a muchas millas de distancia en el Océano. Se dice que éstas son las islas celebradas por Homero como la última morada de Helena y Menelao, que tienen un clima templado y delicioso, sin tormentas ni nieve y que de tanto en tanto llueve con suavidad, y sólo lo suficiente para renovar la riqueza del suelo. En cuanto Sertorio supo de estas islas, se le despertó el deseo de ir a habitarías por el resto de sus días, en medio de la paz y la quietud, lejos de la opresión, de las masacres y de las eternas guerras. Sin embargo, los piratas cilicios que vivían de sus presas y de las guerras, rehusaron aceptar su plan y partieron dejándolo sin flota. A Sertorio no le quedó otro remedio que

volver a guerrear, y con una fuerza que seguramente habrá parecido insignificante, en calidad y cantidad, a sus enemigos, empezó a derrotar, empleando sus desconcertantes tácticas, a cada general romano que era enviado para enfrentarse a él. Cuando se le unieron los refugiados del vencido ejército de Lépido, tenía el control de España en sus manos y estaba en contacto secreto con mucha gente de Roma que creía en su triunfo final.

En aquellos días, cada vez que la alarma cundía en Roma, parecía una llamada para otorgar un nuevo mando a Pompeyo en el exterior. De modo que en esta ocasión, y una vez más bajo la presión de mi anciano pariente, Filipo, le fue dado a Pompeyo el poder para organizar un ejército contra España, otorgándosele el rango correspondiente a un cónsul. Había de cooperar con el general a cargo de la campaña, Metelo Pío, quien fue uno de los mejores comandantes de Sila, pero no había nada en la propuesta de Filipo que sugiriese la idea de que Pompeyo fuera a ser subordinado de Metelo, y Pompeyo, por su parte, tenía la evidente intención de no subordinarse a nadie. Reclutó un ejército en cuarenta días, cruzó los Alpes antes de finalizar el verano y, por primera vez en su vida, se encontró con un general superior a él. Al comienzo del año siguiente, cayó en una de las estratagemas de Sertorio y apenas se salvó de una desastrosa derrota. No fue ésa una experiencia que le gustara recordar a Pompeyo en años posteriores.

En lo que a mí respecta, tenía ya veinticinco años, es decir, la misma edad de Pompeyo cuando éste tuvo su primera comandancia, sólo que yo no veía ninguna perspectiva de carrera en el ejército. No era un exiliado, y hubiese sido absurdo dejar Roma sin una razón válida, para reunirme con Sertorio. Si poseía o no habilidades de mando era cuestión que habría de ser juzgada años después. Y casi diez habían de transcurrir, antes de poder tan siquiera entrar en el Senado como magistrado electo del grado más bajo. Nada había, sin embargo, que me impidiese mezclarme en política y mientras tanto adquirir algún renombre.

Mi carrera política fue, en conjunto, sólida, y acorde con las tradiciones familiares. Me opuse a la constitución de Sila y apoyé todas las mociones para debilitarla. Originalmente, pensaba tan sólo en remediar el mal que había causado el gobierno anterior y, en particular, en devolver a los tribunos y al pueblo sus poderes perdidos. Sólo de forma gradual y como resultado de encontrarme progresivamente envuelto en las maniobras políticas, comencé a ver que un mero retorno a los días de Sulpicio o de Druso no bastaba. Aún ahora no entiendo cómo, en nuestro presente estado de cosas, la autoridad y la libertad pueden conciliarse. Siempre supe que, tan esencial como es el orden, ningún orden antiguo o doctrinario, tales como los que de tan diferente manera predicaban Sila y Catón, podría ser duradero o efectivo. No debo pensar, sin embargo, que a esa edad veía yo las cosas tan claramente como las veo ahora, que todavía me veo asaltado por muchas incertidumbres.

En aquellos días también me faltaba seriedad. Ante la consternación de mi madre y mi esposa, adquirí una reputación de libertino. No sólo eran mis extravagancias tan grandes como siempre, sino que también me enredé en una serie de amoríos. También se me reprochó, inmerecidamente creo, el tratar de hacer demasiadas cosas al mismo tiempo. Escribí mucha poesía, por lo general de estilo romántico, y compuse una tragedia sobre Edipo. Me interesaban vivamente, entre otras formas de cultura, la astronomía y las matemáticas. Estos variados entusiasmos me dieron entre algunas personas la reputación de diletante. No obstante, he conservado todas estas inquietudes y las encuentro no sólo entretenidas, sino que han sido por demás útiles en mi carrera.

El modo más normal de atraer la atención entonces, como lo es aún hoy, era por medio de discursos en los tribunales. Un solo caso hábilmente llevado bastaba para sacar a un hombre de la oscuridad y hacerlo distinguirse. Supe que durante el tiempo que permanecí en Asia, Marco Cicerón se había hecho un nombre de esta forma. Se aventuró,

en los días de Sila, a defender a un cliente que era perseguido en los tribunales por uno de los más poderosos libertos de Sila, y su defensa fue tan brillante que consiguió librar al hombre. Leí el discurso de Cicerón con admiración y le habría pedido consejo de haberse encontrado en Roma en la época en que decidí hablar en los tribunales. Pero Cicerón había partido al extranjero para estudiar filosofía y oratoria en Atenas y en Rodas. Había sufrido un colapso nervioso después de su gran éxito. Podría haber sido también que, aunque atacando al liberto —puso sumo cuidado en adular al mismo tiempo a Sila—, haya temido haber incurrido, a pesar de todo, en el desagrado del dictador y, en consecuencia, encontrarse en extremo peligro. Ese análisis de la situación habría sido característico en él. Cicerón vivía en la ilusión de que la gente no pensaba ni hablaba de otra cosa que de él.

Mi primer caso en los tribunales fue, a su modo, tan dramático como el que hizo famoso a Cicerón. Después del derrumbe de Lépido y su partido, hubo, como generalmente sucede cuando un partido victorioso ha sufrido un revés, un período de reacción. En el Senado, los amigos de Sila imaginaron ser más poderosos de lo que realmente eran. Olvidaron que ya habían dado muestras de su debilidad cuando cedieron ante Pompeyo, y eran ajenos al hecho de que, aunque la revuelta de Lépido fracasó, el programa de éste era bueno y había sido reconocido como tal. Quise poner en claro desde el principio de mi carrera política, que no tenía temor de ningún hombre influyente o poderoso y que, en especial, me opondría a la política y a las leyes establecidas por Sila. Por esta razón decidí acusar a Dolabela, un ex cónsul y uno de los generales más prominentes de Sila.

Primeramente tenía que conseguir permiso para abrir el proceso, de manera que puse enorme cuidado en la composición del discurso que habría de decir ante el pretor a cargo del tribunal que entendía en los casos de extorsión, pues para ser nombrado fiscal, me era necesario convencer al pretor, no sólo de que el caso era digno de juicio, sino también de que era el hombre indicado para abrirlo. En este caso, como en todos mis discursos, me concentré en la claridad, la exactitud y la fuerza, en lugar de elegir la forma más florida y profusa que era corriente en ese tiempo y que, debido a la influencia de Cicerón, sigue vigente. Con este claro y directo estilo, conocido erróneamente como «ático», conseguí distinguirme de inmediato. Mi primer discurso ante el pretor fue considerado como modelo de lo que estos discursos debían ser. Me resulta grato pensar que mucho antes de llegar a ser una potencia dentro del Estado, mi estilo encontró lugar en numerosos libros de texto especializados en oratoria.

Aun antes de presentar mi caso ante el jurado, éste había provocado bastante expectativa. Dolabela fue la causa. No pudo ocultar su cólera al ser procesado por un hombre tan joven y tan poco importante como yo y habló estúpidamente sobre mi persona, atacándome violentamente de palabra en el Senado y en otros varios lugares, acusándome por mi conducta antirromana con el rey de Bitinia y mis revolucionarias relaciones con la familia y el partido de Mario. El insultante lenguaje que utilizó al hablar de mí, más que perjudicarme, me benefició. Siempre es útil cierta notoriedad a los que comienzan una carrera política. He conocido muchos ejemplos de ello. El caso de Mario, entre otros, quien, según me han dicho, se hizo notar primero políticamente por el lenguaje que usaba al referirse a los nobles y en particular cuando se trataba de su benefactor, Metelo. Y en mis propios días, el caso de Clodio, uno de los individuos más dudosos que jamás he conocido, temerario en extremo, y en un tiempo querido por el pueblo, como lo era yo. Mi notoriedad era de otra clase. No me era dado atacar los principios de la aristocracia, puesto que yo era uno de ellos, y aunque mi vida privada haya sido, en algunos aspectos, casi tan escandalosa como la de Clodio, y mi lenguaje y acciones casi tan violentos, me distinguía de él al ser consecuente en política, y digno en la confianza de mis amigos. La gente quería a Clodio por ser bien parecido, temerario y encantador; le temían como se teme a un fuego

repentino e inesperado. A mí me amaban por las mismas razones, pero me temían porque se hizo gradualmente claro que mis acciones no eran caprichosas, sino que yo planificaba para construir y no para destruir.

Pero en este temprano período de mi vida solamente era conocido por mi encanto, mi osadía y ciertos escándalos. Los ataques de que fui objeto por parte de Dolabela aumentaron mi notoriedad y mi popularidad. Aunque finalmente no pude conseguir que se lo condenara, ese fracaso se convirtió en un éxito. Lo que salvó a Dolabela fue, en parte, la corrupción de las cortes, y en parte, la sensatez de haber elegido para su defensa a dos de los más habilidosos abogados de su época: Hortensio, el gran maestro del florido estilo «asiático» de oratoria, y mi pariente Lucio Aurelio Cotta.

El jurado estaba compuesto, como resultado de la legislación de Sila, por senadores. Era tan corrompido como lo fue aquel jurado de financieros que en mi niñez condenó a mi tío Rutilio. La forma en que Dolabela se enriqueció durante su gobernación en Macedonia era considerada, hasta por sus amigos, como vergonzosa.

Sin embargo, sus colegas en el Senado estaban decididos a aprobarla, algunos por haber sido sobornados, otros, porque deseaban gozar de la misma impunidad para sus pasadas o futuras actividades. Con todo, conseguí hacer evidente que no habría resultado tan fácil votar como lo hicieron de haber pesado la opinión pública. Siendo así, Cotta, en su discurso final de la defensa, demostró su gran experiencia al sugerir que, debido a una imprecisa expresión en la redacción de la demanda, el jurado tenía derecho, desentendiéndose de la evidencia, a votar la absolución de Dolabela. Se apresuraron a hacerlo, permaneciendo ajenos al hecho de que con este acto atraían el descrédito sobre la constitución de Sila y sobre ellos mismos.

En cuanto a mí, aunque haya resultado vencido por un eminente abogado, práctico en el uso de las leyes, conseguí un renombre y una posición entre el numeroso partido de los que aún esperaban deshacer todo lo que Sila había hecho.

Al año siguiente, me encargué de otro caso, también contra un oficial de Sila, aunque éste era menos distinguido que el anterior. En realidad Antonio Hybrida se distinguía solamente por su rapacidad, aunque ello no le impidió, años después, conseguir el consulado con Cicerón. Durante la campaña de Sila en Grecia, Antonio empleó su tiempo y el de sus tropas no precisamente en pelear contra el enemigo, sino en saquear ciudades griegas. Acepté el caso de estas ciudades que reclamaban la restitución de sus bienes. Informé a mis clientes de que las probabilidades de justicia eran sumamente escasas. Demasiada gente había hecho su fortuna de esta forma durante aquel tiempo, para que el jurado senatorial se arriesgase a sentar un precedente peligroso, condenando aun a los más notorios entre los culpables. No obstante, desde mi punto de vista y el de los griegos, el caso valía la pena de ser juzgado. La publicidad que obtendría podría tener el efecto de desanimar a otros oficiales en épocas menos difíciles. Y al mismo tiempo, me daba la oportunidad de aclarar mi posición política.

Tal como lo había previsto, perdí el caso y gané mucha popularidad con él. Sobre todo pude llevar a cabo lo que se consideró un osado ataque sobre el modo en que Sila había tratado a sus tropas. Señalé que fue el primer comandante romano en nuestra historia que sobornó y mimó a sus soldados, y que ganó la lealtad de sus jóvenes oficiales incitándolos al saqueo. Era imprudente aún mencionar el nombre de Mario abiertamente, pero cuando quise buscar un contraste entre los métodos de Sila con los de otros generales del pasado que habían salvado a Roma del invasor, nadie podía dejar de pensar que me refería a Mario. No era difícil durante esos años conseguir popularidad atacando al gobierno. Aunque la revuelta de Lépido fue sofocada, nada bueno se había cumplido. Sertorio se hallaba en ese momento en la cumbre del poder en España y Pompeyo, a pesar

de las grandes fuerzas bajo su mando, se encontró en la humillante situación de tener que escribir al Senado notificándoles que, de no recibir refuerzos importantes en hombres y en dinero, difícilmente podría defender las fronteras de Italia. Mientras tanto, en Asia, Mitrídates amenazaba con la guerra y se había aliado a Sertorio. En Roma el trigo había subido a precios sin precedentes. Ello se debía en parte a la incompetencia del gobierno, pero principalmente a la actividad de las flotas piratas que, operando desde sus bases en Cilicia, en Creta y otras islas, dominaban enteramente el Mediterráneo durante la mayor parte del año.

Ante semejante situación, aun los elementos más reaccionarios del Senado estaban obligados a permanecer tranquilos. Al año siguiente de mi caso contra Antonio, se encontraba en el Senado un estadista de vistas moderadas e inteligentes. Era éste mi tío Cayo Cotta y su consulado marcó el primer paso legal y aceptado contra la constitución de Sila. Es necesario admitir que esas concesiones fueron arrancadas por medios violentos. Las concesiones son, por lo general, conseguidas en esta forma, cuando el cuerpo gobernante es débil pero quiere dar la impresión de ser fuerte. De no haber sido porque Cotta y sus colegas del consulado se vieron obligados a correr por la Vía Sacra para salvarse de ser asesinados por una enfurecida muchedumbre, dudo que las razonables propuestas de reforma presentadas por Cotta hubiesen sido aceptadas por el Senado. Corta, que era un excelente orador, no sólo consiguió pacificar a la muchedumbre, sino que convenció además al Senado de que se necesitaban hechos y no palabras. Lo que menos gustaba al pueblo de todas las leyes de Sila, eran las medidas que tomó para despojar a los tribunos de sus antiguos poderes; y para convertir el cargo en algo todavía menos importante, se había decretado que el que anteriormente hubiese sido tribuno, se encontraba imposibilitado de ser elegido para ninguna de las magistraturas superiores. Esta ley, gracias a Cotta, fue abolida.

Era éste el primer paso en una dirección definida. Hombres de verdadera capacidad presentaban ahora su candidatura para tribunos y una vez elegidos, recordarían el pasado y no se contentarían con el insignificante papel que, de acuerdo con la constitución de Sila, se esperaba que desempeñasen. El siguiente paso, naturalmente, sería una enérgica acción para devolver a los tribunos todos los poderes que anteriormente habían poseído.

Sin embargo, hallándose las cosas en tan prometedora situación, mis energías fueron repentinamente desviadas de Roma.

4 LOS PIRATAS

Por ese entonces tenía suficiente intimidad con Craso como para permitirme pedirle prestadas grandes sumas de dinero. Como Craso era el hombre más rico de Roma y yo el más gastador, esta amistad me resultaba de gran importancia. Me alegra pensar que era también importante para Craso. Sin mi ayuda, jamás habría llegado a conseguir el poder que toda su vida había ansiado tener. Sin embargo, al principio, posiblemente me mirase como a una dudosa inversión. Sin duda me consideraba un joven hábil, aunque frívolo, pero que poseía el don de atraerse las simpatías de toda clase de gente y que podía, por lo tanto, ser útil a un patrón generoso. Pero por fin Craso hubo de darse cuenta —y de ello no le quedó ninguna duda— de que mi carácter no me permite ser un subordinado. Cuando llegó a esa conclusión ya me había hecho indispensable para él y siguió prestándome su apoyo financiero, sin el cual me habría encontrado en la más completa ruina. Por esta razón le estuve siempre agradecido y nunca —como hace tanta gente— me he vuelto contra alguien que, en algún momento y por algún motivo, haya sido mi benefactor.

Estaba lejos de ser fácil mantener una relación con Craso. Poseía tanto los defectos como las virtudes de los grandes negociantes. En realidad, había algo maligno en su carácter, al igual que en el de todos los hombres que hacen un credo de las operaciones financieras y que pasan su vida calculando inversiones. Los intereses financieros de Craso eran de gran nivel. Solía decir: «No llamo a un hombre rico hasta el momento en que pueda reclutar, equipar y pagar un ejército con sus rentas». Es ésta una reflexión sensata; pero para Craso era el dinero, no el ejército lo que contaba. Por vastas que fuesen sus empresas, las examinaba una a una separadamente, como un pequeño comerciante que espera encontrar una prometedora oportunidad. Era la contradicción misma. La mezquindad luchaba en él contra la generosidad. Amaba la ostentación, pero quería permanecer en la sombra. Favorecía y aun promovía las ideas más vanguardistas y revolucionarias, pero evitaba prestarles abiertamente el apoyo de su nombre y de su influencia. Trataba de que estas cuestiones fueran resueltas por sus agentes. Y en la elección de éstos era notable, hasta impresionantemente acertado. Desconfiaba de aquellos cuya personalidad mostraba alguna semblanza con la suya propia. Los que financiaba por razones políticas, eran por lo general individuos pintorescos y frecuentemente de carácter violento. Por lo general tenían alguna capacidad, pero pienso que de todos yo era el único capaz y digno de confianza.

Toda su vida Craso se sintió víctima de la injusticia. Una vez que me di cuenta de ello me fue fácil manejarlo. Se sentía agraviado hasta de su propio éxito e hizo todo lo que pudo para desmentir, sin conseguirlo, su merecida fama de avaro. Se tomaba la molestia de organizar espléndidas fiestas, pero como era evidente que él mismo no se divertía en ellas, la gente iba sin sentir agradecimiento hacia su anfitrión. Después consideró, no sin razón, que Sila lo había tratado mal. La verdad es que gracias a Sila amasó su enorme fortuna. Aprovechó más que nadie la venta de las propiedades confiscadas y tomó toda clase de medidas para conseguir los más valiosos bienes a los más bajos precios. Pero no pudo olvidar nunca que, a pesar de haber sido él y no Sila quien ganó la batalla de la puerta Colina, no fue después nombrado por éste para ningún puesto de importancia. En cambio, Pompeyo se llevó todos los honores de la guerra.

No tardé en descubrir que en Pompeyo, particularmente, Craso había concentrado toda esa amarga sensación de injusticia que deformaba su alma. Era seis años mayor que

Pompeyo, pero la sola idea de los brillantes triunfos de éste y de su popularidad se le hacía insoportable. En verdad, su odio y más tarde su temor por Pompeyo eran lo que un médico griego hubiese llamado patológicos. Nada hizo Pompeyo por suavizar este sentimiento. En ningún momento ocultó que se consideraba superior y, aunque poseía encanto y dignidad en los modales, cosa de la que Craso carecía por completo, era también capaz de una fría y estudiada insolencia hacia quienes, como a Craso, consideraba sus rivales. Especialmente solía hablar desdeñosamente de él cuando se refería a su habilidad como soldado. No era justo, ya que Craso, a pesar de su desastroso fracaso militar en la vejez, cuando joven fue realmente un buen comandante. Por lo tanto, lo enfurecía aún más que Pompeyo hablase como si no existiese en toda Roma un general con alguna capacidad. Recuerdo su alegría cuando nos llegaron noticias de que Pompeyo había sido derrotado por Sertorio.

Este antagonismo entre los dos hombres había de desarrollarse aún más, hasta llegar a ser un factor dominante durante los comienzos de mi actividad política. Ambos han muerto ya, siendo cada cual destruido por su pasión predominante: Craso por la avidez con que persiguió una reputación militar y Pompeyo por su intolerancia para admitir un igual, que lo llevó a subestimar mis habilidades como general y como conductor de hombres.

En los días en que trabé amistad con Craso, se hallaba muy interesado en seguir los acontecimientos que se desarrollaban en España, aunque en realidad no se había comprometido en ninguna actividad política, aparte de sus persistentes y no muy exitosos esfuerzos para hacerse popular en todas las clases sociales. Tenía intereses financieros en todas partes y algunos de los más importantes en Oriente. En relación con éstos, viajé hacia el continente asiático por segunda vez.

Nos llegaron noticias de que mi antiguo amigo, el rey Nicomedes, se hallaba en su lecho de muerte y, de acuerdo con los rumores, se proponía legar su reino al pueblo romano. Esta perspectiva, como es natural, provocó el mayor interés entre los financieros, y Craso, naturalmente, fue el primero en ver la posibilidad de aprovechar la ocasión. Conociendo mi amistad con el rey, me sugirió de inmediato que me embarcase hacia Oriente a sus expensas, e hiciera lo posible para conseguir de Nicomedes, antes de su muerte, algunas concesiones en Bitinia, a las que daba gran importancia. Como se intentaba que mi misión fuese secreta, dije que iba a Rodas a estudiar oratoria con el famoso profesor Apolonio, de quien Cicerón había tomado lecciones recientemente. Pretendí que mis fracasos ante los tribunales me habían convencido de que necesitaba más entrenamiento, aunque en realidad estos «fracasos» fueron valiosísimos para mi reputación política. La gente creyó en mi historia y, tal como sucedieron las cosas, no hubo razón para que dudasen de ella, ya que las circunstancias me impidieron llegar a tiempo a Bitinia.

Apenas bordeaba la costa de Asia, en las proximidades de la pequeña isla de Farmacusa, cuando mi barco fue avistado y capturado por los piratas cilicios. Nada pudo ser más desconcertante. No había duda que sería retenido hasta el cobro del rescate y esta inevitable demora habría de costarme todo lo que esperaba conseguir con mi visita a Bitinia. Empeoraba la situación el hecho de que estos piratas eran los carniceros más brutales que podían hallarse en este mundo y ciertamente eran capaces de asesinar a un prisionero si por cualquier razón se veían forzados a abandonar sus bases de forma precipitada, o si sospechaban que el dinero exigido no les sería enviado.

He descubierto que cuando uno se halla en peligro entre gente de baja ralea, sean romanos o bárbaros, lo mejor es adoptar una actitud de cierta burla mezclada con desprecio. Es ante todo esencial darles a entender la propia superioridad y hacerles creer que no se les teme. Así, cuando en esta ocasión el jefe de los piratas me informó que mi rescate había sido fijado en veinte talentos, solté la risa y le dije que era un completo ignorante de los asuntos romanos y de mi posición social, si se imaginaba que mis amigos

no podían pagar más que eso. Le aconsejé que subiera el rescate a cincuenta talentos y le exigí, mientras esperaban la llegada del dinero, que se me dieran habitaciones confortables y se me tratase con la distinción debida a mi rango.

Mis palabras tuvieron el efecto deseado sobre los piratas. Los divirtió lo que consideraron una bravuconada de muchacho; me admiraron por no temerles y les impresionó mi oferta de dinero. Pronto me di cuenta de que me miraban no solamente como a un objeto de diversión sino como a alguien a quien se le debía respeto. Naturalmente, no podía pedirles que me libertasen, pero en todos los demás asuntos insistí en hacer las cosas a mi manera, siendo obedecido rápidamente. Me di cuenta de que mi forzada estancia en la isla sería larga (duró casi cuarenta días) y decidí hacerla lo más agradable y útil posible. Los piratas eran brutales y toscos, además de haraganes, cuando no se hallaban entregados a su profesión de aves de rapiña. Pasaban los días comiendo, bebiendo o echados al sol, entreteniéndose en contarse interminables historias sobre sus propias hazañas, o cantaban con voz ronca canciones de lo más sentimentales, hasta muy entrada la noche.

En corto plazo, conseguí reformar sus costumbres, al menos hasta cierto punto. Organicé dos o tres veces por semana sesiones de atletismo, y estando yo acostumbrado a los deportes, generalmente resultaba ganador. No pasó mucho tiempo antes de encontrarme en la situación de jefe, más que de prisionero de estos salvajes. Durante la mayor parte del tiempo que duró mi cautiverio, me hallaba solo, excepción hecha de mi médico y de uno o dos sirvientes. El resto de mi comitiva había cruzado al continente y se ocupaba activamente de reunir el dinero para mi rescate en Mileto y otras ciudades griegas. Viéndome privado del goce de mis habituales conversaciones intelectuales, debía sacar todo el provecho posible del material que tenía a mi disposición. Solía reunir a los piratas y practicar oratoria ante ellos, refiriéndome en mis discursos a los varios temas que eran populares entonces en las escuelas de retórica. En aquellos días también escribí mucha poesía y organicé recitales poéticos, durante los cuales leía mis obras o, cuando se trataba de un drama, recitaba el papel principal y daba a mi médico la lectura de los papeles secundarios. Hallé que los piratas eran incapaces de apreciar las sutilezas de mi estilo y muchos de ellos no podían entender tan siquiera un argumento razonado. Con frecuencia me impacientaba con ellos al observar que su atención se distraía de mis discursos o cuando alguno encontraba jocoso un pasaje de mis poemas que estaba concebido para inspirar tristeza. Entonces los llamaba tontos, ignorantes, analfabetos y otros insultos de los que eran merecedores: pues aunque eran bastante dóciles y hasta callaban sus cantos nocturnos cuando les ordenaba silencio, poseían, en realidad, muy pocas cualidades que pudieran admirarse. Especialmente detestaba sus fanfarronadas y la forma despectiva con que se referían a Roma. Habían invadido ya la costa de Italia, decían, y antes de poco amenazarían con invadir a Roma misma. Desgraciadamente sus palabras eran veraces, pero no me placía escuchar semejante lenguaje. Les hice notar que, por numerosa que fuese la flota pirata, nunca constituirían el poder independiente que orgullosamente declaraban ser. Más que un poder, eran una peste; pues su mera existencia dependía de la destrucción o el saqueo de lo que otros producían. En un mundo civilizado, les dije, resultaban absolutamente intolerables y, aunque en años recientes, por hallarse ocupada en la solución de graves problemas, Roma les permitió hacerse poderosos, en un futuro no lejano todo barco pirata sería barrido del mar. Consideraban risibles mis palabras y al añadir que, en cuanto fuese liberado, me proponía llevarlos ante la justicia, rompían en carcajadas, encontrando en ello motivo de chanza. Su sentido del humor estaba tan imperfectamente desarrollado como sus facultades intelectuales.

Finalmente llegó el rescate y procedí de inmediato a poner en práctica mi plan. La mayor parte del dinero fue reunida en la ciudad de Mileto, donde contaba con muchos

amigos entre los armadores y mercaderes a quienes conocí durante mi servicio militar en Asia. Desde entonces permanecí en contacto con los más agradables e influyentes de aquéllos, en parte por hallar valiosa su amistad y en parte, porque había decidido recientemente conservar, en cada lugar que visitase, un núcleo de amigos a quienes acudir en caso de peligro o de necesidad. Partí, por lo tanto, directamente a Mileto, y sin perder un instante, reuní a mis amistades para pedirles ayuda. Conociendo a los piratas, sabía que éstos, una vez en posesión del rescate, habrían de pasarse los días y las noches en festejos y orgías, y se descuidarían, por lo tanto, de tomar precauciones. No serían capaces entonces de enfrentarse ni siquiera a una pequeña fuerza si ésta se mostraba resuelta y bien organizada. Al principio, mis amigos escucharon un tanto escépticos mis sugerencias. Ninguna expedición privada se había atrevido hasta entonces contra la flota pirata y aun las escuadras navales tuvieron escaso éxito en sus tentativas. No obstante, conseguí finalmente convencerlos de que mi plan era practicable. Les hice notar que podía también ser provechoso, pues de tener éxito, recobraríamos no solamente los cincuenta talentos que acabábamos de pagarles sino que nos apropiaríamos de sus barcos, sus provisiones de reserva y el botín acumulado que los piratas poseían.

Más difícil que conseguir los barcos resultó reclutar la tripulación. Los piratas eran temidos por los marineros, no sólo en la costa asiática sino en todos los puertos del Mediterráneo. Hube de emplear gran elocuencia y hacer muchas promesas. La mayoría de los marineros que conseguí eran griegos, provenientes de las islas y del continente. Los griegos estaban siempre dispuestos a responder a una llamada a su orgullo local o nacional. Recordándoles su gran tradición marítima, conseguí reclutarlos e inspirarles confianza y resolución. En el término de un día tuve a mi disposición una flota que me pareció adecuada para mis fines.

Izamos velas antes del atardecer y nos embarcamos en una aventura que era mucho más azarosa de lo que yo había afirmado. No podíamos tener la certeza de que los piratas estuviesen desprevenidos y, de estarlo, siempre era posible que encontrasen ayuda en alguno de los numerosos barcos piratas que de tanto en tanto fondeaban en su guarida. Pero en esta ocasión, todo resultó según yo lo esperaba. Hallamos a los hombres en la playa, sufriendo aún las consecuencias de sus orgías, y a los barcos descuidadamente vigilados. Hubo muy poca lucha y no sufrí ninguna baja entre mis hombres. Todos los piratas, excepción hecha de unos pocos que murieron en la refriega, fueron hechos prisioneros y sus barcos capturados. El botín era considerable. No sólo pude pagar a la tripulación las grandes sumas que le había prometido, sino que aparté grandes valores para mis amigos y también para mí. En cuanto a la tripulación, comenzó a creerse invencible y me rogó que le permitiese luchar contra las otras bases piratas apostadas en la costa. Pero yo de sobra sabía que los piratas eran formidables antagonistas y además quería ir a Bitinia sin más pérdida de tiempo. Era ya demasiado tarde para conseguir mi propósito inicial, pues Nicomedes murió mientras me encontraba cautivo y el gobernador romano en Asia, Silano, había ocupado su puesto en el palacio del rey.

Con respecto a mis prisioneros, pensé que sería una buena manera de terminar mi expedición y al mismo tiempo redundaría en mi favor, hacerlos ejecutar al llegar a Mileto, donde, como resultado de mi hazaña, gozaba yo de gran popularidad. Sin embargo, decidí finalmente que sería demostrar más prudencia dejar el asunto en manos del gobernador de la provincia, de quien, a mi parecer, tenía derecho a esperar alguna consideración, así como alguna recompensa. De manera que llevé mis prisioneros a Pérgamo, dejándolos allí bajo custodia. Viajé lo más rápidamente posible a Bitinia, por el mismo camino que había recorrido hacía no menos de siete años, al ir por primera vez a ese país.

Encontré, en el trayecto y al llegar a destino, grandes cambios, y desde nuestro punto de vista, desventajosos. En la época de mi primera visita a Asia, las victorias de Sila, aunque lejos de haber sido concluyentes, habían restablecido el prestigio de Roma. Desde entonces, puesto que nuestros gobernadores poco o nada habían hecho para reparar el daño que la guerra había causado y para asegurar una buena administración, Mitrídates había ganado terreno. Se había aliado con Sertorio en el lejano Occidente y con el jefe de todos los piratas, que operaban desde Creta hasta Cilicia. Era obvio para todos que si deseaba retener su poderosa posición en el Mar Negro, no había de tolerar la ocupación romana en Bitinia. En realidad sus ejércitos estaban ya movilizados y algunos de sus contingentes estaban siendo adiestrados en los métodos romanos por asesores militares que le envió Sertorio.

Ante esta creciente amenaza, la gobernación romana se hallaba, como pronto comprendí, casi indefensa. El ejército tenía dirigentes inapropiados, estaba mal organizado y mal apostado. Todos se hallaban interesados únicamente en el provecho que podía sacarse de la nueva provincia de Bitinia. El palacio en el cual gocé noches tan agradables en compañía del rey, estaba lleno de oficiales y agentes capitalistas romanos, buscando concesiones y completamente ajenos al hecho de que, en cualquier momento, serían barridos de un solo golpe fuera de la provincia. Se comportaban exactamente como Mitrídates hubiese deseado. Descuidaban sus defensas, al tiempo que se hacían odiosos por sus acciones, de tal forma que Mitrídates podría, llegado el caso, gobernar el país sin mayor oposición, y hasta representar el papel de libertador.

El gobernador romano, Silano, era uno de los más notorios buscadores de fortuna. Lo visité en cuanto llegué a Bitinia y al punto le referí el caso de los piratas que se encontraban prisioneros en Pérgamo. Había esperado recibir sus felicitaciones por mi hazaña y, como era de rigor, que daría orden de ejecutar a los prisioneros; pero, ante mi sorpresa y mi disgusto, sólo se mostró incómodo al verme y, después de algunos tibios cumplidos, dijo necesitar algún tiempo para resolver el asunto. Era evidente que lo que deseaba era negociar por medio de algún agente con otros jefes piratas y enriquecerse a expensas de mi reputación prometiendo la libertad de los prisioneros. Tomé por lo tanto el asunto en mis manos. Sabía que el comandante de la guardia en Pérgamo era un hombre de fiar. Le mandé secretamente la orden, bajo mi expresa responsabilidad, de crucificar a los prisioneros. Como no me agrada causar dolor innecesariamente, envié instrucciones para que los ahorcasen antes de clavar sus cuerpos en las cruces.

Naturalmente, con este acto me gané la mala voluntad de Silano. Pero no había nada que éste pudiese hacer respecto al asunto sin atraerse el descrédito ante los habitantes de las ciudades costeras, que estaban muy satisfechos por el modo en que di inmediata solución al asunto; y también el descrédito ante Roma, donde el gobierno de Asia se hallaba bajo acusación, con sobrada razón. Sin embargo, aunque no podía dirigir un ataque directo contra mí, persistió en una hosca actitud y le faltó inteligencia para aprovechar mi sugerencia. De haber recibido de su parte el menor apoyo oficial, estaba dispuesto a reunir fuerzas por mi cuenta y atacar ya sea a los piratas por mar, o a Mitrídates por tierra. Poseía amigos influyentes en Bitinia y mediante su ayuda no habría encontrado dificultad alguna en equipar una flota o un ejército. Tenía la ventaja sobre el gobernador de tener ideas definidas sobre la forma de usar estas fuerzas y en el modo de disponer de las que se hallaban a mano, para contrarrestar el peligro en ciernes.

Pero la única preocupación de Silano era amasar la mayor cantidad posible de dinero, antes de que expiase el término de su gobernación. Ignoró mi consejo, y llevado por sus rabiosos celos rehusó dar sanción oficial a los proyectos que yo estaba dispuesto a emprender. De todas maneras, decidí vigilar la situación en Asia, en la esperanza de hallar

más adelante la oportunidad de tomar parte importante en los acontecimientos y, en lugar de retornar a Roma, fui a Rodas para asistir a unas conferencias sobre retórica y filosofía, aunque antes de partir de Bitinia, me las ingenié para hacer algo que valía la pena. Tomé posesión de una serie de objetos de valor que me habían sido obsequiados por el rey Nicomedes y defendí con éxito los derechos de varios antiguos amigos, nativos del país, que se hallaban en peligro de persecución por parte de algunos oficiales romanos. Fue una tarea que me alegró cumplir, puesto que siempre valoré la amistad por encima de todas las cosas.

5 EL RETORNO A ROMA

Rodas tal vez sea la isla más hermosa del Mediterráneo. Y dejando a un lado la belleza natural del lugar —el brillante color de sus flores, sus montañas, su clima perpetuamente templado y su resplandeciente mar—, encontré en su arquitectura y ciertos lugares típicos —los pórticos y edificios, el sistema de desagües—una gracia y un esplendor que podían compararse ventajosamente con cualquier otro que en esa época pudiera hallarse en Roma. También se encontraban allí los más famosos profesores de retórica y filosofía. Escuché todas sus conferencias con el más profundo interés y atención; mucho aprendí en ellas, y de haber sido en tiempos más tranquilos, habría deseado aprender sin duda mucho más. Entonces, los acontecimientos atrajeron mi atención hacia la cercana costa de Asia y hacia Italia.

Todos se daban cuenta ahora de que una nueva guerra con Mitrídates en Asia era inminente. Y en Roma, tal como sucedió en los tiempos de Mario y Sila, se luchaba acerbamente por los honores y las oportunidades que representaba una comandancia. Los cónsules de este año, en el que yo cumplí veintiocho, eran mi tío Marco Cotta y Lucio Lúculo. Ambos empleaban todas sus influencias para asegurarse un mando, mientras que otros apoyaban la candidatura del pretor Marco Antonio, el padre de aquel mismo Marco Antonio que habría de rendirme luego tan grandes servicios y a quien considero mi amigo, a pesar de haberme creado muchas situaciones embarazosas. Este Marco Antonio era, al igual que su hijo, un bebedor extraordinario. A diferencia de su hijo, no poseía ningún atractivo y sus habilidades militares eran mínimas. Marco Cotta, aunque ambicioso y valiente, también se hallaba desposeído de las cualidades indispensables para ser jefe. Lúculo era el mejor candidato para el mando; y una clara indicación de la confusión reinante en esos tiempos y de la ineficacia del Senado, fueron las grandes dificultades que hubo de vencer para conseguir un nombramiento que debió habérsele ofrecido de inmediato. Frecuentemente he atacado a Lúculo en público, pero debo admitir que en muchos aspectos merece admiración. Fue un fiel amigo de Sila y apoyó lealmente la autoridad senatorial hasta el final, cuando descubrió que se le estaba pagando su lealtad con traición y entonces abandonó toda actividad política. Era un buen literato; brindaba además los mejores banquetes de Roma y aparte de un defecto fatal —una completa falta de comprensión de la psicología de sus tropas—era uno de los mejores generales de nuestra historia. Estaba relacionado con gente importante, pues tanto su madre como su esposa eran de excelente familia, aunque ambas, no obstante, estaban bastante desacreditadas. Su madre, de la familia de los Metelo, era notable por su inmoralidad, en una época en que la inmoralidad no estaba tan de moda como lo está ahora. Su esposa Clodia era la hija de Apio Claudio, que fue cónsul en el año de la abdicación de Sila. Ella y su hermana, quien llevaba el mismo nombre y se hizo inmortal gracias a la violenta pasión que despertó en el poeta Catulo, eran posiblemente las mujeres más viciosas que he conocido jamás. Ambas mantenían relaciones incestuosas con su hermano Clodio y tenían reputación, para usar una palabra griega, de ninfómanas. Su afición sexual era tan poderosa que les impedía utilizar, como hacían otras mujeres, sus relaciones amorosas para promover los intereses de sus maridos o los suyos propios. De modo que en lo concerniente a su mando, Lúculo no halló ningún apoyo en la poderosa familia Claudia, y finalmente, se vio privado de los honores que en buena ley eran suyos, debido, en gran parte, a las intrigas de su cuñado.

Hallándome en Rodas, escuché con interés el relato que me hicieron de la forma en que Lúculo, muy contra su voluntad, se había visto forzado a rebajarse hasta la adulación y el soborno para conseguir el mando contra Mitrídates. A Cotta, en cambio, le fue otorgada una flota para defender las costas de Bitinia y el Helesponto, y Antonio fue designado para la importante misión de exterminar las flotas piratas en todo el Mediterráneo. También me enteré que este repentino furor por conseguir comandancias se debía al pronto regreso de Pompeyo; se temía que, al volver éste de España, contando con el incondicional apoyo de su ejército, reclamase para sí el mando más importante que estuviera disponible. Había levantado en España una fuerza poderosísima y, aunque no podía predecirse cuáles habían de ser las tácticas defensivas de Sertorio, parecía que ni aun éste podría resistir mucho tiempo más contra semejante fuerza.

No era el momento indicado para que yo continuara tranquilamente mis estudios. Recordaba el éxito que obtuve en mi acción contra los piratas y, al saber que Mitrídates se hallaba ya en el campo de batalla y que sus tropas, hasta el presente en reducido número, penetraban en las provincias romanas, decidí emprender otra operación militar del mismo tipo aunque en mayor escala. Crucé hacia Cama, situada frente a Rodas, recluté enseguida una tropa de armas ligeras y de caballería, y visité, como medida preliminar, ciudad tras ciudad para asegurar su lealtad hacia Roma, al tiempo que organizaba suscripciones para el pago de mis tropas. Actuaba, naturalmente, en forma extraoficial y hasta ilegal, pero pensé que un comandante inteligente como era Lúculo apreciaría mi acción en su debido valor.

En realidad ésta resultó ser una aventura de escasa envergadura, pero la recuerdo con satisfacción; aún permanecen grabadas en mi mente las morenas colinas de Cama y las columnas de mis tropas en marcha: una fuerza mixta de hombres griegos, carios, rodios y unos pocos romanos, todos entusiastas y dispuestos a pelear por el honor y el botín que esperábamos ganar. En esta campaña bajo mi mando, aprendí mucho más que cuando hube de guerrear bajo el mando de otros; aunque la acción fue de tan corta duración que apenas merece el nombre de campaña. Después de asegurarme la lealtad de las ciudades costeras, marché hacia el interior a enfrentarme a algunos elementos avanzados de las tropas de Mitrídates. Algunas de estas tropas estaban bien disciplinadas y bien conducidas por asesores militares enviados por Sertorio. Muy pronto conseguí que mi pequeño ejército se convirtiese en una fuerza consistente y responsable. Luchamos encarnizadamente en el primer encuentro con el enemigo, lo derrotamos y lo obligamos a huir de Caria. Sin embargo, mientras planeaba mi próxima acción, recibí noticias de Roma que me forzaron a abandonar mis operaciones militares y retornar a la ciudad. En cartas de mi madre y de mis amigos se me informaba que había sido nombrado para un cargo en el Colegio Pontificio, y luego de reflexionar, decidí que no debía perder una oportunidad semejante. Siendo uno de los quince pontífices, no me estaría prohibido, como cuando fui sacerdote de Júpiter, tomar parte activa en la vida militar y política. En realidad, los miembros del Colegio eran hombres de destacada importancia política. El sumo pontífice siempre fue uno de los hombres de más influencia en toda Roma, siendo Metelo Pío, el colega de Pompeyo en España, quien ocupaba el cargo en esos momentos. Los otros miembros incluían al distinguido orador y ex cónsul Catulo, hijo de aquel Catulo que fue colega de Mario en la guerra contra los germanos y que fue luego forzado al suicidio por mi tío. También se encontraba Servilio Isáurico, bajo cuyas órdenes hube de servir en Cilicia durante mi mocedad. Realmente, como mi madre me hizo notar en una de sus cartas, podía considerarme afortunado por habérseme ofrecido a tan temprana edad un honor semejante, urgiéndome ella a que aceptase, ya que el cargo se encontraba vacante debido a la muerte

de su hermano mayor Cayo Cotta. Este tío mío tuvo una actuación distinguida tanto en tiempos de guerra como de paz. Fue uno de los mejores oradores de su tiempo, destacándose su consulado por la sabiduría que demostró en todas sus decisiones y emprendió luego con éxito algunas operaciones militares en la Galia Cisalpina por las que se le honró con un desfile triunfal. Mientras esperaba fuera de las puertas de Roma la celebración de este triunfo, murió a consecuencia de una vieja herida. No me cabe duda de que, debido al respeto generalmente inspirado por Cotta, fui elegido yo, su pariente cercano, para ocupar el cargo vacante por su muerte. Ninguna otra explicación me parece tener más lógica, para explicar la honra de que se me hacía objeto, siendo que mi carrera política no era importante como para recomendarme ante los miembros del Colegio, quienes, en conjunto, representaban los intereses más conservadores del Estado. Podría ser que, al ofrecerme una tan respetable posición, esperasen con ello atraerse a un joven que sabían talentoso y que, de hallarse en un partido contrario, podía ser peligroso. Si éstos eran sus cálculos, se equivocaban.

Con desgana abandoné mis planes de futuras operaciones en Asia, pero me di cuenta de inmediato que mi madre llevaba toda la razón y por los intereses y la honra de la familia, debía retornar a Roma. Estoy seguro ahora que mi decisión fue correcta. De haberme unido a Lúculo con mi ejército, éste no me habría empleado más que en alguna misión muy subordinada, ya que era en extremo legalista en cuanto a otorgar ascensos a los que no habían cumplido la edad reglamentaria y, como lo demostró luego, tampoco le agradaba dar a los demás ninguna responsabilidad.

Mi viaje de vuelta a Italia no dejó de ofrecer riesgos. Antes de partir de Asia recibí la noticia de que Mitrídates había invadido Bitinia y, tal como lo anticipé, barrió fácilmente las inadecuadas defensas organizadas por Silano. Entretanto, mi tío Marco Cotta había hecho su entrada en escena. Fue lo bastante tonto para arriesgarse a un encuentro decisivo con el enemigo del cual salió totalmente derrotado y, como resultado, perdió toda su flota. Quedó bloqueado con el resto de su ejército en Calcedonia, esperando ser libertado por Lúculo, quien se hallaba luchando en el sur. Parecía que, en cualquier momento, las rutas de Asia quedarían bloqueadas y en cuanto a la ruta por mar, no me inspiraba ninguna confianza. Después de la derrota de Cotta casi no quedaba ningún barco de guerra romano en aguas orientales. Los piratas estaban más atrevidos que de costumbre, y yo sabía que, de ser atrapados, esta vez no se me daría ni siquiera la oportunidad de ofrecer rescate. La etapa final de mi viaje fue la más peligrosa y durante el tránsito que media entre Durazzo y Brindisi alquilé un bote con cuatro remeros, en la esperanza de que una embarcación pequeña fuese más difícil de percibir. Me alarmé como pocas veces en mi vida cuando, al amanecer, después de muchas horas en alta mar, el piloto me anunció que se veían algunos mástiles en el horizonte. Me desnudé, me até una daga en la cintura y me dispuse a arrojarme al mar. En él, al menos, me quedaba alguna esperanza de escapar si nuestra embarcación era descubierta, y si me capturaban, prefería provocarme la muerte por mi propia mano antes que someterme a las torturas que habrían de infligirme los piratas antes de matarme. Pero resultó finalmente que los supuestos mástiles eran sólo las hileras de árboles que cercaban la costa italiana. Nunca sentí mayor alivio; pues aunque he arriesgado mi vida varias veces en batallas, luchas callejeras y aun, cierta vez, ante un enfurecido Senado, no podía soportar sufrir la humillante muerte de un prisionero o la de aquellos hombres perseguidos durante las cacerías que se organizaban en tiempos de Mario y de Sila. Preferiría morir asesinado, como supongo que lo seré. Y contra el asesinato, a despecho de lo que mis amigos puedan decirme, no existen precauciones posibles. Ni

siquiera puede uno confiar en la lealtad de sus más caros amigos, ni en la gratitud de aquellos cuya vida se ha perdonado. La envidia, un intelecto pervertido y hasta una teoría moralista, tendrían con toda seguridad más fuerza que los sentimientos humanos más tiernos y generosos. Recuerdo que así sucedió en el caso de Sertorio, uno o dos años después de mi regreso a Italia.

Es un suceso que todavía hoy encuentro doloroso y que me afectó mucho en ese tiempo. Pues Sertorio fue asesinado por aquellos que debían haber sido sus amigos. Después de diez años seguía siendo invencible en el campo de batalla, y aunque sus dificultades militares iban creciendo, era hombre acostumbrado a vencer obstáculos, y su futuro, al igual que su pasado, debía ser considerado extraordinario. Conservó hasta el fin la lealtad de sus tropas españolas, pero fue destruido por sus compatriotas: los exiliados del ejército de Mario, de Carbo, o de Lépido, que se le habían unido y que fueron bien recibidos por él. Estos hombres parecían no tener otro móvil que la envidia. No podían olvidar que Sertorio provenía de familia menos distinguida que la suya en la distante Roma y la evidencia de su enorme superioridad militar, personal y política, provocaba en ellos celos más que admiración. Su jefe era Perperna, un ex cónsul y antiguo compañero de mi primo, el joven Mario. Sin duda, estas conspiraciones tienen que ser planeadas y en el mero hecho de planearías hay algo que me inspira una profunda repugnancia. En esta ocasión, los conspiradores invitaron a Sertorio a un banquete y mientras se hallaban en la mesa, se comportaban aún más groseramente que de costumbre; sabían que a Sertorio le agradaba la conversación inteligente y para su propio placer, alentaba los buenos modales y los sentimientos civilizados que sólo pueden provenir del orden. Cuando, tal como lo esperaban, Sertorio desvió el rostro con disgusto ante el tosco espectáculo que ofrecían, unido a su tonta charla, Perperna, como señal convenida, volcó la copa que tenía en su mano, mientras uno de los conspiradores clavaba su daga en la espalda de Sertorio, impidiéndole al mismo tiempo que se levantara. Entonces, todos hundieron sus dagas en el rostro, en los ojos y en todo el cuerpo, y de esta manera murió el hombre que, de todos los que resistieran a Sila, fue incomparablemente el más capaz, el más valiente y el de mayor visión. El horror de tal asesinato reside en que atenta contra todo el curso y tendencia de la naturaleza. Es una perversión de la naturaleza envidiar al grande. Cuando un conjunto de gente inferior consigue destruir por medio de la traición a alguien a quien temerían desafiar individualmente y al que tampoco se atreverían a enfrentarse en una guerra, se rebaja indignamente el género humano.

¿Por qué será —me pregunto—que encontraba y encuentro aún tan conmovedora la sola idea del asesinato de Sertorio? Cuando me relataron el hecho por vez primera, no estaba yo en una posición comparable a la de él, y ahora que me he convertido en objeto de la envidia de tanta gente, no tomo precauciones de ninguna especie para prevenirme contra ese mismo destino. De modo que el relato, en aquel entonces, no despertó en mí ningún presentimiento, ni siento ahora temor ante la idea de ser asesinado. No es, por lo tanto, una historia que por algún proceso de la imaginación haya asociado conmigo ni con el destino que me tocara en suerte. Creo que me perturban consideraciones más abstractas: un odio por la ingratitud, un desprecio por la envidia y un aborrecimiento por la destrucción inútil. Y algunas veces me he dejado llevar por el desaliento al reflexionar que si, como parece, la naturaleza humana se halla siempre dispuesta a destruir lo que es más grande que ella misma, entonces toda nuestra labor sería inútil y la vida debería mirarse como una cosa que debe tolerarse con la mayor ecuanimidad posible, en lugar de tomarla como algo que debe emplearse con energía en la conquista de una ambición. Éste era el punto de vista de Epicuro, cuya doctrina es la que generalmente acepto y que Lucrecio supo expresar admirablemente en unos versos que compuso en mis tiempos. Evitar las ambiciones y evitar el amor son sus recetas básicas para conseguir la felicidad, ya que ni en la ambición

ni en el amor se consigue jamás una completa satisfacción. Y sin embargo, me inclino a creer que semejantes afirmaciones filosóficas se hallan desprovistas de sentido. El amor y la victoria podrán ser momentáneas, pero no son satisfacciones parciales, y la felicidad parece provenir más bien del ejercicio de la actividad espiritual que de cualquier forma de abstinencia. Es cierto que a uno le agrada considerar su propia vida como algo más importante que el mero ejercicio de sus facultades. Se buscan resultados, se desea, al menos, una cierta forma de permanencia o de inmortalidad. Yo mismo, supongo, conseguí hasta cierto punto cumplir con esa aspiración y me alegro de ello, aunque tengo aún muchas otras aspiraciones que realizar y estoy lejos de estar satisfecho con lo que hasta ahora he conseguido llevar a cabo. Mis defensores sostienen que llegué al mundo en un momento caótico y que he tenido éxito al implantar un principio de orden. Esto es cierto, pero no es toda la verdad. Sila podría vanagloriarse de haber implantado el orden; pero me disgustaría en grado sumo ser colocado en la misma categoría que éste por los historiadores del futuro. Más me agradaría ser comparado con Sertorio, quien en situaciones desesperadas, no se contentaba con soluciones trilladas o convencionales; comprendía a los hombres y, hasta donde le era posible, actuaba con moderación, honor, e inteligencia. Tal vez lo que más me conmueve al pensar en su asesinato es que sus espléndidos dones, tan brillantemente ejercidos, no pudieron dar frutos permanentes, salvo, eso si, para brindar un ejemplo al mundo entero. En lo que a mí respecta, si algún poder divino pudiera prevenirme que sería asesinado mañana, deploraría, más que mi propio destino, la estupidez de mis asesinos. No me cabe duda de que si hubiera de formarse una conspiración contra mí se realizaría en nombre de la libertad, y bajo los auspicios de Catón. El movimiento estaría constituido por retrógrados e idealistas. Mi muerte sólo serviría para lanzar al mundo a una renovada guerra civil y a su término hallarían que los métodos de administración que introduje eran los únicos adecuados para afrontar los problemas de nuestro tiempo, y con toda seguridad, seguirían adorándome como a un dios. Si así suceden las cosas, tendré mi éxito asegurado. Pero de ser asesinado por mis propios amigos, mi alma (si hay que creer que esas cosas existen) los perseguiría hasta los más remotos confines de la tierra. Pues en todo sentido habrían actuado contra la naturaleza de las cosas, no sólo contra la amistad y la gratitud, sino contra el orden necesario de la sociedad que yo establecí. Me apiadaría menos de mí mismo de lo que me apiadé de Sertorio, quien no es adorado como un dios simplemente porque la oportunidad que requería su genio nunca cruzó su camino. Debo decir que tampoco cruzó el mío hasta la madurez de mi vida.

6 POMPEYO Y CRASO

Después de ocupar mi cargo en el Colegio Pontificio, permanecí cinco años seguidos en Italia. Durante ese lapso Pompeyo concluyó su campaña en España y Lúculo invadió Asia y Armenia, avanzando hacia Oriente con una audacia que hasta ahora no había sido igualada por ningún conquistador de Occidente salvo Alejandro. Italia, entre tanto, era saqueada de extremo a extremo por bandas de esclavos rebeldes. Me asombra pensar que no tomé parte alguna en esos acontecimientos militares.

En cambio, concentré toda mi atención en la actividad política. Más firme y sólidamente que antes, adopté la línea de conducta tradicional de mi familia materna, de los reformistas que había conocido en mi mocedad, de Cinna y, en cierto modo, de Mario, si es que a Mario se le puede adjudicar una línea de conducta. Los elementos básicos del programa de reforma eran los mismos que en el pasado. Pedíamos libertad de acción contra las restricciones impuestas por la oligarquía senatorial, y veíamos que esta libertad sólo podía ser ejercida constitucionalmente a través del apoyo del pueblo y de los tribunos. También favorecíamos la extensión de la ciudadanía para toda Italia, incluyendo los Alpes, y urgíamos a los italianos del norte del río Po a que reclamasen sus derechos de igualdad con respecto a los que vivían al sur del río. Pero desde los tiempos de Cinna, la intervención de Sila había convertido la autoridad del Senado en permanente y absoluta. Por lo tanto, nuestro objetivo principal era destruir su constitución, siendo el método más rápido y más efectivo para ello promover una revuelta destinada a restaurar las atribuciones de los tribunos.

Utilizando toda mi habilidad, presté apoyo al tribuno Licinio Macer, quien fue el líder popular más enérgico durante el año anterior a mi retorno a Italia. Macer era un hombre culto, autor de una extensa historia de Roma y gran conocedor de la historia griega. Como muchos jefes del partido popular, estaba muy influido por los ideales de la época de Pericles, esperando, algo ingenuamente, que llegasen los tiempos en que el pueblo elegiría a los magistrados para que éstos le sirviesen en lugar de convertirse en sus amos, y la gente, en tal caso, tendría capacidad para tomar la iniciativa de sus propias ideas y para controlar los acontecimientos. Recordaba también una lejana época de la historia romana durante la cual los plebeyos, mediante la amenaza de negarse a cumplir sus servicios, consiguieron imponer sus derechos. Deducía Macer que ahora lo mejor que podían hacer para imponer su voluntad al Estado, sería rehusar luchar en las guerras que sólo servían para gloria y provecho de unos pocos privilegiados. Esto, dadas las circunstancias, era una proposición peligrosa, y también poco realista, puesto que una de las pocas carreras al alcance de los pobres era la de soldado profesional. Sin embargo, protestar porque los pobres regaban el suelo con su sangre en provecho de los ricos generales y de los capitalistas, podía ser un pretexto fácil de explorar en favor de la revuelta y al menos contenía una cierta dosis de verdad. Atacamos especialmente a Lúculo, por haber sido amigo de Sila y por ser desde luego el más hábil de los dos militares que, era de esperar, defenderían las instituciones de Sila. Estos ataques contra Lúculo fueron de gran utilidad para el partido; no así los puntos de vista pacíficos de Macer, que en su mayoría no resultaron útiles, exceptuando su idea de enfrentar al pobre contra el rico. En verdad, nunca tuvimos dificultades cuando se trató de reclutar hombres para nuestras legiones. Lo que asustó al Senado, más que ninguna otra cosa, fueron los violentos discursos en demanda de la restauración de sus derechos a los tribunos.

Al frente de esta revuelta, Licinio Macer actuó con gran coraje y convicción; pero era imposible recordar a algún tribuno que se hubiese destacado por su oposición al Senado y se salvase al mismo tiempo de ser ejecutado, exiliado o arruinado. Desgraciadamente, Macer tampoco resultó ser una excepción a esta regla. El Senado no olvidaba a sus enemigos. Siete años más tarde, cuando la revuelta cesó de ser tema de actualidad, Macer fue juzgado por extorsión. Se hallaba tan convencido de su inocencia que, antes de cerrarse el proceso, al abandonar los estrados se marchó a su casa para cambiarse de toga y prepararse para un banquete celebrando su absolución. Fue condenado, suicidándose poco tiempo después.

En una fecha no muy lejana a ese suceso, de haber yo obedecido un decreto del Senado y entrado a Roma como civil, habría seguido la misma suerte. Por la forma en que actuaron, me forzaron a una guerra.

Es indudable que Licinio Macer conocía el peligro que corría, pero se sentía apoyado por su misma integridad como doctrinario. Al destacar el contraste y la lucha entre pobres y ricos, él creía que estaba trabajando para lo que llamaba una democracia «verdadera». En ese sentido pensaba con más altura que Catilina. La vigorosa defensa de Catilina de los pobres y oprimidos estaba motivada sobre todo por su ambición personal y por su vanidad herida. En cuanto a mí se refiere, veía que esta agitación era necesaria si queríamos lograr nuestra aspiración, y en estos años pude ir adquiriendo, gradualmente, una considerable influencia y autoridad entre las asociaciones políticas y entre las clases más pobres del pueblo. Pero tuve mucho cuidado de no dar la impresión de ser un doctrinario o un sentimental, pues estaba convencido de que, a fin de poder realizar con éxito cualquier reforma, era necesario contar con el apoyo no solamente del pueblo sino también de otros elementos del Estado. Trabé amistades en todas partes y entre todas las clases. Pensaba que una combinación de intereses diferentes podría tener cuando menos una aspiración común: la de la eficiencia. Y, a decir verdad, ésta es una creencia que todavía sustento, aun cuando los acontecimientos me hayan obligado a modificarla considerablemente. La gente no puede vivir sin eficiencia, pero no está dispuesta a morir por ella. Aunque, por otra parte, se hallan muy dispuestos a morir o arriesgar sus vidas por orgullo, ambición, envidia, avaricia u honor. La política, en verdad, debe adaptarse a las pasiones tanto como a los acontecimientos.

Y en aquellos primeros tiempos de mi carrera política hubo momentos en que consideré la preparación de discursos en el Foro, las entrevistas y las elaboradas intrigas, como una especie de juego de niños. No había olvidado mi niñez ni mi primera juventud. Sabía, al igual que todos los demás, que la fuerza militar era la última palabra en política. Con todo, pensaba, existían diferencias importantes en la manera en que podía ser pronunciada esta última palabra. Aun la fuerza militar, mientras las cosas no hubiesen ido demasiado lejos, no debía ser algo necesaria o enteramente brutal. Podría ser desplegada en forma efectiva sin siquiera utilizarla. También creía posible que aquellos que controlaban el poder militar estuvieran ligados por lazos personales o políticos lo bastante fuertes como para evitar la guerra civil. Pero, por desgracia, los acontecimientos han demostrado que mi teoría era errónea.

En ese período después de mi regreso de Asia, cada vez que se mencionaba en la conversación el tema de la fuerza militar y de las posibilidades de otra guerra civil, el primer nombre que siempre surgía era el de Pompeyo. Después del asesinato de Sertorio, a Pompeyo le fue fácil lidiar con los asesinos. La lealtad de las tropas españolas había sido más bien hacia un hombre que hacia una causa y, en cuanto a la causa se refería, no vieron en Perperna a un representante que mereciera su respeto. Perperna, derrotado y hecho prisionero, trató de comprar su libertad presentando todos los documentos de Sertorio,

entre los cuales se hallaba la correspondencia mantenida por él con muchas personas de importancia en Roma, quienes, en algún momento, le prometieron su apoyo si marchaba sobre Italia. Pompeyo quemó toda esa correspondencia sin leerla y dispuso que Perperna fuera ejecutado sin demora. Se aseguró que tales acciones tuviesen una amplia publicidad en Roma, donde, naturalmente, produjeron un gran efecto. Pues, aunque los elementos más reaccionarios del Senado se enfurecieron al perder la oportunidad de incriminar a sus enemigos utilizando la evidencia que destruyera Pompeyo, todos los demás, y particularmente los que se hallaban implicados en esa correspondencia, estaban encantados. El título de «el Grande» que se daba a Pompeyo se hallaba en todas las bocas y ahora se le otorgaba una significación moral además de militar. Sus agentes lo describían como el gran estadista y patriota, capaz de actuar por encima y más allá del partido en beneficio de todos. Llegaron hasta a definirlo como misericordioso. Dejaron ver claramente que lo que él pretendía, después de su regreso y del triunfo que le era debido, era el consulado mismo. Para dicho puesto, según la constitución, él carecía de todas las calificaciones necesarias. Se encontraba muy por debajo de la edad mínima, y por otra parte, no había ocupado ninguno de los cargos de cuestor, edil o pretor, los cuales, según la ley y la costumbre, debían haber sido ocupados por todos los candidatos al consulado. Era ésa una situación interesante y me di cuenta en el acto de la forma en que podía ser utilizada para promover las pretensiones del partido popular.

La situación se complicó rápidamente por las actividades de Craso, de quien yo continuaba recibiendo dinero en préstamo. Mas, tal como iba a suceder nuevamente en circunstancias mucho más provechosas para mí, la rivalidad existente entre Pompeyo y Craso me sirvió en forma admirable para los propósitos que abrigaba.

Desde la batalla de la puerta Colina, ocurrida diez años atrás, Craso había estado buscando, sin conseguirlo, un importante mando militar. En el año en que Pompeyo estaba preparándose para regresar de España, tenía cuarenta años y ocupaba el cargo de pretor. Continuamente se había sentido molesto por los éxitos de Pompeyo, hombre seis años menor que él, y estaba especialmente irritado por la agitación reinante en favor de permitir a Pompeyo presentarse al consulado. Sin embargo, tuvo al fin la oportunidad que tanto esperaba. En una situación realmente crítica ante la cual otros generales fracasaron completamente, a él se le concedió el mando supremo contra los grandes ejércitos de esclavos rebeldes que encabezaba Espartaco.

Dicho Espartaco debió haber sido un hombre de gran pericia. Había iniciado su revuelta con un puñado de setenta y cuatro gladiadores que, bajo su dirección, habían escapado de su encierro en el establecimiento de Capua. En menos de un año libertó esclavos en todo el país y derrotó a dos ejércitos consulares que fueron enviados en su contra. De entre sus prisioneros había elegido a trescientos romanos, forzándolos a luchar en combate singular para diversión de sus tropas, muchas de las cuales habían sido compradas para servir a los mismos fines de diversión en las arenas italianas. Se encontraba en libertad para marchar donde le agradase en Italia y se decía que abrigaba el propósito de dirigirse contra Roma. Por ese entonces la gente hablaba poco de las victorias de Pompeyo en España o de las de Lúculo en el Oriente. La guerra de esclavos se desarrollaba demasiado próxima a ellos y les parecía implacable, temible y, en cierto modo, obscena (puesto que las convenciones habían sido relegadas).

Hasta qué punto se consideraba seria la situación puede juzgarse por el hecho de que Craso entró en acción con diez legiones, una fuerza tan grande como aquella con que yo, en años posteriores, conquisté toda la Galia. Y aun con ese ejército enorme no pudo terminar la guerra muy fácilmente ni de inmediato. Pero ello no fue debido a una falta de competencia por su parte. En esa campaña, Craso dirigió sus tropas con una pericia y

audacia por las que nunca se le concedió el crédito debido. La batalla final, en la que resultó muerto Espartaco, fue completamente decisiva. Craso celebró su victoria con una singular y cruel ostentación. Hizo crucificar a seis mil de sus prisioneros, haciéndolos colocar a intervalos regulares a lo largo de toda la extensión de la Vía Apia, desde Capua hasta Roma. En ocasiones yo solía cabalgar por ese camino y la vista de esos cuerpos, torturados primero, y luego dejados pudrir, resultaba terrible y, en cierto modo, también instructiva. Parecía representar el horror de una guerra en la que las convenciones de la sociedad (en este caso la obediencia de los esclavos a sus amos) habían quedado destruidas, y la podredumbre de una sociedad en la cual era posible una tan completa ruptura de la convención. También representaban el empleo en masa y brutal del poder que, en circunstancias tales, es lo único efectivo.

Poco antes de la batalla final, Pompeyo había llegado a Italia con su ejército español. Como de costumbre, se sentía ávido de nuevos honores y, debido a su inmensa popularidad y prestigio, le resultó fácil hacerse nombrar como comandante asociado con Craso en la guerra contra los esclavos. Pero cuando llegó a las proximidades del escenario de la lucha, la guerra había terminado. Sin embargo, pudo rodear a un cierto número de fugitivos y entonces emitió la clase de proclama que, más que por cualquier otro fin, pudo haber sido calculada para enfurecer a Craso. «Craso ha derrotado a los rebeldes —era lo que decía—, pero he sido yo quien extirpó la rebelión.» Era una mentira tonta pero característica de la irresistible vanidad de Pompeyo; por cuanto él no tenía ninguna intención deliberada de hacer de Craso su enemigo. El único pensamiento de Pompeyo, por el momento, era su propia gloria; y su único anhelo obtener el consulado para el año siguiente.

Él y Craso avanzaron entonces con sus ejércitos en dirección a Roma. Los sentimientos de Craso no se suavizaron con las noticias de que el Senado había decretado un triunfo para Pompeyo a raíz de su victoria española, y para él el honor menor de una ovación, por cuanto su propia gran victoria había sido ganada contra simples esclavos. Entonces el nombre de Craso empezó a mencionarse como el de un posible candidato para el consulado. Como de costumbre, procedió con extrema cautela, rehusando .pronunciarse en ese sentido definido; pero alentó a los miembros del Senado que más se oponían a Pompeyo a creer que su ejército podía ser utilizado, respaldado por la autoridad del Senado, con objeto de resistir cualquier movimiento ilegal que pudiera hacer Pompeyo; y al mismo tiempo estaba en comunicación, en parte por mi intermedio, con los cabecillas del partido popular que, aun cuando estuviesen un tanto atemorizados y temerosos de Pompeyo, se hallaban especialmente interesados en quebrar la oposición del Senado para pedir la restauración de los derechos de los tribunos.

Hubo así tres fuerzas que tener en cuenta: Pompeyo, Craso y el Senado, o mejor dicho esa parte influyente del Senado que, por una u otra razón, seguía siendo leal a la constitución de Sila, amargamente resentida contra la idea de que un general joven, sin condiciones políticas o legales, llegara a ser cónsul. Vi de inmediato que ninguna de tales fuerzas era bastante poderosa para imponer su voluntad, pero que una combinación de dos de ellas podría resultar irresistible. Naturalmente, para mi partido sería conveniente una combinación semejante que pudiera ser dirigida contra el Senado, y fue así como trabajamos para llegar a una alianza entre Pompeyo y Craso. La situación era notablemente similar a la que se produjo nueve años más tarde, poco antes de mi primer consulado, aun cuando, desde luego, en tal ocasión yo jugué un papel mucho más importante en las negociaciones y como resultado de ellas logre todo lo que personalmente deseaba. Si en alguna de dichas ocasiones el Senado hubiese mostrado una flexibilidad inteligente, todo el curso de la historia habría sido alterado.

Pompeyo era un comandante casi de primer orden, pero como político era todo un inexperto. Era conversador por naturaleza; hombre sensible a la adulación; podía ser utilizado adulando su vanidad. Sin embargo, el curso de la historia en este período estuvo grandemente determinado por el hecho de que el Senado fue totalmente ciego tanto a las necesidades de la época como a las posibilidades de afianzar el poder.

Personalmente, nunca formé una alianza con nadie a quien considerara un enemigo. He sentido admiración, respeto y hasta afecto tanto por Pompeyo como por Craso. Sin embargo, ellos sentían una indudable antipatía recíproca y, cuando actuaron juntos, procedieron enteramente por razones de interés. Y en esa ocasión cada uno de ellos tenía mucho que ofrecer. Para empezar, cada uno tenía el control de un ejército. Además, mientras Pompeyo era inmensamente popular entre los ciudadanos corrientes, Craso tenía poder e influencia entre las clases adineradas. Estas clases ya se sentían molestas con Lúculo, quien, después de sus victorias en Asia, estaba controlando con éxito la codicia y la extorsión de sus agentes; y Pompeyo, cuyos pensamientos se volvían hacia Oriente, sabía que el apoyo de esos financieros y de hombres de negocios podría resultarle muy valioso cuando se presentara la oportunidad de designar un sucesor a Lúculo para el mando oriental.

Así se llegó prontamente a un acuerdo entre Pompeyo y Craso. Pompeyo, que no tenía ideas políticas propias, se vio forzado a adoptar las del partido popular, al menos por el momento. Anunció públicamente que, si llegaba a ser elegido cónsul, uno de sus primeros actos sería restituir a los tribunos todo el poder que les fuera quitado por Sila. El anuncio fue recibido con enorme entusiasmo. Sila seguía siendo odiado, y la gente olvidaba que la carrera entera de Pompeyo se había basado en su colaboración con Sila. Casi de la noche a la mañana, Pompeyo se convirtió en un defensor de las libertades públicas. La presión de la opinión pública y la existencia de dos ejércitos a las puertas de Roma, tuvieron su efecto sobre el Senado. Se aprobaron decretos dando a Pompeyo el privilegio de presentarse para el consulado sin tener una sola de las calificaciones necesarias, sancionadas por la tradición y cuidadosamente restablecidas por Sila. Y a su debido tiempo, Pompeyo y Craso fueron elegidos.

Su año como funcionarios fue un año revolucionario, tal como lo fuera el último consulado de Sila años antes, y como había de ser mi primer consulado diez años más tarde. Mas la revolución se desarrolló tranquila y pacíficamente. Todo el mundo parecía tener alguna razón para sentirse satisfecho. La gente estaba contenta por la restitución de los antiguos poderes a los tribunos; la clase media sentía que sus intereses se hallaban seguros en las manos de Craso y, antes de finalizar el año, se sintió agradecido al recibir una vez más el derecho de servir como jurado en los tribunales. Esta reforma fue llevada adelante por intermedio de mi tío, Lucio Cotta, que ese año era pretor. Él dispuso que, en el futuro, los jurados en los procesos públicos debían ser mixtos. Únicamente un tercio estaría compuesto por senadores y los dos tercios restantes de los cargos serían desempeñados por gentes ajenas al Senado y que debían tener propiedades o poseer experiencia administrativa. Esos jurados no resultaron ser ni más ni menos corrompidos que los anteriores; pero los tribunales de leyes cesaron de hallarse bajo el control exclusivo de una sola clase. El Senado se abstuvo de reaccionar violentamente, por el momento, contra lo que significaba la destrucción de esa autoridad absoluta que Sila pusiera en sus manos y que, tal como lo demostraron los acontecimientos, sus miembros fueron incapaces de ejercer.

Es indudable que los más ambiciosos se dieron cuenta de que el nuevo orden ofrecería mayor campo de acción para sus miras personales, y todos se sintieron aliviados al ver que esta revolución (porque en realidad era tal) se estaba desarrollando

tranquilamente, sin ninguna proscripción y aun con un matiz de conservadurismo. Porque, después de un intervalo de dieciséis años, Pompeyo y Craso resucitaron el cargo de censor. Los dos censores designados fueron respetables nulidades de las cuales podía esperarse que seguirían las instrucciones de los cónsules, y expulsaron del Senado a unos sesenta de sus miembros más indignos, incluyendo a muchos que debían su posición allí enteramente al patronazgo de Sila. La propia legalidad de esta medida, tan diferente de las masacres de Mario y de Sila, fue cosa ampliamente aprobada, y no en menor grado por aquellos senadores que conservaron sus escaños.

Fue éste, en todo sentido, un año sensacional. Hubo espectáculos más brillantes que cualquier otro de los vistos anteriormente. En primer lugar se celebró el triunfo de Pompeyo y más tarde se realizó un prodigioso banquete público organizado por Craso y en el cual se dispusieron diez mil mesas, provistas todas ellas abundantemente de la mejor comida y de los vinos más especiales. Un derroche semejante debía resultar ciertamente efectivo, y Craso se conquistó una popularidad como nunca más volvió a tener. Pero, aun así, y ante su enorme desagrado, pudo ver que su propia popularidad quedaba muy atrás de la de Pompeyo, quien, aun cuando fuese una pobre figura en política y ciertamente sólo dominara con dificultad las normas de conducta en el Senado, que eran evidentemente convencionales, se hallaba rodeado por turbas de admiradores en cuanto aparecía en público y sólo a él se le asignaba el crédito de muchas de las reformas populares que, en verdad, habían sido iniciadas por Craso. Al término del año la animosidad existente entre los dos hombres era más grande que nunca, y en los diez años siguientes se convertiría en uno de los factores más importantes de la historia de la época y en el elemento principal de la formación de mi propia carrera.

7 ORACIONES FÚNEBRES

Mi propia carrera, desgraciadamente, se hallaba apenas en sus principios. En las elecciones del año posterior al del consulado de Pompeyo y Craso, me presenté para el cargo de cuestor y fui debidamente elegido. Estaba por lo tanto en condiciones de ocupar mi lugar en el Senado y, luego de los obligados intervalos, presentarme para los cargos más elevados de edil, pretor y cónsul. En otras palabras, en mi avance político procedía de la forma convencional y de acuerdo a las normas usuales y a las exigencias de la edad. Ni el convencionalismo ni la lentitud de este progreso me agradaban en lo más mínimo. Contaba por entonces treinta y tres años. A esa edad, Pompeyo había dirigido ya grandes ejércitos y Alejandro había conquistado el mundo. En cuanto a mí se refiere, fui frustrado, al parecer, por acontecimientos ajenos a mi propia voluntad, pero también por deficiencias de mi propio carácter. Entonces empecé a sentir, tanto hacia mí mismo como hacia la gente que me rodeaba, un insatisfacción casi abrumadora que, siendo quizás irracional, no dejaba de ser natural.

En cierto modo, no tuve suerte. De haber sido derrotado Sila durante la guerra civil, yo, como sobrino de Mario e hijo político de Cinna, me habría encontrado cerca del centro del poder y habría tenido seguramente alguna ocasión para ejercitar esas habilidades que creía poseer. Sin embargo, me inclinaba a reflexionar que, aun con las limitadas oportunidades que se me habían presentado hasta entonces, mis hazañas no habían sido notables. Había conquistado sin ninguna dificultad el afecto y la estima del malogrado rey de Bitinia; había realizado una audaz y exitosa acción contra una flota pirata; gozaba de popularidad en las reuniones sociales; demostré cierta habilidad en la dirección de asociaciones políticas y, en rigor a la verdad, era algo así como un favorito del pueblo; disfrutaba de una elevada reputación como orador y hombre de letras; era notoriamente gastador, y a pesar del profundo afecto que sentía hacia mi esposa e hija, me había enredado en varios amoríos. Era mi historial el de un brillante libertino que no podía abrigar para el futuro mayores esperanzas. Haberme comparado yo mismo a Pompeyo en este tiempo, habría sido, bien lo sabía, ridículo. Hasta el mismo Cicerón, quien iniciara su vida sin ninguna de mis ventajas, había logrado ser en esa época, mediante una muy dura labor y el constante cultivo de su talento, el primer abogado del momento y tenía, en política, mucho mayor peso que yo.

Cuando me puse a considerar mis aciertos encontré que éstos eran muy reducidos. Ocupaba una posición respetable en el Colegio Pontificio y era conocido como un demagogo un tanto excéntrico. Mi trabajo junto a Licinio Macer para promover una agitación en favor de la restitución de sus plenos poderes a los tribunos, había tenido su efecto; pero, a pesar de ello, todo el crédito recayó sobre Pompeyo. Parecía, en resumen, que mi principal acierto lo constituía el amplio círculo de amigos íntimos que pertenecían a todas las clases sociales y también a varias nacionalidades, puesto que había tenido buen cuidado de permanecer en contacto con la mayoría de aquellos de cuya amistad disfrutara en Bitinia, Asia y Grecia. Estos amigos, lo sabía muy bien, me podrían ser útiles, pero sólo si antes conseguía yo serme útil a mí mismo.

Fue en el año en que fui cuestor cuando llegué a estar casi febrilmente convencido de este hecho. Tal vez se me pudiera excusar mi ansiedad; pues mientras yo creía tener la capacidad que lleva a la grandeza, parecía no poseer ninguno de los medios para lograrla, hallándome cargado de enorme deudas y siendo tenido en el concepto de todos, con excepción de mis amigos íntimos, como un personaje de más interés que importancia.

Durante este tiempo fui, de tanto en tanto, víctima de pesadillas terribles durante las cuales me encontraba ligado sexualmente con mi propia madre. Esos sueños me fueron explicados más tarde por algunos sacerdotes en el templo de Hércules, en Gades, como indicación de que, con el transcurso del tiempo, yo poseería la tierra, pues la tierra es la madre de todos nosotros; y, desde luego, esta historia se repitió con frecuencia en años posteriores. Una explicación semejante no podía engañar a nadie con alguna inteligencia y, ciertamente, tampoco me engañó a mí por ese entonces. Esos sueños, aterradores como eran, podrían más bien haber sido la evidencia de mi propia inestabilidad en ese período, y de un deseo sentido, aunque no admitido por la mayoría de la gente en ciertos momentos difíciles, de volver, si ello fuese posible, a lo que debe ser la única seguridad conocida por los seres humanos: es decir, la existencia irresponsable de una criatura. Sueños como éstos ocurren ciertamente en períodos tales como el de la pubertad, cuando el individuo se encuentra de pronto ante algo fuera de su experiencia pasada y a lo cual teme, en alguna parte de su espíritu. Para mi fue ése un tiempo durante el cual me sentí peculiarmente aislado. No solamente parecía que mis ambiciones generales se hallaban obstaculizadas por poderes materiales superiores, sino que experimenté, en el curso de unos pocos meses, dos pérdidas dentro de mi propia familia: primero, la muerte de mi anciana tía Julia, viuda de Mario, y después, la de Cornelia, mi esposa, la hija de Cinna. Cada una de estas muertes me afectó profundamente, aunque de distinta forma.

Era natural que mi tía Julia desease que me hiciera cargo de los arreglos para su funeral. Era yo uno de sus parientes más íntimos y desde el tiempo en que la cabeza de su hijo, el joven Mario, fue exhibida e insultada en Roma como uno de los trofeos de Sila, ella comenzó a demostrar un interés particular por mi, mi esposa y nuestra hija Julia, que tenía ahora unos quince años. Aprobó mi actitud cuando, al rehusar divorciarme de mi esposa, ofendí a Sila, y siempre siguió observando de cerca, aunque con alguna aprehensión, mi carrera subsiguiente. Su muerte atrajo repentinamente a mi mente el pensamiento y el recuerdo de muchas cosas que, debido al apresuramiento y excitación de mi vida social y política, había casi olvidado. Ahora recordaba, de repente, la verdadera grandeza de ese salvaje anciano que era mi tío Mario, y volví a recordar los horrores de las guerras civiles en medio de las cuales habían transcurrido los últimos años de mi niñez y los de mi primera juventud. Reflexioné también que el conflicto en el que Mario y Sila estuvieron envueltos se hallaba aún sin resolver.

Todavía existían dos partidos en el Estado que tenían ambiciones e intereses recíprocamente excluyentes, dos actitudes opuestas respecto a los problemas de gobierno. Dado que la ambición personal y la rivalidad de familia jugaban tan gran papel en la política romana, resultaría demasiado simple sugerir que por un lado se encontraba un estrecho vínculo de oligarcas, celosos de sus propios privilegios, contrarios a la innovación, desacreditados por el mal uso que hicieron del poder supremo puesto en sus manos por Sila, y que en el otro se hallaba toda la población de Roma y de Italia, las legiones, y aquellos provincianos que muy rápidamente estaban adquiriendo las maneras y el modo de hablar romano. Sin embargo, si bien este panorama no era exacto, no era tampoco totalmente falso. De la presente escena se hallaban ausentes, sin embargo, los cabecillas capaces de concentrar en ellos la tensión y divergencia de los tiempos. Porque, en resumidas cuentas, Pompeyo no representaba otra cosa que a él mismo y muy fácilmente pudo haber sido tanto un líder del Senado como del partido popular, y en honor a la verdad, ya había prestado su concurso a ambos. A pesar de sus grandes donativos y enorme riqueza, Craso carecía de la capacidad necesaria para imponer devoción y mantener una expectativa. Yo, por mi parte, me decía que éstas y otras eran habilidades que yo poseía.

Las exequias de mi tía Julia me ofrecieron una oportunidad para rendirle honor y poder expresar mis sentimientos. Primeramente obtuve permiso para pronunciar un discurso público en el Foro loando a la difunta. No era algo común en los funerales y fue menester emplear cierta diplomacia para obtener tal permiso. Especialmente pude alegar el precedente de uno de mis compañeros pontífices, Lutacio Catulo, un rígido conservador que unos treinta años antes pronunciara un discurso público en honor de su madre en ocasión de sus exequias; también pude obtener el apoyo de uno de los cónsules de ese año, Quinto Marcio Rex, otro conservador extremado y primo de mi tía Julia, cuya madre provenía de la antigua familia de los Marcio Rex.

Una vez que se obtuvo el permiso necesario, procedí a organizar la ceremonia con sumo cuidado. El desfile que se efectuó a través de la multitud hasta llegar al Foro fue excepcionalmente nutrido y tanto los músicos como los entonadores de preces y lamentos fueron los mejores que existían. Por último desfilaron los portadores de las máscaras de muerte de los antepasados. Estos hombres estaban perfectamente adiestrados. Fueron elegidos por la dignidad de su porte y su pericia en lo tocante a la clase de mímica apropiada para estas ocasiones. Pero lo que desde luego produjo la mayor impresión fue la aparición en el desfile de una efigie del propio Mario, por cuanto ninguna efigie o signo de él se había visto en Roma desde el día en que, por órdenes de Sila, sus cenizas fueron tomadas y arrojadas al viento y al agua y derribadas todas sus estatuas. La gente contempló en el completo y profundo silencio de la sorpresa por primera vez la forma sin vida del gran comandante que avanzaba nuevamente por las calles de la ciudad. La imagen estaba decorada con todas las insignias de un cónsul, luciendo la toga triunfal. Iba escoltada por lictores y por otros participantes que llevaban los nombres de sus victorias y los títulos de honor que le habían sido decretados. Lo más notable fue que aun la máscara sin vida y hasta la sólida madera en que estaba construida la estatua daban una impresión casi de realidad, inspirando un temor tal como el que Mario despertara en vida.

Luego del inicial silencio de la sorpresa, llegaron a oírse algunas voces de protesta, acaso las voces de algunos cuyos parientes fueron destruidos por Mario en sus últimos días o simplemente de esos entremetidos que tienden a soltar la lengua de inmediato ante la aparición de algo que puede ser considerado ilegal (y, desde luego, estrictamente hablando, era ilegal hacer desfilar la efigie de Mario, declarado enemigo del pueblo romano por Sila y el Senado). Hubo un momento en que sentí, o casi sentí, que al hacer esta demostración pudiera haberme equivocado, y el hecho de que haya experimentado este momento de duda, es una prueba de lo convulsos que estarían mis nervios en ese tiempo. Pero fue sólo un momento. De improviso y como por acuerdo, toda la muchedumbre empezó a aplaudir, dejándose llevar por un extraño gozo que noté especialmente, pues parecía indicar no sólo excitación ante un gesto osado, ni tampoco reverencia sentimental hacia un gran hombre injustamente tratado, sino algo todavía mucho más hondo: una gratitud, un alivio, un placer al darse cuenta que volvía a honrarse a quien ellos creían, aunque en cierto modo estuviesen equivocados, su benefactor y su amigo. Ancianos, veteranos de las campañas germanas, se lanzaron por entre la multitud y, con lágrimas en los ojos, besaban las prendas con las cuales estaba vestida la efigie de su general. Las mujeres gritaban en una especie de histerismo. Y hasta los jóvenes, que jamás vieran vivo a Mario o llegaron a verlo solamente en el salvajismo de la ancianidad, se unieron también a la demostración. Tan grande era aún el poder de mi tío.

Me sentí satisfecho e interesado al ver que con el transcurso del tiempo las faltas de Mario, al menos por el pueblo, habían sido olvidadas y que ahora se lo glorificaba no tanto por sus virtudes como por algo más que parecía representar. Habría sido difícil decir con precisión en qué consistía. Era algo que no representaron ni Sila ni Pompeyo; porque, aun cuando sus triunfos habían sido celebrados con entusiasmo, tal demostración carecía del

calor y del afecto personal que ahora despertaban ante la mera vista de la estatua inanimada de Mario. Pareciera como si la gente todavía lo considerase como a uno de ellos y que, habiéndose elevado por si mismo a la grandeza gracias a sus propios esfuerzos y su ayuda, no los había olvidado y permanecía fiel a lo que no sólo era oscuro sino también fuerte en sus propios orígenes. De modo que su salvajismo, sus prejuicios y su total incapacidad como político le habían sido perdonados, y era recordado solamente como el gran comandante cuya dureza para con sus tropas fue un signo de su afecto hacia ellas; como un hombre entre hombres, capaz de soportar con resolución cualquier penuria; un símbolo y un ejemplo de esa gran fuerza dentro del mismo pueblo que, aunque casi siempre malograda, mal dirigida, desviada o engañada, existe todavía y es, en última instancia, la que controla los acontecimientos.

Tan grande resultó el éxito de esta demostración que muchas personas esperaban de mí un discurso inflamado cuando me llegó el momento de decir mi oración frente al cuerpo yacente de mi tía, que estaba rodeado por los portadores vivientes de las ancestrales máscaras de muerte y, entre éstas, la gran estatua del propio Mario.

Pero yo tenía en cuenta, sin embargo, las características del momento y mi propio interés. Después de todo, la ceremonia era en honor de mi tía Julia, y de haber dedicado mi discurso a llevar un ataque contra los enemigos de Mario y a una declaración de que yo mismo, el sobrino del gran hombre, me proponía proseguir con su política y volver a crear el partido, me habría sentido culpable de un acto de muy mal gusto. Por otra parte, tales declaraciones no eran necesarias. El efecto ya había sido producido por medio de la procesión. Y así fue que, aunque naturalmente yo aludí de vez en cuando a las victorias y triunfos de mi tío, me ocupé principalmente de las virtudes de mi tía Julia y de sus gloriosos antepasados que, desde luego, eran también los míos. Recordé a mi auditorio que mi tía, por parte de madre, a través de la familia Marcia Rex, era descendiente de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma; y que, por el lado de su padre, pertenecía a la familia Julia, que descendía de la diosa Venus y de los dioses inmortales. La franqueza de mis palabras y la deferencia que rendí a los muertos agradaron grandemente al pueblo y probaron cuán equivocados estaban esos amigos míos que me instaron a que hablara muy poco de mis propios orígenes aristocráticos y tratase en cambio de referirme a la vinculación que, por el matrimonio de Mario, me ligaba al pueblo. Había observado que uno de los secretos de la popularidad de Mario fue que en ningún momento él había pretendido ser otra cosa de lo que era. Yo mismo, siendo, al contrario de Mario, un aristócrata de nacimiento, no solamente habría cometido un falta de tacto desconociendo ese hecho, sino que además de haber sido irrespetuoso para con el recuerdo de mi tía, a la larga me hubiese perjudicado. Bien sabía que el pueblo, dado su actual estado de ánimo, se sentiría más contento que disgustado al yerme aparecer no sólo como el defensor de Mario sino también como el descendiente de dioses y de reyes.

Aunque mi actitud fue considerada un poco temeraria, no fue vista como desvergonzada en otros círculos. Marcio Rex, el cónsul, por ejemplo, a pesar de escandalizarse por el efecto producido por la efigie de Mario, se mostró encantado por la referencia que yo hiciera acerca de su propia familia.

Por consiguiente, no me fue difícil obtener otra vez, y a las pocas semanas, permiso para pronunciar otra oración fúnebre en un funeral, esta vez en honor de Cornelia, mi esposa, que muriera antes de haber llegado a cumplir treinta años. Nunca antes una mujer tan joven había tenido después de su muerte la distinción de ser públicamente alabada en el Foro, y al preparar la ceremonia y pronunciar un discurso apropiado, me gane, por segunda vez, el gran favor del público. Mi actitud fue considerada como la prueba de una disposición leal y gentil. Sin embargo, aun cuando no ignoraba el efecto que produciría

este funeral público, yo estaba cumpliendo meramente con las obligaciones que sentía deberme a mí mismo, a mi esposa y a mis afectos. Cornelia fue la primera mujer a la que había amado y, a pesar de mis numerosas infidelidades —que mucho la afectaron—, seguí amándola hasta el final. Es posible que pueda hallarse una señal de esto en el hecho de que nunca arriesgué ni vida ni fortuna ni realmente me tomé mayores molestias por ninguna otra mujer, excepción hecha, en años posteriores, por la reina de Egipto; y en el caso de Cleopatra, debe decirse que más bien dejé que mi juicio se cegara, llegando así a ser víctima de una de las pocas sorpresas militares de mi vida, más que haber aceptado deliberadamente el peligro, tal como lo hiciera cuando rechacé la orden de Sila de divorciarme de Cornelia.

He conocido un número considerable de mujeres. Pero creo que mi inclinación hacia ellas jamás provino de la depravación ni tampoco enteramente de la lujuria o del egoísmo. Fue más bien una cuestión de curiosidad, un deseo de comprender y ser comprendido, y, más importante que todo ello, de amor a la humanidad cuando a esta humanidad se la ve desprovista de muchas de sus pretensiones, de modo que, a través de lo que en realidad forma un caparazón, aparece algo de divino y de generoso. Naturalmente me siento a la vez seducido e irresistiblemente atraído hacia el adorno y la gracia en los modales; no obstante, tales cosas en definitiva nada son para mí, a menos que ellas sean los signos o quizá los disfraces de algo diferente: algo seguro y, si no predecible, cuando menos honesto.

Este respeto por la personalidad me ha impedido frecuentemente llegar a ser víctima de la ilusión o de la fantasía; me fueron ahorrados los sufrimientos experimentados, por ejemplo, por el poeta Catulo, puesto que me habría sido imposible ver a la perdida, codiciosa y lujuriosa Clodia como a una diosa o una criatura celestial; ni tampoco sentí los que fueron los mayores sufrimientos del poeta Lucrecio, quien parece haberse visto indebidamente perturbado por el hecho de que los cuerpos humanos no pueden, de acuerdo con la naturaleza de las cosas, fundirse completamente unos en otros. En mis asuntos amorosos siempre hubo un elemento de amistad, y dicho elemento perdura mucho tiempo después que ha muerto la pasión física. Por otra parte, mi interés en los seres humanos es tal, que no me he visto restringido en los objetos de mis afectos por ninguna particularidad ya fuera de persona, de carácter o de edad. Poco después de mi cuestura, por ejemplo (o tal vez fuera un poco antes), inicié un enredo amoroso con la esposa de Craso, la cual, aun cuando me llevaba veinte años, resultó ser una compañía muy agradable.

Sin embargo, en la triste ocasión del funeral de mi esposa distaba mucho de felicitarme por ello o de analizar mi carrera como amante de otras mujeres. Pensaba naturalmente en el gran amor que existiera en los primeros tiempos entre Cornelia y yo, en la devoción que fue la madurez de ese amor y en nuestra hija que, gracias a los dioses, continuaba viviendo todavía. El discurso que pronuncié en su funeral fue modesto, afectuoso, y sincero. Aludí a sus virtudes personales más que a sus vinculaciones de familia, y si de tiempo en tiempo mi voz estuvo a punto de quebrarse, no fue un recurso de oratoria. Además, en mi pena por ella, también sentía como sintiera antes, en el funeral de mi tía, pena por mi mismo y una profunda perturbación y desasosiego. Porque habría deseado que Cornelia hubiese podido verme como alguien diferente y que todavía no era. Su muerte, aun cuando la deploraba mucho, parecía, curiosamente, haberme dejado libre, aflojando algún lazo que me tuviera sujeto a la infancia y a la primera juventud. Mas no era ésa una liberación a un estado de paz, sino más bien a un mundo de conflictos y hostilidad. Desde entonces empecé a planear mis movimientos concienzudamente y con cuidado. Aun cuando estaba siempre listo para la improvisación necesaria y repentina, me dispuse deliberadamente a dar forma a los acontecimientos y a utilizar para mi propio beneficio las

habilidades, recursos y descontentos de los otros. En esos años y no, como se pensó, en un período posterior, tomé parte en las conspiraciones revolucionarias; porque en esos años estaba lleno de impaciencia (cosa que tenía buen cuidado, hasta donde me era posible, de ocultar) puesto que continuamente me acosaba el pensamiento de que, para la formación de mi vida y de mis asuntos en general, había dejado pasar demasiado tiempo.

LIBRO TERCERO

1 EL TEMPLO DE GADES

Inmediatamente después del funeral de Cornelia partí hacia España, en donde debía actuar como cuestor a las órdenes de Antistio Vetus, el gobernador. Antes de salir de Roma me vi forzado a pedir mucho dinero en préstamo para poder pagar parte de mis deudas.

De camino a España aproveché la oportunidad para visitar ciudades y trabar amistad con algunos de los ciudadanos prominentes de la Galia Cisalpina. En el futuro habría de llegar a conocer mejor esta región entre el Po y los Alpes, puesto que se convertiría en el principal campo de reclutamiento para mis legiones. Pero por ese entonces no estaba especialmente interesado en explotar los ideales políticos de sus habitantes. A primera vista éstos eran un conjunto muy entremezclado. Había allí etruscos y altos galos de rubios cabellos, curiosamente vestidos con pantalones; había ilirios, unos cuantos germanos y numerosos recianos que adoraban a extraños dioses con nombres impronunciables e ininteligibles; y también había un gran número de italianos que llegaran desde el sur hasta esta área rica y fértil como organizadores, comerciantes, abogados y funcionarios. Ya entonces la provincia estaba muy hecha a las costumbres romanas, y muchas de las grandes ciudades podían compararse favorablemente en arquitectura, riqueza y diversiones con las ciudades del sur. Los hijos de los ciudadanos prominentes, ya fuesen de origen italiano o local, recibían tan buena educación como la que podía obtenerse en Roma. Tuve la evidencia de ello cuando me alojé por primera vez en la casa de uno de los hombres principales de Verona, Valerio Catulo. El hijo de este hombre, que más tarde llegaría a ser el gran poeta, tendría por entonces apenas unos veinte años. Era un muchacho encantador y uno de los más ilustrados que he conocido. Me divertía mucho ver que me consideraba absurdamente anticuado porque yo no compartía enteramente su entusiasmo por los poetas griegos alejandrinos.

Sin embargo, durante mi corta estancia en Verona y en las otras ciudades del norte, me interesaba más la política que la literatura. Encontré por todas partes y entre todas las clases cierto descontento con el estado actual de la provincia y una demanda de los plenos derechos de ciudadanía romana que ya poseía el resto de Italia. Me pareció natural apoyar tal demanda. Conocí a muchos cabecillas de la agitación y les hice notar que podía ser apropiado el momento para una acción más definida que la del mero envío de delegaciones a Roma. Los ejércitos que fueran reclutados para España y para la guerra con Espartaco se hallaban ya desbandados o enviados allende el mar para unirse en Asia a las fuerzas de Lúculo. A mí me parecía que la sola amenaza de un levantamiento armado a través del Po en ese preciso momento, podría ser suficiente para obligar al Senado a otorgar todas las concesiones que deseaban. Formulé con algún detalle los planes necesarios para organizar tal revuelta, no con la intención de dar comienzo a una guerra civil, sino más bien para hacer la clase de demostración que podría tener éxito sin derramamiento de sangre. Como es natural, me daba cuenta de que un éxito de esa clase me sería personalmente del mayor valor político. Antes de disponerme a ocupar mi cargo en España dispuse los medios por los cuales podía estar en contacto con mis amigos de las ciudades del norte y prometí que, si la situación lo exigía, habría de regresar a finales del año para tomar parte en cualquier acción que pareciera apropiada.

Partí entonces para España, una provincia que siempre me interesó grandemente y en la cual se desarrollaron algunos de los acontecimientos más críticos de mi vida. Me sentía interesado en el país en parte a causa del extremo contraste que ofrecía, tanto geográficamente como en muchos otros sentidos, con las zonas limítrofes orientales del Imperio, que ya conocía. En ese tiempo no podía hallarse en España nada del lujo y muy poco de la cultura que prevalecía en Oriente; ni tampoco eran aprovechables las perspectivas en ninguna dirección más allá de las fronteras; porque, aun cuando un angosto estrecho separa a España de África, y hacia el norte, detrás de las montañas, se encontraban las diversas y todavía desconocidas tribus de Aquitania y de Galia, toda la parte occidental mira hacia ese océano completamente inexplorado, que Sertorio pensó navegar en busca de las Islas Afortunadas. No obstante, incluso allí, en los límites del mundo habitable, existían señales por todas partes de la grandeza de los hombres y las ciudades, así como de su capacidad para imprimir su sello en los acontecimientos y hasta en la geografía. Estaban las altas murallas de la ciudad griega de Sagunto que, por algún tiempo, resistieron a Aníbal, y también había allí evidencias, aunque la mayoría de ellas habían sido destruidas, de la ocupación del país por el propio Aníbal. Más importante y de mayor interés actual era lo que todavía quedaba de la influencia de Sertorio. Pude hablar con muchas personas que lo conocieron bien, ya como amigos o como enemigos, y tuve así la más vívida impresión de este gran hombre que, de ser el genio únicamente lo que cuenta para el éxito, merecía haber triunfado por encima de todos los hombres.

Si bien estaba profundamente interesado en los relatos acerca de la carrera militar de Sertorio, de sus métodos para adiestrar las tropas, de sus relaciones personales con soldados y oficiales, su sistema de espionaje, sus improvisaciones y su estrategia, por ese entonces me impresionaron aún más las sorprendentes realizaciones políticas del hombre. Porque Sertorio, un extranjero en un país extraño, supo organizar con sus devotos partidarios españoles algo muy parecido a un Estado romano, justamente en momentos en que se hallaba en guerra con el propio gobierno de Roma. Fue así como pudo afirmarse él mismo y a la vez engrandecer la provincia. Por otra parte, el éxito de su estrategia llegó a forzar a sus adversarios, cuando eran inteligentes, a adoptar o pretender adoptar algunos de sus propios métodos. Pompeyo, por ejemplo, en sus intentos para alejar de Sertorio a los españoles principales, llegó a ofrecerles, entre otros sobornos, la ciudadanía romana.

Uno de los que recibieron la ciudadanía en esa forma fue Balbo, oriundo de la ciudad de Gades, hombre de mi edad más o menos. Yo lo había conocido ya en Roma, adonde él fuera después de acabada la guerra de Sertorio, e inicié entonces con él la larga amistad que todavía existe entre nosotros. Balbo siempre fue notable por su inteligencia. En esos días era notable también por su belleza y pronto hubo de ser notable por su riqueza, puesto que fue adoptado por un rico financiero griego de Mitilene, quien le dejó toda su fortuna. En gran medida se debió a Balbo el que, durante mi actuación en España, me interesara especialmente en la gran ciudad de Gades. Aunque dicha ciudad, debido a su antigüedad, su riqueza, sus posibilidades y la diversidad de culturas y costumbres, era de por si bastante interesante.

Se decía que fue fundada mil años atrás cuando Roma no era ni siquiera una aldea, por colonizadores de Tiro, y aún hoy su moneda es de tipo fenicio. Su gran riqueza provenía del comercio, no solamente en el Mediterráneo, sino también con la costa africana más allá de las Columnas de Hércules y con las islas del norte, que años más tarde yo visitaría y desde las cuales importaban latón y oro los mercaderes de Gades. Desde Gades, Amílcar Barca, el gran general cartaginés, padre de Aníbal, partió para conquistar Roma. Desde Gades, de ello no hace mucho tiempo, Sertorio planeó navegar hacia el océano desconocido en una tentativa para descubrir las Islas Afortunadas. Más tarde llegó a ser la base para el ejército romano de Metelo que operaba contra Sertorio desde el sur, y

desde su puerto, en años posteriores, yo mismo había de zarpar con una flota por el Atlántico. Por otra parte, los habitantes, la arquitectura de la ciudad, y hasta el paisaje mismo, parecían adecuados a la riqueza y diversidad de una historia tan larga. Los mercaderes, entre quienes, como era mi costumbre, hice muchos amigos, eran de lo más variados en su aspecto y costumbres, ya que había en ellos mezcla de fenicios, de griegos y de españoles. Sus ideas eran a la vez definidas y audaces, denotando una raza que por tan largo tiempo había mantenido segura y fuerte su primacía a pesar de hallarse rodeada por tribus salvajes y que, aun absorbiendo diferentes civilizaciones, supo retener el ímpetu original para la exploración y la seguridad de sí misma. Tanto en sus templos como en sus ceremonias religiosas había a menudo algo de pesado y bárbaro, una vehemencia púnica, algo capaz de ser horrible, como era de esperar en un lugar en donde, bajo la ocupación cartaginesa y aun después, los sacrificios humanos no eran algo fuera de lo corriente. Un destello africano y la brutalidad parecían mezclarse con algo más suave y más sabio, tal vez una herencia de Tiro y del Oriente asiático; no eran ésos los únicos elementos notorios. También la terquedad y un realismo que tal vez procediera del lugar mismo y de sus antiguos habitantes. Junto con todo esto, como un fulgor que iluminara una superficie haciéndola brillante, podían observarse huellas de la única civilización humana que conocemos: la de Grecia.

En Gades me encontré ante un vestigio de esa irradiación y también, debo añadir, con algo diferente y, acaso, menos bello, aunque igualmente importante: una gloria absolutamente descollante. En el templo de Hércules de esa ciudad española del Atlántico alguien había erigido una estatua de Alejandro Magno. La estatua en sí no era notable, aunque al igual que en la mayoría de las estatuas de Alejandro, éste se reconocía de inmediato por su gracia, su ligereza y por cierta tensión de los músculos del cuello. Aquí había una belleza más penetrante que la de Pompeyo, más femenina en cierto modo, y mucho más intelectual. Al contemplarla me di cuenta de que allí, en la más remota de las ciudades conocidas de Occidente, me hallaba contemplando la semblanza de alguien que llevara sus ejércitos victoriosos a través de Asia, Mesopotamia, Persia, Bactria y Sogdiana; que llevara el lenguaje, la ciencia y el pensamiento de los griegos desde Macedonia hasta más allá del Indo; que fundara ciudades y dinastías; que, por medio del oráculo de Amón, fuera proclamado dios; que lograra todo esto y muriese antes de haber llegado a la edad que yo tenía.

La gracia y belleza de la imagen, y la rapidez, certeza y brillo de las verdaderas hazañas del hombre se combinaban juntos produciendo en mi mente el más poderoso efecto. Mucho más tarde he sufrido ocasionalmente ataques epilépticos. En esta ocasión también estuve consciente de la proximidad de una especie de convulsión, aunque, en su apariencia externa, era más decente y normal de lo que son dichos ataques. Estallé en llanto y por algunos instantes tuve que ser auxiliado por los amigos y ayudantes que se hallaban conmigo. Cuando al volver en mí se me pidió que explicase mi comportamiento, hice notar simplemente que había llorado al pensar en el contraste entre mi propia vida, en que tan poco realizara, y la de Alejandro, quien, a mi edad, había conquistado el mundo. Esto, en cierto modo, era la verdad; mas sólo parte de ella. Lo que me impresionó con una fuerza que era casi aplastante fue algo mucho más difícil de expresar en palabras que la mera comparación entre mí mismo, con muy poco o ningún título para la fama, y un hombre que, a mi misma edad, se había ganado merecidamente una gloria duradera.

Por un momento me pareció ver en los arcanos de la historia, en la evocación de los muertos, algo sorprendente y de extrema belleza. Mi emoción se parecía a aquella que pueden despertar en nosotros ciertos versos, audaces y apropiados. Tales líneas nos llenarán no sólo de admiración y deleite, sino también de una especie de amor. Combinan el tiempo y el espacio; años y distancias llegan a ser al mismo tiempo magnificados y

aproximados. Y para mí, esa figura de Alejandro, una efigie en la costa del Atlántico, representaba los grandes alcances y la precisión del genio, su impacto sobre millones de hombres, sobre ciudades, sobre el pensamiento y la organización de un mundo: un mundo que existía, también, no en palabras, por perfectas que fuesen, sino en carne y sangre. Por cierto que noté con gran desaliento la disparidad existente en ese momento entre el gran Alejandro tal como había sido y era, y yo; sin embargo, lo que arrancó mis lágrimas fue un sentimiento de admiración, de deleite y de amor ante la contemplación de lo que parecía ser un tipo de perfección.

En ese mismo templo de Hércules, en Gades, los sacerdotes trataron de interpretar los inquietantes sueños que tuviera de un amor culpable con mi propia madre. Su teoría, según la cual esos sueños eran una indicación de que un día yo llegaría a dominar el mundo, no era lógicamente sustentable; sin embargo, esas teorías se avenían con mi forma de pensar. Desde ese momento comencé conscientemente a aspirar al poder. No porque yo anhelase ese poder absoluto que más tarde llegaría a ser mío. Deseaba simplemente ser el primer hombre en el Estado y poder transformarlo de acuerdo con la dirección de mis propias ideas. Veía también que, a fin de alcanzar la altura a que aspiraba, debería actuar no sólo con resolución, sino con una cierta duplicidad. Tendría que hacer alianzas políticas con otros más ricos y poderosos que yo y contentarme durante algunos años todavía con aparecer como un subordinado. No obstante, no habría de descuidar ninguna oportunidad de llevar adelante una política que podría ser Llamada mía, y no vacilaría en imponerla por medio de la violencia, mientras estuviera seguro de que la actitud violenta que tomara tuviese éxito.

A decir verdad, antes de que finalizara mi año de servicio en España, obtuve permiso y regresé a Italia con la intención de organizar un levantamiento armado entre las gentes del norte del Po. Había permanecido en estrecho contacto con mis amigos de esas partes y también de Roma y las noticias que recibí por su intermedio me convencieron de que había llegado el momento de poner en práctica los planes discutidos a comienzos del año con los hombres más prominentes de las ciudades del norte. Pues Italia se encontraba casi desprovista de tropas. Dos legiones se hallaban listas para embarcar rumbo a Oriente. Una vez embarcadas parecía posible que un levantamiento bien organizado en el norte pudiera cumplir sus objetivos con muy poca o ninguna dificultad. Sabia que Craso, en el Senado, habría de apoyar las demandas de los cisalpinos en pro de la completa ciudadanía y pensé que, con un poco de diplomacia, también podríamos persuadir a Pompeyo de que nos apoyara.

Pero primeramente era necesario organizar la revuelta en una forma eficiente y ordenada. Por consiguiente, partí directamente desde España hacia las ciudades del norte, a las que encontré ya en un estado de anticipación y de fermento. Pronuncié muchos discursos y me ocupé también de concertar planes para un levantamiento simultáneo en todas las ciudades, para la ocupación inmediata de varios baluartes, y también de adoptar otras medidas que me parecían necesarias. La operación, en verdad, estuvo bien planeada. Sin embargo, fracasó. En dicha ocasión, el Senado y muy particularmente mi pariente, el cónsul Marcio Rex, procedieron con una rapidez y eficacia sin precedentes. En cuanto tuvieron informes acerca de la exitosa agitación que yo estaba realizando, cancelaron las órdenes de embarque de las legiones rumbo a Oriente y dejaron ver bien claramente que se las retenía listas para sofocar cualquier perturbación que pudiese estallar en el norte. Se hizo evidente entonces que nuestros planes no podrían llevarse a la práctica sino mediante una guerra civil, y, en una guerra tal, los riesgos estarían mayormente en nuestra contra. No podía hacerse otra cosa que cancelar los arreglos que habíamos hecho y proseguir la agitación en pro de la ciudadanía apelando a otros métodos más constitucionales en Roma.

2 POMPEYO Y LÚCULO

Cuando regresé a Roma desde España y el norte volví a ocuparme una vez más, como era menester, de la política romana. Pasado el lapso de un año podría ser elegido para ocupar una de las más altas magistraturas y me propuse presentarme para el cargo de edil curul. Quienes ocupan este cargo, con la responsabilidad de organizar juegos y festivales y para la restauración o desarrollo de los edificios públicos, tienen oportunidades excelentes para aumentar su poder e influencia en el Estado. No tenía ninguna duda acerca de mi habilidad para lograr distinguirme tanto por medio de mejoras arquitectónicas en la ciudad como por la presentación de espectáculos espléndidos. Mi única dificultad sería la falta de dinero, y estaba dispuesto a pedir prestado, si es que podía, una suma tan grande como la que ya debía. Sabía que Craso me financiaría hasta cierto punto, pero necesitaba también otros apoyos y, con objeto de ser elegido para el cargo, necesitaba las más altas influencias que pudiera obtener.

En parte por estas razones, poco después de mi regreso de España, me casé por segunda vez. Mi elección sorprendió a muchos de mis amigos y, sin embargo, el matrimonio, aunque al final no resultó totalmente satisfactorio, ofrecía muchas ventajas. Pompeya, mi nueva esposa, era en verdad nieta de Sila. Su padre, casado con una de las hijas de Sila, había sido cónsul con él durante el año de la primera marcha sobre Roma. Pompeya era joven y atractiva y, por lo menos en lo que se refiere a los acontecimientos de su primera infancia, algo patética. Su hermano había sido asesinado por los partidarios de Mario y de Sulpicio en las revueltas que se produjeron durante el consulado de su padre. Poco después, cuando Sila partió hacia Oriente, su padre fue designado para reemplazar a Estrabón, el padre de Pompeyo el Grande, en el mando de un ejército. Sin embargo, negándose a abandonar su mando, Estrabón dispuso el asesinato de su sucesor. Por consiguiente, Pompeya creció sin protectores naturales, y los miembros de su familia que sobrevivían para el tiempo en que la desposé, se mostraron muy refractarios a la unión. No solamente yo estaba vinculado a Mario, sino que mi propia reputación, a pesar de mi posición en el Colegio Pontificio, era la de un agitador popular. Además, algunos de mis propios amigos trataron de disuadirme de dicha boda haciendo notar que debilitaría la base de mi atracción popular como candidato para volver a crear el partido de Mario. Tales argumentos no me parecieron suficientes. Si bien era cierto que yo odiaba personalmente a Sila y a toda su política, no era nada justo hacer extensiva una enemistad tal hacia quienes nada tenían que ver con ella y no tenían ninguna conexión deliberada con su autor. Por ejemplo, uno de los sobrinos de Sila tenía ya conmigo una íntima amistad. Por otra parte, aunque había algo de razón al decir que yo aspiraba a ser heredero de Mario, no tenía ningún deseo de ser su imitador. En cambio, me sentía más impresionado por las objeciones de mi madre. Ella consideraba a Pompeya como una persona ineficaz y de ninguna confianza, a quien sería necesario vigilar.

No obstante, me sentía atraído hacia Pompeya y veía sólidas ventajas en el apoyo que habría de recibir de su familia una vez que el matrimonio se hubiese llevado a cabo. Pompeya, por su lado, se sentía muy ansiosa de desposarme, en parte llevada por un afecto genuino —aunque de corta duración—, y en parte también, por motivos de una irrazonable vanidad que la inducía a desear ser la esposa de alguien tan famoso por sus asuntos amorosos.

Pompeya no tenía ninguna idea del propósito que entonces me llevaba en dirección al poder. Admiraba mi reputación como amante y como hombre a la moda; ni siquiera sabía

nada acerca del monto de mis deudas. Sin embargo, nuestra unión fue agradable por un corto plazo, y la familia de Pompeya utilizó lealmente su influencia en mi provecho cuando llegó el momento de presentarme como candidato para el cargo de edil curul.

Antes que ello ocurriera, no obstante, toda la situación política se habla transformado por la exitosa ambición de Pompeyo: la última, la más poderosa y al mismo tiempo la menos impresionante de las grandes figuras centrales en el escenario de la historia. A decir verdad, desde mi más temprana niñez los acontecimientos parecen haber sido centralizados y reflejados por grandes personalidades —Mario, Sila, Lúculo, Pompeyo, Craso, hasta Cicerón— y sin embargo hubo, por decirlo así, una corriente subterránea de mayor importancia final que esos personajes, aunque escasamente percibida por cualquiera de ellos. Algunos historiadores han podido hablar sobre «las necesidades de la historia» y, en ese momento, pudieron inventar «una fuerza» actuando hacia la monarquía. Las palabras no están totalmente desprovistas de sentido, aun cuando tales «necesidades» y «fuerzas» no son sino un medio conveniente de expresar lo poco que conocemos acerca de esa enorme complejidad de intereses individuales y generales, de ambiciones, de pensamientos, necesidades, esperanzas y privaciones que constituyen la vida que vivimos y establecen las condiciones dentro de las cuales es posible, de vez en cuando, que una persona excepcional pueda ejercer en la vida política cierto grado de libertad. Resultaría redundante decir que tal período es de transición, que nuestros tiempos son revolucionarios. Menos fácil es comprender las épocas y guiarlas en una dirección provechosa en lugar de hacerlo en una dirección negativa. Toda conducción es peligrosa, pero la falta de ella es desastrosa. En tiempos tales la eficiencia y a menudo la supervivencia exigen una concentración de poder; sin embargo, quien retiene el poder es juzgado más celosamente de lo que lo habría sido en otros tiempos más felices, cuando su suprema autoridad no fuera absolutamente necesaria. Difícilmente puede sentirse seguro a menos que cuente con su ejército. Yo no me siento seguro ahora, aunque en uno o dos días lo estaré, ya que nunca tuve a mis órdenes soldados que pudieran traicionarme. Y en algunos casos los celos (aunque los celos son en sí despreciables) están justificados. Porque no hay nada bueno en retener el poder por el poder y nada definitivamente glorioso en hacer del mismo un uso limitado. Lo que se necesita no es solamente la solución de un problema particular y urgente; es la transformación de toda la escena en algo diferente. Tal anhelo, si uno lo examina a fondo, puede muy bien parecer un imposible. Aun cuando la escena cambie, los actores seguirán siendo los mismos; ningún hombre inteligente podría desear la alteración de sus hábitos de la noche a la mañana. Si uno abriga algún respeto por su propia civilización (y sin ello uno no actuaría en absoluto), debe insistir, hasta cierto punto, en su continuidad.

En verdad, una revolución tan drástica como para constituir una ruptura inmediata y completa con el pasado, sólo puede ser lograda por medio de una masacre a gran escala. Tal era el plan de Catilina, quien quería asesinar al Senado entero, con excepción de unos pocos, entre los cuales íbamos a estar incluidos Craso y yo. Semejante plan es no sólo inhumano sino ineficaz. El Senado es una institución venerable, y aun cuando es cierto que durante toda mi vida adoptó casi invariablemente soluciones erróneas y se resistió a aprobar las medidas necesarias, todavía hoy sigue conteniendo la vasta mayoría de los que poseen alguna experiencia verdadera de la administración y de la dirección en tiempos de guerra. No me cabe duda de que el Senado debe continuar existiendo como escuela para los estadistas. Pero debe ser una escuela disciplinada, tal como lo fuera en el remoto pasado cuando se veía amenazado por peligros evidentes e inminentes. Hoy los peligros son menos evidentes: no existe ningún Aníbal. Pero son más inminentes que nunca. Los problemas económicos, militares y administrativos de nuestro imperio no pueden ser

manejados por grupos rivales o intereses divididos. Con todo, el poder central debe admitir la libertad y saber comprender las pasiones humanas, aunque ciertamente algunas pasiones deban ser restringidas, y la idea de libertad no debe ser utilizada para el juego irresponsable de la ambición personal.

Todo esto puede parecer perfectamente evidente, pero nadie puede pretender que en la práctica es fácil realizar los anhelos de combinar la libertad con la autoridad, la revolución con la continuidad, la disciplina con la iniciativa. Muy difícilmente algún estadista de mi tiempo se habrá hecho estas obvias reflexiones o habrá intentado estimar las necesidades de la época y los factores que condicionan nuestra situación. Craso, creo, mostró alguna comprensión al respecto; Catilina tuvo una visión exagerada y parcial; Cicerón, una forma de ver que, en resumen, fue literaria y sentimental; mientras que Pompeyo, a pesar de su enorme influencia y su destacada habilidad administrativa, no tuvo sobre ello absolutamente ninguna noción.

La extraordinaria suerte que acompañó a Pompeyo hasta el final de su carrera no es, por consiguiente, un argumento que pueda ser utilizado por aquellos que quieren creer en la existencia de una providencia benefactora. Si los dioses hubiesen estado interesados en preservar a Roma, no habrían puesto un poder tan enorme en manos de un hombre que, en definitiva, fue incapaz de usarlo sino en la forma más convencional. Sin embargo, asombrosamente, los acontecimientos siempre parecían jugar en las manos de Pompeyo y fue natural que la gente creyese que éste había sido elegido de algún modo milagroso como libertador.

Durante los dos años que siguieron a su consulado, Pompeyo estuvo desocupado. Mientras tanto, en Oriente, Lúculo fue ganando una victoria tras otra. Se supo que en Tigranocerta, en Armenia, dio muerte a cien mil de sus enemigos con la sola pérdida de cinco romanos heridos y dos muertos... un relato disparatado, pero que fue creído. Es incontestable que, en todo sentido menos en uno, Lúculo fue un comandante de supremo genio. Fue también un administrador admirable y en las provincias reconquistadas de Asia hizo mucho por aliviar a la población de la aplastante opresión de los cobradores de impuestos romanos. Al proceder así, se ganó el odio de la mayoría de los poderosos financieros de Roma. Puesto que había sido amigo íntimo de Sila y era reaccionario en política, fue, desde luego, atacado también por los cabecillas del partido popular. Se lo acusó de prolongar una guerra innecesaria por el mero deseo de enriquecerse. Pompeyo, que por encima de todas las cosas deseaba ese mando, empezó a asociarse con los que criticaban a Lúculo en el partido y con aquellos financieros romanos que pensaban que sus intereses estaban amenazados por un buen gobierno.

El Senado se tambaleaba por una diversidad de razones. Algunos senadores simplemente estaban celosos de las hazañas de Lúculo; otros, fuertemente implicados con los financieros; otros temían que, si continuaban apoyando a un general impopular, se verían obligados finalmente a ceder ante Pompeyo, a quien todavía no podían perdonar sus dos triunfos y el consulado que le fuera dado en forma tan poco convencional. Terminaron, en consecuencia, por hacer lo que, desde el punto de vista de sus propios intereses, fue la peor solución posible. Dejaron de apoyar al único comandante de primer orden con cuya lealtad podían contar y consiguieron alejarse aún más de Pompeyo. Otros comandantes, destacados más bien por su conservadurismo que por sus conflictos militares, fueron enviados a reemplazar a Lúculo. Se produjo un motín entre las tropas de éste, justamente cuando se encontraban en la cúspide de sus victorias. Éste fue también un signo de los tiempos, porque Lúculo, teniendo todas las cualidades que un general podía desear, carecía de aquella que, en nuestros días, es la más importante de todas: era ignorante de la naturaleza humana, de cuyas potencias no sabía aprovecharse y desdeñó utilizar sus

debilidades. Con todo derecho, exigió mucho de sus hombres, pero sin darles a cambio ni la seguridad de la camaradería que Mario y yo diéramos a nuestras tropas, ni los placeres y excitaciones de esa cínica irresponsabilidad que Sila solía desplegar en sus deliberadas alternancias entre la disciplina más estricta y la más abandonada. A decir verdad, Lúculo se apoyaba en una disciplina fuera de uso. En nuestros días, los soldados piden cuando menos la satisfacción de ser tratados como seres humanos.

Si Lúculo hubiese recibido el debido respaldo del Senado y de sus amigos, ese amotinamiento no habría prosperado. Tal como fue, se encontró abandonado por el gobierno local y se halló violentamente atacado dentro del mismo ejército por su cuñado, el joven Clodio, quien por ese entonces se hallaba en la cumbre de su gran belleza —aunque algo afeminada—, y estaba empezando su carrera como agitador popular. De modo que nada pudo hacer Lúculo con sus hombres durante más de un mes y sufrió la amarga experiencia de ver que Mitrídates, cuyos ejércitos principales ya habían sido destruidos, reconquistaba, casi sin oposición, gran parte del terreno que perdiera. Una vez más, en Roma la gente empezó a hablar del peligro que amenazaba desde Oriente.

Al mismo tiempo había perturbaciones mucho más cercanas. Las flotas piratas eran ahora mucho más formidables de lo que fueran cuando yo fui capturado camino de Asia. Estaban mejor organizadas y eran mucho más numerosas. Se hallaban empeñadas en estrangular a Roma tratando de interrumpir sus abastecimientos. En el puerto de Ostia lograron destruir una flota consular; sus grupos de asalto interceptaban convoyes no solamente en los mares sino incluso en los caminos de Italia que solían recorrer, cercanos a la costa. Los precios de los alimentos subían día tras día y también había escasez de dinero, ya que los hombres de negocios romanos se veían privados de los beneficios de sus inversiones en el exterior. Tanto ellos como las clases más pobres se unieron para exigir una enérgica acción.

Era una situación que parecía planeada para completar las ambiciones de Pompeyo, y Pompeyo supo aprovecharse muy astutamente de la situación. A comienzos del año siguiente a mi regreso de España, el tribuno Gabino, amigo personal de Pompeyo, propuso una ley que disponía el nombramiento de un comandante supremo para toda el área del Mediterráneo, que a dicho comandante se le facilitara un enorme subsidio financiero, una flota de doscientas naves, un ejército ilimitado y jurisdicción, no sólo sobre el mar sino también sobre todas las costas hasta cincuenta millas tierra adentro. El nombre de Pompeyo no se mencionó en un principio; mas estaba claro para todos que nadie sino él podría tener el cargo.

Tal como los acontecimientos habrían de demostrarlo, esta propuesta de Gabino fue excelente. Se vio entusiastamente apoyada a la vez por el pueblo y por todos los representantes de intereses económicos, a excepción de Craso, quien, aunque debía ganar mucho con la supresión de la piratería, prefería hasta perder su dinero antes que ver en manos de Pompeyo poderes tan amplios. El Senado se opuso firmemente al proyecto de ley. Estadistas destacados, tales como Catulo y el gran orador Hortensio, llegaron a declarar que era lo mismo que establecer una monarquía y que sería la destrucción final de la libertad. Pero no se dieron cuenta de que, aun cuando a Pompeyo se le daban poderes adecuados para establecer una monarquía, éste no tenía ni la inclinación ni la habilidad para concretarla; y por «libertad» concebían una perpetuación del sistema por el cual los mandos serían monopolizados por los miembros de su propio sistema. Era de esperar que Marco Cicerón —que ya gozaba de la más alta reputación como orador—apoyaría la ley, pues participaba en muchos de los negocios de los financieros. Sin embargo se mantuvo callado. Pensaba presentarse para el cargo de pretor ese año y no deseaba hacer nada que pudiera provocar desagrado. Por ello ocurrió que fui yo el único miembro del Senado que

habló en apoyo de la propuesta de Gabino. Esta actitud fue criticada por algunos de los demás miembros y yo calificado ampliamente como demagogo y traidor a mi clase. En verdad, incluso si yo planeaba asegurarme el favor del pueblo apoyando esa ley, miraba mucho más adelante. Me daba cuenta de que el extraordinario mando que se diera a Pompeyo gracias a un voto del pueblo romano contra los deseos del Senado, crearía un precedente aprovechable. Como le hice notar a Craso, que estaba particularmente alarmado ante lo que llamaba la dictadura de Pompeyo, el mundo se extiende más allá de las costas del Mediterráneo. Por ejemplo, estaba España, también los distritos no subyugados e inexplorados de la Galia y Germania; y estaba el reino de Egipto, que podría, alterando ligeramente los términos del testamento de un monarca recientemente fallecido, ser anexionado a Roma. Era ésta una posición de la mayor importancia estratégica y económica. Cualquier estadista romano que obtuviese del pueblo romano un mandato para someter y retener esta área se hallaría en condiciones de hablar a Pompeyo de igual a igual. Craso se sintió impresionado por este argumento, pero aun así su resentimiento hacia Pompeyo era tan grande que no pudo decidirse a decir una sola palabra en favor de la ley de Gabino.

Tal como lo esperaba, el proyecto se convirtió en ley a pesar de todos los esfuerzos hechos por el Senado para impedir que así ocurriera. Pompeyo se puso a trabajar de inmediato y me inclino a pensar que esta campaña suya contra los piratas fue la más brillante de toda su carrera. En el curso de dos o tres meses todo el mar estuvo libre de barcos piratas y quedó asegurada para el futuro la libertad de la navegación. Si bien a Pompeyo le gustaba considerar sus acciones como uniformemente espectaculares, su verdadero mérito lo tuvo como administrador, ya que esta gran victoria pudo ganarse como resultado de la más cuidadosa y eficiente administración, y ciertamente el resultado fue bastante espectacular. Quienes habían apoyado la propuesta de Gabino podían ahora hablar de una operación mucho más exitosa de lo que nadie hubiese imaginado. Quienes decían en cambio que tales poderes dados a un único hombre llevarían a la dictadura, podrían indicar como un hecho a su favor que, al término de su rápida campaña, Pompeyo no mostraba señal alguna de querer abandonar su mando. Por el contrario, estaba esperando en Asia los resultados de la agitación que fuera dirigida en Roma, durante el invierno, por otro agente suyo, el tribuno Manilo. A comienzos de enero, Manilo iba a proponer otra ley por la cual Pompeyo, aun reteniendo su actual mando, seria encargado también del mando supremo en Asia, contra Mitrídates. Era una propuesta que daría a Pompeyo al menos el doble del poder que ya poseía y que le permitiría extender ese poder casi indefinidamente. No era de sorprenderse que en el Senado el anciano Catulo y otros protestasen violentamente. Tal propuesta, decía, significaba el fin de la república y la dominación del mundo por un hombre. Los acontecimientos han demostrado que algo de verdad había en tal opinión; su único error estaba en imaginar que ese hombre sería Pompeyo; porque si un hombre es incapaz o no está deseoso de utilizar el poder excepto con fines limitados, no importa cuánto sea el poder que se pone en sus manos.

Al igual que en el año anterior y por las mismas razones, hablé en favor de que se ampliara el mando de Pompeyo. También lo hizo en esta ocasión Cicerón, quien había sido elegido ya pretor y estaba ansioso por aumentar su popularidad entre el pueblo y entre los hombres más ricos fuera del Senado, la mayoría de los cuales apoyaban entusiastamente a Pompeyo. El discurso de Cicerón, en verdad, fue uno de los más hábiles que pronunciara: a través del mismo logró adular a casi todo el mundo.

El resultado de la votación de la propuesta de Manilo fue el previsto. Un año después de que Pompeyo recibiera su mando excepcional contra los piratas, se le confió otro mando que fue todavía más grande. Nunca en nuestra historia se halló bajo el control de un solo hombre un territorio tan extenso ni un poder, militar y naval, tan vasto.

Pompeyo recibió en Asia las noticias que esperaba. Incluso sus propios amigos estaban algo descontentos por la forma en que lo tomó. Se dice que, mientras leía los despachos de Roma, lanzó un suspiro, contrajo sus hermosas cejas, se quejó del destino que lo llevaba a la grandeza y declaró que, en verdad, todo lo que deseaba era vivir tranquilamente en el campo con su esposa. Tal declaración no engañó a nadie. Y en cuanto se refiere a su esposa Murcia, tuve personalmente las mejores razones para saber que ello no era cierto. Mis relaciones con Murcia debieron iniciarse más o menos en ese entonces. También mantenía yo intimidad con la esposa de Gabino; y de esas dos damas aprendí cosas que confirmaron mi propio juicio acerca del carácter de Pompeyo.

En realidad, Pompeyo reveló con bastante claridad su carácter poco después de hacerse cargo de su nuevo mando. Fue cuando se convino, en Asia, una reunión entre él y Lúculo. Parece que en un principio esos dos grandes generales trataron de ser corteses el uno con el otro. Sin embargo, la realidad de la situación, del carácter y de la disciplina resultó demasiado para ellos. El verdadero poder estaba en manos de Pompeyo y no era propio de él disimular tal realidad. Rehusó ratificar ninguno de los arreglos de Lúculo para la administración del territorio conquistado y logró alejar de él la mayor parte de su ejército. Lúculo no pudo replicar sino por medio de palabras y sus palabras fueron amargas. Pompeyo, dijo, estaba procediendo como siempre lo hiciera. Al igual que un buitre, llegaba a buscar la carroña de otra guerra. En esta forma se había conducido en España, en donde el crédito debiera haber sido para Metelo y no para él. De la misma manera había procedido con respecto a Espartaco. Y ahora reclamaría la gloria de haber derrotado a Mitrídates, cuya fuerza efectiva ya había sido destruida.

Después de varias escenas poco dignas, durante las cuales se dijeron bastantes verdades por las dos partes como para inflamar al máximo los ánimos de ambos, Lúculo regresó a Roma para su bien merecido triunfo. No recibió no obstante este honor sino hasta varios años más tarde. Por consiguiente no fue una sorpresa que se retirase cada vez más de la política, y en verdad apenas intervino en ella excepto en aquellas ocasiones en que podía dañar a Pompeyo. También él fue un signo de esos tiempos, y en la final ineficiencia de Lúculo puede verse, creo, el colapso de todo el sistema de ideas que se hallaba asociado a Sila. Lúculo fue mucho mejor general y un político más consistente que Sila o Pompeyo. ¿Por qué fracasó? Puede decirse solamente que estaba fuera de su época. Dedicó la mayor parte del resto de su vida a la jardinería, a la cría de peces y de tordos para la mesa y a la organización de diversiones espléndidas y de muy buen gusto.

Mientras tanto, en Oriente, Pompeyo empezó a cosechar casi inmediatamente las recompensas de lo que Lúculo había realizado ya por medio de luchas o de la diplomacia. Hubo muy poca lucha seria; pero en seis meses logró arrojar a Mitrídates hasta el Cáucaso. Día a día llegaban a Roma noticias de sus éxitos. Mas por ese entonces yo estaba pensando en las próximas elecciones y de cómo, en caso de ser elegido, habría de afrontar los gastos del cargo de edil curul.

3 UNA CONSPIRACIÓN

Los siguientes seis años fueron de violencia y de amenazas de revolución. En el transcurso de ellos hubo por lo menos una ocasión en que mi vida estuvo en peligro y muchas fueron las oportunidades en que me encontré frente a la posibilidad de una completa ruina política. Tal como aconteció, mi poder e influencia durante ese período dificil crecieron tan notoriamente, que a su término estuve en condiciones de negociar con Pompeyo y Craso al mismo nivel.

Durante casi todo ese tiempo estuve muy estrechamente asociado con Craso. Él me ayudó en los gastos de mi elección y, en el verano del año en que Pompeyo asumió su mando en Oriente, fui debidamente elegido para el cargo de edil curul. Por ese entonces yo tenía treinta y seis años. Antes del comienzo del año siguiente, en el que debía asumir mi puesto, pedí más dinero en préstamo porque estaba decidido a hacer que mi actuación en dicho cargo fuera memorable. Craso y Catulo fueron nombrados censores ese año, y el primero había prometido que arreglaría las cosas para que se me asignara la responsabilidad de la restauración y embellecimiento de la Vía Apia. También eso costaría dinero; porque aun cuando recibiría una suma del tesoro, yo pensaba gastar mucho más, en esa gran vía, de la suma que presumiblemente me sería acordada.

Pero antes de que llegara el momento de embarcarme en algunas de esas empresas me hallé envuelto, al menos hasta cierto punto, en una conspiración. Fue una conspiración absurda que tenía el sello de la impetuosidad de Catilina antes que la previsión de Craso; sin embargo, también Craso estuvo implicado en ella. El propio Craso, con todos sus ambiciosos e inteligentes planes políticos, tendía a actuar de una forma más característica de un financiero que de un estadista. Algo en su naturaleza o preparación lo inclinaba siempre a encubrir sus fines y a trabajar para ellos, en cuanto le fuese posible, por intermedio de otro. Se tomó grandes molestias en adquirir una reputación como persona respetable y moderada; fue generoso con frecuencia (me sobran razones para creerlo) con quienes le debían dinero; era buen orador y era muy respetado en el Senado, en donde no ocultó su desagrado y temor por los grandes poderes que le fueran dados a Pompeyo. Sin embargo, Craso planeaba en todo momento, con mucho más cuidado que Pompeyo, minar solapadamente la autoridad del Senado y obtener así el poder supremo. Para estos planes se valió de agentes que no eran ni respetables ni escrupulosos y a los cuales él mismo había rechazado muchas veces. Sus métodos fueron turbios y a menudo contradictorios; pero su meta final nunca se alteró. Ésta consistía en asegurarse para sí o para alguna otra persona de su confianza un gran mando independiente, ya fuera en Italia, en España o en Egipto, de manera que estuviese en condiciones de hacer frente a Pompeyo en pie de igualdad. Al rever este episodio, no deja de resultar irónico pensar que cuando, al final y por medio de mi intervención, pudo obtener él su objetivo, ello le costaría la vida.

Pompeyo había conseguido sus grandes mandos por medio de llamadas directas al pueblo. Éste seguía pareciéndome el medio más indicado para obtener los fines que teníamos en vista. Pero Craso, actuando nuevamente como el financiero que era, deseaba tener al mismo tiempo muchas cartas en la mano. En particular, quería disponer de cónsules que pudieran ser considerados como dependientes de él. Durante esos años debió gastar sumas realmente fabulosas en las elecciones consulares.

Los planes fueron cuidadosamente trazados antes de la votación en la que salí electo edil curul. Si los candidatos apoyados por Craso resultaban elegidos para el consulado, se proponía sancionar leyes que pondrían bajo nuestro control tanto España como Egipto.

Cneo Pisón, un joven ambicioso, disoluto y que resultó también ser ineficaz, sería destinado a España. Yo tendría la misión de ocupar Egipto. Y, para hacer nuestra posición todavía más fuerte, el propio Craso, en su condición de censor, debería auspiciar una resolución para dar franquicias a los italianos del norte hasta más allá del Po. De haberse podido cumplir con éxito dichos planes, habríamos tenido a nuestra disposición un poderío que hubiese sido tan grande como el de Pompeyo, con la ventaja de tener su base central en Roma.

Uno de los candidatos al consulado que ese año apoyaba Craso era Catilina. En ese entonces llegué a conocerlo bien y probablemente lo habría eludido totalmente de no haber sido porque durante un breve plazo pareció ser el hombre más capacitado para propiciar nuestros intereses y, especialmente, lograr para mí la comisión de anexionar Egipto. A decir verdad, Catilina no carecía de buenas cualidades. Era leal para con sus amigos y poseía un gran coraje, tanto físico como moral, si es que uno puede utilizar esta palabra en su caso. Al igual que yo, provenía de una familia patricia empobrecida. Desde el principio había determinado elevarse por sí mismo a la grandeza y desde el comienzo actuó con una completa carencia de escrúpulos. Luchó con denuedo del lado de Sila y durante el terror se enriqueció a costa de sus víctimas. Tuvo la suerte de conservar su puesto en el Senado cuando, durante el consulado de Pompeyo y de Craso, la mayoría de los partidarios de Sila se vieron despojados de sus escaños por los censores. Es muy probable que ya entonces Craso decidiera que Catilina podría serle útil en el futuro.

Así, con deudas que aumentaban de continuo, llegó al cargo de pretor y, en el año de la campaña de Pompeyo contra los piratas, obtuvo la gobernación de África. Había extorsionado a los provincianos, sacándoles grandes sumas de dinero y, al regresar a Roma, se vio amenazado con varios procesos judiciales. Sin embargo, siendo un candidato oficialmente reconocido para el consulado, esperaba lograr que tales procesos fuesen postergados y, una vez elegido (tal como él estaba seguro de serlo con el apoyo de Craso), no dudaba de que en el futuro estaría a salvo. Mucho antes de que fueran anunciados los nombres de los candidatos para el consulado solía hablar como si ya fuese cónsul, y su lenguaje fue entonces singularmente indiscreto.

En verdad estaba sumamente comprometido en los planes trazados por Craso y por mí, y creo que dadas las circunstancias, habríamos podido controlarlo si de hecho hubiese llegado al poder. Pero ocurrió que, agradándole presentarse como un hombre de ideas originales, se hizo mucho daño a sí mismo y a nosotros a causa de sus pronunciamientos violentos e inconsistentes. Sería el salvador de los pobres, decía, los aliviaría de la carga aplastante de sus deudas, y aquellos que se interpusieran en su camino serían liquidados sin miramientos. Era víctima tanto de la vanidad como del entusiasmo, y no supo entender el simple hecho de que las amenazas de nada valen si uno no dispone del poder para cumplirlas. A él nunca le sirvieron para otra cosa que para perjudicarlo. En esta ocasión, el cónsul a cargo de las elecciones rehusó aceptar su nombre como candidato, pretextando que era un hombre que debía ser procesado. Como el acusador aún no había sido designado, tal actitud del cónsul, aunque correcta hablando en términos estrictamente legales, fue a la vez desusada y provocativa. Catilina tenía que culparse a sí mismo por semejante consecuencia.

No obstante, su descalificación no habría de ser fatal para nuestros planes. Existían otros candidatos para el consulado en quienes podíamos confiar. Craso comenzó a utilizar su dinero y su influencia a favor de Publio Sila y de Lucio Autronio. Gracias al soborno en gran escala, los dos fueron elegidos.

Sila era sobrino del dictador y, por ende, estaba vinculado a mí por mi familia política. Era un hombre de gran riqueza y de considerable habilidad. Mucho más tarde ocupó bajo mi autoridad un cargo responsable en la lucha que decidió el destino de la república. Autronio, el otro candidato electo, poco tenía que lo recomendara aparte de que, hallándose grandemente endeudado con Sila y Craso, podía confiarse en que habría de hacer lo que se le dijera. Era, por naturaleza, violento y temerario. Últimamente había logrado ser absuelto en un proceso lanzando sobre el jurado una banda de gladiadores.

Una vez elegidos cónsules Sila y Autronio, parecía seguro que podríamos seguir con éxito nuestros planes para el año siguiente. Sin embargo, una vez más Craso se vio frustrado, y nuevamente la causa de su fracaso se debió a su malhadada elección de agentes nada recomendables. Sila podía haber sido tolerable para el Senado. Pero no así Autronio. Además, ninguno de los cónsules elegidos contaba con un favor popular tan grande que les permitiera ignorar, como lo hiciera yo más tarde, cualquier actitud que el Senado adoptase en su contra.

En este caso, el Senado procedió con rapidez y éxito. Los candidatos derrotados en las elecciones consulares fueron mi tío Lucio, el menor de los hermanos Cotta, y Manilo Torcuato. Estos dos presentaron una acusación de soborno contra los cónsules elegidos y, con el aplastante apoyo del Senado, ganaron el caso y fueron declarados cónsules en lugar de Sila y Autronio.

Tales acontecimientos ocurrieron a finales de noviembre. Creo que fue en diciembre que Catilina, juntamente con Sila, Autronio y algunos otros, fueron citados a avanzadas horas de la noche en casa de Craso. Catilina comenzó a detallarnos (porque también me encontraba yo allí) su extraordinario plan para apoderarse del poder. Recuerdo que a la incierta luz de la lámpara, Catilina parecía aún mucho más grande de lo que era; llevaba bien su toga y gesticulaba poco; los pocos gestos que hizo fueron rápidos y espasmódicos como los movimientos de la pata y las garras de un halcón. Cuando durante el curso de sus palabras tendía hacia adelante la cara a la luz de la lámpara, las largas líneas que la surcaban parecían estar marcadas no en carne sino en metal. El mismo tono bajo de su voz y la precisión de su lenguaje sirvieron para expresar su tremenda energía nerviosa y la desesperación de su resolución. En verdad, ¿qué otra evidencia podría requerirse de la fascinación extraña que ejercía más que el hecho de haber convencido a sus compañeros de conspiración, que incluían a una persona sensata como Sila, de que su plan era factible? Hasta llegó casi a procurarse el apoyo del propio Craso.

Su plan era característicamente audaz y absurdamente inadecuado para hacer frente a la situación. En resumen, lo que él se proponía era asesinar a los nuevos cónsules el primero de enero, fecha en que habían de hacerse cargo de sus puestos. Serían remplazados por Sila y Autronio, quienes, una vez en el cargo, encontrarían respaldo legal para desembarazarse de cualquier otro que se opusiese al nuevo régimen. Con el terreno convenientemente despejado, los planes preparados por Craso y por mí podrían ser cumplidos rápidamente. Pisón sería nombrado gobernador de las provincias españolas y en cada una de ellas reclutaría ejércitos. En África lo apoyaría un aventurero llamado Sittius, quien tenía intereses comerciales allí y una influencia considerable entre las tribus nativas. Mientras tanto, yo recibiría la misión de anexionar Egipto. Se otorgaría la ciudadanía a los italianos del norte y se adoptarían diversas medidas populares, entre ellas la reducción del interés sobre las deudas, que serían sancionadas en Roma. Muchos de los conspiradores, incluido Antonio Hybrida, el hombre a quien yo procesara una vez, se sentían particularmente atraídos hacia la conspiración por el solo hecho de esta última proposición.

De manera que si todo marchaba bien, nosotros controlaríamos no sólo Roma e Italia, sino también todas aquellas zonas de las que Roma importa lo necesario para la vida,

y todos los mejores lugares para el reclutamiento de ejércitos. Al objeto de dar cohesión al régimen y hacerlo todavía más seguro, propuso que, llegado el momento apropiado, Craso sería declarado dictador y que yo sería su mano derecha. El papel del propio Catilina, aparte de asesinar a los cónsules, era un tanto oscuro, aun cuando ciertamente se suponía que por el momento se hallaría libre de todo proceso judicial y que sería elegido para el consulado el año siguiente.

El elemento melodramático de esta conspiración me molestaba mucho. Por otra parte, yo siempre me opuse a que se apelara al asesinato como método político. Había visto demasiado de eso en mi juventud. Y en este caso en particular, me parecía que Catilina estaba conduciéndose con extraordinario descaro al imaginarse que yo habría de acceder al asesinato de mi propio tío. También me di cuenta de que su modo de encarar la revolución, en nuestro tiempo, estaba equivocado. Es verdad que habría sido posible organizar revueltas en Roma en una escala considerable, y hasta llegar a adueñarse del poder en la ciudad; pero ninguna revuelta basada únicamente en la ciudad podría tener un éxito duradero. Para lograr un éxito permanente era necesario contar con el apoyo de las provincias y de las legiones. Pero ni las provincias pueden ser organizadas ni las legiones ser entrenadas de un día para el otro. Mientras tanto Pompeyo se hallaba en posesión de ambas, y si nosotros debíamos inaugurar nuestro régimen por medio de las carnicerías que tanto Mario como Sila hicieron familiares y odiosas, Pompeyo aprovecharía la oportunidad para restaurar el orden, cosa que haría con la mayor facilidad, a menos que fuese lo bastante tonto de dejarnos tres o cuatro años para completar nuestros preparativos.

Estos factores parecieron evidentes y algunos de ellos fueron muy adecuadamente apreciados por Craso. Pero, con su mente de financiero habituado a sacar provecho de cualquier posible contingencia, Craso se sentía inclinado a pensar que esta conspiración también podía ser usada en su propio beneficio. También era cierto que las propuestas de Catilina lo habían colocado en posición incómoda. Necesitaba de Catilina para el futuro y no tenía ningún deseo de ofenderlo. Por otra parte, le agradaba hallarse preparado para toda eventualidad, incluso la muy improbable de que la conspiración tuviera éxito. Por consiguiente, le dio a entender que se hallaba muy interesado, aunque insistiendo en que deseaba hallarse libre de negar en público que tuviese algo que ver con la conspiración; hacía notar que de esa forma se encontraría en una mejor posición para ayudar a los conspiradores, tuvieran éxito o no. No existe ninguna duda de que Catilina se retiró de la reunión con la impresión de que Craso estaba dispuesto a ayudarlo y que yo, que me hallaba íntimamente asociado a Craso, habría de jugar también mi papel.

Para mí la situación era muy molesta. Estaba ligado a Craso no solamente por vínculos financieros, sino por amistad así como por comunidad de intereses. También me encontraba ligado, aunque menos estrechamente, a Catilina, pues muchos de sus partidarios me ofrecían su apoyo y su amistad. Por otra parte, estaba seguro de que la sola amenaza de esta conspiración habría de hacer más mal que bien a los proyectos de Craso y míos. También me preocupaba el peligro que amenazaba a mi tío Cotta y, ciertamente, en una u otra forma le habría advertido, si el propio Catilina no hubiese hecho innecesaria tal precaución. La incapacidad de Catilina para guardar algún secreto alarmaba a todos. Durante los últimos días de diciembre partió hacia Roma ayudado por bandas de gladiadores y de esclavos armados, y en cualquier clase de compañía en que se hallase utilizaba el lenguaje más abierto. Fue fácil notar que estaba preparando alguna acción violenta y el Senado, actuando sobre la base de varios rumores y de no poca información correcta, decretó que el día primero de enero los nuevos cónsules, al hacerse cargo de sus funciones, serían escoltados por una imponente guardia de tropas entrenadas.

Era ésa una medida fuera de lo común, y tuvo un profundo efecto no sólo sobre los conspiradores, que inmediatamente abandonaron su tentativa, sino también sobre la opinión pública en general. Nadie sabía qué pensar, y aunque algunos sostenían que nunca existió ningún peligro, otros estaban convencidos de que en cualquier momento sus techos arderían sobre sus cabezas y que las masacres de los días de Mario y Sila se repetirían. Los cónsules estaban tan atemorizados como cualquiera. Mi tío Cotta, que por aquel entonces era inveterado bebedor, bebió más abundantemente que nunca y afectaba creer que lo que se decía acerca de una conspiración había sido demasiado exagerado. Sin embargo, pude notar que trataba de eludir mi compañía. Torcuato, el otro cónsul, declaró abiertamente que no creía una sola palabra sobre el rumor de un complot sobre su vida. En parte con el objeto de convencer al pueblo de su sinceridad, y en parte como una especie de seguro para el futuro, llegó a ofrecer sus servicios a Catilina como abogado defensor en el juicio que estaba todavía pendiente. Cicerón hizo otro tanto. Se proponía presentarse para el consulado en las elecciones siguientes y sabía que, a menos que Catilina fuera condenado en el proceso, lo tendría como competidor. Por consiguiente, deseaba, al trabar amistad con Catilina, lograr su apoyo para las elecciones y también la ayuda de Craso y la mía. Sin embargo, aunque Catilina aceptó la oferta de Torcuato, a quien se propusiera asesinar, rechazó la amistad de Cicerón, cuya habilidad subestimaba tontamente y a quien repudiaba a causa de su origen humilde.

Hubo unos pocos en el Senado que presionaron en pro de una amplia investigación sobre la comentada conspiración; pero la mayoría, ya fuese por cobardía o por un razonable deseo de evitar revuelos y todavía más perturbaciones, fueron fácilmente persuadidos por Craso y otros para hacer la vista gorda a todo el asunto. Por un tiempo pareció que el juicio de Craso había sido más correcto que el mío y que en realidad podríamos sacar ciertas ventajas del abortado complot de Catilina. La sospecha sobre la existencia de una conspiración había causado nerviosismo entre los senadores y estaban deseosos de no ofender a Craso, quien, aun cuando parecía estar procediendo respetablemente, era capaz, como era sabido, de ponerse del lado de la revolución. En dichas condiciones Craso logró, a principios del año, hacer nombrar a Pisón para el cargo de comandante de las provincias españolas. Sin embargo, tal éxito fue de corta duración. Pisón, que de todas maneras era una designación absurda para ese cargo, se condujo tan arrogantemente al tratar con los españoles, con los cuales tenía el especial deber de congraciarse, que fue asesinado por ellos antes de transcurrido un mes de ocupar el mando.

Para ese entonces el Senado había recuperado cierta confianza y, tal como yo esperaba que ocurriría, mostró que se hallaba dispuesto a oponerse a cualquier otra medida que pareciera peligrosa o poco ortodoxa. El más importante de nuestros fines, y el que podía afectarme más personalmente, era el proyecto para la anexión de Egipto. Pronto fue evidente que este proyecto sería violentamente rechazado, y, al final, cuando por medio de la intervención de uno de los tribunos, Craso hizo que la propuesta fuese presentada ante la Asamblea del Pueblo, ésta fue derrotada. La derrota se debió, en parte, a la energía de los senadores más reaccionarios encabezados por el anciano estadista Catulo; pero el factor realmente decisivo fue un discurso extremadamente hábil pronunciado por Cicerón. Craso, igual que Catilina, ignoraba que Cicerón, por su sola elocuencia, era capaz de ser una fuerza importante en política. Por consiguiente, no hizo ningún esfuerzo para conquistárselo, aun cuando ello habría sido fácil, dado que Cicerón siempre fue extremadamente vulnerable a la adulación y por ese entonces estaba buscando ansiosamente cualquier apoyo que pudiera hallar para su candidatura al consulado. Ahora, en gran parte como resultado de haber sido rechazado a la vez por Catilina y Craso, Cicerón empezó a alejarse de nuestro partido y a buscar en otro lado amigos y apoyos. Ésta fue, desde su punto de vista, una maniobra bastante astuta, puesto que en el curso de ese

año gran parte de la nobleza empezó gradualmente a alarmarse ante las intrigas, reales o imaginarias, de Catilina, Craso y mías. Estaban por lo tanto dispuestos a apoyar a un hombre formado por si solo, como era Cicerón, y que gozaba de cierto favor entre el pueblo, con tal de mantener a Catilina lejos de un cargo oficial.

De manera que ese año no pudo realizarse ninguno de nuestros principales objetivos. Hasta la propuesta de Craso de dar la ciudadanía a los italianos del norte fue desviada por Catulo, su colega censor, quien no era susceptible ni a la persuasión ni al soborno. Con todo, Craso había dado amplia publicidad a su propuesta y comenzó a alentar a numerosos jóvenes y fuertes italianos del norte a venir a Roma bajo su protección. Pensaba que podrían serle útiles en ciertas contingencias. Pero también en esto Craso falló en sus cálculos. El Senado, al menos por el momento, había recobrado su sangre fría y no estaba dispuesto a ser intimidado por su tentativa de formar un ejército privado en el corazón mismo de Roma. Al año siguiente, cuando la fiebre de las elecciones estaba empezando a subir, se sancionó un decreto por el que se ordenaba la expulsión de la ciudad de todos los italianos de más allá del Po.

No obstante, es cosa cierta que, a pesar de estos fracasos políticos, la mayoría de los cuales pueden ser achacados a errores de juicio por parte de Craso, este año, como edil curul, obtuve un éxito notable.

4 ÉXITOS Y FRACASOS

Desde aquel entonces, naturalmente, he hecho mucho más para embellecer Roma y conseguir un despliegue de mi personalidad. Sin embargo, todavía puedo mirar y ver con satisfacción ese año de mi juventud cuando por primera vez tuve la oportunidad de dejar una huella permanente en la ciudad y presentarme, en función oficial, ante los ojos de todo el pueblo.

En el cumplimiento de mis deberes gasté mucho más dinero del que jamás fuera gastado previamente por ningún ocupante de ese cargo, y en general se reconoció que ese dinero había sido gastado con gusto, distinción y esplendor. Obtuve en préstamo grandes sumas de Craso y también pedí prestado a Bíbulo, quien, desgraciadamente para él, era mi colega como edil y más tarde sería también mi colega en el consulado. Bíbulo continuó siendo hasta su muerte uno de mis más implacables enemigos, y en cuanto se refiere a nuestras relaciones durante el tiempo en que ocupamos el consulado, tuvo buenas razones para su odio. Sus frecuentes muestras de mal carácter hacia el final del año de nuestro cargo de ediles son más difíciles de justificar y no le hicieron ningún bien.

Su principal motivo de quejas fue que yo había utilizado su dinero con el fin de conquistar para mí todo el crédito por las espléndidas diversiones que caracterizaron el año. Eso fue, efectivamente, lo que aconteció, pero el causante no fue otro que el mismo Bíbulo. Yo le había hecho notar que si él, que bien podía permitirse el gasto, contribuía liberalmente para los juegos y festivales que habían de ofrecerse al pueblo en nombre de ambos, yo, teniendo un talento natural para tales cosas, cargaría con todo el peso de su organización. Fue ése un arreglo conveniente y honorable. Desgraciadamente Bíbulo carecía de la personalidad requerida para beneficiarse de ello. La curiosa mezcla de ingenuidad e irascibilidad de su carácter le hacía imposible conducirse con gracia y dignidad en público. En lugar de sentarse tranquilamente en su sitio durante los espectáculos públicos y dar la impresión de que era parte responsable de ellos, expresaba en alta voz su sorpresa ante lo que veía, su admiración, y para terminar, también indignación porque consideraba mis gastos exorbitantes. El pueblo no tardó en darse cuenta de su comportamiento y se alegró de poder brindarme todo el crédito por las representaciones, puesto que yo era su favorito. Pero era verdad que yo había cumplido con mi parte en el compromiso y no podía ser culpado por el hecho de que Bíbulo, a causa de su propia insignificancia, no hubiese sabido cosechar el fruto de sus gastos.

Emprendí también muchas otras obras para las cuales no recibí ayuda de Bíbulo, ni financiera ni de ninguna otra clase. Aparte de construir pórticos permanentes en el Capitolio, en donde exhibí mi propia colección de pinturas y obras de arte, empleé mucho tiempo y dinero en la decoración de templos y edificios públicos. Luego, después de haber recibido de Craso, en su condición de censor, el nombramiento de conservador de la Vía Apia, gasté en ella una cuantiosa fortuna además del dinero que me fuera asignado por el tesoro.

Los juegos que realizamos en la primavera en honor de la Gran Madre fueron bastante espléndidos y en dichos juegos Bíbulo mostró por primera vez su peculiar pequeñez. Pero los Juegos Romanos realizados a fines de nuestro año de funciones, fueron aún más notables. En dicha ocasión organicé una exhibición de gladiadores en honor de mi padre. No porque mi padre hubiera tenido un papel muy importante en mi vida; en realidad, había muerto veinte años atrás y nunca fue conmemorado. Con todo, yo habría deseado que él, si es que los muertos retienen algún sentido o comprensión (aunque no lo

creo así), supiese que, debido a mis actividades, nuestra familia estaba volviendo, gradualmente, a ser una fuerza en el Estado. Por eso había decidido convertir esta actuación de gladiadores en la más espléndida que se hubiese visto. Comprometí a trescientas veinte parejas de gladiadores para que lucharan a duelo, y habría contratado todavía más, si el Senado no hubiese dictado prontamente un decreto limitando los individuos que podían ser empleados por cada hombre.

Eran tiempos muy perturbados y es posible que alguna gente haya pensado que yo estaba preparando un ejército privado con propósitos revolucionarios; pero el principal propósito del decreto era contener, de ser posible, el prodigioso aumento de mi popularidad. Tal como fue, la acción del Senado me sugirió una idea interesante. Gasté el dinero que había pensado destinar a más gladiadores equipando los seiscientos cuarenta que ya tenía con armas de plata sólida. Eso causó una impresión tremenda y creo que enfureció a Bíbulo más que ninguna otra cosa. Pero lo que me conquistó la mayor popularidad fue el gesto que tuve, poco antes de abandonar mi cargo, en honor de mi tío Mario. Secretamente arreglé que se hicieran varias hermosas imágenes de Mario y de la Victoria, llevando trofeos en su mano. Las brillantes imágenes, de oro y con inscripciones apropiadas que describían las grandes batallas por las cuales Roma fuera salvada de los bárbaros, fueron conducidas por las calles de la ciudad durante la noche y guardadas en el Capitolio. El efecto resultó mayor de lo que yo esperaba. Al día siguiente, las laderas del Capitolio y todo el Foro se hallaban llenos de gente jubilosa ante esa reafirmación de la gloria de quien todavía seguía siendo considerado como su líder y su camarada, y agradecida también hacia mí por haber osado darle una oportunidad de regocijo. Me sentí casi intolerablemente conmovido cuando oí, juntos, en el griterío que llenaba la ciudad, el nombre de «Mario» y el nombre de «César».

Como consecuencia de esta acción fui vigorosamente atacado en el Senado por el viejo Catulo. «No continuarás minando secretamente el poder del Estado —me gritaba—. Ahora has empezado a colocar tus baterías contra él a pleno día. » Algo de verdad había en tales expresiones, pero estaba en condiciones de dejarlas pasar, y así, por el momento, di una cortés respuesta al anciano estadista que siempre fuera mi enemigo.

Aunque algunas de las «baterías», como él las llamaba, podían ser visibles, Craso y yo todavía continuábamos ocupados en operaciones que mejor podrían ser descritas como «trabajo clandestino». Durante el año que siguió a mi cargo de edil, hicimos cuidadosos planes no sólo para controlar las elecciones consulares sino también para introducir, por medio de nuestros agentes, algunas medidas reformistas de largo alcance que también habrían de tener el efecto de poner grandes poderes en nuestras manos.

Craso trabajaba en este programa con mayores energías a medida que iba alarmándose cada vez más por las noticias que le llegaban continuamente sobre la carrera victoriosa de Pompeyo en todo Oriente. Sus ejércitos se extendían desde el Mar Caspio hasta Siria y Arabia. Se anunció la conquista de pueblos cuyos nombres eran hasta ese momento desconocidos y la imaginación popular se deleitó al pensar que doce reyes rendían pleitesía a un tiempo a Pompeyo en sus cuarteles de invierno. Por el contrario, Craso distaba mucho de sentirse satisfecho. Estaba convencido de que Pompeyo emplearía al final sus ejércitos victoriosos para hacerse dictador y estaba dispuesto a llegar a los mayores extremos con el objeto de impedir que ello ocurriese. Muchos miembros del Senado (aunque yo no era uno de ellos) compartían estas aprensiones. Por otra parte, el propio Craso, que jugaba constantemente con teorías revolucionarias sin haber llegado a declararse abiertamente por ninguna, era también motivo de sospechas. Y una vez más su juicio sobre la naturaleza humana, particularmente en los casos de Catilina y Cicerón, fue totalmente erróneo.

Catilina volvió a presentarse como candidato al consulado. Su proceso, en gran parte por el dinero y la influencia de Craso, pudo arreglarse de forma tal que resultó absuelto contra toda evidencia. Para ese entonces el joven Clodio había vuelto de Oriente, en donde causara mucho daño a su hermano político, Lúculo, sin beneficiarse mayormente por ello, aparte de haber adquirido una reputación por su temeraria y apasionada oratoria y por defender los intereses de quienes estaban supuestamente oprimidos. En su vida privada era tan extravagante como yo y más disoluto. Debía mucho dinero a Craso y, en resumidas cuentas, estaba dispuesto a hacer lo que Craso y yo le propusiéramos. Por intermedio de la influencia de Craso, Clodio fue nombrado fiscal acusador en el proceso contra Catilina. De inmediato se puso en convivencia con la defensa en cuanto a la elección del jurado y luego presentó los testimonios de forma tal, que aun en el caso de que el jurado hubiese sido honesto, muy difícilmente habría pronunciado un veredicto de culpabilidad. El juicio fue, ciertamente, un escándalo y puesto que en el curso del mismo Clodio no pudo resistir la oportunidad de atacar violentamente a algunos senadores, tanto reaccionarios como moderados, tuvo el efecto de causar una alarma innecesaria.

Sin embargo, Catilina fue absuelto y pareció probable que, con la ayuda financiera de Craso, tanto él como Antonio Hybrida, a quien también apoyábamos, serían elegidos como cónsules para el año siguiente. Otro candidato que desde nuestro punto de vista podía ser considerado peligroso era Cicerón, a quien Craso continuaba subestimando. Según Craso, Cicerón, siendo hijo de un terrateniente provinciano que nunca tuvo cargo oficial en el Estado, no tendría, a causa de su cuna, ningún apoyo de la nobleza. Ni tampoco habría de obtener mucho por parte del pueblo, ya que carecía de una política propia para que pudiera ser calificada de popular. Había tratado de obtener el favor de muy distintas fuentes al mismo tiempo: el Senado, el pueblo, los hombres de negocios, Pompeyo y hasta Catilina habían sido adulados por él en sus frenéticos esfuerzos por elevarse al consulado. En una palabra, Craso llegó a la conclusión de que no tenía una personalidad suficientemente definida como para ser considerado seriamente.

Con frecuencia he observado que la gente tiende a achacar con particular vehemencia sus propias faltas a los otros. De modo que en su crítica de Cicerón, Craso no pareció darse cuenta de que su propio gran fallo como político era que, aun teniendo una política definida, nadie sino sus amigos más íntimos sabían precisamente en qué posición se hallaba, de manera que también daba la impresión de estar pisando dos terrenos opuestos a un tiempo.

Su valoración de Cicerón era ligera e incorrecta. En aquellos días, Cicerón no sólo era ambicioso sino también extremadamente inteligente, aunque con una inteligencia más propia de un abogado que de un estadista. En cuanto a política se refiere, sus ideas eran —y lo son todavía—anticuadas, sentimentales o arribistas. Siempre se vio a sí mismo como a un personaje de un libro de historia. Sin embargo, en ciertos momentos de histeria, un individuo semejante puede imponerse sobre otros, especialmente si, como Cicerón, posee poderes realmente geniales de grandilocuencia. Y en la situación especial en que ahora se encontraba, sus propias faltas se combinaban para ser útiles a su ambición. Sus fluidas frases sobre la «unidad y concordia de clase con clase» estaban, hablando estrictamente, desprovistas de sentido, puesto que los intereses de las diversas clases seguían siendo divergentes y Cicerón carecía de un programa que pudiera, dentro de lo posible, reconciliar sus antagonismos.

Sin embargo, por un breve tiempo, la mayoría de la clase media pareció creer que Cicerón hablaba con sentido común, mientras que la aristocracia senatorial, por su lado, veía que en una situación difícil Cicerón era la herramienta más efectiva en favor de sus propios intereses. No era que Cicerón se prestase a ser su herramienta. Él creía,

genuinamente, en su habilidad superior como estadista, y era tal su energía, su pericia legal, literaria y dramática, que por cierto tiempo pareció serlo.

A principios del año de su candidatura al consulado demostró su pericia legal de una forma que en cierto modo resultó embarazosa para mí. Después de mi cargo de edil estaba ansioso de continuar explotando los grandes éxitos de mi demostración en honor de la memoria de Mario; de modo que, cuando fui nombrado juez a cargo del tribunal que entendía casos de asesinato, dispuse que fueran llevados a mi presencia algunos de los que habían tenido mayor notoriedad en las masacres ordenadas por Sila. Me encargué de que dos de esos criminales fuesen condenados. Uno de ellos tenía tres crímenes que le fueron probados; el otro era el centurión que, obedeciendo órdenes de Sila, apuñalara en el Foro a Ofela, su general. Ambos casos estaban teniendo la clase de efecto que había planeado, cuando intervino Cicerón con una maniobra que debí haber previsto. Por medio de la intervención de uno de sus amigos hizo que Catilina fuera citado a comparecer ante mi tribunal acusado de algunos de los crímenes que, indudablemente, había cometido durante el período de terror de Sila. Cicerón, naturalmente, debió saber que, apoyando Craso y yo la candidatura de Catilina para el consulado, y además hallándose ligados a él por ciertos lazos de amistad, con toda seguridad habría de arreglármelas para que la causa fuese abandonada o postergada. Jamás haría uso de la ley excepto contra mis enemigos o adversarios políticos.

Aun la simple amenaza de abrir el juicio hizo algún daño a Catilina, pues ello recordó a los electores que él —como también Craso— estuvieron antes íntimamente asociados con los peores aspectos de la tiranía de Sila; y además me colocó en una situación un tanto incómoda, ya que para ser leal con mis amigos me vi obligado a adoptar una actitud en cierto modo discutible con respecto a la interpretación estricta de la ley.

Mientras tanto, aunque todavía nos parecía probable que Catilina y Antonio serían elegidos para el consulado, el propio Catilina continuaba actuando con su habitual arrogancia y falta de tacto. No hizo mayores esfuerzos para ocultar sus enormes gastos para la compra de votos. Hasta Craso estaba preocupado por su conducta y comenzó a preguntarse si efectivamente resultaría tan responsable como lo había esperado. Llevado por sus bravuconerías estaba oponiéndose a toda la gente que en realidad habría de beneficiarse con los proyectos que Craso y yo teníamos en mente. No se molestó siquiera en negar los alarmantes rumores de que pensaba promover una medida para la cancelación de todas las deudas. Como consecuencia cundió el pánico entre la gente de negocios propiciando una gran oportunidad para Cicerón, que supo aprovecharla sabia y eficazmente.

Cicerón siempre creyó que su conducta durante ese y el siguiente año, lo habilitaba para conquistarse un lugar en la historia como uno de los más grandes estadistas de Roma. Tal pretensión es absurda. Carece de todo concepto respecto a lo que es necesario en cada época y si él llegara a sobrevivirme y volviera a comprometerse de nuevo en política activa, es casi seguro que sería destruido. No obstante, su caso es extremadamente interesante y, como imagino, será recordado no como él lo desearía, es decir como estadista, sino como una extraordinaria excepción, como ejemplo de que, en ciertos momentos, la suprema habilidad literaria puede tener eficacia sin que se tenga nada de estadista. Porque su reputación como literato quedará asegurada para siempre. Yo mismo, que en ocasiones tengo algunas pretensiones como hombre de letras, he admirado siempre este aspecto en él. Aun cuando puedo ver errores en cada uno de sus argumentos, me

deleita la destreza y fervor con que los desarrolla. No es de extrañar, por lo tanto, que en esos años, cuando parecía ser poderoso, él mismo estuviera convencido por ellos.

Desde entonces, naturalmente, he leído muchos de los libros y poemas en los cuales Cicerón ha tratado de conmemorar lo que él considera como sus grandes hazañas. No me sorprendería si éstos, los únicos de entre sus obras, ni interesasen o incluso ni llegasen a la posteridad. Sin embargo, sería lamentable. Pues, aunque su vanidad es infantil, hay algo de sentimental e instructivo en esta clase de idealismo. Insiste continuamente sobre el tema de la unidad y el orden dentro del Estado. Se deleita creyendo que, bajo su dirección, existió una vez lo que él califica como «una unión de todos los hombres buenos», una fuerza concurrente a los excelentes anhelos de paz, de justicia y buen gobierno. Y se siente particularmente satisfecho al pensar que ha logrado todo ello sin la ayuda del ejército. Llega hasta decir: «Que las armas cedan paso a la toga», con lo que quiere significar que la forma más elevada de vida política es aquella en la que no se halla implicada ninguna fuerza armada.

Es posible que esto sea cierto en algunas sociedades, pero Cicerón no vivió en ellas. La unidad que él imaginaba era totalmente ilusoria. Sus «hombres buenos» no eran nada bondadosos. Constituían simplemente el cuerpo habitual de reaccionarios que, durante algún tiempo, fueron apoyados por la mayoría de la clase media que se creía amenazada por la revolución. Cicerón no hizo nada para calmar sus temores sino que más bien aumentó esta atmósfera de histerismo en la cual únicamente podía retener el poder. Una vez desvanecido el peligro inmediato, que él tanto exagerara, se deshizo también su partido; sus «hombres buenos» volvieron a ser lo que siempre fueron: malos; y con la llegada de Pompeyo con su ejército desde Oriente, el propio Cicerón se veía casi insignificante vistiendo su toga.

Con todo, aunque finalmente no fue importante, por un tiempo Cicerón fue innegablemente poderoso. Él, más que nadie, desbarató los planes hechos por Craso y por mí y a consecuencia de sus actividades llegué a encontrarme en peligro.

En los días anteriores a las elecciones consulares, cuando todo el mundo, incluso Craso, comenzaba a sentirse alarmado por la actitud provocativa de Catilina, Cicerón pronunció en el Senado uno de los mejores y más eficaces discursos que jamás le haya oído. Se había presentado una moción para aumentar las penas contra el soborno en las elecciones y para acabar con la mayoría de los clubes políticos. Tal moción estaba destinada, desde luego, contra Catilina, pero en si misma no nos causó preocupación. Era fácil obtener de uno de los tribunos que vetara las propuestas antes de que llegaran a convertirse en ley. Sin embargo, nada podíamos hacer para impedir que las propuestas fueran debatidas, y en el curso del debate Cicerón, naturalmente, aprovechó la oportunidad para atacar a los candidatos rivales. Vestía en ese momento la toga blanca que habitualmente usaban los candidatos al consulado, y su discurso fue publicado después bajo el título de «El discurso de la toga blanca». Aun antes de ser revisado para su publicación, fue un suceso notable y logró transformar toda la situación electoral.

Todavía puedo oír las vibrantes modulaciones de su voz, las cuidadosas y a veces inspiradas transiciones que iban de una especie de frenesí hasta la más profunda gravedad; la rapidez de ciertas frases, y el peso que la lentitud daba a otras. Comenzó, como de costumbre, muy nervioso; mas esta vez encontró inmediatamente su ritmo y, aun dañándonos a Craso y a mí como lo estaba haciendo, no pude impedir dejarme llevar por sus palabras ni admirar el brillante uso que hacía de ellas.

La invectiva fue magnífica y se extendió hasta las personalidades y carreras de Catilina y Antonio. Catilina, a quien describió, bastante convencionalmente, como adúltero y asesino, fue también acusado de mantener una intriga amorosa con una de las vírgenes

Vestales. Personalmente, pienso que tal acusación no era de buen gusto, puesto que la virgen en cuestión era hermana de la esposa de Cicerón. Sin embargo, desde el punto de vista de la oratoria, su elección de palabras fue admirable. Por el mero vigor de su lenguaje logró dar la impresión de ser un hombre valiente, pero puede en medio de una crisis y estando seguro de contar con una mayoría aplastante, actuar como si lo fuese. En esta ocasión, tal como solía hacerlo en los tribunales, supo calcular acertadamente los sentimientos de su auditorio. Muchos estaban desconcertados y recelosos. Pompeyo, con su invencible ejército y su poder ilimitado, parecía cernirse sobre sus espíritus; y bien cerca de la patria estaba la amenazante actividad de Catilina, tanto más aterrorizante cuanto que nadie sabía qué era lo que había detrás de ella.

Cicerón supo explotar esa sensación de impotencia y la trocó en una demostración de poder. Habló con desprecio de Catilina, pero sugiriendo que bajo su sombra trabajaban fuerzas secretas mucho más peligrosas y destructivas. En ningún momento hizo mención del nombre de Craso o del mío, pero dejó entrever claramente a quién se refería. En una serie de transiciones emocionales, bellamente elegidas, llevó su auditorio a contemplar la grandeza de Roma, la dignidad del Senado, los peligros que amenazaban a Roma y al Senado, las glorias del pasado y la certidumbre de glorias y estabilidad en el futuro, bastando solamente que se uniesen «los buenos». ¿Y qué mejor cabecilla, sugirió, podrían encontrar éstos que a él mismo, quien había llegado a su posición presente por el favor del pueblo y con el apoyo de las clases adineradas, pero que, teniendo además un gran sentido de la historia y de la tradición, reconocería y aseguraría la augusta y casi divina autoridad del Senado? ¡Que los hombres de buena voluntad lo siguieran, en esos días de desesperación; él los llevaría de la anarquía a la grandeza! Su programa era sencillo y justo: orden, paz y prosperidad en la patria; dignidad y eficiencia en el exterior.

Los senadores, salvo unos pocos de nuestro partido, recibieron su discurso con enorme entusiasmo. Se unieron para apoyar a Cicerón con toda su influencia en la elección, convencidos, bastante acertadamente, que era el que mejor serviría a sus intereses. Nadie, excepto el propio Cicerón, tomó en serio su pretensión de ser un cabecilla «popular». En realidad, con ese discurso cortó finalmente su vinculación con el partido popular, aunque probablemente él mismo no se diera cuenta de inmediato, ya que siendo su vanidad tan grande bien pudo ser capaz de creer que en el futuro todos los «buenos» ciudadanos de cualquier partido habrían de unirse bajo su dirección y continuar disciplinados y contentos bajo su control. Parecía no saber tampoco de qué medios se valdría, fuera de la oratoria, para controlarlos. En lugar de crear la unidad, había cristalizado en cambio la disensión.

A pesar de todo, por artificial que fuera su coalición, por un tiempo produjo ciertamente sus resultados. Durante las elecciones se situó en cabeza de los demás. Para el segundo lugar la votación fue casi pareja; pero Antonio, probablemente gracias a que su padre y su hermano habían ocupado altos cargos en el Estado, consiguió sacarle ventaja a Catilina. Para Catilina, ése fue un rudo golpe. No solamente se vio defraudado en su ambición, sino también casi arruinado por las deudas. Anunció inmediatamente su intención de presentarse de nuevo para las elecciones del año siguiente, pero ya no podía estar seguro de que Craso continuaría apoyándolo. En verdad, Catilina se estaba convirtiendo en una inversión muy dudosa.

5 EL SUMO PONTÍFICE

Durante los meses de otoño transcurridos entre las elecciones y el primero de enero, cuando Cicerón y Antonio debían ocupar sus puestos, hubo una gran actividad política. Habíamos imaginado que Catilina se encontraría en la posición que terminó ocupando Cicerón, y pensábamos presentar al pueblo, al comenzar el año, nuestras propuestas que estarían respaldadas por la autoridad de ambos cónsules. Teníamos que revisar nuestros planes, y pronto nos vimos forzados a reconocer que, cualesquiera que fuesen las desventajas de Catilina como colaborador, hubiese sido de mucha mayor utilidad para nosotros de lo que pudiera llegar a ser Antonio. Catilina, al menos, era hombre de carácter, mientras que Antonio era un subordinado natural, timorato, y por encima de todo, interesado en hacer dinero. Cicerón, cuya ambición y confianza en sí mismo aumentaban grandemente a consecuencia de su éxito en las urnas y por las aduladoras atenciones que le tributaban las grandes familias, no perdió tiempo en eliminar como fuerza política a su colega. Lo consiguió por medio de un simple soborno, prometiendo que una vez terminado su año de consulado, cedería en favor de Antonio su pretensión a la rica provincia de Macedonia. Antonio, a cambio, durante su año de funciones debía apoyar a Cicerón en todas las medidas que adoptase y rompería toda relación con los elementos revolucionarios del Estado, con lo que Cicerón aludía, desde luego, a Craso y a mí. El arreglo convenía admirablemente a Antonio. Odiaba toda responsabilidad y ansiaba dinero. Carecía de esos sentimientos de lealtad y gratitud que deberían haberlo ligado a Craso, con cuya ayuda había alcanzado su actual posición. Por consiguiente, Antonio fue un factor que no debíamos tener en cuenta por el resto del año.

No obstante, aún estábamos decididos a presentar al pueblo nuestras propuestas a la primera ocasión posible. Dichas propuestas tenían forma de una nueva ley agraria. En la redacción de la misma, Craso actuó movido principalmente por sus temores y angustias con respecto al regreso de Pompeyo. Personalmente, yo no compartía tal alarma y me interesaba mucho más que la ley pareciera popular y fuese útil. Proponíamos que se nombrasen diez comisionados para comprar y redistribuir tierras públicas en toda Italia y el imperio. Dichos comisionados serían elegidos por el pueblo y tendrían que hallarse presentes en Roma para ser electos... una cláusula, desde luego, que tendría el efecto de descalificar a Pompeyo para lograr alguno de estos nombramientos. Se suponía, naturalmente, que Craso y yo estaríamos entre los comisionados y que, en realidad, controlaríamos la labor de la comisión, aunque la existencia de los otros ocho miembros disimularía nuestros grandes poderes haciéndolos parecer más democráticos de lo que en realidad eran.

Los efectos de la ley, si era aprobada, serían importantes. Pompeyo, a su regreso, necesitaría tierras para redistribuirías entre sus veteranos, y para obtenerlas tendría que pedírselas a Craso. También sería posible, quebrantando apenas unas pocas cláusulas de la ley, dar a uno de los comisionados la oportunidad de anexionar Egipto. Finalmente, si los comisionados desempeñaban con eficiencia su tarea, habrían de ganarse merecidamente una gran popularidad. Estas medidas prácticas eran muy sabias y harían mucho por aliviar la pobreza en Roma, favoreciendo a las provincias y alentando la empresa e iniciativa entre aquellos que, por diversas razones, no hubiesen tenido oportunidad para desarrollar tales cualidades. En años posteriores y en varias ocasiones, yo mismo puse en práctica muchas de las propuestas que auspiciáramos por intermedio de un tribuno. Sin embargo, en esta ocasión nos vimos nuevamente obstaculizados por la intervención de Cicerón.

Desde las elecciones, meses antes de haberse hecho cargo de su puesto, Cicerón había adoptado la curiosa idea de que no podía ni debía planearse ninguna acción política sin su consentimiento y aprobación. Naturalmente, supo que se había redactado alguna especie de ley agraria e hizo todo cuanto pudo para descubrir por adelantado qué medidas eran las que se proponían. Varios de sus agentes estaban en continuo contacto con Craso o conmigo, sugiriendo que de confiar nuestros planes a Cicerón, éste estaría muy dispuesto a prestarnos su experiencia legal para la redacción del proyecto. Sus motivos para hacer tales proposiciones eran obvios. Ya estaba seguro de su apoyo en el Senado, y ahora quería congraciarse con el pueblo asociándose a una propuesta que era, evidentemente, de carácter popular. Por supuesto, rechazamos su intervención. Sabíamos que, de tener la oportunidad, trataría de alterar la ley privándola así de su eficacia, puesto que se abstendría de ofender a Pompeyo o a los grandes terratenientes. También queríamos que, ya que él se había alistado con los reaccionarios, se mostrase con sus verdaderos colores, en vez de permitírsele aparecer como un reformista, cosa que ciertamente no era.

Así, Cicerón nada supo de la ley hasta el 30 de diciembre. Ese día entraron en funciones los nuevos tribunos, y Rullus, el tribuno con el cual habíamos convenido previamente un arreglo, presentó las propuestas en una reunión del pueblo y se llevó al Foro el texto de los cuarenta artículos que debía tener la ley. De inmediato Cicerón obtuvo copias y, sin ninguna vacilación, decidió oponerse a la ley considerándola una medida revolucionaria peligrosa.

En cuanto se hizo cargo de su puesto el primero de enero, pronunció en el Senado un discurso atacando las propuestas de Rullus y, como de costumbre, se valió de los temores, algunos justificados y otros no, de las clases reaccionarias. Habló después en una Asamblea del Pueblo con un lenguaje diferente pero muy efectivo. Ante ellos se presentó entonces como un cónsul «popular», que no pensaba en otra cosa que en los intereses de las clases menos favorecidas. Consiguió también confundir sus mentes y despertar sus sospechas por medio de varias hábiles interpretaciones torcidas de las cláusulas necesariamente complicadas de la ley. Finalmente encontró a un tribuno que se adelantó con su veto, de modo que las propuestas de Rullus debieron ser abandonadas.

Principalmente a causa del obsesivo temor que sentía hacia Pompeyo, Craso consideró ésta como una seria derrota. No negué tal retroceso, pero adopté un punto de vista menos trágico que el de Craso sobre el futuro. Estaba empezando a formarme, aunque todavía muy indistintamente, una idea más o menos correcta de cómo, en los años venideros, había de ser determinado el panorama político. Me di cuenta de que la mayoría de Cicerón en el Senado se mantenía unida fundamentalmente por un común desagrado hacia los cambios, o, como ellos habrían dicho, hacia la «revolución».

Sin embargo, el cambio o la revolución eran necesarios. Las medidas propuestas por Rullus habían sido buenas; habrían aliviado la pobreza y aumentado la estabilidad económica; pero sobre todo algunas de ellas eran esenciales. Habría que encontrar tierras para cuando las tropas de Pompeyo regresaran de Oriente; pero no sería posible una distribución de tierras en gran escala si los terratenientes y financieros continuaban cooperando para dificultar la legislación y administración necesarias. Claro que si Pompeyo iba a actuar como lo temía Craso, disponía del poder armado para imponer su voluntad al Senado. Pero yo no creía que Pompeyo tuviese ni la habilidad ni el deseo de convertirse en otro Sila. Sin embargo, si no se hacía dictador ni recibía del Senado lo que quería, sólo podría satisfacer a su ejército y retener su posición, haciendo una llamada directa al pueblo, como lo hiciera cuando consiguió su comandancia contra los piratas y contra Mitrídates. Si mi propia influencia sobre el pueblo continuaba aumentando como en los últimos años, me era fácil imaginar una situación en la cual Pompeyo habría de

necesitar mi ayuda y aun, como ya ocurriera una vez, la de Craso. Para que se produjera tal situación era esencial, en primer lugar, que Pompeyo se enemistase con el Senado, y, en segundo lugar, que la oposición popular al Senado permaneciera firme y supiera quiénes eran sus cabecillas.

En este año del consulado de Cicerón, yo debía presentarme para el cargo de pretor y podía esperar confiadamente en ser elegido. También estaba considerando un número de acciones algo espectaculares gracias a las cuales reforzaría mi partido y mi prestigio en el pueblo, cuando, a causa de la muerte repentina del anciano Metelo Pío, el sumo pontífice, se me presentó la oportunidad de hacer algo mucho más espectacular de todo cuanto hubiera pensado antes. Resolví, contra todo precedente y ante la sorpresa de todos, presentarme al cargo vacante.

Supongo que ésta fue una de las acciones más osadas que jamás emprendiera. Es cierto que por ella podía ganar mucho, pero también me exponía a perderlo todo. Aunque podía contar hasta cierto punto con mi popularidad, bien sabia que los gastos para mi candidatura serían enormes, y que, si no resultaba elegido, no sólo quedaría en ridículo, sino que también me hallaría a merced de mis acreedores que, a no dudarlo, se me vendrían encima inmediatamente. Si esto sucedía, me vería obligado a exiliarme y a abandonar mi candidatura para el cargo de pretor. Dejarla significaría abandonar la perspectiva de una gobernación provincial, un mando militar y, a su debido tiempo, el consulado. Todo ello lo estaba arriesgando por un título de honor, por un brillante éxito personal. La cosa era imprudente, puesto que de ser un fracaso, sería completo, y aun el éxito me dejaría todavía lejos de la cima del poder. Sin embargo, me había percatado ya entonces de que en realidad lo que parece ser una imprudencia puede resultar una valiosa táctica. Pocas cosas son más formidables que lo inesperado o lo increíble.

Y ciertamente a la mayoría de la gente le parecía increíble que me aventurase a presentar mi nombre para la posición más alta en todo el sistema religioso del Estado. No había llegado todavía a la edad de cuarenta años y ni siquiera había sido pretor, cuando era una regla establecida que el sumo pontífice habría de ser elegido siempre entre los más distinguidos estadistas maduros que ya hubiesen desempeñado los cargos más elevados. En esta ocasión mis rivales eran Catulo, el cabecilla del Senado que fuera cónsul en la época de la revuelta de Lépido, y Servilio Vatia, bajo el cual yo había servido el mismo año por algún tiempo en Cilicia y quien, después de sus victorias sobre los isaurios, se ganara un triunfo y el título de «lsáurico». Contra tales candidatos yo no habría tenido la más remota posibilidad de ser elegido si la elección se hubiera realizado en la forma que desde la época de Sila se consideraba normal, pues Sila había sancionado una ley privando al pueblo de su antiguo derecho a elegir al sumo pontífice, otorgando en cambio el poder de la elección a los quince miembros del Colegio Pontificio. Ellos, sin ninguna duda, habrían elegido a Catulo o a Isáurico y cuando yo, como miembro del Colegio, presenté mi propio nombre como candidato, mi acción fue considerada por mis colegas como un intento ridículo y falto de gusto para ganarme popularidad.

En verdad, mi gesto era de mucha mayor importancia de lo que ellos pensaban. Yo estaba planeando oponer mi propia popularidad contra toda la autoridad y el prestigio del Senado; y, para ello, me propuse continuar con mi conveniente y exitosa política de ir destruyendo gradualmente cada vestigio de la constitución de Sila. Mis rivales habían sido amigos de él y, de acuerdo con la ley de Sila, uno u otro de ellos sería ciertamente elegido. Por consiguiente, era necesario en interés de mi propia propaganda y de mis propias perspectivas electorales rechazar la ley de Sila.

Esto se hizo por medio de la intervención de uno de los tribunos, Tito Labieno, quien habría de trabajar mucho tiempo en la más estrecha cooperación conmigo, tanto en el

campo político como en el militar. Lo conocí cuando ambos éramos muy jóvenes y estábamos sirviendo al mando de Isáurico en Cilicia. Labieno, en su condición de tribuno, presentó un proyecto para restituir al pueblo su derecho de elegir al sumo pontífice. Era una medida que ni siquiera Cicerón podía declarar revolucionaria, ya que la revolución original en el procedimiento había sido hecha por el mismo Sila. Y aun después de haber sido aprobada la ley, no fue mucha la alarma que sintieron mis rivales, puesto que se esperaba que el pueblo seguiría la vieja tradición y que nunca daría sus votos a un candidato que jamás había ocupado un cargo más alto que el de edil.

Sin embargo, mi actuación en tal cargo me mostraba ahora bajo otra luz. No solamente había ganado una enorme popularidad por el brillo y esplendor de los espectáculos, sino que también había adquirido una sólida reputación por mi eficiencia. Si la posición de sumo pontífice había de ser la recompensa de una hazaña, podía argüirse que yo había realizado mucho en poco tiempo, mientras que los éxitos obtenidos por Catulo o Isáurico pertenecían a un remoto pasado. Podría haber hecho notar el contraste entre la restaurada Vía Apia, los nuevos edificios y las galerías con que adorné a Roma, y el espectáculo que ofrecía el todavía arruinado templo de Júpiter, que fuera destruido por un incendio al año del regreso de Sila y cuya restauración durante los últimos quince años estuvo bajo la responsabilidad de Catulo. Aparte de un bloque de piedra con el nombre de éste como responsable de la reconstrucción, no había ningún otro signo de eficiencia. También me ayudaba la reputación que adquiriera al restaurar las estatuas de Mario. Se recordaba que tanto Catulo como Isáurico debieron su avance al hecho de que habían sido amigos de Sila, mientras que yo, en mi primera juventud, había osado desobedecer al dictador.

Todas estas consideraciones resultaron beneficiosas, y no pasó mucho tiempo antes de que mis competidores comenzaran a alarmarse seriamente. Catulo trató de comprarme, ofreciéndome una gran suma de dinero si me retiraba del concurso. Éste era un signo de debilidad y yo supe hacer pleno uso del mismo. Di amplia publicidad a la oferta de Catulo y a mi propia réplica, dejando claro que, siendo tan pobre como era, estaba dispuesto a pedir prestado para mis gastos más dinero aún del que Catulo estaba dispuesto a ofrecer. Y por cierto que pedí sumas enormes, porque, aun cuando la votación era hecha solamente por diecisiete de las treinta y cinco tribus en que para tales fines estaba dividido el pueblo romano, esas diecisiete tribus eran elegidas en el último momento. Por lo tanto era necesario asegurarse un apoyo en cada una de las treinta y cinco tribus.

El día de la elección, que se realizó a mediados de marzo, experimenté esa extraña sensación de aprehensión que conociera antes en cierta ocasión (cuando por primera vez hice desfilar las efigies de Mario por las calles y hubo un momento de silencio antes de los aplausos), y que habría de conocer una vez más el día que conducía mi ejército a través del Rubicón en dirección a Italia. En todas esas ocasiones los acontecimientos resultaron mucho más favorables para mí de lo que había previsto; pero parece que en estos casos uno no puede dejar de temer hasta que han ocurrido. Puedo asegurar que, el día de esta elección, no estaba de humor para bromas cuando al salir por la mañana de mi casa le dije a mi madre, al despedirme, que a mi regreso me saludaría como sumo pontífice o que nunca volvería a yerme. No habría soportado la deshonra del fracaso, y sabía lo que me esperaba de mis acreedores. De todos modos, prefería creer que tendría éxito.

En realidad, gané fácilmente la elección. Entre mis partidarios se produjeron escenas del más grande entusiasmo. Por el otro lado me había ganado algunos enemigos irreconciliables, pero mi posición con respecto a ellos era mucho más fuerte que antes. Ahora tenía, para toda la vida, el cargo más respetable del Estado. Y este solo hecho

bastaba para que mis adversarios encontraran difícil calificarme, como hicieron en el pasado, de demagogo irresponsable.

Al día siguiente de la elección me mudé con mi madre y esposa a la residencia oficial brindada por el Estado para el jefe religioso. Debo confesar que me sentía encantado al pensar que, al menos dentro de una esfera, no tenía ningún superior. También estaba impresionado por las viejas asociaciones de mi cargo. Pensaba que en un lejano pasado los deberes del sumo pontífice habían sido cumplidos por los reyes de Roma y no dejé de experimentar cierto respeto al pensar que me hallaba establecido ahora en lo que podría llamarse el corazón u origen de la historia romana, próximo al templo de Vesta, próximo al Regia, el antiguo palacio de los reyes, en donde tendrían que realizarse la mayor parte de mis funciones oficiales, y próximo también al Foro. Pensaba en mi propia estirpe real y divina, y me pareció que me encontraba en un lugar al cual tenía derecho.

6 EL CASO RABIRIO

Estaba empezando ahora a hacerme de enemigos tanto como de amigos. Por ese entonces supongo que mis enemigos principales eran el anciano Catulo y Catón. Los dos argüían que al atacarme estaban ejerciendo un deber público, aunque en realidad sus motivos eran menos desinteresados y el odio que sentían por mí estaba basado más bien en cuestiones personales. Catulo jamás me perdonó el que yo hubiera llevado de vuelta a la política romana el gran nombre de Mario, quien matara a su padre. Y Catón me miraba con desagrado debido a mi larga y feliz relación con Servilia, su media hermana, y se sentía celoso de la influencia que yo ejercía en el hijo de Servilia, Marco Bruto, quien aun después de todo lo ocurrido, continúa siendo mi favorito. Muy probablemente Catón me desaprobaba además porque no conseguía situarme dentro de ninguna de las limitadas categorías en las cuales estaba habituado a pensar. Yo era —pensaba él—frívolo; por lo tanto, de acuerdo con sus teorías, tenía que ser insignificante. A la luz de la experiencia fue incapaz de modificar su concepto teórico de la realidad, y debió haberle sido muy fastidioso encontrarlo tan erróneo al aplicarlo a mi caso. También yo, debo confesarlo, sentí siempre una cierta antipatía hacia Catón. Me irritaban sus intentos de interponerse entre Servilia y yo, y me desagradaban su afectación de rectitud y esa grosería deliberada a la cual sus amigos llamaban «libertad de expresión». No es que no fuese sincero. Él se creía un genuino ejemplo de virtud antigua. Eso lo hacía aún más molesto e innecesario; no podía captar el hecho de que no se hallaba viviendo en la antigüedad, y, en nombre de la virtud antigua, obstaculizaba toda demanda que planteaban los tiempos modernos.

Él, Catulo y otros más hicieron cuanto pudieron el año del consulado de Cicerón para explotar esa temporal sensación de pánico y la reacción que llevó al propio Cicerón a la más elevada posición en el Estado. Evidentemente consideraban que había llegado el momento de deshacerse de una vez por todas de esos elementos que ellos describían como «peligrosos», pero no eran lo bastante fuertes ni lo bastante resueltos para hacerlo. En primer lugar, la mayoría en el Senado no estaba muy segura de quién era peligroso y quién no. Seguramente casi todos ellos habrían estado de acuerdo en que Catilina, que se presentaría de nuevo para el consulado de ese año, era un hombre peligroso. En opinión de algunos, Craso, por apoyar tan ampliamente a Catilina el año anterior, era una amenaza aún mayor para la estabilidad. Otros, atemorizados por el rápido aumento de mi popularidad, pensaban que yo debía ser el primero en ser eliminado de la política. E incluso otros se sentían nuevamente preocupados por sus crónicos temores sobre Pompeyo, cuyas campañas en Oriente estaban llegando a su fin y quien, a su regreso a Italia, dispondría de poder, si lo deseaba, para imponer su voluntad sobre todos.

En situación tan compleja no era fácil que los reformadores reaccionarios procedieran con firmeza. En particular, les era difícil atacar a Pompeyo y a Craso al mismo tiempo y, por otra parte, aquellos senadores, de los cuales Lúculo era el más importante, cuyos únicos móviles eran su temor y sus celos de Pompeyo, estaban decididos a no ceder las ventajas que suponía el hecho de tener a Craso de su parte.

Yo mismo todavía veía a Craso con frecuencia y, antes de haber terminado el año, los acontecimientos habrían de acercamos aún más en un peligro común; pero ahora yo estaba siguiendo mi propia política, y Craso no siempre se hallaba de acuerdo conmigo. Su mente estaba enteramente dominada por su terror y celos de Pompeyo y, en esas condiciones, no podía ver tan claramente como yo que el verdadero peligro que nos amenazaba a ambos era que, debido a la astuta oratoria de Cicerón y al peso de la reacción

que lo respaldaba, podíamos perder nuestra influencia y autoridad sobre el pueblo. La alianza entre los elementos más conservadores de la nobleza y las clases adineradas fuera del Senado era, como yo acertadamente creía, un fenómeno temporal. Pero, por el momento, era algo de qué preocuparse. Podía recordar que, en mi infancia, cada vez que se formaba esta suerte de alianza, aunque fuese por un breve período, había dado como resultado la muerte de uno o más de aquellos que, debido a su influencia en el pueblo, fueron considerados reprobables. Por lo tanto, me parecía que en interés no solamente de mi carrera futura sino de mi propia seguridad, eran necesarias dos cosas: la primera, que el pueblo debía ser instado a darse cuenta de su propia fuerza en vez de ser inducido a una sumisión letárgica; y en segundo término, debía mostrarse bien a las claras que la pretensión de Cicerón de ser cabecilla de una coalición general de todas las clases debía ser desenmascarada por constituir una falsedad.

Tenía en cuenta tales fines cuando dispuse que se instituyeran algunos procedimientos arcaicos y más bien pintorescos contra un anciano senador llamado Rabirio, quien, unos cuarenta años antes, había estado implicado en el asesinato del tribuno Saturnino. Eso sucedió antes que yo naciera; sin embargo, consideré que me afectaba, tanto por el principio involucrado como porque mi tío Mario se había visto implicado en el incidente. Con frecuencia había oído relatos de ello: de cómo Saturnino, en su tiempo ferviente admirador de Mario, alarmó al Senado presentando directamente ante el pueblo varias propuestas que parecían bastante razonables, y de cómo Mario, que por ese entonces era cónsul, se dejó (tontamente en mi parecer) persuadir de aplastar a Saturnino por la fuerza armada. La base legal (si puede llamarse así) para este empleo de la fuerza fue la sanción por el Senado de lo que todavía se conoce como «el último decreto»: una fórmula que otorga poder a los cónsules «para impedir que el Estado sea lesionado». En dicha ocasión parece que Mario utilizó sensatamente sus poderes. Con su habitual eficiencia rodeó a Saturnino y sus partidarios en el Capitolio, les cortó el suministro de agua y los obligó a rendirse. Es seguro que tenía la intención de salvarles la vida. Sin embargo, cometió el gran error de retirar demasiado pronto sus tropas, y los enemigos, tanto del pueblo como los suyos, aprovecharon la oportunidad. Bandas armadas de senadores y de hombres adinerados (entre los cuales se encontraba el joven Rabirio) invadieron el Foro y masacraron a los prisioneros sin piedad ni consideración. Tan brutal acción tuvo dos efectos: desacreditó a Mario por cierto tiempo entre sus propios y verdaderos partidarios y alentó la creencia de que la aprobación del «último decreto» significaba algo así como un estatuto de ley marcial según el cual los ciudadanos de Roma podrían verse privados de su derecho a una defensa legal.

Al atacar a Rabirio, que por entonces era un anciano, yo pensaba desafiar esta teoría, y los métodos de que me valí para lanzar el ataque no fueron sólo espectaculares en sí, sino que estaban destinados a mostrar que el poder del pueblo sobre la vida y la muerte no es una innovación moderna, sino algo que se remonta a los comienzos de nuestra historia. No faltaron algunos que rieron ante mi apasionamiento ante tal síntesis entre lo tradicional y lo revolucionario, y que consideraron todo este caso como una exhibición teatral. Ciertamente tenía su elemento teatral y en mi vuelta hacia procedimientos que eran tan arcaicos pude haber estado influido en parte por la consideración personal de mi nuevo cargo como sumo pontífice, un cargo que me ligaba al pasado más remoto con toda mi ingeniosidad y vitalidad modernas. Sin embargo, estoy muy lejos de deplorar esa tendencia mía de extraer fuerza e inspiración tanto del pasado como el futuro. Ninguna nación, ningún hombre, pueden ser grandes sin recuerdo y anticipación. En el día de hoy, con un poder monárquico como es el mío, me gustaría ver la situación regularizada por un título apropiado, y para mí el título apropiado es el de «rey». No es solamente debido a mis conexiones con Oriente

que prefiero esta palabra a otras, tales como la de «emperador», la cual seguramente causaría menos ofensa en Roma. Al contrario de la mayoría de mis conciudadanos, respeto realmente el pasado y no soy una víctima del prejuicio. Cierto es que tanto Grecia como Roma evolucionaron de la monarquía a sistemas de gobierno que contenían elementos de oligarquía y democracia a la vez.

Tales sistemas tienen a su favor grandes hechos, pero al final han probado ser inadecuados para una administración ordenada y eficaz. No hay duda de que los antiguos atenienses lamentaron el hecho de que Alejandro fuera un rey, tal como mi amigo Bruto se indigna ante la propuesta de que dicho título debería serme otorgado. Con todo, lo cierto es que el título no solamente corresponde a las necesidades de los tiempos sino que también refleja los verdaderos deseos de la mayoría del pueblo, que, si no estuviera cegado por la pedantería política, reconocería claramente que está tomando parte en las escenas finales de uno de esos movimientos cíclicos de la historia que lo lleva al futuro por medio de una aparente regresión al pasado. Ser monarca requiere hoy técnicas y habilidades muy diferentes de las que poseyeran nuestros primeros reyes, quienes forjaron un estado de entre los intereses en conflicto y con ayuda de las diversas habilidades de nuestros antepasados remotos y semibárbaros, y que una vez que lograron esta organización elemental, se hicieron innecesarios. Pero la necesidad actual de una monarquía es aún más grande de lo que lo fuera al comienzo de nuestra historia, y en ocasiones pienso que tal necesidad persistirá todavía hasta que el mundo entero haya sido llevado a un sistema de organización único.

He llegado a estas conclusiones en años avanzados de mi vida y bajo la presión de los acontecimientos. No obstante, en aquellos días, cuando estaba disponiendo el proceso de Rabirio y acababa de hacerme cargo de mi puesto como sumo pontífice, me daba cuenta, aunque vagamente, de la corriente de sentimientos y de las exigencias de la historia, que una vez más llevaría al pueblo a una relación directa con el líder, cortando así todo el complicado sistema de los intermediarios, el cual aunque valioso en sus días, se ha convertido hoy en meramente obstruccionista. Por ello, para el procesamiento de Rabirio me valí de un método que hacía trescientos años que estaba fuera de uso. Tal fue el Tribunal de Alta Traición, que aun en el tiempo en que Roma era gobernada por reyes parece haber sido utilizado en muy pocas ocasiones. Verdaderamente fue necesaria una cantidad considerable de estudios sobre la antigüedad para poder descubrir en qué consistían las funciones habituales del Tribunal en aquellos días. Pude descubrir que solía estar integrado por sólo dos jueces, que eran elegidos de una lista preparada por el pretor de la ciudad. De ser hallado culpable, el acusado era condenado a una muerte muy poco agradable. Se lo ataba a una cruz y luego quedaba suspendido de un «infortunado», es decir, de un árbol estéril. Tal procedimiento se originó, sin duda, en una especie de superstición que hacía creer que con esta acción la ciudad quedaría librada de la supuesta profanación de un crimen dirigido contra ella misma. La decisión de los dos jueces no podía apelarse excepto ante la Asamblea del Pueblo.

Evidentemente, si mis planes habían de resultar como lo deseaba, sería necesario obtener antes que nada la cooperación activa del pretor de la ciudad. Sin su permiso, el asunto no podría ser tratado, y sin tener su connivencia no se podía estar seguro de que los dos jueces nombrados para tratarlo pronunciarían el veredicto requerido. El pretor en funciones para este año era Metelo Celer, un hombre más bien estúpido y colérico y, al igual que toda su familia, indebidamente convencido de su propia importancia. Sin embargo, pude arreglármelas para utilizarlo, y también más tarde a su hermano Metelo Nepos, más o menos como quise. Ello se debió en gran parte a que los dos Metelo se

hallaban muy influidos por las mujeres y la mujer que influía más en ellos era Mucia, su media hermana y esposa de Pompeyo, con la cual yo había mantenido por algún tiempo relaciones muy íntimas. Ésta había ayudado a Nepos a obtener un nombramiento muy lucrativo en Oriente, bajo Pompeyo, y ahora me ayudaba a asegurar la cooperación de Celer en el caso de Rabino. Clodia, esposa de Celer, también fue una ayuda. Si había alguien por quien ella sentía cariño, era por su hermano Clodio y su hermana Clodia, que acababa de divorciarse de Lúculo. Este año Lúculo debía festejar su postergado y bien merecido triunfo. Una vez más estaba tomando parte activa en política y el objeto principal de sus actividades era desquitarse de quienes lo habían injuriado. Aun cuando consideraba a Pompeyo como a su enemigo principal, no había olvidado cuando Clodio instigara el motín entre sus tropas, y era seguro que haría todo lo posible para obstaculizar la carrera de ese joven ambicioso. Clodio, que deseaba obtener la misma influencia y autoridad sobre el pueblo que yo poseía, estaba dispuesto a apoyar toda medida que yo propusiese. Y su hermana, casada con Metelo Celer, sabía imponer su voluntad ante su marido como ante la mayoría de sus innumerables amantes.

De modo que a pesar de alguna oposición del Senado, quedó debidamente constituido el Tribunal de Alta Traición. Los dos jueces designados, como se dispusiera previamente, fuimos mi primo Lucio y yo; Lucio era un hombre inofensivo, quien se podía contar que seguiría mis indicaciones. Mi viejo amigo Labieno (todavía me agrada pensar en él como en un amigo) llevó la acusación con habilidad y gran fervor, y yo, en mi examen de los testigos y del anciano Rabirio mismo, aproveché toda oportunidad de hacer notar la importancia del caso como precedente legal. En ello, dije, estaban en juego todos los derechos del pueblo, ya que absolver a Rabino significaría reconocer que el Senado tenía poder en todo tiempo, tanto en la paz como en la guerra, para adoptar una actitud violenta contra los ciudadanos de Roma y privarlos de la oportunidad de una defensa legal. Es claro que hallamos culpable a Rabino y con algún rasgo de las antiguas ceremonias que agradó mucho a la multitud, lo sentenciamos a sufrir la forma de muerte estipulada por la ley.

Siendo un ser humanitario, yo no tenía ningún deseo de que el pobre anciano, que se encontraba totalmente atemorizado, fuese llevado a la muerte; además, cumplir una sentencia tan brutal al final podría provocar resentimiento. Pero me cuidé muy bien de dar la impresión de estar tomando las cosas en serio, ya que deseaba que el Senado, y Cicerón en particular, se comprometieran públicamente en el apoyo de una causa impopular y reaccionaria. Porque Rabino no podía ser salvado sino por una apelación ante la Asamblea del Pueblo o por la intervención directa del Senado. Era muy difícil que una apelación al pueblo tuviese éxito, de modo que parecía más probable que el Senado se viese forzado a colocarse abiertamente en oposición a la voluntad de éste.

Y esto fue lo que ocurrió. Una vez más, Cicerón se presentó como portavoz de los elementos reaccionarios gracias a cuyo apoyo fuera elegido. Ante su moción, la sentencia decretada por mi primo Lucio y por mí fue declarada inválida, de modo que no podía haber apelación en su contra.

Cicerón estaba orgulloso de su acto. Ya estaba empezando a verse a si mismo como una versión idealizada de algún gran estadista de la historia antigua, suavizando lo que era extremo, y guiando lo que era bueno y leal por la fuerza pura de la integridad y de un merecido prestigio. Todavía no había empezado a darse cuenta de que no contaba ni con un partido ni con un programa, que estaba perdiendo rápidamente la buena voluntad del pueblo, y que el apoyo que le daba ahora la nobleza desaparecería tan pronto como surgiese una nueva situación en la que los verdaderos factores de nuestra historia

aparecieran más claramente que durante el confuso e inconsecuente período de su consulado.

Labieno y yo resolvimos que debíamos forzarlo a una posición en donde se viera obligado a comprometerse aún más. Esta vez Rabirio fue citado a comparecer ante la Asamblea del Pueblo para responder a una serie de acusaciones completamente distintas, muchas de las cuales fueron inventadas para la ocasión, y, en el último momento, a esta lista de delitos se agregó un pronunciamiento por asesinato. El caso había adquirido gran prestigio y Cicerón en persona apareció para hablar como defensor. Su discurso, como podía esperarse, fue extremadamente hábil. Trató de sugerir que el ataque contra Rabirio era realmente un ataque contra Mario, quien fuera cónsul cuando se aprobó el «último decreto». Tal sugerencia era totalmente injusta pero tuvo el efecto de confundir un tanto la mente de los oyentes. He observado con frecuencia que las manifestaciones que son exactamente lo contrario a la verdad son a menudo más eficaces que los argumentos razonados que respetan los hechos. Sin embargo, a pesar de toda su pericia y elocuencia, Cicerón no tuvo buena acogida. Estaba defendiendo un principio al cual, merced a nuestra agitación previa, su auditorio era hostil, y de haberse llevado a cabo una votación, es muy probable que Rabirio habría sido condenado de inmediato otra vez.

No obstante, decidí que nuestros intereses estarían mejor servidos llevando nuestros procedimientos a una conclusión prematura y en cierto modo teatral. No tenía objeto continuar persiguiendo al anciano Rabirio ahora que había cumplido todas mis intenciones. Había demostrado que el pueblo se oponía al uso arbitrario del «último decreto» y que Cicerón, que decía ser un cónsul «popular», no era en verdad nada de eso. Acordé, en consecuencia, con el pretor Metelo Celer que, antes de que pudiera llevarse a cabo una votación, la Asamblea sería disuelta por el simple aunque poco habitual método de bajar la bandera roja que por una costumbre hace tiempo establecida ondeaba en la colina Janícula siempre que el pueblo estaba oficialmente en asamblea. Sin duda, el propósito original de bajar esta bandera había sido el de llamar a las armas a los ciudadanos en caso de alguna repentina incursión de tropas enemigas, samnitas o etruscas, dentro de lo que solía ser el pequeño territorio de Roma. Me divirtió notar que otra de esas curiosas costumbres del pasado casaba admirablemente con mis propios planes. La bajada de la bandera dio al pretor una excusa para proclamar el fin de todos los asuntos del día. La gente se dispersó, satisfechos todos, porque habían disfrutado de una buena diversión y demostrado a la vez su fuerza, pero sumamente desconfiados tanto de Cicerón como de su mayoría senatorial. La mayoría del pueblo creyó que fue Cicerón el responsable de la bajada de la bandera y la suspensión de la audiencia, y pensaban que había dado tal paso porque se daba cuenta de lo débil que era la causa que estaba tratando de llevar adelante.

Con la proximidad del verano fue aumentando la tensión entre esos dos elementos del Estado que permanecían divididos y cuya división se había acentuado en vez de disminuir, por la oratoria espléndida pero engañosa de Cicerón. Iba haciéndose más y más claro que para Cicerón «los buenos» eran «los privilegiados». Yo mismo, mientras esperaba las elecciones en las cuales me presentaría para el cargo de pretor, continué haciendo que las cosas fuesen lo más molestas posible para Cicerón. Hablé, por ejemplo, en favor de una propuesta presentada por uno de los tribunos para la restauración de los derechos civiles a los hijos de quienes sufrieran durante las proscripciones de Sila. De haber recordado Cicerón sus primeros días, habría sido el primero en apoyar esta excelente medida. Mas ahora habló en contra de ella. Su argumento legalista fue que era imposible revocar uno de los actos de Sila sin rechazarlos todos y que por lo tanto debilitaría al Estado en un tiempo amenazado por la revolución. Fue un argumento enteramente débil,

pero tuvo éxito, ya que tantos y tan tenaces eran los interesados en perpetuar la injusticia. Sólo después de catorce años pude hallar los medios para convertir en ley esta admirable propuesta: un signo, a no dudarlo, de la extrema amargura e intransigencia de nuestro tiempo. La oposición de Cicerón a la propuesta volvió a evidenciar la verdadera naturaleza de su consulado. Al amparo del estribillo de la «unidad de las clases», los reaccionarios habían ganado poder y algunos de sus opositores estaban siendo llevados a la desesperación.

7 CATILINA ABANDONA ROMA

La revolución que con tanta frecuencia profetizó Cicerón, estalló realmente antes de finalizar el año, y hasta el día de hoy pienso que Cicerón creyó que gracias a su intervención en esta pequeña insurrección salvó a Roma y al imperio de la extinción. En realidad, la conspiración de Catilina, interesante desde el punto de vista político, no fue una seria amenaza para la estructura del gobierno existente. Hasta la misma revuelta de Lépido representó un peligro más grande. Con todo, el movimiento de Catilina combinado con la oratoria de Cicerón provocaron por cierto en aquellos días un ambiente de histerismo.

Yo mismo, muy al contrario de Cicerón, me di cuenta de inmediato de que los acontecimientos realmente importantes de este verano y otoño no estaban conectados sino remotamente con Catilina. Todos estos hechos quedaron olvidados al llegar las noticias de que Pompeyo había dado término a sus campañas en Oriente y que dentro de poco estaría de regreso en Roma. Al saberse en Roma que Mitrídates se había suicidado y que sus herederos se sometían a Pompeyo, se decretó una acción de gracias en público a los dioses, que se prolongó por espacio de diez días. Los amigos de Pompeyo en la ciudad hicieron cuanto pudieron para magnificar lo que en verdad ya eran por sí solos grandes acontecimientos. Hablaban de mil quinientas treinta y ocho ciudades que él conquistara (aunque sería imposible saber cómo llegaron a inventar tal cifra), de la vasta renta que él traía al tesoro, de las nuevas provincias constituidas, de cuántas legiones penetraron hasta el Mar de Azor y el Mar Rojo. Y sin emplear virtualmente ningún lenguaje amenazante, hicieron notar que quien controlaba semejantes flotas y ejércitos se hallaba en posesión de un poder absolutamente irresistible.

Los enemigos de Pompeyo en el Senado, sin embargo, eran ahora mucho más fuertes que antes. Estaban celosos de sus continuados éxitos y de sus excepcionales mandos. Ahora, aunque al amparo de las sombras de la noche, aludían, no sin alguna justicia, a Lúculo como el verdadero conquistador de Mitrídates, y, sin ninguna justificación, disminuirían las hazañas de Pompeyo. Al hablar así se sentían apoyados por el triunfo espléndido que Lúculo festejara ese verano. Una característica impresionante fueron los carteles que anunciaban no sólo las victorias de Lúculo sino también las grandes sumas de dinero que puso a disposición de Pompeyo tanto para la guerra contra los piratas como para la guerra con Mitrídates. En Roma había unos dieciséis mil veteranos de Lúculo. Estos hombres habían olvidado, aparentemente, que traicionaron a su general en el momento más crítico de su campaña; sólo recordaban las victorias, bastante espectaculares, que ellos ganaran bajo su dirección y, al glorificarse a sí mismos, glorificaban también a Lúculo.

Craso, desde luego, se inclinaba hacia el lado de los enemigos de Pompeyo, pero yo estaba siguiendo ahora una política propia. Sin pérdida de tiempo me puse en contacto con el principal agente de Pompeyo, Metelo Nepos, quien fue enviado a Roma desde Oriente por Pompeyo, con el fin de presentarse en las elecciones como tribuno. Una vez más mi amistad con Mucia, esposa de Pompeyo, habría de serme útil, puesto que Nepos, al igual que Celer, era fiel a su hermana. La misma Mucia, por ese entonces, estaba perturbada por la frialdad de las cartas de Pompeyo, que parecían mostrar una desaprobación por su conducta en Roma durante su ausencia. Y en realidad, aparte de mí, Mucia había tenido muchos amantes. Sin embargo, Nepos insistía en que ella había interpretado mal la actitud de su esposo. Al igual que todos, Metelo estaba profundamente orgulloso de su familia y

no podía creer que alguien pudiera no desear estar aliado con ella. Este orgullo lo llevó a subestimar también a Cicerón. Parecía imaginar que solamente la gente de familias antiguas tenía derecho a ser vanidosa y dejaba de notar que Cicerón era además inteligente. Por eso, en sus relaciones con otros miembros del Senado demostró una falta extraordinaria de tacto. Genuinamente dedicado a los intereses de Pompeyo, en el manejo de los asuntos actuó más en pro de mis propios intereses que en los de cualquier otro.

Y no era cosa fácil en esos tiempos actuar o planear en forma segura. Los acontecimientos parecían seguir un curso lógico y podían llevar las cosas a resultados muy distintos de lo esperado. El único factor constante en la situación era su inestabilidad. Había nerviosismo e inquietud tanto en el Senado como en el pueblo; tales manifestaciones se hallaban ya bien marcadas para cuando se realizaron, en el verano, las elecciones consulares.

En dichas elecciones volvió a presentarse Catilina como candidato, pero esta vez con muchas menos perspectivas que el año anterior. Estaba ahora amargamente desesperado y confiaba para su apoyo casi exclusivamente en personas tan desesperadas como él mismo. Sus miras iban más allá de lo razonable en lo concerniente a las reglamentaciones que hasta ahora fueran apoyadas por Craso y por mí. Por otra parte, las pretensiones que exponía no sólo eran extravagantes, sino vagas. Hablaba de la cancelación de todas las deudas y de grandes distribuciones de tierras, mas daba la impresión de que tales medidas solamente podrían ser llevadas a la práctica como resultado de un período de masacre organizada y de una sociedad sin organización. Naturalmente, Craso se sintió alarmado. En primer lugar, siendo el más importante prestamista de la época, no tenía ningún deseo de ver sus inversiones desaparecer de la noche a la mañana. También veía que si Catilina iba a iniciar una guerra civil, uno de los resultados más probables sería que se llamaría a Pompeyo para que su ejército viniera a restablecer el orden. Y tal cosa daría a Pompeyo justamente la posición legal que pretendía y que tanto temía Craso. Por otra parte, al menos antes de las elecciones, no era fácil separarse por completo de Catilina, a causa de los viejos vínculos de amistad y también debido a que la alternativa sería unirse a esos elementos reaccionarios del Senado a los que tanto nos opusiéramos.

Mi propia posición era algo más fácil que la de Craso. Como yo me presentaba para el cargo de pretor, me hallaba sumamente interesado en mi propia campaña electoral y nadie podía esperar que yo le prestara dinero. En cuanto a Craso se refiere, actuó, como de costumbre, de una manera ambigua. Sin apartar completamente su apoyo a Catilina, dejó de financiarlo como lo hiciera en el año anterior, e hizo toda clase de esfuerzos para mostrar su favoritismo hacia uno de los candidatos rivales, llamado Murena, un antiguo oficial de Lúculo, y que por ende, pensaba Craso, estaría en oposición a Pompeyo. Murena además contaba con el apoyo de los veteranos de Lúculo que actualmente se encontraban en Roma.

Otro candidato al consulado era un sujeto respetable llamado Silano, cuya principal característica era ser el esposo de mi amiga Servilia, y el padrastro del joven Marco Bruto. Puesto que estaba apoyado por cierto número de familias poderosas, sus posibilidades de ser elegido parecían buenas. Incluso el cuarto candidato, el famoso abogado Servio Sulpicio, no carecía tampoco de potente ayuda. Saltaba a la vista que aun antes de la fecha de las elecciones, Catilina estaba planeando un levantamiento armado que se produciría en caso de fracasar en las urnas.

Sus planes eran característicamente violentos y mal trazados. Lo único cierto a su favor era su popularidad entre los soldados veteranos de Sila, especialmente los del norte de Etruria, que se establecieron en esa región y que, por una u otra razón, habían quedado

endeudados o en dificultades. Entre éstos se hallaba el ayudante principal de Catilina, un viejo centurión de Sila llamado Manlio, quien antes de las elecciones llevó a Roma grandes bandas de esos soldados insatisfechos con quienes podía contarse para votar por Catilina y aterrorizar a sus adversarios. En la propia Roma el arrastre de Catilina era aún menor de lo que él imaginaba, aunque incluía un cierto número de hombres de rango senatorial, que se encontraban dispuestos a colaborar con él en cualquier acción temeraria. Figuraba entre ellos un ex cónsul, Cornelio Léntulo. Diez años antes había sido expulsado del Senado, pero logró ser admitido nuevamente al ser elegido pretor por segunda vez. Su mente, que nunca fue de las más claras, parecía haberse visto alterada por alguna profecía según la cual tres Cornelio estaban destinados a ser reyes de Roma. Ya había habido un Cornelio Sila y un Cornelio Cinna. ¿Por qué no podría ser Cornelio Léntulo el tercero? Tal tipo de desesperada estupidez era característica de la conspiración. Se hacían planes grandiosos, pero por un motivo u otro, los conspiradores nunca los llevaban a la práctica. Por otra parte, eran en su mayoría increíblemente indiscretos. Uno de ellos, por ejemplo, llamado Quinto Curio, tenía una amante de nombre Fulvia y, al objeto de impresionar a esta dama con la idea de sus perspectivas futuras, tenía el hábito de alardear ante ella de lo que acontecería cuando Catilina se hubiese adueñado de Roma y le describía exactamente todo lo que se dijera en cada reunión de los cabecillas de la conspiración. Fulvia tuvo el acierto de darse cuenta que habría de ganar ventajas mucho más sólidas convirtiéndose en informante, y desde el principio tuvo a Cicerón al tanto de todo cuanto se decía y hacía.

Cualquiera que lea los diversos relatos en prosa y verso que Cicerón escribió más tarde sobre su consulado podría llegar a creer que el cónsul estuvo, del principio al final, en completo dominio de la situación. Eso distaba de ser cierto. Las primeras tentativas de Cicerón para desembarazarse de Catilina como fuerza política fueron extrañamente ineficaces. Comenzó por sancionar una ley que aumentaba grandemente las penas por actos de soborno en las elecciones. La ley estaba planeada para operar contra Catilina, pero en realidad no le causó ningún daño, puesto que, no contando con el completo apoyo de Craso, éste gastaba mucho menos dinero que de costumbre. En verdad, el único candidato que sí estaba apelando al soborno en gran escala era Murena, quien disfrutaba del apoyo de Lúculo y de la mayoría del Senado y a quien el mismo Cicerón deseaba ver elegido.

Las elecciones debían haberse realizado hacia fines de septiembre, pero en el último momento Cicerón las postergó y convocó al Senado a una reunión extraordinaria. En dicha reunión acusó abiertamente a Catilina de estar planeando la rebelión y dejó bien sentado que, según su opinión, si se efectuaban las elecciones, los magistrados que las presidían (él y Antonio) tendrían que estar amparados por una buena guardia tal como ocurriera dos años atrás cuando Catilina planeara asesinar a mi tío Cotta y a Torcuato. Sin embargo, Cicerón no se encontraba en una posición tan fuerte como creía. No podía revelar que la fuente de sus informaciones era Fulvia, y sus frecuentes repeticiones de las frases: «He sido informado» o «He descubierto» no llegaron a impresionar a su auditorio. Catilina, por su parte, trató a Cicerón y su discurso con aplastante desprecio y al final de la reunión la sensación general era de que Cicerón había cometido un error al postergar las elecciones sin dar tampoco ninguna razón de peso para justificar su demanda de guardaespaldas.

Sin embargo, por motivos de autopublicidad y autodefensa, Cicerón había organizado ya su propia guardia personal. El día de las elecciones apareció seguido por un grupo de ciudadanos entusiastas, la mayoría de ellos pertenecientes al mundo de los negocios, esas gentes a las cuales, en sus discursos, calificaba como «hombres de buena voluntad». Debajo de su toga llevaba bien ostensiblemente una rutilante coraza, haciendo

ver a las claras que temía un atentado contra su vida. Tales precauciones eran bien innecesarias ya que, en todo caso, las bandas de Catilina eran inferiores en número a los partidarios de Murena, quienes, siendo en su mayoría legionarios veteranos, en caso de lucha habrían sido mucho más eficientes que cualquier grupo de hombres que Catilina hubiese podido reunir en Roma. Con todo, la demostración resultó útil a Cicerón y probablemente costó a Catilina algunos votos. Tal como ocurrió, no hubo desorden de ninguna especie en dichas elecciones. Catilina volvió a ser derrotado. Los cónsules elegidos para el año siguiente fueron Murena, que muy ostensiblemente violara la ley de Cicerón contra los sobornos, y Silano, cuya elección causó gran placer a Servilia, su esposa.

Si Catilina hubiese sido un revolucionario tan peligroso como decía Cicerón, sus planes habrían estado madurados para entonces y hubiesen sido puestos en ejecución de inmediato. En cambio, pasó más de un mes antes que se produjera algo significativo. Sin embargo, aunque los planes de Catilina siempre fueron lo más ineficaces que era posible, no existía la menor duda de que algo estaba maquinando, y eso nos causaba una gran preocupación tanto a Craso como a mí. Veíamos que de estallar una revolución debería ser sofocada. Nosotros mismos no estábamos implicados en ella, pero no podía negarse que en el pasado estuvimos muy envueltos con Catilina, y era evidente que, una vez que la rebelión quedara sofocada, nuestros enemigos nos acusarían inmediatamente de haber estado ligados a ella.

Las cosas empeoraron aún más para nosotros por la conducta de Catilina y sus amigos en Roma. Aunque no pudieron conseguir nuestro apoyo, deseaban seguir todavía en buenos términos con nosotros. A nuestras casas llegaban continuamente mensajes en que se nos aconsejaba que nos alejáramos de Roma el 28 de octubre, siendo ésta una de las fechas que de vez en cuando elegían los conspiradores para hacer una masacre general. Es indudable que alguno de estos mensajes llevaba una buena intención; otros representaban un torpe intento de incriminarnos. A ninguno de los dos se nos ocurrió dejar que sucediera tal cosa. Craso, especialmente, temía que Pompeyo fuera llamado para restaurar el orden, y creía, sin razón valedera, que Pompeyo se valdría de cualquier excusa para deshacerse de él. Yo acababa de ser elegido pretor. Después de mi año de funciones en Roma podía esperar una gobernación provincial y luego el consulado. Era uno de los períodos más críticos de mi carrera y bien sabía que había muchos que, de serles posible, tratarían de impedir que yo tuviera el poder concreto que actualmente se encontraba tan cerca de mí. Por lo tanto, era extremadamente importante que se supiera que me hallaba distanciado de los conspiradores.

También resultaba igualmente importante no asociarme con las normas reaccionarias de Cicerón y sus partidarios. Contaba con un partido propio y era esencial que tal partido continuara en existencia. Y más aún: tenía una idea clara del panorama del futuro. Me daba cuenta de que en esta situación los enemigos de Pompeyo y los míos eran los mismos. Metelo Nepos, agente de Pompeyo, con quien yo había estado en constante comunicación, había descubierto entonces cuán hondos eran los celos y el prejuicio que sentían contra Pompeyo muchos de los principales senadores. El propio Nepos, contando con el apoyo de la facción de Pompeyo en Roma, había sido elegido tribuno. Pero Catón, sostenido por todo el peso de la influencia senatorial, resultó también elegido al mismo tiempo y se había presentado para el cargo expresamente con el objeto de oponerse a lo que él declarara eran los planes de Nepos para la dominación de la república por un solo hombre. Me pareció que mis propios intereses se hallarían mejor servidos manteniendo mi posición de independencia y dejando bien sentado ante Nepos que estaba dispuesto a utilizar la influencia que tuviese contra los enemigos de Pompeyo y los míos propios.

Mientras tanto, convine con Craso que, para seguridad de ambos, era necesaria que se supiera claramente que no estábamos ligados a la conspiración de Catilina, aun cuando por mi parte no pensaba comprometerme a apoyar ciegamente cualquier decisión que pudiese tomar Cicerón al respecto. Me sentía más inclinado a apoyar a Nepos en su demanda de que se llamara a Pompeyo a restaurar el orden en Italia y sugerí a Craso que él mismo se asociara nuevamente con Pompeyo en tal tarea. Sin embargo, Craso no quiso saber nada de esto. Por ese entonces yo estaba quizá más en desacuerdo con él en política que en cualquier otro momento de nuestra vida. Probablemente lo único que evitó que disputásemos fue el pensamiento de que ambos estábamos en peligro. Porque continuábamos en peligro aun después de haber hecho lo mejor para dejar en claro nuestros nombres en cuanto a la conspiración se refería. Craso adoptó un método un tanto dramático para dejar en limpio el suyo. En la noche del 20 de octubre despertó a Cicerón de su sueño y le hizo entrega de un montón de cartas, de las cuales una sola parecía haber sido abierta, conteniendo advertencias de la masacre planeada para el 28. Yo me contenté con dar a Cicerón alguna información poco importante acerca de algunos personajes más viles a quienes creía implicados en la conspiración. En realidad, por intermedio de Fulvia, Cicerón estaba mejor informado del complot, pero en cambio yo me encontraba ahora en condiciones de decir, si era menester, que había ayudado a Cicerón antes que entorpecerlo en el cumplimiento de sus deberes.

Las cartas suministradas por Craso fueron leídas en voz alta en el Senado y causaron gran efecto, aunque desde luego, Catilina rechazó toda responsabilidad sobre ellas y continuó amenazando a Cicerón en la forma más arrogante posible. Pero la posición de Cicerón se había reforzado mucho. El Senado sancionó «el último decreto» dando poder a los cónsules «para impedir que el Estado fuese lesionado». Se alistaron tropas para hacer frente a la revuelta que en cualquier momento podía estallar en Etruria, hacia donde Manlio, el ayudante de Catilina, había partido ya para organizar las bandas de los descontentos veteranos de Sila. Las calles de Roma estaban llenas de camarillas de entusiastas voluntarios, la mayor parte de ellos de las clases adineradas, que no servían a ningún propósito aparte del de demostrar el nerviosismo del cónsul y el número de sus partidarios. Los esclavos pertenecientes a algunos de los sospechosos fueron torturados con la esperanza de sacarles alguna información. Medida tan cruel no sirvió tampoco para nada; o los esclavos nada sabían o no quisieron revelarlo.

Catilina permaneció en Roma y Cicerón, aunque armado con «el último decreto», no osó tocarlo. La proyectada masacre de senadores acerca de la cual Craso diera informaciones había sido pospuesta, desde luego, al igual que tantos de los planes de Catilina. Ahora que se estaban alistando tropas regulares, las muy remotas posibilidades de éxito que una vez pudo haber tenido habían desaparecido por completo. Su persistencia en el cambio constante de sus planes indicaba desesperación, antes que capacidad para maniobrar. Continuaba todavía en Roma el 6 de noviembre, una semana después que llegaran noticias de que Manlio, con un ejército de veteranos, había tomado Etruria. Aparentemente, él convocó en esa fecha a una reunión de los conspiradores principales, formando entonces los que suponían ser los planes finales. Catilina estaba a punto de salir ahora de Roma para ir a hacerse cargo del ejército en Etruria. Cuando se encontrara a cierta distancia de la ciudad, los otros conspiradores debían hacer todo lo posible para alterar la vida normal y el orden público. Se provocarían incendios en diversos barrios; el pillaje sería alentado; a los esclavos se les prometería su libertad. Y Cicerón, desde luego (era éste un episodio invariable en todo plan de Catilina), sería asesinado casi de inmediato.

El amante de Fulvia no se mostró más reticente sobre esa reunión final de los conspiradores de lo que fuera acerca de las otras y Fulvia no perdió tiempo en informar a Cicerón del programa revisado. Todavía puedo recordar el discurso que pronunció ante el

Senado al día siguiente. Fue brillante y, aunque quizá no todo lo efectivo que pudo desear, tuvo el efecto de aislar completamente a Catilina de todos los que eran sus compañeros de conspiración. Hubo mucha autoalabanza en el discurso, pero hasta la vanidad de Cicerón dejó de ser enojosa por haber sido expresada en tan impecable latín; y los pasajes de invectivas fueron tan poderosos que hasta el propio Catilina, que tuvo la audacia de ocupar su asiento en el Senado como de costumbre, apenas si se aventuró a interrumpirlo y, antes de que el discurso terminara, reveló claramente su turbación al observar que los senadores que estaban sentados próximos a él comenzaban a alejarse, tratándolo ya como a un paria. Cicerón, utilizando el lenguaje más magnífico, lo acusó de tentativa de incendio, de crimen y de rebelión. Clamó que «el último decreto» del Senado, en su condición de cónsul, le daba el poder de arrestarlo y hacerlo ejecutar allí mismo. Hizo entonces una pausa significativa, puesto que esperaba una exclamación espontánea de indignación de parte del Senado o acaso algún otro decreto de emergencia, que lo alentara a cumplir esa acción. Tuve la satisfacción de ver que nada de eso ocurría. En lugar de ello se produjo un molesto silencio, casi de vergüenza, porque muchos senadores, de haberlo osado, habrían aprovechado prontamente esta situación para desembarazarse no solamente de Catilina sino también de otros, entre los que posiblemente yo también estaría incluido. Ahora podía ver cuán efectivas habían sido mis actividades y las de Labieno a comienzos del año con respecto al caso de Rabirio. Habíamos dejado sentado claramente cuáles serían los sentimientos del pueblo hacia cualquier magistrado que quitase la vida a un ciudadano de Roma sin juicio previo, y, aunque se habrían oído muy pocas protestas de los senadores si Cicerón hubiese decidido hacerlo así bajo su propia responsabilidad, ninguno estaba dispuesto a compartir con él tal compromiso.

Cicerón, que era un abogado singularmente hábil, se dio cuenta en el acto de cuáles eran las sensaciones de su auditorio. No había podido asegurarse la clase de voto de confianza que deseaba, pero todavía podía explotar lo que sabía sobre el futuro. Con tonos graves y casi humildes declaró que aun cuando los crímenes de Catilina estuvieran clamando venganza, él era un hombre clemente y que nunca actuaría de una manera contraria a la constitución. Y luego, levantando la voz, pidió que Catilina se manifestara él mismo abiertamente. «¡Dejémosle salir de la ciudad y ponerse a la cabeza de su ejército de vagabundos, deudores, homosexuales y bandidos!» Entonces, tal vez, otros aparte del cónsul estimarían la situación en lo que valía.

Cicerón, desde luego, sabia que de todas maneras Catilina tenía pensado abandonar Roma al día siguiente. Su posición, a decir verdad, estaba haciéndose demasiado desesperada para que pudiera hacer otra cosa. Según parece, antes de partir dio sus instrucciones finales a Léntulo y a otros conspiradores en la ciudad, que también eran hombres desesperados y, tal como lo iban a demostrar los acontecimientos, singularmente incompetentes. Entonces, mientras el pueblo hablaba todavía del gran discurso de Cicerón, él partió de Roma con unos pocos compañeros y tomó rumbo hacia el campamento de Manlio en Etruria. Allí se presentó con la vestidura completa de cónsul, un gesto en cierto modo patético para quien por dos veces había fracasado en las elecciones y que carecía por completo de recursos para seguir sustentando sus pretensiones al cargo. Ahora, ciertamente, nada le había quedado aparte de su innegable coraje y ese magnetismo personal suyo con el cual pudo seguir reteniendo hasta el final la lealtad de sus insignificantes fuerzas. De haber estado sujeto a la disciplina, podría haber sido, en tiempos mejor ordenados, una persona útil y distinguida. Tal como ocurrió, era un hombre condenado y había existido solamente como un símbolo del desorden. Después de su huida de Roma fue declarado enemigo público y muy pronto se vio confrontado a un ejército consular mandado por quien menos podía pensar, Antonio Hybrida, su antiguo asociado.

Pero antes de que Catilina se hubiera alejado de sus amigos en Roma, había actuado en una forma que les costó la vida y que estuvo casi a punto de costarme la mía.

8 EL DEBATE SOBRE LA CONSPIRACIÓN

Durante los dos últimos meses del consulado de Cicerón, los acontecimientos parecieron jugar a su favor, aunque debe admitirse que, en general, supo hacer buen uso de sus oportunidades. Lo que él consideró siempre como su gran momento llegó en los primeros días de diciembre.

El tres de ese mes se convocó una reunión del Senado en el Templo de la Concordia, al pie del Capitolio. La mayoría de los que asistimos habíamos sido informados ya que Cicerón había ordenado el arresto de Léntulo y otros cuatro prominentes senadores. En toda la ciudad reinaba intensa excitación. El Templo estaba rodeado por guardias y al ser escoltados Léntulo y los otros conspiradores por las calles, la multitud se apiñó. Podía oírse toda suerte de rumores alarmantes: que Catilina se hallaba a las puertas de Roma, que los galos estaban invadiendo Italia desde el norte, que uno o ambos cónsules habían sido asesinados.

En cuanto empezó la sesión, se supo que por fin Cicerón había logrado lo que deseaba: una prueba absolutamente aplastante de la culpabilidad de los conspiradores a quienes él arrestara. Léntulo y sus amigos habían procedido con una estupidez tal que era apenas creíble y quedaron por lo tanto sin ningún medio de defensa.

Habían planeado, según parece, prender fuego en varias partes de la ciudad y organizar revueltas, utilizando para este fin tanto a esclavos como a ciudadanos, eligiendo para ello el 17 de diciembre por ser el primer día de las Saturnalias, cuando los esclavos, que estarían disfrutando de un día de fiesta, podrían más fácilmente ser reunidos e incitados a la violencia. Indudablemente esperaban que, para ese entonces, el ejército de Catilina estaría acercándose a Roma, aunque en realidad no existía la menor perspectiva de ello. Es muy probable que el plan —al igual que tantos otros anteriores— hubiese sido finalmente abandonado.

Sin embargo, cometieron un error irreparable. Por ese entonces se encontraban en Roma los embajadores galos de la tribu de los alóbroges. Habían venido a quejarse por la forma en que sus gentes fueron tratadas por Murena, quien fuera su gobernador el año anterior y que con toda seguridad había sido culpable de toda clase de extorsiones. Pero Cicerón no pensaba hacer nada en contra de Murena, quien había de sucederle en el consulado, y en consecuencia, los galos no ocultaban su enojo y descontento por la forma en que fueron recibidos sus petitorios. Por lo tanto se les ocurrió a Léntulo y a los otros que podrían conseguir para Catilina la ayuda de los grandes cuerpos de caballería gala atrayendo a esos alóbroges a la conspiración. Sin mostrar la menor cautela, revelaron a éstos cada detalle de sus diversos complots. Pero los galos eran hombres inteligentes. Sopesaron acertadamente las probabilidades de que la conspiración tuviera éxito y decidieron que sus intereses tendrían mejor recompensa vendiendo su información a Cicerón. Por indicación de éste, simularon querer cooperar con los conspiradores, pero pidieron que las promesas que les hicieran fuesen escritas, selladas y firmadas, para mostrarías a sus compañeros de tribu cuando regresaran. Léntulo y los otros cayeron en la trampa, suministrándoles los documentos exigidos. Los galos, tal como fuera convenido, se retiraron de Roma llevando consigo la prueba incriminatoria, siendo arrestados al hallarse al otro lado de las puertas de la ciudad. Cicerón refirió al Senado lo que sabía, haciéndolo con su habitual elocuencia. Mostró la prueba, sumamente aplastante en sí, haciéndolo con gran pericia, disponiendo al mismo tiempo que se hiciera allí mismo una anotación completa de la investigación y que las copias de tal relación fuesen distribuidas por toda Italia. A los conspiradores no les quedó sino confesar su culpabilidad. Se decidió que por

el momento fueran puestos bajo la custodia de varios senadores prominentes. Tanto Craso como yo estábamos entre los nombrados para actuar como carceleros. Es indudable que Cicerón sabía que sus prisioneros estarían seguros con nosotros ya que naturalmente seríamos sospechosos de complicidad si llegaban a escapar. También deseaba dar al público la impresión de que todo el Senado, sin excepción, estaba respaldándolo. Nosotros no estábamos en condiciones de negarnos. Yo hube de alojar en mi casa a un prisionero que nunca me agradó: Statilio, y me encargué de que estuviese estrechamente vigilado.

El efecto causado por las revelaciones de Cicerón fue enorme, tanto entre los senadores como entre el pueblo. Ese día debió haber recibido casi toda la alabanza que su vanidad requería y hasta fue decretado un servicio de acción de gracias en su honor. Cicerón aprovechó la ocasión para hacer notar de inmediato que ésta era la primera vez en los anales de la historia que semejante distinción fuese dispensada por servicios civiles; y una vez terminada la sesión del Senado, durante un discurso pronunciado ante el pueblo en el Foro, no vaciló en unir su nombre al de Pompeyo. En verdad, parecía inclinado a colocarse en un nivel más alto; pues si Pompeyo había conducido los ejércitos romanos hasta los confines de la tierra, había sido él, Cicerón, quien salvara de la destrucción el corazón mismo del imperio. Palabras tales fueron recibidas entonces con entusiasmo, aunque resultaron muy molestas a los amigos de Pompeyo y aún más al propio Pompeyo cuando le informaron de ellas.

En la atmósfera de histeria colectiva que por espacio de algunas semanas prevaleció en Roma, parecía posible decir cualquier cosa y esperar ser creído. Aunque Cicerón continuaba asegurando al pueblo que había pasado todo el peligro y que gracias a su propia vigilancia y firmeza todo estaba y estaría siempre controlado, todavía seguía creando condiciones sobre las que el pueblo estuviera deseoso de oírlo hablar, y muy raramente podía resistir a la tentación de aludir a temas tales como incendios, pillaje, invasión de galos y cancelación de las deudas. En lugar de disgregar las compañías de jóvenes que andaban armados por la ciudad para mantener el orden, alentaba a todos los «buenos» a alistarse como agentes especiales de policía. Los «buenos», o mejor dicho los ricos o los de buena posición, accedieron en forma notable, y entre ellos, espléndidamente armada, podía verse a una figura tan poco política y tan poco guerrera como el amigo de Cicerón, el rico banquero Attico, que por ese entonces se hallaba en Roma en una de sus breves visitas desde sus posesiones en Grecia.

Era aquélla una atmósfera muy favorable para el malentendido y la persecución y no existe la menor duda de que en el Senado había algunos que vieron en ella una ocasión para deshacerse de sus enemigos personales o políticos. Craso y yo habíamos apoyado abiertamente a Catilina en el pasado, y por lo tanto era fácil sugerir ahora que habíamos seguido apoyándolo en secreto. Reaccionarios tales como el anciano Catulo, miembro decano del Senado, pudo hasta haber creído que tal sugerencia era verdadera. También Catón era de los que son capaces de pensar que quienes no comparten sus miras deben necesariamente ser criminales. Y tanto Craso como yo, por consiguiente, nos encontramos en una situación ciertamente delicada.

En la sesión celebrada por el Senado el día después del arresto de los conspiradores, fue presentado un informe que acusó a Craso abiertamente de estar complicado en el complot. Craso creyó que tal maniobra era obra de Cicerón, aunque es más que probable que el responsable fuera Catulo. Pero la maniobra, en todo caso, fue un fracaso. Muchos eran los senadores que debían dinero a Craso o esperaban obtenerlo de él, y al instante se levantó un grito indignado contra el infortunado informante, quien fue condenado a prisión hasta que confesase quién lo había sobornado o persuadido para lanzar semejante calumnia. Naturalmente, tal confesión nunca se hizo. Con todo, aun este movimiento sin

éxito fue suficiente para que, por el momento, Craso perdiera su serenidad. Siempre se había sentido amenazado por Pompeyo; ahora se veía amenazado también por los antipompeyanos: Catón, Catulo y los restantes. En consecuencia, empezó a hacer arreglos para alejarse de Roma hacia la provincia de Macedonia, y no estuvo presente en la sesión del Senado que tuvo lugar al día siguiente para decidir sobre el destino de los conspiradores. Dicha reunión, realizada el 5 de diciembre, se efectuó en medio del escenario más singular. Todo el Foro y las laderas de la colina Capitolina estaban cubiertos por los grupos de la entusiasta policía especial de Cicerón, todos bien armados y con muchos deseos de usar sus armas. Algunos de mis amigos me habían aconsejado no asistir a esa sesión del Senado. Pensaban que tanto en el recinto como en las calles habría peligro para mí. Pero no soy hombre inclinado a mostrar temor y por ello desoí sus advertencias. Pronto me apercibí de que no habían exagerado las cosas. Aunque era sumo pontífice y pretor electo, al salir de mi casa me acogieron gritos hostiles y hasta hallé alguna obstrucción a mi paso. «Los buenos», como pude ver, estaban más excitados de lo normal y, como ocurre con frecuencia cuando la gente se arma sin ningún propósito evidente, estaban ansiosos por encontrar una víctima; el pueblo, entre el cual mi popularidad era tan grande como nunca, estaba por el momento acobardado y aterrorizado por esa demostración de lo que ellos entendían como de poder.

Sin embargo, pude llegar sano y salvo y ocupé mi puesto en el Senado. También observé allí una atmósfera de extraordinaria excitación. Contaba con muchos amigos personales entre los senadores y, antes de comenzar la sesión, me cuidé de hablarles en una forma tan natural como me fue posible. Pero la conducta de Catulo, Catón y de algunos más era fácil de interpretar. Me miraron con odio o con simulado desprecio, como a un criminal.

Una vez realizadas las habituales ceremonias religiosas, Cicerón, con una brevedad poco habitual que resultó notablemente efectiva, presentó el asunto del día: ¿cuál había de ser el destino de los conspiradores? De acuerdo con la costumbre, pidió por turno la opinión de cada senador, empezando por los cónsules elegidos para el año siguiente. El primero en ser interrogado fue Silano, marido de Servilia. Como debieron convenir por anticipado, propuso que los cinco prisioneros fueran muertos. Murena, el siguiente, estuvo de acuerdo con la moción de Silano, y lo mismo ocurrió con todos los ex cónsules, catorce de los cuales se hallaban presentes. Muchos de ellos aprovecharon la oportunidad para pronunciar discursos más o menos extensos, en los que aludieron a los horrores de los que habían escapado tan estrechamente, y del deber que tenían quienes estaban autorizados a borrar todo vestigio de rebelión que aún pudiera existir.

Una vez que los cónsules expresaron su opinión unánime, Cicerón se volvió hacia los pretores. Siendo uno de los pretores elegidos para el año siguiente, fui el primero en ser interrogado. Tuve entonces que elegir mis palabras con el mayor cuidado, dado que la situación era tan dificil como Cicerón podía desear. Yo no tenía la intención de apoyar la opinión de la mayoría, puesto que, si lo hacía, habría desilusionado a mis partidarios, perdería la reputación de temeridad de la cual me enorgullecía, y sería un instrumento contra mis propias ideas, armando al Senado con un poder sumamente peligroso que, algún día, podría volverse contra mi o contra mis amigos. Por otra parte, si me expresaba demasiado abiertamente o de un modo desafiante, no encontraría eco, y además me vería acusado de ser uno de los conspiradores. De manera que en ese momento no sólo mi reputación sino también mi vida parecía estar en peligro.

Por consiguiente, hablé con gran sobriedad y moderación, usando con la mayor habilidad posible mi pericia y mi experiencia en oratoria, tratando de ganarme la simpatía de mis oyentes, no solamente por la cuestión en debate sino por la forma de mi discurso. Comencé cumplimentando a algunos de los anteriores oradores por su elocuencia y su espíritu público, manifestándome en completo acuerdo con todo cuanto ellos dijeran sobre la culpabilidad de los conspiradores. En realidad, les dije, los hechos hablaban por si mismos; eran graves e indiscutibles; y hasta podía haber un cierto peligro en hablar con demasiada elocuencia sobre ellos, si esta elocuencia era empleada para inflamar las pasiones e influir en los juicios. Y en particular, era necesario que el Senado romano actuara con dignidad, con sensatez y, por encima de todo, con calma. En la vida privada, los hombres pueden permitirse obrar impulsivamente, o al menos se les disculpa si se dejan arrastrar, cuando son lesionados, a pasiones como la de la venganza. Pero aquellos que se encontraban al frente de los asuntos públicos no podían ni proceder llevados por el resentimiento, ni dar la impresión de haberlo hecho así. Por otra parte, debía considerarse que, aun cuando ningún castigo podría ser demasiado severo en este caso por el crimen cometido, en el futuro la mayoría de los hombres habrían de recordar más la severidad del castigo que la perversidad del crimen.

Para ese entonces había impuesto una respetuosa atención a la mayoría de mi auditorio, incluso cuando empezó a ser evidente en qué dirección se encaminaban mis argumentos. A fin de mantener su atención y preparar el camino para el desarrollo de mi tema principal, hablé con cierta solemnidad de algunos lugares comunes: sobre el tema de la muerte y la pena de muerte. La muerte, dije, muy lejos de ser un tormento, era una liberación del dolor, del sufrimiento y de la indignidad. Por consiguiente, infligir la pena de muerte no significaría aumentar el castigo que los criminales merecían sufrir; sería liberarlos para siempre de todo sufrimiento. Por otra parte, había en este caso algunos argumentos poderosos contra el uso de la pena de muerte. En primer lugar, era innecesaria. Gracias a la vigilancia y patriotismo del cónsul, la conspiración estaba bajo control, y las fuerzas de la ley y el orden prevalecían en todas partes. En segundo lugar, era inconstitucional y, tal como ya se hiciera notar, no existía un estado de tan extremo peligro como para justificar una acción inconstitucional. Ciertamente, me apresuré a añadir, no podía temerse ninguna especie de tiranía ilegal dado que el Estado se hallaba bendecido por un cónsul tan correcto y excelente como Cicerón. No por ello dejaba de ser necesario considerar el futuro. Uno debía estar prevenido para no crear un precedente peligroso. Porque bien podía llegar un momento en que un cónsul sin escrúpulos, encontrándose en una emergencia, tratara de armarse de poderes ilegales para poder deshacerse así de sus enemigos personales o políticos. Por consiguiente, proponía que los bienes de los prisioneros fueran confiscados y que a ellos se los condenara, no a muerte, sino a prisión perpetua en alguna de las ciudades italianas. En esa forma, sugerí, quedaría destacada la gravedad de su delito, su castigo resultaría más severo y la constitución quedaría intacta.

El discurso tuvo un notable efecto. El anciano Catulo, ese superviviente del tiempo de Sila, protestó de inmediato contra ello y advirtió a sus compañeros del Senado de no dejarse llevar por una mera retórica que no tendía a otra cosa que a debilitar la autoridad de la institución. No obstante, muchos senadores empezaron a recapacitar, porque yo había logrado hacerles ver que, cualquiera que fuese la opinión del momento, existía una gran posibilidad de que en el futuro el pueblo o los representantes populares exigieran cuentas a aquellos que votaron en favor de la pena de muerte sin juicio previo contra ciudadanos de Roma. Ante la sorpresa general, Quinto Cicerón, hermano del cónsul, que al igual que yo fuera elegido para la pretura del año siguiente, se manifestó en favor de mi propuesta. Otros más lo imitaron, y el debate se hizo aún más confuso a causa de otra propuesta según la cual toda la discusión debía ser postergada hasta después de la derrota de Catilina.

Cicerón, el cónsul, intervino entonces con un discurso característicamente legalista. Me felicitó por mi patriotismo, por la piedad de mi disposición y por mi constante empeño en favor e interés del pueblo. Tales cumplidos tenían, naturalmente, su doble filo. Luego hizo notar que, en verdad, mi propuesta era menos piadosa que la de Silano. ¿Acaso no había manifestado yo que la muerte era preferible a la prisión perpetua? En cuanto al punto constitucional, los conspiradores que fueran declarados enemigos públicos, habían perdido automáticamente sus derechos como ciudadanos. Y mostrarse escrupulosamente considerado para con tales personas sería mostrar una desconsideración, y en realidad hasta una crueldad para el propio Estado. Él mismo, el cónsul, estaba preparado para aceptar la responsabilidad por toda acción que se hallara apoyada por la autoridad del Senado.

Esta intervención de Cicerón tuvo menos efecto de lo que él esperara. Muchos de los senadores no alcanzaron a entender su insinuación de que yo, en todo momento, estuve promoviendo los intereses del pueblo contra el Senado, y otros, en todo caso, se mostraban contrarios a ofender al pueblo. Ni tampoco tuvo mucho peso su casual insinuación de que la pena de muerte era legal nada más que por el hecho de que los prisioneros fueran declarados enemigos públicos. Todo el mundo sabia, a pesar de lo que dijera Cicerón, que éste era en verdad un punto muy discutible. Por otra parte, tratando de aparecer legalista, Cicerón sólo había logrado dar la sensación de no estar del todo convencido.

A medida que avanzaba el debate, aumentó también la confusión. El propio Silano cambió de pronto de idea y manifestó que su propuesta primitiva no había sido comprendida correctamente. No había querido realmente proponer la pena de muerte, sino más bien la pena más severa que legalmente pudiera dictarse. Si resultaba ser la de prisión, él debió querer decir «prisión» en vez de «muerte». Luego confundió todavía más las cosas al decir que más bien estaba a favor de que el debate fuera postergado hasta tanto Catilina y su ejército fueran derrotados.

En ese momento Catón, como tribuno electo, pronunció un discurso impulsivo, violento y característico, que resultó ser decisivo. Aunque sin tener todavía treinta años, Catón había adquirido ya una reputación importante y ciertamente única. La había conseguido a causa de su extrema terquedad y por su afectación de lo que él imaginaba eran las virtudes antiguas: una afectación tan consistente e intensa como para merecer casi el adjetivo de sincera.

En esta ocasión comenzó con un violento ataque contra Silano por haber cambiado de opinión durante el debate. Silano se comportó como un tonto, pero, con todo, habló con sinceridad, y por ello no merecía los improperios lanzados por Catón, quien, después de todo, era su cuñado. El desprecio de Catón por la educación era conocido por sus partidarios como «franqueza», y cuando tildaba de canallas a los que estaban en desacuerdo con él, lo disimulaba bajo el término de «integridad».

Después de atacar a Silano me acusó a mí, cabiéndole cierta razón, de haber confundido deliberadamente el consejo del Estado. Luego continuó atacando mi entera actuación política, a la que describió como la de un demagogo desleal y repudiable. Si el Estado, agregó, se hallaba ahora al borde de la ruina, la culpa de ello era tan mía como de Catilina. Más aún, con toda probabilidad, yo estaría implicado en el complot y debería dar gracias de que por el momento no me encontrara en igual peligro del que estaba tratando de sacar a los conspiradores, esos monstruos de iniquidad que, a no dudarlo, eran amigos míos. Ahora o nunca, terminó diciendo, era el momento para que el Estado adoptara una acción firme. Él mismo, puesto que Silano había sido tan débil para retirar su proposición, propondría ahora el castigo de muerte.

La furia y vigor de esta arremetida cambió la atmósfera de toda la sesión. Catón fue aplaudido desde todos los sectores y en poco tiempo no sólo su propuesta fue generalmente

aclamada, sino que en adición a la misma se propuso fuera confiscada la propiedad de los culpables, tal como en un principio sugiriera yo como una alternativa de la pena de muerte. Fue ésta, desde luego, una maniobra destinada a hacerme aparecer en cierto modo asociado con lo que evidentemente ahora era la determinación de la mayoría. La tensión, por ese entonces, iba subiendo de grado, pero yo no deseaba —ni tampoco podía—mantenerme callado. Protesté enérgicamente porque se retuviese lo que era más severo en mi propuesta, es decir, la confiscación de la propiedad de los prisioneros, mientras se rechazaba lo que era clemente, es decir, salvar a ciudadanos de Roma de una muerte ignominiosa. Y repliqué con vigor a las calumnias de Catón acerca de mi carácter.

Mientras me encontraba hablando, con bastante calor ahora, ante un auditorio que se había vuelto hostil, se me acercó un mensajero entregándome una nota. De inmediato Catón se puso de pie y, con sus habituales modales desequilibrados, pidió que se diese a conocer el contenido de la nota. Probablemente, declaró, debía ser una comunicación de algunos de los conspiradores, ya que era característico de mi conocida insolencia recibir comunicaciones tales en la atmósfera sagrada del Senado. Tan excitados estaban por entonces los nervios de los senadores que hubo una exclamación general de voces en favor de la obstinada y, como resultó ser, grotesca intervención de Catón. Yo había observado la nota y descubierto que era un mensaje de Servilia, la media hermana de Catón, esposa de Silano. Servilia, muy preocupada por mi seguridad personal en esta sesión del Senado, no había podido contenerse de escribirme en los términos más cálidos posibles. De modo que, después de protestar que mis asuntos personales no podían tener interés para un moralista tan severo como Catón, le pasé la nota, invitándolo a leerla en voz alta. Fue ése un mal momento para Catón, quien, al darse cuenta de que en sus manos tema una carta amorosa escrita por su hermana, y al mismo tiempo que estaba siendo objeto de la más ansiosa atención por parte de los senadores, convencidos de que iba a producir una prueba de la más notoria importancia, apenas si supo qué hacer. Al final procedió con su estupidez e indelicadeza características, arrojándome la carta con las palabras: «Tómala, borracho». Lo indelicado estaba en la acción, la estupidez en las palabras, porque aunque el propio Catón era conocido como un consumado bebedor —y en ocasiones se pasaba las noches con su vino, discutiendo, hasta donde su alcoholizado magín le permitía, sobre los principios de moralidad—, la embriaguez, en cambio, era uno de los pocos vicios del cual jamás fui acusado siquiera por mis enemigos.

Sin embargo, el incidente de la nota apenas si menguó el fervor del debate. Continué oponiéndome a la moción en pro de la confiscación de los bienes de los prisioneros y apelé a los tribunos del pueblo para que me apoyaran con su voto. Pero los tribunos tuvieron temor de la opinión de la mayoría y no me prestaron su apoyo. Cicerón, finalmente, más para acelerar las cosas que por otra causa, retiró su moción sobre la confiscación y simplemente presentó ante el Senado la propuesta de Catón a favor de la pena de muerte. La medida fue aprobada por una gran mayoría y en medio de escenas de un entusiasmo tan grande como salvaje. Los pocos que nos abstuvimos de votaría nos convertimos en centro de una atención hostil.

Al abandonar el Senado, me encontré rodeado por una banda de los guardias armados de Cicerón, quienes se me acercaron con sus sables desnudos, que parecían estar dispuestos a usar. Algunos de mis amigos me rodearon protegiéndome con sus togas, pero hubo otros que, bajo la influencia de las emociones provocadas por Catón, ordenaron a los guardias que cumpliesen con su deber y acabaran con un traidor. Sin embargo, los guardias esperaban la orden del cónsul Cicerón, y éste, aunque más tarde se dijo que se arrepintió de su actitud, levantó una mano en alto para impedirles que siguieran adelante. En consecuencia pude llegar a mi casa a salvo, mientras que el propio Cicerón, acompañado

por la mayoría de los senadores y por turbas de partidarios armados, pertenecientes a las clases adineradas, se encaminaba lentamente a través del Foro hacia la prisión y el lugar de la ejecución. Los prisioneros fueron traídos sin tardanza y, después de hacerlos descender a través de un boquete hasta el calabozo subterráneo, fueron prontamente estrangulados. Cicerón, después de haber presenciado la ejecución, pronunció en alta voz, ante la turba expectante: «Han muerto», y luego fue escoltado hasta su casa por una multitud enorme, distinguida e histérica que, para su gran satisfacción, lo saludaba como al segundo fundador de Roma, el salvador y padre de la patria.

Yo no presencié el indecente espectáculo; ni asistí durante el resto del año a las sesiones del Senado. No fue porque temiese por mi vida, sino más bien porque deseaba hacer creer que así era. Sabia que la nada natural «unión de las clases», tan cara a Cicerón, no duraría, y yo, con ayuda de Metelo Nepos, el amigo de Pompeyo, ya estaba dando pasos para acelerar el inevitable proceso de su disolución.

LIBRO CUARTO

1 DESÓRDENES

Aun cuando por ese entonces yo no temía ninguna violencia personal, había más de una razón para sentir recelos de otras formas de ataque. Recordando cómo, en mi niñez, mi tío Cotta fue juzgado por un tribunal marcial, forzándolo al exilio por la única razón de haber sido amigo de un estadista reformista, yo daba por seguro que algunos de mis enemigos, dado el estado actual de sus ánimos, podrían llevar a cabo contra mí una acción semejante. Por temor, no sólo de Pompeyo, sino también de esta clase de persecución, Craso se había retirado de Roma hacia sus estados de Macedonia. Pero Craso podía permitírselo; era ya un hombre de rango consular y su inmensa riqueza siempre lo ayudaría. Yo, por el contrario, me hallaba tan cargado de deudas que no podía esperar sobrevivir, y mucho menos aumentar mis bienes, a menos que al final de mi año de funciones como pretor se me diera una gobernación provincial. Tenía la seguridad de que, si dejaba pasar el momento, lo perdería todo; por ello, tomé la determinación de atacar antes de ser atacado.

Los nuevos tribunos, entre los cuales estaban Metelo Nepos y Catón, entraron en funciones menos de una semana después de la ejecución de los conspiradores. Tuvieron así algunas semanas de gran actividad antes del primero de enero, cuando los magistrados más elevados ocuparon sus puestos. En dichas semanas Catón y Nepos revelaron, destacaron y ampliaron la división de opiniones que nunca dejó de existir. Sus amargas diferencias estuvieron casi siempre vinculadas con el futuro político de Pompeyo, pero tal cuestión afectaba a muchas otras, incluyendo la conducta de Cicerón con respecto a la conspiración.

Cicerón, para hacerle justicia, vio más claramente que la mayoría de sus partidarios. Se dio cuenta que si su ansiada «unión de clases» debía sobrevivir, era preciso algún tipo de alianza con Pompeyo, pero en sus intentos para organizar tal alianza se mostró singularmente inepto. No pudo controlar a Catón y a otros fanáticos de su propio partido, quienes, ya por cuestión de principios o por meros celos, habían decidido que Pompeyo debía volver a ser un ciudadano como cualquier otro; y él, en su propia correspondencia, cometió el ridículo error de dirigírsele como si fuese su superior en lugar de su igual. Sintiéndose hondamente herido por el hecho de que Pompeyo no hubiese hecho un anuncio público desde el Oriente felicitándolo por haber salvado a Roma y al imperio de la revolución, le faltó imaginación para ver que, en verdad, Pompeyo estaba extremadamente molesto con él. Porque Pompeyo, a quien nunca le gustó abandonar el mando, había previsto que sería llamado a Roma a la cabeza de un ejército para sofocar la revuelta. Esta obvia reflexión jamás se le ocurrió a Cicerón, cuya vanidad era tal que no llegaba a comprender por qué causa las cartas de Pompeyo eran de tono tan frío.

Su vanidad se sintió aún más herida por los ataques que le hiciera Metelo Nepos en las reuniones populares. Catón, por cierto, organizó reuniones rivales, y en una de ellas complació enormemente a Cicerón, saludándolo, en medio del aplauso general, como «el padre de la Patria». Pero por placenteros que fuesen tales títulos, Cicerón se alarmó seriamente cuando Nepos, en uno de sus discursos, declaró que una persona que había llevado a la muerte a ciudadanos romanos sin ser juzgados no debía tener el derecho a hablar. Era el tipo de acusaciones que ganan con la repetición y se interpretó perfectamente

su significado en el sentido de que Nepos se hallaba preparado a utilizar su derecho de veto, cuando, el último día de diciembre, Cicerón al abandonar su puesto, pronunciase el habitual discurso ante el pueblo. La posibilidad de verse privado de esa especial oportunidad de autoglorificarse, era para Cicerón más que aterradora. Inmediatamente se puso al habla con las dos mujeres a quienes acertadamente consideró con más influencia ante Metelo Nepos, aunque tuvo el desacierto de creer que éstas iban a utilizar su influencia en su favor. Una de esas mujeres era Mucia, medio hermana de Nepos y esposa de Pompeyo; la otra era Clodia, esposa de Metelo Celer, hermano de Nepos, quien por ese tiempo se hallaba operando en el norte contra Catilina. Tanto Clodia como los dos Metelo despreciaban a Cicerón por ser de baja estirpe, pero Clodia sentía hacia él el interés que sentía siempre por cualquiera que hubiese logrado hacerse un nombre por si mismo y fuera rico; se hallaba particularmente impresionada en ese momento por el hecho de que Cicerón había empezado a negociar con Craso con miras de comprar, a un precio exorbitante, una de las más espléndidas casas de Roma. Por otra parte, le gustaba tener a Cicerón en sus comidas. En temas generales era un conversador brillante, en política era singularmente indiscreto; con respecto a sí mismo y a sus grandes acciones siempre resultaba ridículo, ya que sus alardes divertían a los invitados y en ocasiones posteriores servían como divertidas anécdotas. También gustaba a Clodia el hecho de que la esposa de Cicerón se sintiera sumamente resentida por el hecho de que él concurriese a su casa, puesto que estaba convencida, aunque sin razón, de que Clodia sentía hacia él un interés muy personal. Por consiguiente, Clodia alentaba a Cicerón a creer que haría todo lo posible para contener a Metelo Nepos, aunque no tenía la menor intención de hacer nada por el estilo.

Tampoco Mucia fue una ayuda de importancia. Si no era precisamente fiel a Pompeyo, por lo menos estaba interesada en los asuntos de éste, y se ofendió mucho con Catón, que apoyaba a Cicerón, por haber estado previniendo continuamente al pueblo sobre lo que él consideraba que eran los planes de Pompeyo para convertirse en mandatario absoluto.

Así, la diplomacia de Cicerón no tuvo otro efecto que provocar disputas entre él y su esposa. El último día del año, Metelo Nepos puso en práctica su amenaza y, fundándose en que Cicerón no había permitido que otros ciudadanos de Roma hablaran en defensa propia, le impidió hablar al pueblo, diciéndole que se atuviese únicamente a prestar el juramente de haber cumplido sus funciones lo mejor posible durante el año de mandato. Aunque estaba profundamente ofendido, Cicerón se comportó con dignidad en esta ocasión. Se adelantó a prestar el juramento y luego, elevando su bien entrenada voz, gritó: «Juro que esta ciudad y este imperio han sido salvados de la ruina, y salvados únicamente por mí». Aunque arrogante e inexacta, tal manifestación fue recibida con tremendos aplausos, y Cicerón se vio escoltado hasta su casa por muchos de aquellos a quienes él gustaba considerar como «los buenos». Fue ésta, sin embargo, casi la última ocasión en que «los buenos» aparecieron en las calles de Roma. Lo más significativo en tal ocasión, sin embargo, no fue el aplauso recibido por Cicerón, sino el hecho de que Nepos había podido ejercer su derecho de veto.

Al día siguiente me hice cargo de mis funciones de pretor. No perdí tiempo en atacar abiertamente a los más poderosos de aquellos que yo sabía eran mis enemigos. En lugar de asistir a las ceremonias en el Capitolio con motivo de la asunción del cargo por los nuevos cónsules, me dirigí con mis lictores al Foro y subí a la plataforma desde la cual, durante todo el año, debía presidir los asuntos legales. Había convenido que mis partidarios deberían estar presentes en gran número, de manera que conté con un auditorio considerable al cual dirigirme. Anuncié que me proponía hacer justicia a Catulo, el anciano y respetable estadista, y me alegró notar que mis palabras tuvieron un poderoso efecto. Mi propio partido estaba encantado al volverme a ver actuar con mi habitual insolencia.

Habían creído que me hallaba en peligro, lo que era verdad, y este despliegue de confianza les hizo pensar que yo debía tener alguna secreta fuente de fuerza, aunque, en realidad, la fuerza de mi posición provenía enteramente de la confianza que ellos comenzaban a volver a tener en mí. Otros estaban sencillamente sorprendidos de que alguien pudiera aventurarse a atacar a quien, por decirlo así, era el padre del Senado y a quien además le agradaba imaginarse estar por encima y más allá de la controversia.

Pero yo no había olvidado que Catulo y Catón me habían acusado abiertamente de connivencia con los planes de Catilina. Ahora acusé yo a Catulo de ineficiencia en su labor como superintendente en la reconstrucción del templo de Júpiter Capitolino y pedí que se hiciera una investigación acerca del uso que había hecho del dinero del pueblo. También lo acusé de haberse excedido en sus poderes al haber colocado una inscripción con su nombre sobre el templo todavía sin terminar. Propuse que tal inscripción fuera borrada, que Catulo fuese censurado por su incompetencia o algo peor, y que tanto el trabajo de completar el templo como el honor (de aparecer en una nueva inscripción) deberían serle quitados y dados a Pompeyo. Agregué que estaba completamente de acuerdo con las miras de Metelo Nepos, quien sugiriera, con razón, que Pompeyo debería ser llamado a Italia para restablecer una vez más la ley y el orden.

La reacción de Catulo y su partido fue inmediata. En cuanto Catulo fue informado de lo que estaba sucediendo en el Foro, abandonó la ceremonia oficial en el Capitolio, a pesar de ser una de las ocasiones formales que tanto le agradaban, y, acompañado por un grupo de sus amigos, llegó al Foro y pidió ser escuchado. Habría sido normal que un pretor, al hallarse frente a un anciano estadista de tal distinción, lo hubiese invitado a subir a la plataforma y hablar desde allí al público. Pero yo sabía por experiencia que Catulo era un enemigo irreconciliable y me resolví a humillarlo de toda forma posible. Por consiguiente le dije que hablara, si es que algo tenía que decir, pero desde la calle, cual una persona común. Un insulto tan deliberado al estadista de mayor edad de la república tuvo el efecto que yo esperaba. Alentó sobremanera a los integrantes de mi partido y desató la furia entre «los buenos», que todavía contaban con fuerza suficiente como para ser peligrosos. Catulo quedó casi sin habla, pero en pocos minutos se congregó una multitud tal de sus partidarios que pareció prudente suspender por ese día los asuntos de mi tribunal; no quise tampoco proseguir más adelante con lo que habría resultado un procedimiento complicado y difícil. Mi gesto, del que por entonces se habló mucho, era bastante para mis fines. Había dejado sentado ante Catulo y los demás que, en caso de ser atacado, estaba preparado para defenderme. Había acentuado, también, las diferencias ya existentes entre Pompeyo y el Senado.

Al día siguiente, Metelo Nepos propuso en el Senado que Pompeyo fuese llamado para aniquilar a Catilina y restablecer el orden en Roma. Como era cosa sabida que el pequeño ejército de Catilina se hallaba rodeado ya por fuerzas del gobierno, y eran muy pocas las posibilidades que tenía de sobrevivir, Nepos no podía pretender que Catilina continuaba siendo un peligro. Por consiguiente, dedicó casi todo su discurso a atacar a Cicerón, quien, furioso como estaba con Nepos por haberle impedido pocos días atrás desplegar su oratoria en público, lanzó algunas hermosas frases de invectiva, reiterando su convicción de que Roma debía su existencia a sus propios esfuerzos. Su discurso fue calurosamente aplaudido por la mayoría del Senado y Cicerón, gozando de los aplausos, no pudo notar que el efecto de su oratoria no era el que podía desearse. No solamente Nepos, sino otros como Catón, habrían de interpretarlo como un ataque contra Pompeyo, con quien Cicerón estaba, en realidad, ansioso de hallarse en buenos términos. Catón, naturalmente, aprovechó la oportunidad para decir que mientras él viviese, Pompeyo jamás habría de conducir sus tropas sobre Roma. Estas palabras fueron recibidas también con aplausos y Nepos, viendo que no había posibilidad de lograr apoyo en el Senado para su

proposición, amenazó con que haría sancionar su proyecto, le gustara o no al Senado, presentándolo directamente ante la Asamblea del Pueblo.

Me comprometí a apoyar a Metelo Nepos en esas medidas, lo cual, dadas las circunstancias, era un paso arriesgado. En los días en que Gabino y Manlio, en oposición al Senado, sancionaron las leyes por las cuales se daban a Pompeyo poderes excepcionales contra los piratas y Mitrídates, el Estado se había hallado en verdadero peligro y, especialmente las clases adineradas, que se encontraban preocupadas por sus inversiones, volcaron todo su peso contra el Senado. Pero ahora, estas clases se encontraban firmemente aliadas con los elementos más reaccionarios del Senado. Muchas personas, tanto en el Senado como fuera de él, creían sinceramente que Pompeyo estaba planeando una dictadura. Muchas otras estaban sencillamente celosas. Por consiguiente, estábamos seguros de que nos veríamos frente a la hostilidad de los sectores más poderosos de la sociedad y que para nuestro apoyo sólo podríamos contar con mi popularidad personal (que resultó algo trastornada por los acontecimientos vinculados a Catilina) y con el gran número de gente del pueblo que todavía respondería al significado emocional del nombre de Pompeyo, «el Grande».

Nunca creí que nuestra agitación en esta ocasión pudiera lograr que se sancionara un decreto para llamar a Pompeyo, aunque en eso Nepos no estaba de acuerdo conmigo. Lo que yo quería era recalcar la existencia del poder del pueblo, demostrar cuán falsos habían sido los argumentos retóricos de Cicerón pretendiendo ser el cabecilla de una Italia unida, y colocar al propio Cicerón en una posición insostenible desde el punto de vista político. Cicerón fue uno de los pocos en el Senado que tuvo la suficiente inteligencia para ver las ventajas de tratar a Pompeyo con el respeto y consideración que le eran debidos. Ahora se veía obligado a ponerse del lado de los enemigos de Pompeyo —Lúculo, Catón y los demás—, puesto que no habría de apoyar una propuesta que significaba un voto de censura sobre su propia conducta como cónsul.

Las revueltas originadas a consecuencia de la acción de Nepos y mía fueron las peores ocurridas en Roma por muchos años. Era el tres de enero y, aunque todavía estaba oscuro, Nepos había ocupado el Foro con un número considerable de hombres armados. Poco después del alba, él y yo ocupamos nuestros puestos sobre una plataforma frente al templo de Cástor. Inmediatamente dispusimos que el proyecto fuese leído ante el pueblo. Habíamos contado con la oposición de Catón y de uno de los tribunos, llamado Termo, pero en un principio pareció que la oposición carecía de fuerza suficiente. Catón, que se había entregado a una de sus borracheras, llegó tarde y tuvo que mandar apresuradamente a buscar grupos de gente capaces de resistir a nuestros partidarios. Los senadores, incluso el cónsul Murena, y gran cantidad de gente de las clases adineradas, empezaron a llegar presurosos a la asamblea. Pero por cierto fueron minoría y al comenzar los procedimientos, Catón y Termo eran los únicos miembros presentes de su partido. Debe admitirse que actuaron con coraje y decisión. Puesto que eran tribunos, los guardias les abrieron paso y, entre gritos hostiles, treparon a la plataforma. Catón ocupó ostentosamente su sitio entre Nepos y yo, gritando al hacerlo: «Me siento aquí para impedir que juntos planeen otra conspiración». Y luego, cuando el escribiente sacó una copia del proyecto y empezó a leer en voz alta, se puso de pie e interpuso su veto como tribuno, prohibiéndole que leyera una palabra más. Ya habían comenzado algunas luchas entre la turba y pronto se produjeron también en la plataforma. Nepos, sin hacer caso del veto de Catón, empezó a leer el proyecto de ley. Catón le arrebató el papel de la mano y lo pisoteó. Nepos, mientras retenía a Catón con una mano, comenzó a recitar de memoria el proyecto; más ahora Termo, el otro tribuno, intervino y tapó con la mano la boca de Nepos. Ésa fue la señal para que la gresca se hiciera general. Volaron en todas direcciones piedras y palos. Nuestro grupo, que

en esos momentos era el más numeroso y que contaba además con el apoyo de los guardias armados de Nepos, empezó, despacio al principio, pero luego en una arremetida general, a arrojar del Foro a nuestros adversarios.

Aun bajo los golpes que le llovían, Catón continuaba manteniéndose firme, gritando frases que, en medio de la algarabía, eran ininteligibles, pero entre las cuales llegaban a oírse con frecuencia las palabras «tiranía» y «libertad». Finalmente pudo ser rescatado por el cónsul Murena, quien le arrojó encima su propia toga y lo puso a salvo en el interior del templo de Cástor. Luego, él mismo, con el resto del partido senatorial, se lanzó a la fuga.

No puede negarse que el Foro presentaba un espectáculo indecoroso. Por todas partes podían verse cabezas y narices ensangrentadas, armas rotas, prendas desgarradas, piedras arrancadas del pavimento y otros signos de la revuelta. Al objeto de hacer que las actuaciones parecieran en cierto modo más respetables, Nepos despidió a sus guardias armados y, después de lo que pareció un intervalo decoroso, comenzó una vez más a leer en voz alta su proyecto. Sin embargo, durante dicho intervalo, Catón y sus amigos habían estado activos. Lograron reorganizar a sus partidarios y, al ver que tenían el camino expedito, volvieron a arremeter contra el Foro y se pusieron a arrojar piedras contra los partidarios de Nepos que habían quedado detrás. Fue necesario retroceder. Yo, que no me encontraba lejos de mi casa, me alejé, dignamente, escoltado de cerca por miembros de mi partido. Nepos se vio obligado a hacerlo más precipitadamente.

Distaba yo mucho, en esa ocasión, de admitir una derrota. En realidad, me sentía mucho más seguro que antes, a pesar de que durante los días que siguieron, las apariencias parecían contradecir mi confianza. Tal como lo esperaba, mis enemigos intentaron de nuevo eliminarme de la vida política, pero ahora yo estaba en condiciones de enfrentarme a ellos con mejores posibilidades de éxito. El pueblo de Roma puede decirse que había vuelto en sí y estaba decidido a protegerme, la gente había empezado a darse cuenta de que, después de la oratoria y el entusiasmo del consulado de Cicerón, las cosas continuaban siendo exactamente como antes. A decir verdad, durante todo su año de funciones, Cicerón solamente había sancionado una medida vinculada, aunque remotamente, a lo que pudiera llamarse eficiencia en el gobierno y la administración. Era su ley acerca del soborno en las elecciones y fue notoriamente quebrantada por Murena, el actual cónsul, quien estuvo completamente respaldado por el propio Cicerón.

El Senado trató, sin éxito, de volver a crear la atmósfera de histerismo que se desatara cuando la ejecución de los conspiradores. En una asamblea celebrada el mismo día de los disturbios, todos ellos vistieron ropas de duelo como si se tratara de alguna calamidad nacional, y actuaron como si Roma se hallara en manos de revolucionarios. Nuevamente fue aprobado el «último decreto», dando poder a los cónsules para adoptar la acción que creyeran más adecuada para preservar el Estado. Y dicho decreto fue seguido por otro, totalmente ilegal, por el que a Metelo Nepos y a mí se nos prohibía ejercer nuestra magistratura.

Al recordar el uso que se hiciera del «último decreto» en el caso de los conspiradores de Catilina, reconocimos el peligro que nos amenazaba. Nepos convocó una Asamblea del Pueblo en el Foro, lamentándose amargamente por la forma en que él, el emisario del más grande general de Roma, había sido tratado, y anunció que para poder salvar su vida se veía obligado a huir de Roma y buscar la protección de Pompeyo. Me pidió que lo acompañara, pero yo tenía otros planes y lo dejé ir solo. No deseaba acercarme a Pompeyo en calidad de refugiado. Contaba con un partido propio y, cualquiera que fuese el riesgo, pensaba seguir manteniéndolo. Por ello, durante varios días no hice ningún caso del decreto aprobado en mi contra por el Senado. Con la precaución de ir siempre acompañado por un cuerpo de guardias, concurría como de costumbre al Foro y continuaba ocupándome

de los asuntos que llegaban al tribunal que se me había encomendado presidir por votación popular. El pueblo se deleitaba ante tal acto de desafío; mis enemigos en el Senado se sentían ultrajados. Y en verdad, pronto empezó a parecer que extremistas tales como Catulo y Catón podrían salirse con la suya y hacerme arrestar. Sin duda presentarían para ello algún informante que declarara que yo había estado aliado con Catilina. Debía precaverme contra ese peligro, y en consecuencia, después de declarar públicamente que el sumo pontífice ya no podía andar libremente por las calles de Roma, me retiré a mi residencia oficial y por varios días no actué en asuntos públicos. Durante ese tiempo estuve sumamente ocupado organizando lo que debería parecer una manifestación espontánea en mi favor.

El día que elegí para esta demostración se congregaron frente a mi casa varios miles de hombres, muchos de ellos armados. Hablaron varios oradores que atacaron con violencia a quienes propusieran en el Senado que los magistrados elegidos por el pueblo romano fueran despojados de su cargos. Yo, sentado en el interior de mi casa, podía oír los gritos de «¡César!», «¡César!», llamándome con la intención de escoltarme por las calles y forzar al Senado a que se me reinstalara en mi cargo. Mientras tanto, me informaron que el Senado, presa de pánico, se había reunido apresuradamente, temiendo mayores violencias y acaso una revolución. Continuaban todavía en sesión e iban siendo informados constantemente sobre lo que ocurría frente a mi casa. Muchos de los que les llevaban informes, eran, en verdad, mis propios agentes. Con particular cuidado me encargué de que el discurso que pronuncié fuera rápida y correctamente transmitido a los senadores. La multitud, cuando me presenté, estaba aún más excitada de lo que había previsto y en un principio casi fui arrastrado, tal era su entusiasmo por marchar conmigo directamente al lugar en donde el Senado se hallaba en sesión. Sin embargo, pude lograr que se me oyese y hablé entonces con una calma y moderación que muy pronto consiguieron el efecto deseado. Después de agradecerles su solicitud hacia mi persona, y hacia la constitución, les pedí que regresaran a sus casas con toda calma y en orden. Les manifesté que en el Senado había personas que eran enemigas mías y también de los principios establecidos de la ley y del orden; pero había otros, agregué, que muy pronto se darían cuenta de que en mi caso se había actuado ilegalmente y que tratarían de reparar la injusticia que se hiciera.

De esa forma calmé la agitación de la turba y obligué al Senado a actuar. En cuanto mi discurso y sus efectos fueron conocidos, aquellos senadores que eran mis amigos se volvieron en el acto contra los que me estuvieron acusando de iniciar revueltas. Fueron ampliamente apoyados por la gran mayoría de los que temían, ante todo, que pudiera haber otro día de disturbios. Antes de que finalizase la mañana, llegó a mi casa una delegación del Senado. Venían con instrucciones de agradecerme mi lealtad y mi serena actitud ante el pueblo, invitándome a regresar con ellos al Senado, en donde sería reinstalado apropiadamente en mi cargo de pretor.

2 ESCÁNDALOS

Fue una suerte para mí el haber actuado tan pronto y vigorosamente al comienzo mismo del año. Poco después de las manifestaciones, el pequeño ejército de Catilina quedó aniquilado en un combate. Antonio Hybrida, pretextando un ataque de gota, no tomó parte en la lucha, pero sus tropas fueron conducidas resueltamente por su subordinado Petreo. El propio Catilina murió combatiendo bravamente por una causa que ya desde tiempo atrás estaba perdida.

Ahora, tal como lo esperaba, fueron iniciados varios procesos por razones de malignidad personal contra gente que en algún momento del pasado estuvo asociada con Catilina. Yo era un blanco propicio, pero en la actualidad disfrutaba de una posición muy reforzada y, cuando mis enemigos hicieron otra tentativa para arruinarme, estuve en condiciones de proceder con aplomo y severidad. Primeramente presentaron a un informante llamado Vetio, quien me denunció ante el tribunal del cuestor Novio Niger. En su declaración preliminar dijo Vetio que podía presentar una carta dirigida a Catilina de mi puño y letra. Como en el pasado yo había mantenido con frecuencia correspondencia con Catilina, era muy posible que fuese cierto. Al mismo tiempo fui objeto de un ataque más grave por el traidor Quinto Curio, quien, siendo en un principio conspirador, se había unido al final a su amante Fulvia en el papel más provechoso de informante, habiendo ya recibido una recompensa del Senado por sus actividades. Al igual que la mayoría de los informantes, no sabía en qué punto debía detenerse, y sin duda esperaba ganarse otra recompensa si lograba incriminarme.

Pero el caso es que yo estaba furioso y, sintiéndome poderoso, apelé de inmediato a Cicerón en el Senado y pedí que declarase públicamente cómo, en los primeros días de la conspiración, yo había actuado patrióticamente al darle informes que bien pude haberme reservado. Con ello estaba corriendo cierto riesgo. Curio le había sido de gran utilidad a Cicerón, y yo no podía saber si Cicerón estaba de acuerdo con aquellos que ahora lo incitaban en mi contra. Por otra parte, sabía que Cicerón estaba alarmado por haber perdido el favor del pueblo, y dudaba que éste se arriesgara a que aumentase su impopularidad uniéndose a mis enemigos. Sabía también que en la compra de su nueva y espléndida mansión había contraído deudas muy cuantiosas con Craso y, aunque Craso se hubiese retirado momentáneamente de la política, no apreciaría un ataque contra mí, que bien podría ser el preámbulo de uno contra él mismo. Por ello, tal como yo lo anticipara, Cicerón decidió aclarar mi situación y me felicitó abiertamente por el patriótico fervor que había demostrado, no sólo recientemente, sino durante el tiempo de la conspiración.

Me encontraba ahora en condiciones de lidiar con mis acusadores tal como se merecían. Curio fue convicto por haberse propuesto levantar una falsa acusación contra un senador. Se le despojó de su recompensa original y cayó en desgracia. En cuanto a Vetio, permití que algunos de mis partidarios destruyeran su casa y robaran sus pertenencias. Se lo arrastró luego hasta el Foro y fue casi hecho pedazos por la turba. Finalmente le salvé la vida condenándolo al presidio. También hice apresar al cuestor, Niger, por haberse excedido en sus poderes al permitir que un magistrado de rango superior fuera acusado en su tribunal. De manera que por un tiempo mis enemigos me dejaron tranquilo.

Sin embargo, sus ataques habían creado en mí a un hombre diferente. Habían despertado sentimientos de amargura e ira que muy raramente llegara antes a conocer. Me volví impaciente e intolerante con la oposición y es indudable que muchas de mis acciones podían ser descritas apropiadamente como dictatoriales y despóticas. Supongo que, en

parte, este cambio en mi carácter fue la reacción natural de quien se siente perseguido y debe luchar por su existencia. También me molestaba, como me ocurrió con el caso de los piratas, la estupidez, la arrogancia y la ineptitud. Además, estaba moralmente ofendido por el contraste entre mi voluntad de conciliar y de perdonar, y la implacable e irreconciliable enemistad que desperté, a no dudarlo, entre unos pocos. Previamente, había estado dispuesto a hacer a un lado y a olvidar esas manifestaciones de mala voluntad. Ahora empezaba a resguardar y asentar mi dignidad, y quizás a veces demasiado vigorosamente. Estaba, por ejemplo, el caso del joven príncipe númida Masinte, quien tanto me había gustado por su aspecto y sus maneras. Me propuse defenderlo en el Senado cuando Juba, el hijo del rey de Numidia, llegó a Roma con el fin de obtener apoyo para su padre, quien pretendía que este atractivo joven le debía tributo. Las únicas personas con que Juba habló en Roma eran mis enemigos y, cuando habló ante el Senado, se condujo de manera muy poco apropiada. Ese africano barbudo se dirigió a mí con modales despectivos, sugiriendo que yo era a la vez un revolucionario y un fracasado y que solamente me hacía cargo de la defensa de Masinte a causa de las viciosas inclinaciones que compartía con dicho joven. Hasta se atrevió, sin duda inducido por Catón o alguno de los imitadores de Catón, a reprochar mi afeminamiento a causa de las mangas abultadas de mi túnica que, debido a mi influencia, estaban poniéndose de moda en Roma. No podía tolerar ser insultado de tal forma y por lo tanto crucé el Senado, cogí a Juba por la barba y después de sacudirlo violentamente hacia adelante, hacia atrás y hacia los lados, lo arrojé al suelo. Volví entonces a mi lugar y dije al númida que continuara su discurso, pero que, durante el resto del mismo, mostrase su debido respeto hacia los magistrados elegidos por el pueblo romano. Esa actitud mía tuvo un efecto desconcertante sobre Juba y sobre los romanos que lo instaran a insultarme. Se sintieron nuevamente desconcertados cuando, después de quedar decidido que Masinte debía pagar sus deudas y ser retenido en custodia hasta que así lo hubiese hecho, tomé al joven bajo mi protección y declaré que lo retendría en mi propia casa. Se oyeron algunas protestas, pero se hizo como yo decidí. En efecto, Masinte vivió conmigo durante más de un año. Al término de ese tiempo, cuando partí de Roma para mi provincia de España, lo hice salir ocultamente de la ciudad conmigo y finalmente lo dejé en libertad para que regresara a su país.

Aparte de querellas políticas y personales, sufrí algunos vejámenes domésticos durante el año de mi pretura. El escándalo principal, concerniente a Clodia y a mi esposa, no ocurrió hasta el final de ese año; pero antes de esa fecha estuve profundamente preocupado por la decisión de Pompeyo de divorciarse de su esposa Mucia, aunque yo no estuviese comprometido en su infidelidad más de lo que podían estarlo muchos otros; lo sentía personalmente por ella, puesto que Mucia gozaba del privilegio de ser la esposa del más grande ciudadano de Roma. Naturalmente, yo no tenía la más leve sospecha de que la siguiente esposa de Pompeyo había de ser mi propia hija. En realidad, ese verano, pareció como si todos los cálculos que hice mientras estuve trabajando en colaboración con Metelo Nepos estuvieran completamente equivocados. La vanidad de Pompeyo había quedado satisfecha, tal como yo pretendiera por algunas de las cosas que Nepos y yo dijéramos acerca de él. Pero, alarmado por la gran oposición con que nos encontramos, Pompeyo se dispuso a seguir una política exactamente opuesta a la que yo anticipara. Estaba proyectando efectuar una alianza matrimonial con la familia de Catón y, aun antes de haberse divorciado definitivamente de Mucia, sus representantes se entrevistaron con Catón con este objeto.

Afortunadamente para mi propio futuro, Catón fue lo bastante tonto como para rechazar sus sugerencias. Se había formado la idea, sin que ésta fuese sustentada por ninguna evidencia, de que Pompeyo pretendía convertirse en rey, y no pudo resistir la oportunidad de hacer alarde de este tonto elemento de su carácter al que consideraba como

«integridad». Anduvo haciendo alardes de haber rechazado la oferta de Pompeyo y diciendo que únicamente él entre todos los romanos rehusaría siempre ser sobornado para abandonar sus convicciones. Me doy cuenta ahora que, aunque nunca tuve una gran opinión de Pompeyo como político, le había asignado en realidad más inteligencia que la que poseía. No había podido conquistar a Catón y ahora, demasiado orgulloso para revocar su decisión de divorciarse de Mucia, se enemistaba con los Metelo y sus poderosas relaciones. Nepos, que había informado a Pompeyo de los acontecimientos que lo forzaron a huir de Roma, montó en cólera al ver que éste no tenía la menor intención de intervenir con su fuerza armada, bajo el pretexto de estar defendiendo los derechos de los tribunos; se enojó aún más cuando Pompeyo dispuso divorciarse de su hermana para aliarse con el mismo hombre que lo expulsara del Foro. Metelo Celer, el otro hermano, se sintió todavía más afectado que Nepos por la forma en que se estaba tratando a Mucia. Celer era en ese momento gobernador de la Galia Cisalpina, y tenía excelentes perspectivas de llegar a cónsul al cabo de dos años. Quería mucho a Mucia, pero le importaba más la distinción de su familia. Un insulto a un Metelo le parecía más terrible que un delito de alta traición. Se convirtió en el enemigo más implacable de Pompeyo y, al serlo, dada la manera en que sucedieron las cosas, sirvió de la forma más admirable a mis intereses.

El propio Metelo Celer no era muy exigente respecto a las obligaciones de las esposas con respecto a sus maridos. En verdad, puesto que estaba casado con Clodia, no estaba en condiciones de serlo. Ese año, mientras estaba en el norte, Clodia continuó comportándose como siempre lo hiciera; sin embargo, en cuanto a la posteridad se refiere, dicho año debió ser el único valioso de su existencia. Desde la provincia de su marido y probablemente con una presentación de éste, llegó a Roma el joven veronés Catulo. Era muy culto y agradable, aunque de acalorado temperamento. Personalmente siempre me agradó y siempre me interesé en sus obras. No niego que me afectó mucho cuando, años más tarde, empleó su gran talento en vituperar a algunos de mis oficiales y también a mí mismo. Sus poesías siempre fueron buenas, aunque algunas de ellas tienen demasiada erudición. Sin embargo, me imagino que los poemas que dedicó a Clodia, cuando estaba enamorado o cuando estaba enfurecido, se seguirán leyendo todavía después de que otras obras suyas más ambiciosas hayan sido olvidadas.

En cuanto apareció en Roma, al igual que tantos otros, se enamoró de la esposa de Celer y, como todos, fue aceptado por un corto tiempo como su amante. Para Clodia, que tenía diez años más que el joven, este enredo amoroso probablemente fue de poca monta, pero para Catulo y para el mundo en general fue un suceso de la más grande importancia. Pues Catulo celebró su gozo, su pasión y finalmente su desesperación en versos que pronto y con justicia se hicieron famosos. Su primer poema a «Lesbia» (el nombre poético que diera a Clodia) fue una imitación brillante de Safo. Los últimos acusaron pocas huellas de la influencia griega y fueron notables por su simplicidad y fuerza. Es posible sonreír ante la extraordinaria infatuación del joven por Clodia, a la cual en un principio consideró evidentemente no sólo como una especie de diosa sino como una mujer de sentimientos puros y desinteresados. Nadie se sorprendió cuando, luego de un breve período, fue reemplazado por otro joven, llamado Celio Rufo, amigo de Cicerón, que más tarde fuera un partidario mío al que nunca otorgué confianza. Pero nadie con un poco de buen gusto podría haber encontrado ridículas las poesías en sí y aun en los equivocados sentimientos del poeta puede hallarse una cierta grandeza. Yo mismo, que habría sido incapaz de las aberraciones de juicio de Catulo, me sentía profundamente conmovido no solamente por la destreza verbal de esos versos sino también por la sinceridad, profundidad y sencillez de esos sentimientos que los hacían bajo todo punto admirables.

Era un nuevo estilo poético en nuestro país y en cuanto apareció, convirtió las obras de los otros poetas en hábiles ejercicios escolares más que en las verdaderas efusiones del

genio que pretendían ser. Supongo que hasta ese entonces Cicerón gozaba de la más elevada reputación como poeta, aunque últimamente había disminuido, dado el gran número de versos que componía sobre el monótono tema de su propio consulado. Mi propia poesía, debo decirlo, no es mala. Es sencilla y directa, como la prosa que escribo sobre cuestiones militares. Pero tendría que ser muy vanidoso si imaginara tener el verdadero fuego del genio que reconozco en Catulo. Desearía que hubiese vivido más tiempo. Necesitamos poetas para el nuevo mundo que está naciendo y, a medida que dicho mundo adquiera forma, no me sorprendería ver a un gran poeta dedicar su genio a una gran idea política o nacional en lugar de los habituales temas de amor y de odio. Quisiera tener tiempo para intentar yo mismo tal tarea. Mis únicas obras poéticas son, aparte de unas pocas tragedias, poemas de amor y epigramas. El joven Octavio llegó a sugerir que, puesto que se me adora con honores divinos, debería suprimir esos primeros trabajos. Pero yo creo que no dejan de tener mérito y que será bueno para la posteridad el recordar que algunos generales fueron también hombres de letras. No soy tan buen poeta como Sófocles, pero probablemente soy mejor general de lo que él fuera, y en ambos aspectos supero por mucho a Sila.

Pocas fueron las personas que por entonces se dieron cuenta de la importancia del nuevo enredo amoroso de Clodia. Muchos más comentarios provocó el escándalo en que se vieron envueltos su hermano Clodio y mi esposa. Fue en si un asunto bastante tonto, pero me colocó en una situación algo embarazosa y, como hacia finales del año nadie podía hablar de ninguna otra cosa, ello debió ser muy fastidioso para Pompeyo. Porque Pompeyo, después de un año de procesiones y desfiles, abandonó su mando. Sin duda estaba deseando encontrar algún pretexto para mantener su ejército en existencia, pero no lo encontró. Por lo tanto, desbandó su tropa y, acompañado solamente por una pequeña escolta de amigos, partió hacia el norte, desde Brindisi hacia Roma. Había gratificado con enormes recompensas a sus oficiales y a su tropa, y había prometido suministrar tierras a sus hombres en un futuro cercano. Había destruido a los piratas y a Mitrídates; arreglado los asuntos de todo Oriente; y finalmente se condujo estrictamente de acuerdo con la constitución, demostrando la poca base que tenía la agitación lanzada en su contra por Catón de un lado, y por Craso del otro. Naturalmente esperaba ser recibido con honores y gratitud. Estaba habituado a ser considerado como el hombre más grande del mundo.

No obstante, en Roma se encontró con que ya había en el Senado un fuerte partido en su contra. Catón no estaba dispuesto a admitir un error y continuaba insistiendo en que Pompeyo ansiaba el poder absoluto. Lúculo acababa de anunciar que se opondría a las condiciones de arreglo en Oriente. Cicerón, por su parte, estaba descontento y molesto porque Pompeyo aún no lo había felicitado calurosa o públicamente por la forma en que se condujo cuando la conspiración de Catilina. Y para colmo de males, el tema general de las conversaciones en Roma no era la conquista de Oriente, sino el asunto de Clodio y mi esposa.

Dicho asunto ocurrió en diciembre. La ocasión fue el festival de la Buena Diosa que en ese año se realizaba en mi casa bajo la dirección de mi madre y mi esposa. Se trataba de un festival interesante y, aunque a las mujeres que tomaban parte les estaba prohibido revelar o discutir con los hombres nada que se relacionara con sus sagrados ritos, yo, desde luego, conseguí enterarme, en parte al menos, de qué los constituye. Los procedimientos, según parece, son con frecuencia de carácter algo orgiástico y las ceremonias relacionadas con el despliegue de varios objetos santos parecen indicar un culto de origen oriental. Las mujeres lo toman muy en serio, tanto que ninguna de ellas está dispuesta a satisfacer nuestra curiosidad sobre el asunto. Dado que a ningún hombre se le permite tan siquiera hallarse presente en la casa cuando se realizan las ceremonias, yo, por mi parte, había

partido por la tarde temprano con la idea de regresar después del anochecer. Sin embargo, poco después de medianoche recibí una llamada urgente de mi madre.

Cuando llegué a casa se habían retirado ya casi todas las mujeres, pero las que todavía permanecían, mostraban síntomas de hallarse alteradas y agitadas. Pompeya, mi esposa, estaba encerrada en su dormitorio, en estado histérico. Todo cuanto pudo hacer fue rogarme que no creyese nada de lo que pudiera decirme mi madre, asegurándome que mi madre siempre la había odiado. Dadas las circunstancias, sentí pena por ella, ya que no me desagradaba; pero bien sabía que la palabra de mi madre ofrecía más garantías que la suya.

Muy pronto recibí de mi madre un relato verdadero de lo ocurrido. El joven Clodio, cuya natural tendencia fue siempre la de realizar actos que de conocerse resultarían chocantes, se había sumado a la solemne ceremonia disfrazado de mujer y había sido descubierto. Por supuesto no se dejó llevar por ningún interés religioso sino por su pasión hacia mi esposa, y ciertamente debió parecerle una idea muy atrayente tener un acercamiento con una mujer que a cualquiera le habría parecido imposible en tales circunstancias. No existe duda de que Pompeya, a pesar de que ella siempre lo negó, estaba al tanto del hecho y que concertó por adelantado los planes con Clodio. Desgraciadamente para ambos, sus planes no fueron llevados a cabo con eficacia. Aparentemente, Clodio se había tomado tanto trabajo con su disfraz que de todos modos, por la riqueza de sus ropas, había debido llamar la atención. Puesto que alardeaba de poseer gran facilidad para personificar al sexo opuesto, en lugar de ir inmediatamente en busca de Pompeya se había mezclado con las otras mujeres, satisfaciendo su curiosidad con respecto a los objetos sagrados que estaban siendo revelados y los sacrificios que iban a hacerse. Parece que entonces una de las mujeres de mi madre, atraída por la apariencia de Clodio, empezó a tomarse algunas libertades y que Clodio, rechazando sus avances, se olvidó de su simulación y habló con voz masculina. En el acto se produjo una alarma, en el curso de la cual logró huir para ir a ocultarse en el dormitorio de una de las doncellas de Pompeya. Sin embargo, mi madre tomó entonces el asunto en sus manos. Ordenó que todas las ceremonias fueran suspendidas inmediatamente y al poco rato Clodio fue descubierto y reconocido. Las mujeres se sintieron ultrajadas por su imprudencia y lo echaron en la forma más ignominiosa. Después regresaron a sus casas mucho más temprano de lo que sus maridos esperaban.

Naturalmente, al día siguiente, y por algún tiempo después, toda Roma estuvo hablando de Clodio. El asunto fue comentado con particular violencia por la nobleza reaccionaria, que veía en ello una oportunidad para arruinar a Clodio, de cuya influencia con el pueblo recelaba mucho, y para desacreditarme a mí, ya que en mi casa y a causa de mi esposa había tenido lugar el sacrilegio.

Abrigaba algunas esperanzas de que el asunto sólo provocara habladurías durante unos cuantos días. La mayoría de la gente creía que me divorciaría inmediatamente de mi esposa, pero yo no tenía el menor deseo de ponerme en ridículo haciendo el papel de marido ultrajado, de modo que traté de hacer creer que toda la historia había sido demasiado exagerada. En una reunión del Colegio Pontificio que presidí no se mencionó la culpabilidad de ninguna persona en particular. Simplemente declaramos que había habido un acto de sacrilegio y que los sacrificios debían volver a realizarse. Yo no abrigaba animosidad personal contra Clodio y hasta me sentí ansioso por protegerlo, ya que la mayoría de sus enemigos eran también los míos. Era un orador capaz, un gran favorito del pueblo y pensaba también que podía serme útil.

Sin embargo, un pequeño grupo en el Senado continuó agitando en favor de una encuesta pública. Catulo, Lúculo y Catón eran los cabecillas de ese grupo y Cicerón, tontamente, se dejó asociar a ellos. Al final quedó resuelto que Clodio debía ser procesado

y después de esta decisión me divorcié de mi esposa. Había dejado de serme útil o atractiva y, fuese o no culpable en esta oportunidad, no podía permitir que me sospecharan encubridor de su culpabilidad. Deshaciéndome de Pompeya alegré además a mi madre y a mi hija.

Todo el asunto del proceso de Clodio se arrastró por varios meses hasta llegar el año nuevo, y me resultó sumamente enojoso aparte de que demoró mi partida para la lejana España, que se me había asignado como mi provincia. El proceso en sí fue más escandaloso que el mismo sacrilegio. Al comienzo de los procedimientos contra Clodio, Catón había hablado de reivindicar los preceptos de la moralidad y Cicerón pidió por su parte que se volviera a lo que él todavía consideraba como la pureza de la vida pública que marcó su propio consulado, y que desapareciera en forma tan notoria. Nuevamente consideró que «los buenos» debían unirse. Pero pronto fue evidente que el proceso no haría sino recalcar la existencia de la desunión y el poder de la corrupción. Clodio, desde luego, fue apoyado por sus dos hermanas y por los muchos hombres a los cuales ellas influían. Las hermanas se volvieron aún más activas cuando pareció que Lúculo estaba dispuesto a presentar testimonios sobre las relaciones incestuosas que existieron entre ellas y su hermano. Un apoyo todavía más poderoso tuvo Clodio por parte de Craso, quien, muy sorprendido al ver que nada tenía que temer de Pompeyo, había vuelto a Roma y deseaba afirmarse contra aquellos que, como Catón y Catulo, habían demostrado ser sus enemigos. También Clodio se puso en actividad. Reunió por medio del soborno numerosos testigos, quienes declararían que, en el momento del sacrilegio, él se encontraba a noventa millas de Roma, y había alquilado también bandas de hombres armados con objeto de intimidar a los pocos miembros del jurado que no habían aceptado sobornos por parte de Craso.

Aun así, Clodio apenas consiguió salvarse. La evidencia en su contra era tan aplastante que se necesitaba bastante coraje para votar contra ella. Su coartada fue eficientemente demolida por el testimonio de Cicerón, quien reveló el hecho de que Clodio en persona lo había visitado en Roma pocas horas antes del comienzo del festival. Al prestar su testimonio, Cicerón, tal como los acontecimientos posteriores iban a demostrarlo, se hizo de un enemigo muy peligroso y hasta creo que, poco antes del proceso, éste habría deseado retirarse por completo del caso. Desgraciadamente, fue víctima de los persistentes celos de Terencia, su formidable esposa, quien estaba convencida de que cualquier tibieza demostrada por su esposo sobre el asunto implicaba un entendimiento secreto entre él y Clodia.

Yo mismo fui llamado como testigo, limitándome a negar todo conocimiento sobre los alegados acontecimientos ocurridos en mi casa. ¿Por qué, se me preguntó luego, me había divorciado de mi esposa? Contesté que la experiencia me había demostrado que para ser inocente no bastaba con serlo sino además había que parecerlo.

Mi respuesta, aunque parezca curioso, ha sido recordada, y hoy se la menciona con frecuencia como un ejemplo de lo estricto de mi moral que, ciertamente, con el correr de los años, se ha vuelto más estricta de lo que fuera entonces. Sin embargo, en ese momento, no estaba sino refiriéndome al hecho de que yo mismo, no hacía mucho tiempo, había sido injustamente atacado bajo la sospecha de estar aliado con Catilina.

Mi testimonio, probablemente, fue de alguna utilidad para Clodio y él me quedó agradecido. El veredicto, a pesar del soborno, fue muy igualado. Veinticinco de los del jurado votaron contra Clodio y treinta y uno por su absolución.

3 GOBERNADOR DE ESPAÑA

Estaba deseando salir de Roma inmediatamente, dado que en España tenía mucho que hacer. Ahora, por primera vez en mi vida, había de mandar un verdadero ejército. Dos legiones estaban esperándome en España y me hallaba decidido a organizar otra en cuanto llegase allí. Tenía ya más de cuarenta años y, aun cuando no era un completo ignorante sobre asuntos militares, era cierto que me faltaba experiencia en ellos. Naturalmente elegí con cuidado mi personal, y me felicité por contar con los servicios de mi amigo Balbo, quien no sólo es uno de los más eficientes administradores e ingenieros que jamás haya conocido, sino que es a la vez un hombre muy simpático y un diplomático admirable. Puesto que empezó su vida como ciudadano de Gades y había pasado sus primeros años en España, yo contaba también con la ventaja de su experto conocimiento del país y de las condiciones locales. Mucho antes de salir de Roma habíamos acordado de una manera general las bases sobre las cuales se harían nuestras operaciones. El tiempo era breve. Al año siguiente pensaba presentarme para el consulado y necesitaba hacerme de prestigio militar, y por encima de todo, de dinero.

Tal como ocurrió, encontré que era bastante difícil alejarme de mis acreedores en Roma. Me hicieron desagradables amenazas según las cuales incautarían mi equipaje y me harían arrestar si intentaba abandonar la ciudad sin haber pagado, cuando menos, parte de las sumas que debía. Esto no podía hacerlo. Tendría que haber dispuesto de una enorme fortuna para poder hacer algo. Por ello, poco después del proceso a Clodio hubo demoras cansadas y peligrosas. Una vez más me socorrió Craso, quien me anticipó una gran suma de dinero, en verdad una cuarta parte del monto total de mis deudas. De esa forma pude satisfacer a los más apremiantes de mis acreedores. El resto, incluso el mismo Craso, debieron contentarse con especular con mi futuro éxito. Mucho me alegro de que, al final, sus inversiones les resultaran tan ventajosas.

Una vez libre del temor de ser arrestado, tuve que conseguir la libertad del príncipe Masinte, al cual no podía, honorablemente, dejar atrás. Lo llevé conmigo en mi propia litera hasta que nos encontramos lejos de los límites de la ciudad y luego arreglé que pudiera embarcarse hacia África. Entonces con Balbo y unos pocos amigos, pasé lo más rápidamente posible por el norte de Italia, después a través de las aldeas alpinas dejando atrás las ricas tierras de Provenza y atravesé los Pirineos hasta llegar hasta los variados y gigantescos paisajes de España.

Había llegado ya el verano, y pasado un año, pensaba hallarme de regreso en Roma como candidato para el consulado. Por consiguiente era necesario iniciar en seguida las operaciones. Fui conociendo a los oficiales y soldados de mi ejército mientras nos hallábamos en marcha y, como me aconteciera en cada campaña, no solamente llegué a conocerlos sino que, de alguna extraña manera, llegué a quererlos. En realidad, creo que mis sentimientos hacia los soldados y centuriones bajo mi mando han sido en cierto modo más hondos que cualquier otro sentimiento que haya conocido. Solamente una o dos grandes amistades íntimas pueden compararse con ellos. Y a estas alturas de mi vida tanto el sentimiento en sí como las circunstancias en que lo manifesté fueron nuevos para mí e infinitamente excitantes. Me deleitaban las largas marchas bajo el sol de verano y, ya fuera cabalgando o a pie, andaba con la cabeza descubierta, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar mi creciente calvicie.

A decir verdad, en cada uno de los aspectos físicos de la guerra, excepto en el mero derramamiento de sangre, sentía un deleite que resultaba muy sorprendente a algunos de

mis amigos y a la mayoría de mis enemigos. Yo era conocido como un poder en política y tenía también la reputación de ser un hombre a la moda, un entendido en arte, un innovador de cierto estilo en el vestir, un mujeriego y de ser sumamente cuidadoso en mi aspecto personal. Ahora, y casi de inmediato, empecé a ganar una reputación muy diferente. Se referían historias de mis increíbles hazañas como jinete, de los ríos que cruzaba a nado, de mi resistencia al calor, al frío y al hambre, de los cuidados que me tomaba por mis hombres, de la temeridad con que yo mismo, en momentos críticos, me exponía al peligro. Muchos de esos relatos eran, desde luego, exagerados. Es cierto, por ejemplo, que yo poseía un caballo muy notable, un animal de gran tamaño y fuerza, que nadie, aparte de mí mismo, podía montar. Pero no era verdad, aunque aún hoy se repite la historia, que los cascos de mi caballo estuviesen divididos en cinco dedos como los de un pie humano.

Aparte del deleite que encontraba en el ejercicio físico y en compartir el peligro, las privaciones y la exultación, encontraba también que esta nueva forma de vida me resultaba satisfactoria y encantadora desde el punto de vista espiritual e intelectual. Ya había ejercitado mis facultades en el difícil y torcido proceso de la política romana; pero en este mando militar me parecía que la voluntad, la iniciativa, el intelecto y la resolución podían desarrollarse más honorablemente y con mucha mayor precisión. No creo que esto se deba a que los problemas de un comandante militar sean más simples que los de un estadista, o de que aquél esté más libre de control. Es más bien una cuestión de urgencia; porque los problemas, sean simples o no, deben ser encarados inmediatamente y en forma continua; y sin embargo, aun hallándose libre de la supervisión de otros, uno se encuentra a sí mismo y a sus hombres, vivos, fuertes y listos para la acción. Aunque, en teoría, emprendemos las guerras para asegurar la paz, se tiene la sensación de que la guerra tiene mayor realidad que la paz. La vida, la muerte y el honor, cuando presionan de manera constante sobre uno, son palabras que tienen un significado diferente al ser usadas en los discursos ante el pueblo o ante el Senado. En la guerra, la personalidad completa se encuentra comprometida en cada momento. La supervivencia dependerá de las decisiones instantáneas y de la verdadera destreza y perseverancia del cuerpo y de la mente. Hasta individuos indignos pueden ser grandes en la guerra; pueden llegar a ser mejores de lo que hubiesen sido y pueden sincera y generosamente compartir la determinación, las desilusiones y los triunfos de otros que son más valerosos e inteligentes que ellos. Y también el comandante puede amar a sus hombres por su debilidad tanto como por su fuerza. Pero en tiempos de paz esta común debilidad humana aparece reprensible e inconveniente; y en tiempo de paz sólo un hombre excepcionalmente dotado puede ejercer sus propias fuerzas hasta el máximo o reconocer sin envidia los méritos de otros.

¡Cómo me he habituado ahora a cada aspecto de la guerra! Con todo, no puedo resistir todavía su llamada; y aún ahora, cuando hay tanto que me retiene en Roma, cuando estoy a salvo de todo peligro excepto posiblemente del asesinato, todavía debo seguir lo que parece ser mi destino y ciertamente también es mi placer. Un adivino me ha dicho que tenga cuidado con el día de mañana, que es el de los idus de marzo. No asigno mucha importancia a los adivinos, y pasado mañana, si todo sale bien, estaré nuevamente en marcha para reunirme con mi ejército y sumar en Oriente otra provincia al imperio. Mi celo en esta empresa es tan grande como lo era en aquellos días en España, cuando por vez primera oí las voces de los soldados romanos saludándome como «imperator».

Mi primera campaña allí fue contra las tribus de las montañas de Lusitania, al sur del río Tajo. Esas gentes eran virtualmente independientes y se habían habituado a vivir, al menos durante una parte del año, de los beneficios obtenidos del pillaje contra algunas tribus más sedentarias que se encontraban bajo la protección romana. Cuando invadí la zona sabía que mis enemigos en Roma me acusarían de estar provocando deliberadamente una guerra con el objeto de servir a mis propios intereses. Eso era, precisamente, lo que

estaba haciendo; pero, como tantas veces ha sucedido, mi interés coincidió con el bienestar de aquellos a quienes era mi deber gobernar y proteger. Catón, allá en Roma, describiría a estos salvajes montañeses como las víctimas «inocentes» e «inofensivas» de un ataque «no provocado». Los comerciantes de Gades y los campesinos de las llanuras sabían que el asunto era diferente.

Antes de empezar el invierno, había dejado limpias las montañas, derrotado al enemigo en varias escaramuzas, tomado cantidad de prisioneros, y expulsado a las tribus aún no sometidas, primeramente hacia la costa del Atlántico y luego hasta una isla lejos de la costa. La última parte de estas operaciones se había realizado en una región hasta entonces escasamente conocida hasta por mis tropas españolas. Ese océano Atlántico por el cual Sertorio deseara navegar, era el término del mundo conocido. De inmediato decidí explorarlo, aunque por el momento, daba la proximidad del invierno tuve que contentarme con una fútil tentativa de forzar un desembarco en la isla donde se habían refugiado las tribus rebeldes. No disponíamos de embarcaciones más aptas que unas pocas balsas inseguras y el mal estado del tiempo hizo que su uso resultara extremadamente dificultoso. En verdad, tal tentativa, que nos causó algunas pérdidas, nunca debió intentarse, aun cuando su fracaso no tuvo mayores consecuencias sobre el resultado final de la guerra o sobre el espíritu de la tropa que, aparte de ese único episodio, había estado gozando de éxitos continuos, retirándose a los cuarteles de invierno considerablemente enriquecida y muy orgullosa de sus hazañas.

Pasé el invierno en Córdoba, en Gades y otras ciudades de la provincia de España, y me hallé sumamente ocupado en varias tareas administrativas. En poco tiempo pude hacer mucho para mejorar la posición económica, tanto de la provincia como la mía propia. Encontré que muchas ciudades se hallaban todavía padeciendo aprietos económicos por tener que pagar indemnizaciones que se remontaban a la guerra de Sertorio. Cancelando y reduciendo tales contribuciones aumenté la prosperidad de las poblaciones y les hice abandonar lo que hasta el momento había sido una actitud hostil hacia Roma. También encaré los muy agudos problemas de las deudas privadas. Siendo deudor yo mismo y uno que escapara por poco de la amenaza de ruina financiera y política, tal cuestión me afectaba mucho. Fijé un límite del porcentaje sobre la renta del deudor que podía ser reclamado por los acreedores. Fue una medida que restauró la confianza en muchos que estaban desesperados y que tuvo un efecto muy saludable sobre la economía española.

Hubo también innumerables tratados y acuerdos comerciales que debí revisar y revocar necesariamente. Había proyectos de edificación, particularmente en la ciudad de Gades. También allí, en parte por interés y en parte para garantizar la eficiencia, investigué de lleno toda la organización de los cultos religiosos. En esa ciudad se había practicado una inmensa variedad de cultos y me fue posible hacer, con el consentimiento de los habitantes, algunas reformas notables, incluida la abolición del sacrificio humano. Esta bárbara costumbre debía remontarse a la época de la ocupación cartaginesa y todavía no había sido borrada por completo.

Durante todo ese tiempo estuve en constante comunicación con Roma. Mis amigos de la capital me mantenían al tanto de cualquier cambio en la situación política, que continuaba desarrollándose tal como yo lo esperara. Durante el otoño, las noticias principales fueron las del triunfo de Pompeyo: el mayor que se hubiera visto. Sin embargo, al llegar el invierno resultó evidente que Pompeyo no había obtenido otra cosa que riqueza, gloria y, lo que sin duda para él era lo máximo: la distinción de serle permitido vestir en el Senado la toga color púrpura de «imperator». Podía imaginármelo en el Senado mirando con satisfacción su colorida vestimenta; pero no podía imaginármelo pronunciando un discurso efectivo o creando un partido propio lo bastante fuerte para enfrentarse a sus

adversarios políticos. Hasta ahora su único éxito político había sido conseguir el consulado del año siguiente para su candidato Afranio. Su elección, en esto, había sido bastante deficiente. Afranio era un soldado excelente, pero era tanta su falta de cultura y experiencia política que se exponía a ser motivo de burla cada vez que abriese la boca. Debía enteramente su elección a las sumas enormes que gastara Pompeyo en sobornar a los electores. Nadie había osado invocar la ley antisoborno de Cicerón contra una figura tan grande como Pompeyo, pero Catón se felicitaba por haber rehusado vincularse con alguien que transgredía tan notoriamente las leyes. Por otra parte, el otro cónsul elegido era Metelo Celer, un sujeto más testarudo todavía que Afranio pero mucho mejor vinculado y más influyente. Era enemigo acérrimo de Pompeyo y se vería apoyado en el Senado por el partido que, desde la reciente muerte del viejo Catulo, estaba dirigido por el aún más reaccionario Catón, y también por Lúculo y sus amigos.

La gente creía que Lúculo se había retirado disgustado de la política y que no estaba interesado más que en la crianza de grandes peces que comían de su mano, en planear hermosos jardines y en organizar las diversiones más costosas. Pero no había olvidado cómo fue tratado por Pompeyo en Asia y ahora comenzaba a actuar con su antigua energía. Me parecía obvio que Pompeyo, quien no podía contar sino con Afranio y uno de los tribunos, habría de tropezar con grandes y acaso insuperables dificultades para conseguir las dos metas que deseaba con toda su alma: la ratificación de sus tratados en Oriente y tierras para sus veteranos.

Otras noticias llegadas de Roma se referían a mi amigo Craso, y al instante me di cuenta de lo importantes que eran. Craso había apoyado en el Senado la demanda de una poderosa corporación de financieros con el fin de que se reconsiderase su contrato para el cobro de impuestos en Asia. Parece que hasta el mismo Cicerón consideró la petición injustificada, pero fue lo bastante prudente para ver que, si había de quedar alguna realidad de esa «unión de clases» de la cual, según su opinión, dependía la seguridad del Estado, tendría que prestarse alguna consideración a los intereses de esos poderosos financieros. Por consiguiente, aunque algo recalcitrante, habló en favor de éstos. Catón, sin embargo, actuando de acuerdo con esos estrictos principios morales suyos que casi siempre redundaban en contra de su propio partido, había atacado a Craso y a los financieros con los términos más groseros, logrando obstaculizar todas sus tentativas para debatir sus supuestos agravios. Esto despertó amargos resentimientos, y se me informó que se le había oído decir al mismo Cicerón que la «unión de clases» se había convertido en algo del pasado.

Concebía yo ahora en forma más vívida una idea que, durante algún tiempo, dormitara en el fondo de mi mente. Hasta el presente había estado estrechamente asociado a Craso en política, y hasta me había tomado bastantes molestias para demostrar mi amistad hacia Pompeyo. Con todo, Pompeyo y Craso parecían ser enemigos irreconciliables. Si en mi candidatura al consulado del año siguiente yo tuviese que acudir a alguno de ellos en busca de apoyo, automáticamente me vena separado del otro. Pero ahora los dos se encontraban envueltos en dificultades con mis enemigos. Me pareció que estaba a las puertas de lo que podía ser la oportunidad de mi vida. Una alianza política entre Pompeyo, Craso y yo sería considerada por casi todo el mundo como imposible. Sin embargo, si esto ocurriera, resultaría, dada la actual disposición de las fuerzas, algo absolutamente irresistible.

Esta poderosa idea estuvo bullendo constantemente en mi cerebro durante mis trabajos de administración invernal y durante las renovadas luchas en la primavera. Inicié las operaciones militares muy a principios de año, ya que quería realizar prontamente mi plan y regresar en seguida a Roma. Durante el invierno, Balbo se ocupó de preparar una

flota en Gades, y al llegar enero, nuestros planes para realizar una expedición militar y naval combinada por la costa del Atlántico, habían sido completados.

A comienzos del verano la campaña ya se había terminado. Partí un mes antes de lo que los asesores aconsejaban. En ello, por cierto, había corrido un riesgo, pero en vista de mis otros planes, el riesgo me parecía justificado, y como acontecieron las cosas, todo salió bien. La repentina aparición conjunta de la flota y del ejército desmoralizó por completo a los defensores de la isla de la cual fuéramos rechazados el otoño anterior. No tuvimos dificultades en efectuar un desembarco, y tomamos numerosos prisioneros. Luego navegué más al norte, donde sometí algunas tribus que aún no se habían incorporado a la provincia romana. De haber podido disponer de tiempo para estas conquistas, habría seguido todavía más lejos, puesto que todo cuanto veía era desconocido y, por lo tanto, fascinante. Pero ya había logrado todo cuanto me propusiera. Había sido saludado por mis tropas como «imperator» y por la fuerza de esas aclamaciones y de nuevas hazañas, tenía derecho a reclamar un triunfo a mi regreso a Roma. Con algún reparo, di orden de enfilar nuevamente hacia el sur, ya que una flota semejante jamás había surcado esas aguas, y frente a nosotros quedaba mucho por explorar y por conquistar. Sin embargo, me hallaba en los umbrales de acontecimientos que para mí y el mundo habrían de ser decisivos. Apenas si podía discernir su forma, pero lo que alcanzaba a vislumbrar era bastante para llenarme de creciente entusiasmo. Cada informe que recibía desde Roma me indicaba que la tan esperada oportunidad estaba al alcance de mi mano. Y si deseaba asirla, era esencial que me encontrase allí.

4 LA ELECCIÓN CONSULAR

Ya que el factor tiempo era de tal importancia, no hice caso de la ley que prohíbe que un gobernador provincial abandone su provincia hasta que haya llegado su sucesor para reemplazarlo. Pensaba llegar ante las puertas de Roma, en junio, a reclamar el triunfo que me ganara y presentarme luego como candidato al consulado. Como las elecciones debían efectuarse en agosto, dispondría de poco tiempo para conseguir votos, pero de todos modos buena parte de ese trabajo había de hacerse por medio de mis amigos y mis agentes, puesto que yo personalmente estaba impedido por la ley y la tradición de entrar a la ciudad hasta la celebración de mi triunfo. Oficialmente, además, los candidatos al consulado tienen que presentar en persona sus nombres al magistrado de la ciudad, en un día fijado, más o menos un mes antes de las elecciones. Sin embargo, me imaginaba que me sería permitido hacer tal cosa por medio de un representante, si todavía no había celebrado para entonces el triunfo.

Consideraba que mi popularidad era suficiente como para darme la certeza de ser elegido; como consecuencia de la venta de prisioneros en España y de los muchos regalos que recibiera de los provincianos, me encontraba en sólida posición financiera, aunque todavía necesitaría pedir dinero en préstamo para los gastos de mi elección y la organización del triunfo. Fue la última vez en mi vida que tuve que hacerlo.

Estuve bastante ocupado con la campaña electoral y con los preparativos del triunfo que, naturalmente, deseaba que fuese un espectáculo tan espléndido como fuera posible. Pero la más importante entre todas mis actividades era la que se relacionaba con las negociaciones que estaba tejiendo con Pompeyo y Craso. Hallé a Pompeyo en una situación que, para él, era ignominiosa y para mí resultaba conmovedora. Él estaba habituado a dar órdenes y a desplegar fuerzas enormes para obtener un fin definido. Ahora, en el mundo nada familiar de la política, encontraba que su voluntad era desobedecida, torcida o desviada, y que carecía de los medios para conseguir realizarla.

Era como un animal espléndido, aunque falto de recursos, atrapado en una red y sin habilidad para zafarse de ella, rodeado por todas partes de enemigos muy inferiores a él en fuerza, pero decididos, por su malicia, a obtener la mayor ventaja del momento penoso por el que atravesaba. Su primer y más humillante fracaso se relacionó con una ley agraria que fue presentada a comienzos del año por el tribuno Flavio, que actuaba como su agente. El objetivo principal de la ley era proveer tierras para los veteranos de Pompeyo, pero contenía también estipulaciones para su distribución entre los ciudadanos empobrecidos que no sirvieron en el ejército. Y en conjunto me pareció que las propuestas eran bastante prudentes, aunque no tan completas ni de tan largos alcances como las que hiciéramos Craso y yo y que resultaran rechazadas durante el consulado de Cicerón. Pero estas propuestas de Pompeyo fueron rechazadas mucho más encarnizadamente que las nuestras. En el Senado, el cónsul Metelo Celer se mostró tan violento y adoptó una actitud tan intransigente, que el tribuno Flavio —sin duda con el consentimiento de Pompeyo— lo hizo arrestar y lo mantuvo preso por algún tiempo, haciendo colocar su banca de tribuno contra las puertas de la prisión. De haber sido el otro cónsul Afranio, el amigo de Pompeyo, un hombre de alguna habilidad política, o si el propio Pompeyo hubiese tenido alguna noción de cómo organizar la opinión pública, ese gesto habría resultado efectivo. Tal como fue, resultó un fracaso completo. No hubo ningún levantamiento espontáneo del pueblo, pues el pueblo muy raras veces se levanta espontáneamente. Casi todos quedaron disgustados ante el episodio y muy pronto se hizo necesario no sólo libertar a Metelo sino obedecerle. Las

propuestas de Flavio fueron abandonadas y toda la cuestión de la legislación agraria fue postergada indefinidamente. De modo que Pompeyo, a pesar de tener un prestigio más grande que el de cualquier otro en la historia romana, se encontró incapacitado de mantener las promesas que hiciera a sus propias tropas. Tampoco tuvo éxito cuando quiso lograr la ratificación por el Senado de su tratado en Oriente. En este tema se encontró con la violenta oposición moral de Catón, y con la crítica inteligentemente ilustrada de Lúculo. Hasta Craso, que tenía sus razones para odiar al partido de Catón, lo apoyó en esta ocasión sencillamente a causa de su antagonismo personal hacia Pompeyo.

En cuanto llegué a las afueras de la ciudad empecé a entrar en las negociaciones que resultaron ser las más importantes en que jamás haya estado envuelto. En dichas negociaciones tuvo gran actuación Balbo, amigo de Pompeyo y mío, ya que se hallaba sinceramente interesado en los asuntos de nosotros dos. Balbo recordó a Pompeyo los muchos servicios que yo le había prestado: el hecho de que fuese yo el único en el Senado en apoyar la moción para que se le diera el mando contra los piratas, mi colaboración con Metelo Nepos, el agente de Pompeyo, y tantas otras cosas: era ciertamente un historial más que suficiente para que Pompeyo se sobrepusiese a cualquier resentimiento que pudiera haber despertado en él el escándalo que vinculaba mi nombre con el de Mucia. Más importantes todavía eran las promesas que yo estaba en condiciones de hacer para el futuro. Es preciso decir aquí que yo, y solamente yo, al ser elegido cónsul podía garantizar el cumplimiento de las medidas que Pompeyo proponía, lo quisiese o no el Senado. Aun desalentado como estaba Pompeyo, en un principio se mostró inclinado a dudar de mis poderes; pero después de haberse entrevistado conmigo en secreto, pudo ver que tales promesas podían cumplirse; porque Pompeyo no era estúpido, solamente le faltaba experiencia y condiciones naturales para la política. Al tratar con él, fue menester emplear gran tacto, porque era fácil herir su orgullo, y éste ya había sido herido no solamente por sus enemigos, sino por las torpes atenciones de sus amigos y en particular por Cicerón, quien daba la impresión constante de considerar la supresión de Catilina como una hazaña más considerable que la conquista de todo Oriente. No cometí tales errores. Apenas mencioné mi reciente campaña y demostré un gran interés en los relatos de Pompeyo sobre la aniquilación de los piratas, la captura de Jerusalén, el pertrecho y entrenamiento de tropas nativas y demás. Mi interés en tales cuestiones era genuino y profesional. Aprendí mucho con estas conversaciones y me vi recompensado al recibir de parte de Pompeyo uno o dos cumplidos, de los cuales se desprendía que yo mismo poseía una inesperada y no desdeñable aptitud para la ciencia militar. Gradualmente empezó a nacer entre los dos una confianza muy parecida a la amistad y hallándome ya seguro del apoyo de Pompeyo para mi candidatura, pude pasar a la segunda y más dificil de las negociaciones, es decir, a tratar de lograr una reconciliación de Pompeyo con Craso y de Craso con Pompeyo. Nuevamente aquí fue necesario apelar al mayor tacto, porque de su consulado conjunto, diez años atrás, los dos habían salido enemigos declarados, cada uno celoso y desconfiado del otro, y aunque era fácil convencer a cada uno de que olvidando el pasado podrían obtenerse enormes ventajas, para el presente y el futuro, ninguno de los dos demostraba ninguna disposición para efectuar ese acto de olvido. Para mis propios intereses, el apoyo de Pompeyo era más importante que el de Craso; pero me hallaba ligado a Craso por enormes deudas y además tenía sumo interés en conseguir, por su intermedio, el poderoso apoyo de la comunidad de negocios. Éste podría ser obtenido por el simple hecho de prometer que revisaría los contratos hechos por los cobradores de impuestos en Asia, una maniobra que en seguida trastocaría la llamada «unión de las clases», y que dejaría al elemento irreconciliable del Senado aislado e impotente. La certidumbre de este acontecimiento resultó ser una atracción para la mente militar de Pompeyo y para el sentido financiero de Craso. Por otra parte, el uno y el otro habían sido ofendidos, aunque en distintas formas,

por la intransigencia de Catón y sus partidarios. Es muy probable que el puritanismo y el egoísmo de Catón jugaran una parte tan considerable como mi propio tacto y diplomacia en lograr finalmente un nada fácil pero efectivo entendimiento entre Craso y Pompeyo.

Las negociaciones se desarrollaron en secreto durante el verano. Sin embargo, no se hizo ningún secreto acerca de mi candidatura para el consulado, y el mero hecho de que yo me presentara para el puesto provocó la más negra amargura entre mis enemigos. Esta amargura habría sido mucho más oscura todavía si se hubiera conocido la verdadera situación; porque aunque yo estaba preparado y deseoso de obrar con moderación, no debía permitir ser humillado; y por ello, antes que se realizara la elección, me había provisto de algo que, de verme forzado a usarlo, habría de ser un poder aplastante. Sabía que podía contar con el apoyo de la Asamblea del Pueblo y, en caso de que el Senado llegara a mostrarse recalcitrante, estaba dispuesto, como lo hicieran otros reformadores en el pasado, a legislar por medio de la Asamblea pasando por encima del Senado. No tenía tampoco que atemorizarme por mi vida como esos primeros reformadores, que tuvieron todas las razones para temer. Contaría, al menos por el presente, con el apoyo no sólo del pueblo, sino también de la clase adinerada fuera del Senado. Lo más importante de todo era que no había ningún poder militar que pudiese intervenir a favor de mis enemigos. El único poder militar que existía era el de Pompeyo, y con Pompeyo me hallaba en estrecha vinculación. La mera amenaza de llamar a los veteranos de Pompeyo para reforzar las justas reclamaciones presentadas en su nombre por su jefe, bastaría para indicar que toda oposición a mis decisiones sería inútil y sin esperanzas.

Antes de la elección, todos mis enemigos, y Catón en particular, me atacaron desdeñosa e ineficazmente. En julio, cuando fue necesario inscribir en Roma mi nombre como candidato al consulado, me hallaba todavía fuera de la ciudad, habiendo hecho ya las más espléndidas preparaciones para mi triunfo. Solicité permiso al Senado para que mi nombre fuera presentado por un apoderado y mi petición fue discutida el día antes de hacerse las designaciones de los candidatos consulares. Varios eran los precedentes que existían para la aceptación de tal petición, y en verdad la mayoría del Senado estaba dispuesta a aceptarla en esta ocasión.

Catón, sin embargo, ante el enorme deleite de un pequeño grupo de partidarios, logró privarme del honor que me había ganado. Su simple expediente fue permanecer de pie soltando interminables idioteces sobre la moral y otros desaciertos hasta que pasó la hora en que era legalmente posible hacer una votación sobre el asunto de mi petición. De modo que me vi obligado a renunciar al triunfo o al consulado. Desde luego que no vacilé entre las alternativas, y nadie que me conociese habría supuesto que lo haría de otro modo. Abandoné mi derecho a un triunfo, y entré en la ciudad al día siguiente para entregar mi nombre como candidato al consulado. Fui recibido por gran multitud de mis partidarios, quienes, junto con mis viejos soldados, estaban furiosos por la mezquina obstrucción de Catón. En verdad, la ira de esas tropas elegidas que yo trajera desde España a Italia sobrepasaba mi propio fastidio de haber perdido, por el momento, el honor de un triunfo en el que además había gastado ya tanto dinero. Porque las tropas habían entrado en los preparativos con el mayor entusiasmo. Las mayores molestias las tuvieron con su equipo y, aunque estaban entrenados principalmente como luchadores, habían aprendido y practicado para la ocasión una serie de movimientos precisos en el desfile que, según su opinión, eclipsaría todo lo que se hubiese visto hasta entonces. Habían compuesto versos en honor de su general y habían ensayado para cantarlos. Los versos no siempre eran respetuosos, pero eran invariablemente afectivos. Uno de ellos tenía el refrán:

A la ciudad traemos a un calvo libertino;

cuidado, muchachos, con vuestras esposas,

pues por él todas perderán su tino...

Este verso, y otros con referencia a mi amistad con el rey de Bitinia, se hizo muy popular en el ejército, pero por muchos años no fue cantado en un triunfo. Por ese entonces los sentimientos de encono de los soldados, privados del honor que ellos pensaban que se debía a su general y a ellos mismos, reforzaron los sentimientos ya amargados de la mayoría de los ciudadanos de Roma que, en mi ausencia, carecieron de un cabecilla y ahora estaban llenos de entusiasmo por mi regreso. En realidad, esta demostración popular en mi favor debió servir por sí sola como evidencia de que mi elección era segura y aquellos que más me temían hubieran debido abandonar entonces toda esperanza de impedirla. En lugar de ello, concentraron todos sus esfuerzos en molestarme mientras estaba en mi cargo y en privarme del honor que era propio que se me hiciera cuando terminé mi año de funciones. Un competidor en las elecciones del que podría esperarse que habría de hacer lo posible para molestarme en caso de ser elegido, era Bíbulo, mi viejo colega en el cargo de edil. Desde que tuvimos ese cargo juntos estuvo en desacuerdo conmigo tanto personal como políticamente; con todo, ahora había vuelto a acercárseme con miras de obtener mi influencia a cambio del mismo tipo de apoyo financiero que aportara durante nuestro cargo de ediles. Pronto, sin embargo, cambió de táctica. Ahora era yerno de Catón, y empezó a darse cuenta de que sus perspectivas para la elección se verían mejoradas, y su sentido de la propia importancia más satisfecho, presentándose definidamente como mi adversario. Al hacerlo así ganaría el apoyo de todo el partido de Catón, y sin duda supuso que si Metelo Celer pudo manejar a Afranio, también él, contando con los mismos apoyos, podría vérselas conmigo. Se inició una colecta para comprar votos para Bíbulo y el propio Catón hizo su aportación. «El bien general —se supo que decía—debe hacerme sacrificar incluso mi propia noción de lo bueno y de lo malo».., un sofisma que sentaba muy mal a este archimoralista que tan frecuentemente proclamara que nada podría inducirlo a abandonar la norma estricta de lo correcto, alardeando también que el mundo podía venirse abajo, pero lo que él concebía como «justicia» sería cumplido. En cuanto a Bíbulo se refiere, se sintió muy alentado al saber que lo tomaban tan en cuenta. Se comprometió a obrar enteramente en contra mía, si él y yo resultábamos elegidos cónsules. Ni él ni quienes estaban gastando tan grandes sumas de dinero para comprar su elección, se daban cuenta de que me había asegurado una posición de tal fuerza, que para mí no habría gran diferencia en que Bíbulo resultara o no elegido.

En la víspera de las elecciones, cuando era habitual decidir qué provincias serían asignadas a los nuevos cónsules a la terminación de su año de funciones, hubo un movimiento final y más provocativo en mi contra. Después de mis éxitos en España, era de suponerse que, en caso de ser elegido cónsul, habría de desear ejercer después otro mando militar. Yo mismo estaba pensando ya en la Galia. Sin embargo, mis enemigos, que acertadamente daban mi elección por segura, hicieron cuanto pudieron para arruinar mi futuro y privar a Roma de mis servicios. Lograron hacer aprobar un decreto en el Senado, estipulando que a los dos nuevos cónsules, en contra de todo precedente, no les sería otorgada ninguna provincia. En lugar de ello se les confiaría una vaga misión descrita como «cuidado de bosques y ganados», un nombramiento puramente civil que podía ser cumplido competentemente por cualquier funcionario inteligente.

Yo seguía dispuesto a proceder con moderación, mientras fuera posible; pero al ver cuán determinados estaban mis enemigos en proseguir sus ataques contra mi honor y mi seguridad futura, me preparé para la hostilidad, y tuve la satisfacción de pensar que podía enfrentarme a ellos con una determinación cuando menos tan grande como la de ellos, pero con fuerzas mucho más poderosas de las que pudieran disponer jamás.

En agosto fui elegido cónsul, con Bíbulo como colega. Dediqué los restantes meses del año a preparar la legislación que me proponía presentar tan pronto como me hiciera cargo del puesto, el primero de enero. Aunque gran parte de mis planes eran todavía secretos, traté, en sentido general, de obtener el apoyo de todos los sectores, excepción hecha de los reaccionarios extremos. Por medio de mi amigo Balbo, llegué hasta a hacer un esfuerzo para poner a Cicerón de mi lado. En esta ocasión Balbo, que es un diplomático admirable, casi consiguió sus fines. Cicerón ya se había distanciado de aquellos extremistas por medio de cuya ayuda él mismo lograra el poder y, al parecer, se sintió grandemente impresionado cuando Balbo le sugirió que yo deseaba contar con la inestimable ventaja de ser guiado por sus consejos. Verdaderamente, habría sido para él un acierto si en ese entonces hubiese aceptado mi amistad. En lugar de ello procedió con irresolución. Estaba temeroso de ofender a los que fueran sus poderosos partidarios del pasado, aun sabiendo que, por no decir algo peor, en política no eran de confianza. Tampoco podía imaginar él ninguna coalición en la cual no estuviese a la cabeza. Continuaba aún, según me dijo Balbo, siendo incapaz de ver más allá del período de su propio consulado, y había insistido en leerle largos resúmenes del poema en latín que compusiera sobre el asunto. En opinión de Balbo, que resultó ser correcta, Cicerón no habría de serme en el futuro ni de gran ayuda ni de mucho peligro.

Era de Pompeyo, desde luego, de quien más esperaba y me vinculé con él más estrechamente de lo que hubiese imaginado. Tal como demuestra la experiencia, no es extraño que hombres de edad madura se enamoren apasionadamente, y Pompeyo se enamoró de mi hija Julia. Nada, desde luego, podía convenir más a mis propios intereses que tener a Pompeyo como hijo político; por otra parte yo empezaba a simpatizar con él y podía ver que seguramente sabría hacer feliz a mi hija; Julia, por su parte, también se sentía atraída por él personalmente, tanto como por la razonable perspectiva de ser la esposa de alguien que todavía era considerado el hombre más grande del mundo. Se convino que el matrimonio se realizaría a comienzos del año de mi consulado. Antes tuve que encargarme de la no tan agradable tarea de persuadir a mi vieja amiga Servilia de la necesidad de romper lo que significaba una especie de compromiso entre Julia y su hijo, el joven Bruto. En eso, como en otras cosas, Servilia se mostró sumamente sensata. Fue más o menos entonces, creo, cuando le compré una perla por la cual pagué más dinero que el que nunca fuera pagado antes en Roma por una joya.

Se aproximó el momento en que tenía que ocupar el cargo principal en el Estado. Hacia fines de ese año estalló una tormenta repentina y destructora provocando grandes inundaciones por el desbordamiento del Tíber. Muchas propiedades valiosas quedaron destruidas, un teatro de madera fue enteramente barrido por las aguas y los barcos que se hallaban en el puerto de Ostia fueron lanzados sobre tierra. Hubo fuertes vientos, copiosas lluvias, y no cesaba de tronar y relampaguear. En años posteriores la gente habló con frecuencia de esa tormenta, «la tormenta del consulado de Metelo», y se dice que la consideraron un signo amenazante del hundimiento del Estado y el comienzo de la guerra civil. Cierto es que desde ese momento el equilibrio del poder quedó alterado, pero se alteró en favor de la eficiencia. En cuanto a la guerra civil, mis enemigos y mi amigo Pompeyo fueron los que la provocaron.

5 CONSUL

Mis tutores solían decirme en mi niñez que el día más grande en la vida de un noble de Roma, era aquel en que, acompañado por sus amigos y partidarios, iba al templo de Júpiter Capitolino para sacrificar los toros tradicionales e iniciar su año de funciones como cónsul del pueblo romano. Hasta el anciano Mario hablaba con veneración de esta ceremonia y de la dignidad del cargo y de la ocasión, aun cuando él mismo obtuviera su primer consulado, no por alguna habilidad política, sino únicamente a causa de su hoja militar y sus vulgares ataques a la aristocracia. Yo, por otra parte, como guerrero era casi desconocido. Dejando de lado a Pompeyo y Lúculo, habría por lo menos veinte hombres en el Senado con mayores derechos que yo a una distinción militar.

Yo me había elevado hasta el consulado por mi pericia en maniobras políticas, por prodigalidad en los gastos, por mi habilidad para hacerme de amigos y por mi duro trabajo. También había demostrado cierta firmeza y una temeridad que imponía respeto.

Durante este año al menos, podría manejar los asuntos como yo deseara. Sabía que en este año tendría que asegurar mi futuro, y cuando ese primero de enero ascendía la pendiente del Capitolio para tomar parte en los sacrificios de los toros, contemplé esas imágenes de Mario que yo dispuse levantar, y mis pensamientos volvieron a mis primeros días, cuando aprendí la lección de que, en última instancia, el poder depende de las fuerzas armadas. Pensaba en los muchos hombres a quienes conocí que encontraron muerte violenta en las convulsiones de nuestros tiempos. Me preguntaba, como lo hago todavía, si en realidad yo había de ser una excepción, y podría evitar asesinar a mis conciudadanos o ser asesinado por ellos. De cualquier forma, era ya demasiado tarde para retroceder. Hasta cierto punto había forzado los acontecimientos a seguir mi dirección, pero al mismo tiempo me encontraba bajo su fuerte garra.

Aun para hallarme a salvo tenía todavía que aumentar mi poder. Había llegado a una eminencia que podía satisfacer a otros, y que podía ser considerada como el fin de un largo y laborioso período de mi vida. Sin embargo, más allá del mismo, se encontraban alturas aún mayores, y una región desconocida hacia la cual me sentía impelido, tanto por la ambición como por la necesidad. Aunque el futuro me hubiese sido revelado, no habría podido proceder en forma diferente. Todavía hoy, cuando no existe poder en el mundo comparable al mío, y cuando el único peligro al que tengo que enfrentarme es el de asesinato, debo seguir avanzando, seguir conquistando y seguir aumentando el reinado del orden. Con todo, en esta necesidad es donde hallo mi libertad. No soy, como Mario, prisionero de las pasiones. Sé lo que estoy haciendo, y yo mismo fui quien eligió convertirme en instrumento de la necesidad.

Jamás, excepto en las ocasiones en que tuve que tratar con tribus nativas, elegí la violencia cuando era posible la conciliación. De modo que al comienzo de este primer consulado, hice todo lo posible para aplacar las sospechas de mi colega Bíbulo y para ganarme la buena voluntad de los elementos moderados del Senado. Si Cicerón hubiese escuchado a Balbo y me hubiese prestado abiertamente su apoyo, podría haberlo conseguido, pues estaba ocultando mi poder de agresividad, y no lo habría empleado si hubiese podido seguir adelante sin usarlo.

Comencé presentando inmediatamente ante el Senado una ley agraria que aspiraba a aliviar la pobreza y a satisfacer las reclamaciones de los soldados de Pompeyo. No había precedente de que un cónsul en persona presentara una ley agraria. Esta legislación

siempre había sido promovida por los tribunos y siempre, por beneficiosa que fuera, había sido considerada revolucionaria. Tenía esperanzas, al auspiciar personalmente la ley, de darle apariencia de respetabilidad. La ley que propusiera para la redistribución de las tierras del Estado era singularmente moderada. Tuve buen cuidado en hacer notar que no habría violencias durante estas expropiaciones, y que las ricas tierras de la Campania, la principal fuente de renta de los terratenientes, quedaban específicamente excluidas de las estipulaciones de la ley. Aclaré que yo no estaría en la comisión para distribuir la tierra y me manifesté dispuesto a aceptar cualquier modificación o alteración en cada cláusula del proyecto que fuese aprobada por el Senado. Hice notar lo admirable que sería de parte de un Senado unido, que sancionase, luego de la debida deliberación, una medida tan justa y popular, y con todo cuidado me abstuve de hacer ninguna amenaza sobre lo que podría ser mi conducta si el Senado se negaba a dejarse persuadir.

Ésta pudo muy bien ser la última vez en nuestra historia en que el Senado tenía la oportunidad de actuar como un cuerpo sensato, independiente y constructivo. Desgraciadamente, malgastaron tal oportunidad. Mi actitud razonable y lo cortés de mis maneras les hicieron difícil oponerse abiertamente a una medida que era en sí moderada y necesaria. Pero Catón, Lúculo y su partido no habrían de acceder a ninguna medida que hiciera bien a Pompeyo ni aumentase mi propia popularidad. Durante varias semanas, por medio de tretas en el debate, eludieron toda discusión seria del proyecto, y por semanas también me guardé mi impaciencia. Pensé que no se necesitaba sino la intervención razonable de un senador tan respetado como Cicerón para que la ley fuese aprobada con prontitud y sin desorden. Pero Cicerón prefirió ocultarse. Fue un momento en que pudo haber prestado un gran servicio al Estado. Su inacción e irresolución ayudaron a provocar la misma violencia que, en todos sus discursos, él clamaba haber hecho todo lo posible por evitar. El año se inició bajo el nombre de «Consulado de César y Bíbulo»; antes de que éste hubiese transcurrido se convirtió en «Consulado de Julio César». Pero no fue por mi elección.

Creo que soy más paciente que la mayoría de la gente. Ciertamente ninguno de mis amigos podría decir que pierdo fácilmente los estribos. Sin embargo, en algunas pocas ocasiones, me he sentido dominado por una furia sin control. Catón, más que ningún otro hombre, solía ser capaz de despertar en mí tal sentimiento. Así lo hizo en una reunión del Senado, durante la cual, después de que yo tratara nuevamente de inducirlos a una discusión razonable de la ley agraria, se levantó de su escaño y, hablando con deliberada insolencia, dijo: «El pueblo en general debería estar muy feliz con la constitución que tenemos. Considero innecesaria cualquier clase de innovación». De pronto el hombre me pareció intolerable. Ordené que mis lictores se apoderaran de él y lo llevaran a prisión por un tiempo. Allí, pensaba yo, podría reflexionar a su antojo sobre los méritos de una constitución que, desde el tiempo de mi niñez, jamás funcionó con miras a la eficiencia sino que siempre estuvo dispuesta a frustrar el genio y, a costa de continuos derramamientos de sangre, demorar lo necesario y abortar lo deseable. Al mismo tiempo, deseaba mostrar a su partido que no estaba dispuesto a seguir tolerando sus calculadas faltas de sinceridad y su ignorancia de los hechos reales. Sin embargo, mi acción fue un error. En lugar de provocar el disturbio que esperaba, Catón se comportó con dignidad. Se dejó conducir en completo silencio, y ese silencio fue más efectivo que lo que pudieron haber sido las palabras. Algunos senadores se levantaron para seguirlo en camino a su prisión y rehusaron escucharme cuando les pedí que volvieran a sus asientos. Vi entonces que el momento que yo esperaba, pero que trataba de postergar, había llegado. Cancelé mis órdenes a los lictores y permití que Catón y los demás senadores volvieran a ocupar de nuevo sus puestos. Por algunos instantes debieron imaginar que habían logrado una victoria, pero empezaron a alarmarse cuando empecé a hablar.

Les dije que había presentado la ley ante ellos para darles la oportunidad de enmendarla y corregirla. En lugar de cumplir con su deber, no habían hecho más que dificultar las cosas sin llegar siquiera a una discusión preliminar. En consecuencia, les dije, la ley pasaría ahora directamente ante el pueblo y sería sólo el pueblo quien decidiría acerca de ella.

Mis palabras estaban destinadas a formular una declaración de guerra y como tal fueron recibidas. Muchos de los senadores, que sabían cuán grande era mi influencia ante el pueblo, estaban aterrorizados. También ellos habrían de apelar al pueblo en las subsiguientes elecciones y sus carreras dependían de los votos que recibirían. Sin embargo, muchos otros continuaron siguiendo los consejos de Catón y de Lúculo. Y empezaron a realizar reuniones privadas en la casa de Bíbulo y a concertar medidas para frustrar mis intenciones. Indudablemente estaban dispuestos a utilizar la fuerza, pero, ignorando aún el entendimiento a que habíamos llegado Pompeyo, Craso y yo, no sabían que, si se trataba de apelar a la fuerza, toda la fuerza se encontraba de mi lado. Realicé varias reuniones preliminares en el Foro a las que asistió gran cantidad de gente. Cuando se presentó Bíbulo en una de ellas lo traté con la mayor cortesía, rogándole que escuchase lo que decía el pueblo, que retirase su oposición a la ley y que evitase un innecesario choque de opiniones entre el pueblo y el Senado. Lo insté a que hablara directamente con el pueblo para darle seguridades. Sin embargo, Bíbulo había adquirido por ese entonces una idea muy exagerada de su propia importancia. Avanzó simplemente al frente y dijo: «Si cada uno de vosotros quiere esta ley, no la tendrá... no mientras yo sea cónsul». Aunque extremadamente estúpido, era valiente y supo soportar los silbidos y protestas que siguieron a sus palabras.

Consideré que había llegado el momento de revelar claramente nuestra fuerza, que era en verdad aplastante, a pesar de que todavía podía ser resistida. En la siguiente reunión del pueblo que organicé, fui acompañado, ante la sorpresa de todos, por Pompeyo y Craso, que daban la impresión de hallarse en los mejores términos el uno con el otro. Invité a cada uno de ellos a hablar y cada cual apoyó admirablemente al otro. Pompeyo, en especial, causó una gran impresión. Aludió en detalle a cada una de las cláusulas de la ley, se quejó de la ingratitud con que él personalmente fuera tratado por sus enemigos, y nos felicitó a Craso y a mí por apoyar las justas peticiones de sus soldados y los verdaderos intereses del pueblo. Volviéndome entonces hacia él grité: «Pompeyo, el Grande: yo, el cónsul, y el pueblo, apelamos a ti. Si esta ley es atacada con la violencia, ¿qué harás para sustentaría?».

Hubo un momento de ansiedad y Pompeyo, que si bien no poseía grandes dotes de orador, siempre era capaz de ponerse a la altura de la situación, replicó: «No tengo ningún cargo. Soy un ciudadano común. Pero me siento honrado por la ayuda que me pide el cónsul y el pueblo romano. Digo que si vuestros enemigos sacan espadas, yo puedo sacar legiones».

Sus palabras fueron seguidas por aplausos tremendos y pronto fueron repetidas por toda la ciudad. Debía ser evidente ahora para todos que nuestra combinación de poder e influencia era irresistible, y en verdad la mayoría del Senado reconoció inmediatamente este hecho. Catón, Bíbulo y sus amigos se encontraron repentinamente aislados, y gradualmente empezaron a darse cuenta de lo poco considerables que eran, desde el comienzo, las fuerzas que ellos decían representar. Al principio Bíbulo, en forma absurdamente legalista, trató de impedir la realización de una asamblea legislativa del pueblo. Anunció que cada día, durante el resto del año, leería los auspicios y que en esa forma en ningún día sería legal que se reuniera una asamblea. No hice yo ningún caso de su intervención y proseguí con mis arreglos.

Esta vez no hubo errores como los que existieron durante la asamblea organizada por Metelo Nepos, durante mi pretura. Contábamos en todo caso con el apoyo casi unánime del pueblo y, al objeto de impedir toda interferencia en los procedimientos, había distribuido destacamentos de hombres leales en todo el Foro, algunos de ellos armados, utilizando tanto veteranos de Pompeyo como algunos de mis propias tropas de España que todavía se encontraban en Roma. Al alba llegué al Foro y me preparé para hablar desde lo alto de las gradas del templo de los Dioscuros.

La esperada interrupción no tardó en producirse. Bíbulo, acompañado por Catón y los ex cónsules Lúculo y Metelo Celer, empezaron a avanzar por entre la multitud. Iban custodiados por sus propios guardias y se los dejó llegar hasta el pie de las gradas del templo donde yo estaba. Por cierto que Bíbulo estaba actuando con coraje. En realidad, de no haber dado yo órdenes expresas de que se respetase su vida, muy probablemente la habría perdido. En cuanto intentó subir por los peldaños, la gente se le fue encima. Fue derribado al suelo y alguien le arrojó un cesto de estiércol sobre la cabeza. Las varas fueron arrebatadas de las manos de sus lictores y quebradas; sus guardias fueron barridos a un lado y arrojados del Foro. Bíbulo consiguió levantarse del suelo. Quitándose la suciedad de los ojos, se descubrió el pecho y gritó: «¡Acabad conmigo! ¡Matad a vuestro cónsul! ¡Y que esto se recuerde como uno de los actos de César!». Pero yo no tenía intenciones de permitir que Bíbulo se convirtiese en un mártir. Mis partidarios y sus amigos lo sacaron de allí, llevándolo al abrigo de un templo cercano.

Catón trató entonces de seguir el ejemplo de Bíbulo y trepó presuroso por los escalones. Fue tratado aún más duramente, pero, aunque golpeado con palos y herido por las piedras que le arrojaron, consiguió, todavía perseguido por la turba con una lluvia de golpes que le llegaban de todas direcciones, escurrirse hacia el fondo del templo y luego, apareciendo por una puerta lateral, tuvo el coraje de volver a intentarlo. Esta vez fue golpeado mucho más severamente que antes. Abandonó el Foro maldiciendo y gimiendo, sin poder casi sostenerse sobre sus pies. Lúculo y los otros ya habían desaparecido.

Procedí entonces a aprobar la ley y agregué a ésta una cláusula según la cual todos los miembros del Senado y todos los candidatos para un cargo debían prestar juramento de respetar la ley y no tratar de alterarla en modo alguno. Al día siguiente convoqué una reunión del Senado y les informé de la tesitura en que se hallaban. Encontré a los senadores más dóciles de lo que esperaba. Ninguno se atrevió a acusarme personalmente por la violencia que les fuera infligida a Bíbulo y Catón. La mayoría de ellos se había dado cuenta de que la oposición era inútil, y Bíbulo, profundamente ofendido por la timidez de su partido, que él creía más grande de lo que era, anunció su intención de permanecer en su casa durante el resto de su cargo. Era ése otro de sus recursos legalistas destinado a darse un pretexto para afirmar que cualquier ley que yo aprobase durante su ausencia debía ser considerada inválida.

Unos pocos senadores, sin embargo, persistieron en su resistencia a prestar juramento. No me encontraba en ese momento muy inclinado a tener en cuenta su dignidad. En otra Asamblea del Pueblo sancioné una ley que imponía la pena de muerte a quienes rehusaran todavía obedecer la voluntad del pueblo. Me sentía reacio a cumplir dicha ley, pero por fortuna no fue necesario hacerlo. Después de alguna vacilación, hasta el mismo Catón consintió en prestar juramento. Había sido persuadido por Cicerón de que Roma no podía prescindir de él.

Había cumplido la primera de mis promesas a Pompeyo. Fue fácil cumplir la segunda. Informé a Lúculo de que, a menos que retirase toda la oposición sobre la ratificación del tratado de Pompeyo en Oriente, yo dispondría que se efectuara una investigación oficial sobre su conducta en Asia y sobre la forma en que adquirió su enorme

fortuna. Lúculo quedó aterrorizado. Era uno de los más grandes generales que habíamos tenido; con todo, no podía soportar la sola idea de perder sus peceras y sus jardines artificiales. Nunca volvió a tomar parte en ninguna actividad política. Sería fácil, en adelante, establecer los arreglos de Pompeyo en Oriente tal como él los deseaba. Finalmente, cuando los comisionados para la distribución de tierras quedaron nombrados, sancioné una ley adicional por la cual se hacía posible comprar tierras de las grandes posesiones de la Campania. Pompeyo estaba encantado: se encontraba ahora en posición de poder cumplir todas las promesas que hiciera y pensaba supervisar en persona las tareas de la comisión. En el término de tres meses la coalición política de sus enemigos y los míos, que a él le pareciera tan poderosa, había sido convertida en algo, al menos por el momento, enteramente inocuo.

Antes de partir de Roma para hacerse cargo de su nombramiento en la Campania, Pompeyo entró en mi familia como hijo político mío. Esa boda, más que otra cosa, perturbó a nuestros enemigos. Estaban divididas las oposiciones sobre si yo utilizaba a Pompeyo o si por el contrario éste se valía de mí para promover algún complot tendente a apoderarse del poder absoluto. Pero, desde luego, no existía tal complot, ni entonces ni nunca, aunque, como es natural, nos beneficiamos el uno al otro en nuestros intereses y creo que así habríamos continuado hasta el final si Julia hubiese seguido viviendo. El amor que Pompeyo le profesaba, y el cariño que ella sentía, tanto por Pompeyo como por mí, fueron, aunque nuestros enemigos no podían saberlo, los factores más importantes para llegar a la paz y a la seguridad. Tenía todas las razones para sentirme feliz, al notar cuán apasionado estaba Pompeyo por mi hija, y desprecié a quienes se burlaban de él al calificar el asunto como chochera de un anciano por una joven. Pompeyo distaba mucho de la senilidad. Si algo podía criticársele, era que no habla madurado bastante. Todavía conservaba la vanidad de su juventud y el deseo, no tanto de ser, como de parecer importante; y continuó siendo toda su vida un ignorante en política, a la que incluso temía.

Hacia la época de su boda con Julia también yo volví a casarme y también fui afortunado en mi elección. Calpurnia me ha visto muy poco en los años de nuestro matrimonio, puesto que la mayor parte de ellos los pasé en la guerra. Pero ha sido una esposa buena y afectuosa. También extremadamente sensata, y es extraño hallarla, como estaba esta tarde, nerviosa y perturbada. Tiene una especie de temor supersticioso respecto a mi salida de casa en el día de mañana. Conociendo su usual buen sentido, me hallo casi inclinado a hacerle caso. Con todo, ahora que puedo permitirme fácilmente ofender al Senado, me siento más bien contrario a hacerlo a menos que haya una buena razón. Se reunirán mañana en el teatro Pompeyo y esperan que yo asista. Y una vez más, cuando haya terminado la reunión, tendré que partir dejando sola a Calpurnia.

Cuando me casé con ella calculé las ventajas de la unión. Pisón, su padre, era políticamente una persona respetable, hombre moderado y justo, uno de los que yo deseaba conquistar para mi bando. Iba a presentarse para el consulado de aquel año, y tanto Pompeyo, como Craso y yo, pensábamos apoyarlo, así como al viejo ayudante de Pompeyo, Gabino. Era necesario que pusiéramos especial cuidado en situar a nuestros propios hombres en esos importantes cargos para el año venidero, para impedir la agitación que Bíbulo y sus amigos tratarían de provocar de serles posible.

Particularmente deseaba que no se hiciesen intentos que alteraran los arreglos relacionados con mi mando provincial. Me valí para ello del tribuno Vatinio, uno de los hombres más feos que jamás haya visto, con las más lamentables hinchazones en la cara y el cuello. Pero Vatinio es un buen sujeto, una excelente compañía, y sin ningún temor a

una turba. He descubierto en él un competente comandante de tropas. Por su intermedio estoy ahora libre de las humillantes restricciones que el Senado trató de imponerme, dándome, después de mi consulado, una provincia que consistiría en arreos de ganado. De nuevo recurrimos directamente a la Asamblea del Pueblo. Vatinio propuso entonces una ley anulando el decreto anterior del Senado y disponiendo que yo recibiría como procónsul la gobernación de la Galia Cisalpina y la Iliria por el período excepcionalmente largo de cinco años. Había de tener una fuerza de tres legiones, y la autoridad para elegir mis propios oficiales. La ley fue aprobada sin dificultades. Se formularon algunas protestas, especialmente por parte de Catón, pero después de su reciente humillación en el asunto de la ley agraria, la mayoría de los senadores tuvo bastante tino y aceptó de buen grado lo que el pueblo había decidido. La provincia que se me ofrecía era, desde el punto de vista de las importantes operaciones militares que yo pensaba realizar, la mejor que había. Habría preferido la Galia más allá de los Alpes, puesto que ya estábamos recibiendo noticias sobre algunas maniobras peligrosas entre las tribus de esa región y había llegado a concebir la idea de que esos vastos territorios en Occidente, que hasta el presente eran casi desconocidos, podían ser sometidos y anexionados a Roma. Sin embargo, lo que por ese tiempo era una pequeña provincia romana más allá de los Alpes, había sido asignada a Metelo Celer. Por consiguiente, yo estaba haciendo planes para una expedición hacia Oriente, desde Iliria hasta el Danubio y el Mar Negro, cuando se me ofreció una oportunidad mucho más grande de lo que esperara.

Metelo Celer, después de una corta enfermedad, murió antes de haber tomado posesión de su cargo. No faltó quien dijera que fue envenenado por su esposa Clodia, quien por ese entonces, según creo, había dejado a Catulo y estaba enredada en un lío amoroso con el joven Celio Rufo. Pero no era Clodia el tipo de mujer que asesinaría a su esposo por un amante, y Rufo, a quien yo conocía bien, y que llegó a odiarla al final, jamás sugirió que ésta hubiese cometido semejante crimen. Cuando se produjo la muerte de Celer las noticias que llegaban del norte eran particularmente alarmantes. Ésa era el área en la que mi tío Mario ganara sus victorias más grandes, y nuevamente, según parecía, Roma había de verse amenazada por una invasión gala o germánica. De nuevo visité a Pompeyo y a mi suegro, Pisón. Por medio de ellos, el Senado fue inducido a agregar la Galia Transalpina con una legión adicional a la comandancia que ya se me había asignado. Hasta el Senado se sometió tranquilamente al asunto. Probablemente mis enemigos creyeron que sancionando ese decreto se desembarazarían de mí para siempre. No podían imaginarme en el papel de un Pompeyo o de un Lúculo y tenían esperanzas de que mi carrera como soldado terminara con la derrota, la desgracia y, muy posiblemente, con la muerte. Pero a mí me parecía que había logrado más de lo que jamás pude esperar. Sentía un deleite superior a lo expresable, y cuando algunos senadores sugirieron que yo no era apto para un mando de tal amplitud, me enfurecí y les dije que desde ese instante sería capaz, si así lo deseaba, de pisotearlos como un gallo pisotea a las gallinas. Uno de ellos, tratando de herirme, hizo alusión a la persistente historia sobre mis relaciones con el rey Nicomedes, replicando: «Ésa es una posición difícil de tomar para una mujer», pero para ese momento yo había recuperado mi buen humor. Le dije que recordara que hubo cierta vez una gran reina en Siria, llamada Semíramis, y que las amazonas, todas ellas mujeres, dominaron en el pasado el gran territorio de Asia.

Y fue así como en pocos meses yo había conseguido y sobrepasado cada uno de mis principales objetivos. Faltaba todavía contrarrestar la oposición que ahora empezaba a crecer, y asegurarme el futuro.

6 VISPERAS DE LA PARTIDA

La oposición, desde luego, se centralizaba en Bíbulo y Catón. Su fuerza principal emanaba de un grupo de jóvenes nobles que, al igual que Bíbulo, se sentían celosos de nuestro poder o acaso estaban imbuidos de la teorización política del doctrinario Catón. Entre los últimos se encontraba el joven Bruto. Me imagino que aún hoy, a pesar de haber hecho tanto por él, ansía todavía ese imposible pasado, la república de nuestros antepasados. A pesar de su eficiencia y sus muchas cualidades buenas y agradables, hay en él un dejo de sentimentalismo e, incluso ahora, si no fuera porque es un hombre honorable y con un gran sentido de la gratitud, podría ser inducido a integrar alguna conspiración contra mi vida. Según parece, él y otros estuvieron a punto de hacerlo en el año de mi primer consulado. Pero esos jóvenes no fueron en sí peligrosos. En años posteriores me los conquisté a casi todos ellos pagándoles sus gastos de elección y por otros medios. Más peligroso fue el pretor Domicio, quien andaba diciendo, al final del año, que sancionaría una ley para declarar ilegales todos los actos de mi consulado. Siempre fue mi enemigo y ciertamente era tan grande su hostilidad que, aunque era inescrupuloso y cobarde, jamás pude aplacarlo, ni con el soborno ni con las amenazas. Sin embargo, entonces tenía muy poca influencia en el Senado y casi ninguna en el pueblo. Yo pensaba que la persona que podía hacernos mucho daño, si así lo deseaba, era Cicerón y, antes de tomar medidas para eliminarlo de la vida política, hice todo lo posible para conquistarlo. Por desgracia, Cicerón nunca quiso actuar a favor de sus propios intereses ni de los míos. No me importaban sus sarcasmos sobre Craso, Pompeyo y sobre mí mismo. Aunque mal intencionados, eran habitualmente graciosos y mucho menos vulgares que el escandaloso material de publicidad que salía a diario de casa de Bíbulo, y que según éste eran sus edictos consulares. En esos llamados edictos, que eran colocados por las calles y ampliamente leídos, Bíbulo publicaba lo que pretendían ser descripciones detalladas de mi conducta, tiempo atrás, con el rey de Bitinia, y pintaban la situación actual como un «reinado» en el cual Pompeyo era el rey y yo la reina. Algunos otros miembros de la nobleza se unieron a este divertido juego de la difamación, y Cicerón, que seguramente se enorgullecía de su ingenio, estaba entre ellos. Yo, personalmente, no hacía mayor caso de esos denuestos; Pompeyo, sin embargo, los encontraba difíciles de soportar, y lo mismo ocurría con el tribuno Vatinio, quien, debido a su aspecto personal, era un blanco indicado para el insulto. Tuve que contenerlo para que no condujera una turba de mis partidarios a la casa de Bíbulo y la incendiara. Craso, según creo, se alegraba interiormente de que Pompeyo y yo fuéramos objeto de mayores escarnios que él.

El asunto se puso más serio cuando Cicerón empezó a atacamos en el terreno político, y no ya apelando a los grandes recursos de su ingenio sino a los de su calculada elocuencia. Tomó esta actitud en ocasión del proceso a su antiguo colega en el consulado, Antonio Hybrida, quien al regreso de su provincia, fue con toda razón acusado de corrupción, de extorsión y de cobardía frente al enemigo. Probablemente a causa de que Antonio le debía dinero, Cicerón había consentido en defenderlo, y en el curso de su parlamento dijo algunas palabras que resultaban muy perjudiciales para el actual estado de cosas. En parte me parece que estaba genuinamente molesto por la concentración de fuerzas que había tenido lugar, y que estaba en pugna con su imagen de lo que debía ser una constitución, y que efectivamente lo fue una vez, durante el período de su propio consulado; y en parte por no hallarse él mismo al frente del gobierno. No se le ocurría pensar que, de haber aceptado mi oferta y de habernos prestado desde el comienzo el apoyo de su autoridad, la violencia de los tres primeros meses del año habría sido evitada y

él mismo estaría ocupando una posición más segura, más fuerte y de mayor responsabilidad que la que tenía ahora. En lugar de eso pude ver, en cuanto recibí un informe de su discurso, que estaba jugando nuevamente con la idea de alguna coalición de «los buenos» con él de cabecilla. No se daba cuenta que había perdido la mayor parte de «los buenos». Toda la comunidad de gente de negocios se había alegrado cuando, tal como yo prometiera a Craso, conseguí las concesiones que pidieran y que en el año anterior les fueran rechazadas. Casi todos los financieros con alguna visión estaban ya especulando sobre los resultados de mi gobernación en Galia. Muy pocas personas, a estas alturas, habrían podido ser convencidas de aliarse con Cicerón, o con Catón. De manera que, aunque Cicerón no era reaccionario por convicción, de querer ejercer alguna influencia en política habría ido a caer otra vez en el círculo reaccionario que le diera su consulado, y que continuaba siendo hostil a Pompeyo y a mí. De ninguna manera deseaba ver reforzados a mis enemigos. Así, el mismo día en que Cicerón pronunció su discurso en defensa de Antonio Hybrida, di los pasos necesarios para asegurarme de que él, Cicerón, quedaría, al menos por algún tiempo, fuera del alcance del poder. Con la ayuda de Pompeyo lo arreglé todo de modo que Clodio, el más serio enemigo de Cicerón, fuera adoptado por una familia plebeya, para que pudiese ser tribuno elegible en las elecciones del verano.

Mucho había de cruel, depravado y afectado en el carácter de Clodio. Era también cordial, encantador y, hasta cierto punto, de confianza. Tenía ya gran influencia en el pueblo y, en una forma especial, sentía un afecto por las clases bajas, que era a la vez hondo y sincero. Se pensaba, por ejemplo que era una afectación ridícula de parte de él y de sus hermanas pronunciar o escribir sus nombres como si tratasen de disfrazar el hecho de pertenecer a la familia Claudia, que es quizá la más grande de todas las familias patricias de Roma. Sin embargo, en cuanto a Clodio se refiere, había algo más que afectación en mi actitud. Se sentía cómodo entre la turba de la ciudad, como yo me sentía cómodo con mis soldados. Tomó un interés genuino y personal por los asuntos de sus partidarios y, de haber sido menos violento en sus afectos y animosidades, podría haber llegado a ser un estadista de consideración. Tal como era, no tenía otra política que la habitual, de dar más y más grandes donativos de alimentos gratis a los pobres, y de atacar a todos los miembros de la aristocracia que no fueran amigos personales suyos o de sus hermanas. Desde la época de su proceso, cuando rehusé prestar testimonio en su contra, me consideraba como un amigo; pero su gratitud hacia mí era menos fuerte que el odio que concibió contra Cicerón, cuyo testimonio en el proceso habría conseguido ciertamente que fuese declarado culpable de haber habido en el jurado un puñado de hombres honestos. Ahora que podía presentarse como tribuno (y tenía la certidumbre de ser elegido), anunció su intención de llevar ante la justicia a quienquiera que en el pasado hubiese condenado a muerte a un ciudadano romano sin juicio previo. La amenaza estaba destinada muy claramente contra Cicerón y éste, como yo lo había previsto, se alarmó.

Personalmente no tenía ningún deseo de dañarlo. En rigor a la verdad, siempre traté de atraerlo hacia mi lado, en parte porque lo miraba como genio literario, y en parte también a causa del valor de su prestigio. Y también para él habría sido mucho mejor si no hubiese elegido ponerse del lado de mis enemigos, ya que íntimamente no es reaccionario y sabe respetar un buen gobierno. Por ejemplo, siempre expresó admiración por la ley que sancioné durante mi primer consulado, destinada a proteger las provincias contra la codicia de los gobernadores romanos. No obstante, al igual que tantos otros que se elevan desde orígenes humildes, tiene una reverencia exagerada por tradiciones que ya no tienen utilidad. Parece destinado a encontrarse siempre y desgraciadamente del lado del perdedor.

En esta ocasión, tanto Pompeyo como yo hicimos lo posible para salvarlo de la violencia de Clodio. No queríamos arruinarlo. Sólo necesitábamos la seguridad de que se

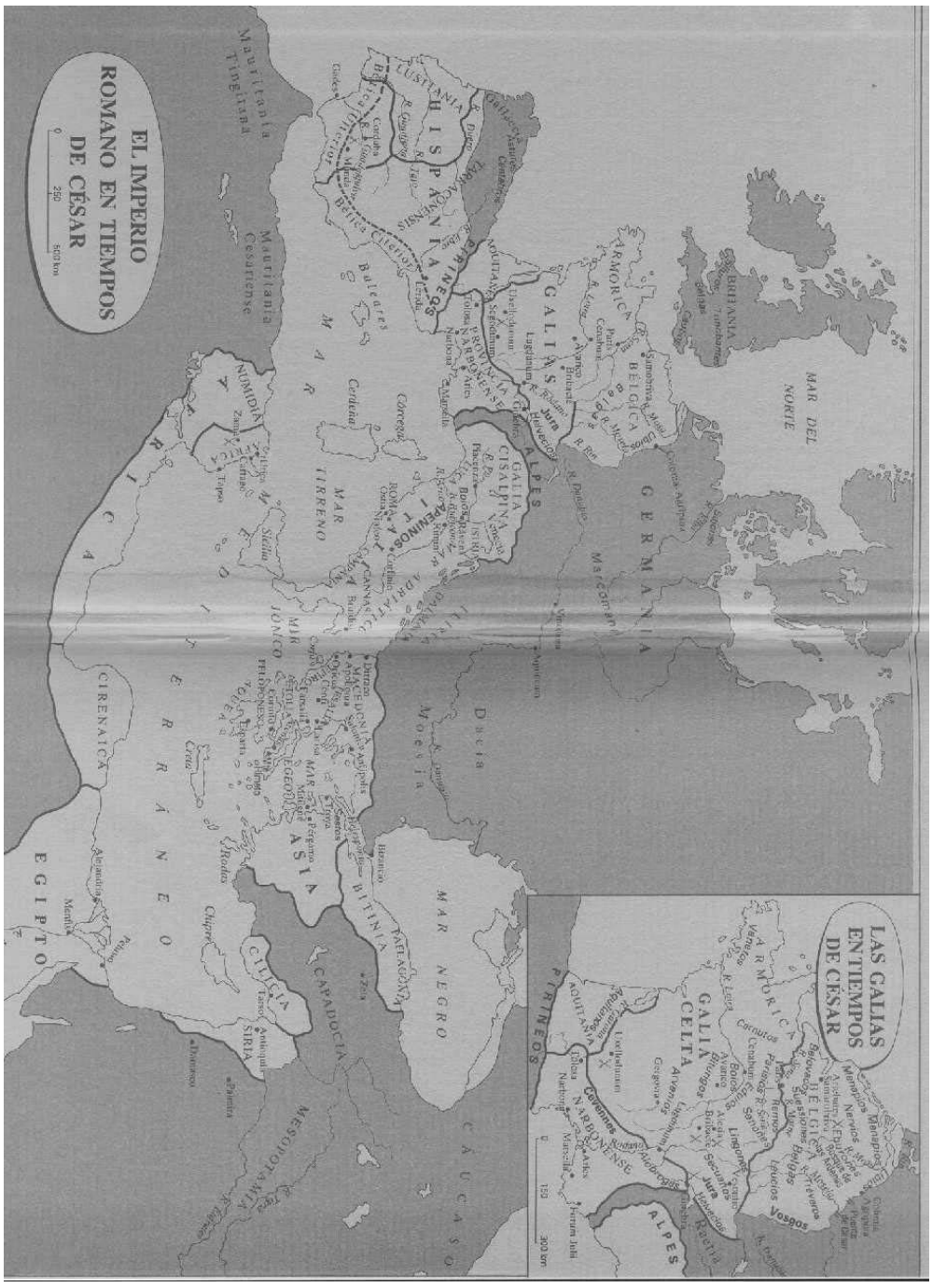
quedaría tranquilo. Primero le ofrecimos un nombramiento interesante y lucrativo en Egipto, en donde, a cambio de una gran suma de dinero, habíamos reconocido el régimen existente. Luego traté de persuadirlo de que viniera conmigo a la Galia, haciéndole notar que allí se vería libre de toda persecución y que, tan pronto como se hubiese calmado la agitación, podría volver a Roma. Dejé abierta la oferta hasta el último momento. Únicamente cuando estaba a punto de partir hacia Galia dejé a Clodio seguir adelante con su plan, que terminó con el exilio de Cicerón. Más o menos al mismo tiempo nos desembarazamos de Catón, también por intermedio de Clodio, quien propuso e hizo aprobar una ley según la cual Chipre sería anexionada y a Catón se le confiaría la misión de ocupar la isla y de reorganizar su gobierno. De modo que poco después de finalizar mi primer año de cónsul, las únicas dos figuras que todavía imponían bastante respeto como para poder llevar una oposición eficiente, habían sido barridas de la escena, al menos temporalmente.

Que tales medidas fueron necesarias ha quedado probado por los acontecimientos ocurridos durante el verano y el otoño. Fue evidente que después del impacto inicial de los primeros tres meses de mi consulado, mis enemigos estaban empezando a prepararse y a planear pasos más serios que la redacción de panfletos. Hubo uno o dos manifestaciones hostiles contra Pompeyo y contra mí, en el teatro, poco importantes en sí mismas, pero que alteraron mucho a Pompeyo. Hubo, según parece, hasta un complot para asesinar a Pompeyo o a mí, acaso a los dos, aunque hasta el día de hoy no estoy seguro de su seriedad ni de las garantías que ofrecía la fuente de información. El dato provenía de una fuente muy poco digna. Una vez más el informante fue Vetio, quien intentaba ganar algún dinero o notoriedad, como cuando trató de implicarme en la conspiración de Catilina. En esta ocasión fue arrestado en el Foro al encontrársele con una daga en la mano, y declaró que había sido empleado por cierto grupo de gente para asesinar a Pompeyo. Cuando se le pidió que diese el nombre de sus empleadores manifestó que era un grupo de jóvenes miembros de la nobleza encabezados por el joven Curio y por Bruto. Es muy posible que hubiera algo de verdad en lo que dijo. Bruto era entonces, y supongo que continúa siéndolo, algo fanático, y puede, llevado por motivos honorables, haber creído que eliminando a un comandante eminente y eficaz, estaba actuando de acuerdo con los más elevados principios. Sin embargo, dudo que se rebajase hasta el asesinato, o que se hubiera relacionado con una persona tan mal vista como Vetio. En todo caso, a causa de mi afecto por Bruto y por su madre, ansiaba verlo libre de toda sospecha. Al día siguiente al del arresto hice que Vetio fuera conducido ante una asamblea del pueblo para ser interrogado por el tribuno Vatinio y por mí mismo. Probablemente Vetio conocía mi interés por Bruto y pensó que ganaría más dinero si prestaba la clase de testimonio que me agradaría oír. Lo cierto es que declaró que los verdaderos instigadores del complot habían sido Lúculo, Cicerón y el pretor Domicio. Nuevamente es posible que algo de verdad hubiera en lo que dijo, aunque no creo que Cicerón estuviera implicado; Domicio, sin embargo, pudo haberlo estado. Además él, como pretor, tenía acceso a la prisión, en donde, al alba del día siguiente, Vetio fue hallado estrangulado. Domicio era hombre a la vez impulsivo y cobarde. Siempre supuse que él fue el responsable de este crimen que ni siquiera era necesario, por cuanto Vetio ya se había contradicho de tal forma que su declaración no podía tomarse en serio.

Sin embargo, el caso de Vetio me fue útil por cuanto tuvo por resultado que Pompeyo tomara una actitud mucho más firme. Había sido éste feliz en su matrimonio y era feliz con la popularidad que ganó dada su excelente labor en la comisión de tierras. Le pareció intolerable que existiese alguna sospecha sobre su popularidad en Roma y durante los últimos meses del año, me apoyó enérgicamente en todas las medidas que yo tomaba para su seguridad y la mía propia.

El último día del consulado, mi colega Bíbulo volvió a presentarse dispuesto a justificarse y a atacarme en el discurso que se proponía pronunciar antes de terminar su cargo. Clodio, que era ya tribuno, lo trató como Metelo Nepos tratara a Cicerón, aunque Clodio se condujo más violentamente. En lugar de anunciar simplemente un veto como tribuno, apretó su mano sobre la boca de Bíbulo y la mantuvo allí hasta que éste dio a entender por medio de signos que no intentaría decir una palabra.

Así terminó mi consulado, en un gesto que podría ser descrito con razón como brutal y sórdido a la vez. ¿Es que hubo alguna vez alguien, me pregunto, que haya alcanzado el poder por medios que fueran completamente honorables y dignos? Ahora, sin embargo, disponía de un ejército y de un mando importante. Debía permanecer en Roma todavía dos meses más ocupándome de otras intrigas políticas, hasta tener la certeza de que durante mi ausencia no podría hacerse ningún movimiento efectivo en mi contra; pero durante dicho tiempo, adquirí la convicción de que había terminado un período de mi vida y que estaba al comienzo de otro. El período pasado había estado caracterizado por continuos peligros y dificultades. Me encontré obstaculizado desde el comienzo por la falta de dinero y por el derrumbe completo del partido de Mario y Cinna, en quienes me apoyara en busca de oportunidades para ascender. Ahora, a la edad de cuarenta y tres años, no tenía sino una fracción de la experiencia militar que a esta misma edad poseían Lúculo o Pompeyo y hasta el mismo Craso. Sin embargo, no creía tener menos habilidad que ellos y sabia que, en estos años durante los cuales luché cuesta arriba, partiendo en mi primera juventud desde mi posición de perseguido por los verdugos de Sila, hasta llegar a la de cónsul del pueblo de Roma, había adquirido un conocimiento más que excepcional sobre política y sobre la naturaleza humana. En estos aspectos no habría de cometer los errores que cometiera mi tío Mario. Esperaba, y (aunque no creo que los dioses intervengan en los asuntos humanos) casi hasta rogué, que me fuese posible demostrar que no soy indigno de él, en lo que siempre me pareció lo más rico, lo más brillante y lo más honesto: el campo de la guerra. No podía saber que en el transcurso de los diez años siguientes habría de arrasar más de ochocientas ciudades, someter trescientas naciones y combatir en diversas oportunidades en batallas con tres millones de hombres. Ni sabía tampoco que tales hazañas iban a ser solamente el preludio de otras luchas aún más desesperadas. Todo lo que veía era la poderosa invitación hacia un futuro más grande. Me sentía ansioso por unirme a mi ejército lo antes posible. Mientras tanto, despaché a Tito Labieno para que me precediera en la Galia.


EL IMPERIO ROMANO EN TIEMPOS DE CÉSAR
LAS GALIAS EN TIEMPOS DE CÉSAR
MAR DEL NORTE
MAR MEDITERRÁNEO
MAR NEGRO
CÁUCASO
GERMANIA
BRITANIA
HISPANIA
GALIA CISALPINA
GALIA CELTA
ARMÓRICA
ITALIA
ALPES
PIRINEOS
ASIA
EGIPTO
MESOPOTAMIA
SIRIA
CILICIA
CAPADOCIA
BITINIA
PONTO
CIRENAICA
NUMIDIA
Mauritania Tingitana
Mauritania Cesariense
Dacia
Moesia
Vosgos
Jura